

dialectica

■ Nueva época ■ Año 16 ■ Número doble 23 | 24 ■ Invierno de 1992 | Primavera de 1993



LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA, HOY

Adolfo Sánchez Vázquez, Immanuel Wallerstein, Wolfgang Bautz, Luis Villoro, Gabriel Vargas Lozano, Eduardo Montes, Sol Arguedas, Juan Valdés Paz

■ **Cómo nos cambiaron la historia: el más completo examen de los libros de texto / Juan Brom** ■ **La izquierda en los Estados Unidos / Pablo A. Pozzi** ■ **A 500 años de la Conquista: el trauma que nos une / Raúl Páramo Ortega**

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA
POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

ISSN 0185-7770

25 nuevos pesos



Universidad Autónoma de Puebla

Rector: Licenciado
José Dóger Corte
Secretario general:
Licenciado Víctor
Espíndola

dialéctica
(nueva época)

Dirección: Gabriel Vargas
Lozano y Roberto
Hernández Oramas

Consejo Editorial: Alfonso
Vélez Pliego, María Teresa
Colchero, Carlos Figueroa
Ibarra, Lucio Oliver, Mario
Salazar Valiente †

Consejo Asesor: Adolfo
Sánchez Vázquez, Pablo
González Casanova,
Enrique Semo, Sergio
Bagú, Agustín Cueva †,
Angelo Altieri, Sergio de la
Peña, Jaime Labastida,
Georges Labica, István
Mészáros, Luis Villoro,
Wenceslao Roces †, Luis
Cardoza y Aragón †, Adam
Shaff, Giuseppe Vacca, Elmar
Altwater, Vjekoslav Mikecin,
Francisco Fernández Buey

**Consejo de Colaboración
Nacional:** José Dóger Corte,
Severo Martínez Peláez, Carlos
González Durán, Alberto
Saladino, José Luis Balcárcel,
Miguel Concha, Enrique
Dussel, Enrique de la Garza,
Silvia Durán Payán, Françoise
Perús, José Luis González,
Carlos Vilas, Bolívar
Echeverría, Arnoldo Martínez
Verdugo, Raquel Sosa, María
Rosa Palazón, Héctor Díaz
Polanco, Salvador Millán,
Irene Sánchez, Alejandro
Gálvez, Graciela Arroyo
Pichardo, Edith Antal,
Betania Allen, Francisco
Piñón, César Delgado, Estela
Kalloni, Mercedes Durand,
Carmen Lira, Sol Arguedas,
Saúl Ibargoyen, Néstor García
Canclini, Arnaldo Córdova,
Adolfo Sánchez Rebolledo,
Dimas Lidio Pitty, Javier Mena,
Jorge Turner, Eduardo
Montes, Ilán Semo, Elvira
Concheiro, Gilberto López y
Rivas, Jaime Ornelas, Manuel
Becerra, Felipe Zermeño,
Sonia Gojman, Dora
Kannoussi, Pablo Maríñez,
Roberto Escudero, Felipe
Campuzano, Raúl Páramo Ortega,
Carmen Galindo, Magdalena
Galindo

Dialéctica, año 16, núm. 23-24 (doble),
invierno de 1992-primavera de 1993
■ Revista trimestral ■ Precio por
ejemplar del presente número doble:
25 nuevos pesos ■ Correspondencia:
Reforma, 913; 7200 Puebla, Pue.;
teléfono 32 70 88; o al apartado postal
21-579; México, D.F. ■ Suscripciones
por cuatro números en la República
Mexicana: 75 nuevos pesos / En los
Estados Unidos, Canadá, Centro y
Sudamérica, y Europa: 40 dólares US
■ Tiraje: 3 mil ejemplares

dialéctica

□ Nueva época □ Año 16 □ Número 23 | 24

□ Invierno de 1992-primavera de 1993

■ Editoriales □ El triunfo de Clinton y México, 2 □ La izquierda hoy, 3 □ A quinientos años..., 5

■ Ensayos □ ¿Ciudadanos o súbditos?: los textos de historia, *Juan Brom*, 6 □ Capitalismo versus capitalismo, *Sol Arguedas*, 26 □ El marxismo después del fin de los comunismos, *Immanuel Wallerstein*, 33 □ La izquierda hoy en América Latina, *Juan Valdés Paz*, 49 □ Después del "socialismo científico", *Luis Villoro*, 55 □ Después del derrumbe: estar o no a la izquierda, *Adolfo Sánchez Vázquez*, 61 □ Ser de izquierda hoy, *Eduardo Montes*, 77 □ Por una nueva izquierda: el Foro "Las luchas emancipadoras de fin de siglo", *Rubén Trejo y Alfredo Velarde*, 83 □ ¿Es aún posible el socialismo?, *Gabriel Vargas Lozano*, 93 □ Una historia casi sin historia, *Saúl Ibergoyen*, 118 □ Estados Unidos: el dilema de la izquierda y la falta de alternativas, *Pablo A. Pozzi*, 127 □ La revolución destituida: acerca del destino de los movimientos cívicos en lo que fue la RDA, *Wolfgang Bautz*, 159

■ Documentos □ El trauma que nos une / Reflexiones sobre la Conquista y la identidad latinoamericana, *Raúl Páramo Ortega*, 175

■ Notas y noticias □ Rigoberta Menchú: un Premio Nobel a la dignidad de los oprimidos, *Mercedes Durand*, 198 □ II informe del licenciado José Dóger Corte, rector de la BUAP, 200 □ V Encuentro Nacional sobre Filosofía Novohispana, 200 □ I informe del licenciado Alfonso Vélez Pliego, director del ICSH, 200 □ Inauguración de las oficinas de *Dialéctica*, 200 □ Doctorado *Honoris Causa* a Severo Martínez Peláez, *Carlos Figueroa Ibarra*, 201

■ Crítica de libros □ La izquierda en la encrucijada, *Gabriel Vargas Lozano*, 203 □ Ética y liberación, *Mario Rojas Hernández*, 205 □ Tina Modotti, retrato de un monstruo, *Carlos Figueroa Ibarra*, 206

□ Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán* □ Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez* □ Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Amsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfono 211 86 86

EDITORIALES

EL TRIUNFO DE CLINTON Y MÉXICO

El triunfo de William Clinton en las recientes elecciones norteamericanas constituye, objetivamente, una sensible modificación de la política neoliberal seguida por el gobierno norteamericano durante los doce años anteriores (1980-1992). En efecto, el periodo que hoy termina, en lo que se refiere a la hegemonía del Partido Republicano, fue caracterizado por una política agresiva que inició el control nuclear del espacio (en la llamada *Guerra de las Galaxias*); que propició, utilizó para sus objetivos y por último castigó a dictadores rebeldes como Hussein en Irak o Noriega en Panamá, masacrando, de paso, a sus pueblos; que alentó al capital especulativo; y que, con el derrumbe del *socialismo real*, lanzó la iniciativa de reordenación global del mundo (dentro de la cual se inscribe la Iniciativa de las Américas), para intentar convertir a todo el continente en un coto vedado para la industria y el comercio norteamericanos ante la expansión del capitalismo asiático y europeo. En el interior de los Estados Unidos, el gobierno republicano desarrolló una política que produjo una crecida deuda interna; una fuerte recesión que llevó al desempleo a millones de ciudadanos; y un declive de los beneficios sociales. Los dramáticos acontecimientos ocurridos en Los Ángeles y otras ciudades norteamericanas han sido el resultado lógico de esa política, al igual que el voto del electorado a favor del Partido Demócrata. Ahora bien, como todo el mundo sabe, el cambio de gobierno norteamericano tiene una enorme trascendencia para nuestro país. No está por demás mencionar la existencia de una frontera de más de tres mil kilómetros; las múltiples dificultades relacionadas con la poderosa corriente migratoria que pasa por esa frontera; y los complejos problemas vinculados a la silenciosa integración en marcha de las dos economías. Por otro lado, para nadie es un secreto que el actual gobierno mexicano desarrolló una estrategia económica acorde al neoliberalismo del gobierno republicano, política que hoy se encuentra en proceso de cambio. Esta situación ha

provocado la reorientación de la actual política del gobierno de acuerdo al nuevo escenario. Todo ello permite alentar esperanzas en una desaceleración del neoliberalismo en nuestro país y en un cambio de clima político. Desde luego que no creemos que todo esto represente el fin de la política neoliberal, pero sí implica un cambio en una nueva dirección. Estos cambios, empero, dependerán, no sólo de las impredecibles decisiones del gobierno ante las demandas del gobierno democrata o de las luchas intestinas que se están desarrollando por la sucesión presidencial, sino también de la forma en que operen otras fuerzas políticas en el interior y exterior del país.

LA IZQUIERDA HOY

Cada época histórica contiene en su interior una problemática. Esta problemática impulsa a los individuos, los grupos o los movimientos sociales a definir su conducta, sus actitudes frente a la vida o sus estrategias sociales. En cada época ha habido una izquierda, una derecha, un centro, una ultraderecha, una ultraizquierda e inclusive posiciones que rehúyen estas definiciones. En cada periodo histórico existe también un juego de opciones que tiende hacia la conservación del *statu quo*, hacia la vuelta al pasado o hacia una mejoría de las condiciones de las mayorías. Estas definiciones no son absolutas ni pueden serlo, porque, tanto los hombres en lo individual, como las sociedades, están envueltos en una inmensa complejidad; tampoco son ahistóricas, sino que se encuentran en evolución y redefinición constantes. Lo que ayer fue de izquierda o progresista puede convertirse hoy en conservador, y lo que antes era conservador podría, en ciertas condiciones, volverse progresista. Lo que no es posible es perder el sentido de la orientación, como ha ocurrido a últimas fechas. Pueden cambiar los términos, pero no los contenidos profundos a que aluden. En la actualidad han ocurrido dos fenómenos que han hecho que muchas personas pierdan la orientación: el fin de la *guerra fría* y el derrumbe del *socialismo real* en la URSS y Europa del Este. La confrontación entre capitalismo y socialismo (sea que se entendiera aludiendo a realidades, o sea que se pensara en tipos ideales) modeló en gran medida, desde el fin de la

segunda guerra mundial, las creencias, las conductas y los valores. Pocos pudieron sustraerse a ello. Pero cuando el *socialismo real* perdió su calidad de referente real después de una larga crisis, al fracasar ante sus propios pueblos en Europa del Este y la URSS, la izquierda perdió, a pesar de que asumió una actitud crítica frente al estalinismo, una de sus bases. Pero, ¿ello quiere decir que por la caída del llamado *socialismo real* la izquierda debe abandonar la crítica al capitalismo, abandonar por completo sus referentes teóricos y aun la idea misma de socialismo? Creemos que no. La izquierda ha luchado a favor de una sociedad en donde no impere la explotación, en contra de las opresiones (de sexo, de raza, de nación) y en contra de las profundas enajenaciones a que conduce una economía de mercado. Importantes sectores de la izquierda han estado a favor de una democracia radical y popular; a favor del enriquecimiento de una identidad nacional sin cerrarse al mundo (fenómeno que, por cierto, no es una característica nuestra, sino todo lo contrario); a favor de una participación activa en los problemas-mundo (de equilibrio entre ricos y pobres, crisis ecológica, población, emigración, etcétera); y, en este sentido, a una integración mundial con referentes de autonomía y autodeterminación. Estos criterios siguen valiendo frente a las desigualdades producidas por el capitalismo. Desde luego que la izquierda debe transformar su percepción y su reflexión ante los cambios del mundo, pero no puede perder el sentido. En todo caso, lo que se ha perdido, para bien, son las definiciones absolutizadoras, pero no los referentes clásicos en el orden económico, ético y político. La izquierda hoy puede mantener válidamente sus identidades frente a una derecha que sólo quiere, en sus modalidades más refinadas, transformar el capitalismo salvaje en civilizado; aceptar la integración subordinada y eliminar a la nación, por efecto de la comunicación simultánea y la difusión de una cultura planetaria del consumo promovida por las transnacionales. En suma, si bien nos encontramos inmersos en una recomposición global a partir de los profundos cambios ocurridos en las últimas fechas, ello no quiere decir que los problemas ancestrales producidos por una forma del desarrollo social hayan desaparecido como por arte de magia. Son estos problemas los que definen y definirán nuestras actitudes, valores y creencias, que son, en suma, el contenido de las identidades ideológicas, políticas y éticas.

A QUINIENTOS AÑOS...

Ha pasado ya el 12 de octubre de 1992, fecha del quinto centenario del descubrimiento de América por los españoles y del descubrimiento de los españoles por los indígenas. Mucho se habló de celebración, pero es evidente que no se puede celebrar un genocidio. Sin embargo, independientemente de la forma en que se entienda la Conquista y la posterior fusión violenta de las dos culturas, una de las cuales, la española, era a su vez producto de otras fusiones violentas con moros, celtas o galos procedentes de aquella España invertebrada, hay un hecho sobre el que se debe reflexionar: las características de la nueva fusión compleja y contradictoria de la cual somos producto. En el anterior número de *Dialéctica*, el historiador Ramón Eduardo Ruiz nos llamaba la atención sobre varios hechos: trescientos años de Colonia en la cual se formó, no por intención expresa, sino por un resultado natural, un tipo de sociedad que logró la independencia política de los españoles apenas en la segunda década del siglo XIX. El siglo XIX fue el de la lucha en contra de los invasores extranjeros y la formación de una nueva nación. El siglo XX, con la revolución mexicana de 1910, es una nueva etapa en el largo proceso de modernización que aún no termina, y hoy, de cara al proceso de integración económica de nuestro país a los Estados Unidos, enfrentamos un nuevo reto gigantesco: o bien se genera una nueva y más profunda dependencia, o bien se busca una salida propia para nuestra identidad como nación, en un mundo sacudido por los cambios tecnológicos, políticos y culturales. En este número de *Dialéctica* incorporamos importantes ensayos en torno a los temas de la historia de México; la izquierda contemporánea; el trauma que nos une; y la cuestión de la nación, hoy también a su vez motivo de debate. Esperamos poder contribuir con ello a un análisis más profundo de lo que hemos sido, de lo que somos, pero sobre todo, de lo que debemos ser en el futuro.

¿CIUDADANOS O SÚBDITOS?: LOS TEXTOS DE HISTORIA

juan brom

En agosto de 1992 se presentaron en Los Pinos, residencia oficial del presidente de la república, los nuevos textos de historia de México que la Secretaría de Educación Pública acababa de editar, para formar parte del grupo de libros gratuitos para la enseñanza en la primaria, durante el periodo lectivo 1992-1993. Al ser conocidos públicamente, se produjo un fenómeno altamente positivo: se desató una violenta discusión, que se manifestó en varias publicaciones periódicas y también por radio y televisión. Se hizo manifiesto así el interés de muchos ciudadanos en la historia patria y en la forma de enseñarla a los niños. Se vio claramente que no hay la apatía respecto a los problemas públicos que muchas personas habían señalado y lamentado.

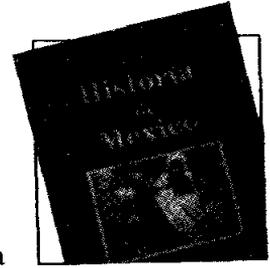
Como resultado del debate se ha producido la promesa de la Secretaría de Educación Pública de editar un cuaderno de corrección de los principales errores, y de tomar en cuenta las críticas hechas para la edición de los libros destinados al periodo 1993-1994.

Es importante que no decaiga el espíritu cívico que se ha manifestado y que, pasada la primera efervescencia, se continúe el debate sobre ese tema, de tanta trascendencia para el futuro de nuestro país.

En las líneas que siguen, me propongo primero reseñar y comentar algunas de las críticas expresadas, para pasar después a un análisis de los libros, necesariamente incompleto, en el que trataré de abarcar los puntos esenciales, para concluir en una opinión general acerca de los textos, sus cualidades y defectos, y lo que considero necesario para su reelaboración.

Juan Brom, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Autor de numerosos libros; el más reciente, ¿Por qué se desintegró la Unión Soviética?

*Principales opiniones acerca de los textos /
Agosto-septiembre de 1992*



Aspectos económicos

Desde el primer momento se formularon varias críticas al gasto realizado y a la adjudicación de los trabajos de edición a determinadas empresas; la Secretaría de Educación Pública (SEP) afirmó, a su vez, que actuó dentro de sus atribuciones, y que se obtuvieron las mejores condiciones del mercado.

No me propongo profundizar en el debate sobre estos puntos; sólo quisiera decir que coincido con la exigencia de que las autoridades manejen cuidadosamente los escasos recursos de la nación, y también que es conveniente que un trabajo profesional, que debe ser de alta calidad, sea adecuadamente remunerado.

Sí me parece importante señalar que la supresión de los textos gratuitos que propuso uno de los críticos para fortalecer la industria editorial arrojaría una nueva carga sobre la ya tan golpeada economía popular y conduciría a que muchos niños llegaran a tener serios problemas para lograr un adecuado aprovechamiento de la escuela primaria. Menos aceptable sería que el gobierno encargara la edición comercial de los textos y los comprara para obsequiarlos, dando así, a costa del erario público, una considerable ganancia a empresarios particulares.

Elaboración

Entre las críticas a la premura con que se elaboraron los libros, vale especialmente la pena mencionar la expresada por Sergio Pitol (*La Jornada*, 15/IX), quien dice que al estar previstos otros textos para el ciclo 1993-1994 (al entrar en vigor un nuevo plan de estudios de primaria), no era conveniente forzar la marcha para publicar los que están en discusión, con el fuerte gasto realizado. En mi opinión, la edición de buenos libros para 1992-1993 podría haber constituido una valiosa experiencia para los nuevos que se elaborarían. Lo malo, como lo fundamentaré más adelante, es que los textos actuales no son buenos.

Orientación

Uno de los aspectos más debatidos ha sido el de la orientación que inspira a dichas obras. Por una parte, se les ha criticado acremente diciendo que tienen una ideología “oficialista”, que destacan la obra del gobierno actual y que tienden a ensalzar las acciones de los gobernantes y, entre éstos, sobre todo a los que algún maestro ha calificado de “antihéroes”: Porfirio Díaz, Iturbide, etcétera, mientras se soslaya la acción popular, se olvidan las etnias actuales, se hace una escasa mención de los niños héroes, se omite a los hermanos Flores Magón, apenas se menciona a Zapata, y otras ausencias (*La Jornada*, 21/VIII; 26/VIII; y otras). Sergio Sarmiento (*El Financiero*, 6/VIII) objeta que tienden a uniformar el saber.

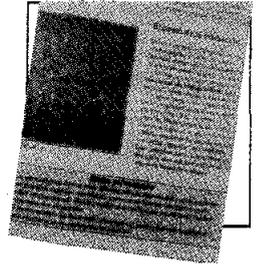
Por otra parte, Luis Gámez, presidente del Consejo Nacional Técnico Educativo (*La Jornada*, 27/VIII), afirma que los textos fortalecen la conciencia nacional. En una sesión de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, el diputado del PRI Manuel Díaz Infante considera que los libros son didácticos y “cumplen la función de disparar los procesos mentales que dan vida a la relación de maestro y alumno”, y que son adecuados para niños de ocho a doce años. En la misma sesión, los representantes panistas expresaron su convicción de que el artículo tercero constitucional debe ser reformado. Al día siguiente (*La Jornada*, 28/VIII), en conferencia de prensa en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, Rafael Guarneros (PAN) aprecia que los libros “se salen del molde abiertamente gobiernista”, aunque no dejan de elogiar al gobierno del presidente Salinas y dejan a la interpretación algunos conflictos importantes. Días después, Carlos Castillo Peraza, del mismo partido, se declara en contra de libros únicos, pero dice que los textos actuales son mejores que los anteriores porque no son totalitarios (*La Jornada*, 4/IX). Voceros del mismo partido confirman después su opinión favorable a los debatidos libros. En un sentido semejante se expresa en un documento la Conferencia del Episcopado Mexicano (*La Jornada*, 12/IX), que los ve “como un movimiento inicial hacia la reconciliación con nuestro pasado histórico”.

José Woldenberg (*La Jornada*, 5/IX; 12/IX) también expresa un punto de vista favorable a los textos; considera que la elaboración de tales libros es responsabilidad del Estado; les señala algunas fallas, pero opina que “ofrecen una visión panorámica, fundada y coherente de nuestro pasado”.

Luis González y González, presidente del Colegio de Michoacán, se muestra contento con los libros, porque señalan los aspectos positivos y los negativos, y no tratan a los personajes “en blanco y negro” (*Proceso*, 7/IX; y *Nexos*, X/1992).

Desde luego, es muy importante la opinión de Enrique Florescano, uno de los responsables fundamentales de la elaboración de las obras que comentamos (*La Jornada*, 14 y 15/IX; y *Nexos*, X/1992). Destaca que provocaron un fuerte choque, porque durante mucho tiempo no se habían divulgado entre un gran público las nuevas investigaciones y consideraciones de los historiadores; hace hincapié en el equilibrio con que se tratan los distintos periodos y rechaza la pretendida intención apologética respecto del régimen actual.

Por último, hay que señalar que el secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo Ponce de León, en una reunión con diputados miembros de la Comisión de Educación de la Cámara, manifestó (*La Jornada* y *El Financiero*, 26/VIII) que los textos “no tienen ninguna carga ideológica” y que el propio funcionario los revisaría personalmente.



Una discusión política

Héctor Aguilar Camín, responsable principal, junto con Florescano, dedica un amplio espacio (*La Jornada*, 11-12-14-15/IX; y *Nexos*, X/1992) a examinar lo que considera las razones fundamentales de la crítica, sin entrar a examinar el contenido de la misma. En su opinión, se trata del deseo del Partido de la Revolución Democrática de aprovechar la coyuntura para reforzar sus luchas políticas, y que el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) desea perjudicar las posibilidades del secretario de Educación Pública de ser designado candidato a la Presidencia de la República. También ve en el rencor contra la Fundación Nexos, de la cual es presidente, una causa del encono de los

ataques. Elba Esther Gordillo, secretaria general del SNTE (*La Jornada*, 14/IX) contesta que para la organización que encabeza lo importante es realizar una discusión enriquecedora y dar cauce a la participación de los maestros en la misma.

En las líneas anteriores he reseñado algunas de las múltiples objeciones y defensas publicadas acerca de los textos; no me he referido a las críticas específicas a determinadas afirmaciones y omisiones, ya que la siguiente parte del presente trabajo estará dedicada al señalamiento de los aspectos concretos de los libros.

Los textos mismos

(En general, me referiré al texto de sexto grado —el de quinto es prácticamente idéntico, aunque contiene algunos errores de ortografía menos. Indico la página o el capítulo, según el caso.)

No me propongo mencionar aquí el total de las múltiples fallas de los libros; esto sólo tendría sentido en una revisión para una nueva edición, y no hace falta para llegar a una impresión general, crítica, de los mismos.

Redacción y ortografía / Claridad de expresión

Es sabido que casi no hay libro que no contenga algunas erratas, y también es muy difícil evitar una que otra formulación poco clara. Sin embargo, cuando tales fallas se presentan en tropel, no se puede omitir señalarlas en una crítica. Esto es tanto más importante en el caso de libros destinados a alumnos de primaria, a quienes más tarde exigiremos que sepan expresarse con claridad y en forma correcta. ¿Cómo podemos pretender que lo hagan, si los libros que les proporcionamos para su formación están llenos de defectos?

Flechas de tiempo. Como indican un desarrollo a través del tiempo, sólo deberían indicar una dirección.

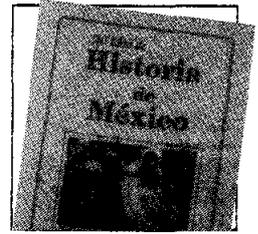
El México antiguo. (P. 5) Frutas y granos son vegetales. Se usa aquí el término como si fuera *vegetables* (inglés), que equivale a verduras. (P. 7) “Las épocas de secas y de lluvias.” No puede existir sola una frase de este tipo. (P. 10) Las principales ciudades (olmecas) no se construyeron en San Lorenzo... sino en lo que *hoy* se llama San Lorenzo... (P. 14) “No se sabe bien cuál era su forma de gobierno. No obstante, Teotihuacan fue un señorío poderoso...” ¿Qué tiene que ver nuestra ignorancia acerca de la forma de gobierno con el poderío de la ciudad? (P. 20) “Los toltecas escogieron Tula, hoy en el estado de Hidalgo”, para establecer su capital. Debería ser: “en el hoy estado de Hidalgo”. *El siglo XIX.* (P. 85) En la flecha de tiempo, el Plan de Ayutla aparece en 1854; en el texto dice 1855. *El siglo XX.* (P. 109) En la flecha, la renuncia de Porfirio Díaz se sitúa en 1912, y en el texto (correctamente) en 1911.

Datos sobre la organización económica y social. El México antiguo. No se habla de la propiedad de la tierra. El *calpulli*, no sólo era una forma social, sino también de propiedad colectiva.

La época colonial. (P. 47) Al hablar de la economía de los indígenas, no se señala la explotación que éstos sufrían. No se indica que la propiedad de la tierra indígena era fundamentalmente comunal, no privada. Apenas se menciona la explotación por España, y se olvidan las prohibiciones de cultivos. En general, en el tratamiento de la Colonia, la descripción separada de los distintos aspectos impide una comprensión de la estructura social, económica y política.

Al hablar de la herencia colonial, se señalan bien los múltiples orígenes del actual pueblo mexicano, pero se hace caso omiso de las etnias sobrevivientes, que forman parte de éste con características propias.

El siglo XIX. (P. 102) No se señala que los ferrocarriles se construyeron sobre todo en función de las empresas extranjeras, para la exportación de materias primas y la apertura de mercados. Sólo en forma secundaria favorecieron la economía nacional. (P. 106) Los cultivos de buen rendimiento comercial no “afectaron la estabilidad de las comunidades indígenas tradicionales”; los hacendados, con el apoyo del gobierno porfirista, las despojaron de



tierras, para ampliar sus cultivos y para obligar a los indios a trabajar como peones (Morelos, Yucatán...). (P. 107) No se dice que el arbitraje de Porfirio Díaz respecto a los trabajadores de Río Blanco, que llevó a la protesta de éstos y a su represión sangrienta, consistió en que los obreros debían acatar a los patrones. Se destaca (en el porfiriato) el papel industrializador de la inversión extranjera, sin hablar de que las ganancias generadas por el trabajo de los obreros pueden ser llevadas al extranjero, y que la economía queda mucho más sujeta que antes a las influencias externas. No se plantea si hubiera habido otra posibilidad de industrialización (como la de Japón, en el mismo periodo).

El siglo XX. (P. 128) ¿El nacionalismo económico consiste en fortalecer el país y el desarrollo económico, sin más? ¿No debería incluir la aspiración de fortalecerlo en beneficio de la nación, de sus mayorías? (P. 133) No se menciona que el ejido puede ser colectivo. Los ejidos de La Laguna (Coahuila-Durango) fueron colectivos y tuvieron éxito durante mucho tiempo. También hubo (y hay) otros ejidos colectivos, algunos florecientes y otros en malas condiciones. Se olvida la oportunidad que tuvo México de afianzar su industria después de la segunda guerra mundial, en que había acumulado una considerable reserva de divisas, que se dilapidó al permitir —aunque con restricciones— la entrada de artículos de lujo en lugar de orientar los recursos al desarrollo de la producción. (P. 138) “El México rural que iba quedando atrás...” No se dice que el gobierno llevó una política que favoreció la industrialización a costa de mantener bajos los precios de los productos del campo y que sacrificó así a los campesinos en beneficio de los empresarios urbanos. (Pp. 140-142) Al hablar del “desarrollo estabilizador”, que “se mantuvo durante casi 20 años, con buenos resultados”, no se hace mención de que se basó, en gran parte, en inversiones gubernamentales que incrementaron la producción, las oportunidades de trabajo, de ascenso social, y las ganancias de la iniciativa privada. (P. 146) En 1982, la mexicana “era ya una sociedad plenamente urbana”. Tal parece que habían desaparecido los campesinos, que siguen constituyendo un alto porcentaje de la población. No se hace mención de las etnias, con sus características propias. (P. 151) Desde 1989 hay un (modesto) crecimiento económico; no se menciona la

alta tasa de desocupación, ni el problema de la productividad, que ciertamente tiene que incrementarse, pero esto da por resultado, a igual producción, un menor empleo, y, si no hay aumento de salarios o baja de precios, mayores ganancias.

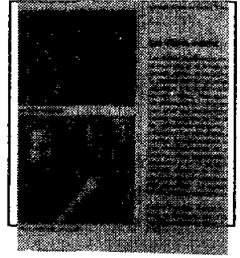
Cultura. El México antiguo. Al hablar del calendario, no se menciona el ciclo de 52 años. No se habla de los sacrificios humanos.

La época colonial. (P. 41) Se menciona correctamente el sincretismo religioso, al indicar que en el Tepeyac se sustituyó el culto a Tonantzin, “nuestra madrecita”, por el de la Virgen María. (P. 42) Los frailes no sólo estudiaron la religión y costumbres de los indios; también participaron en la destrucción de muchas de estas formas culturales.

El siglo XX. (P. 132) Al hablar de la educación socialista (cuyo establecimiento en la Constitución no fue promovido por Cárdenas, como afirma el libro), no se dice nada de la enorme expansión del sistema educativo, desde las escuelas rurales hasta las superiores (IPN). (P. 154) Al reseñar a “los creadores de nuestra cultura”, se citan escritores, artistas, pensadores, etcétera, y se olvida el concepto de cultura popular, que abarca también la de las etnias.

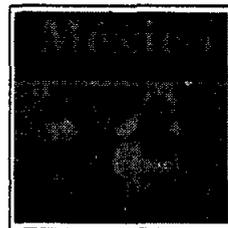
Organización y movimientos políticos. La época colonial. (P. 51) En las leyes de Indias había muchas contradicciones; “por eso...”, en ocasiones no se aplicaban. ¿Por contradictorias, o por no convenir a los intereses de las autoridades y propietarios novohispanos? (P. 59) En la “afirmación mexicana de la patria” se menciona exclusivamente la actitud de los criollos, y la evolución intelectual correspondiente. Ambas fueron importantes, pero no se debe olvidar el sentir de los indios, mestizos y castas, que también consideraban suya la tierra.

El siglo XIX. (P. 68) Se da la impresión de que la rebelión de independencia fue el resultado de un sentimiento intelectual y de ejemplos externos. Se olvida la aspiración de las masas populares a mayor libertad y mejor vida, que se expresan en que Hidalgo enarbola el estandarte de la Virgen de Guadalupe (símbolo popular, como lo dicen antes los libros), en su decreto de liberación de los esclavos y en el respaldo popular que recibe. (P. 70) No se menciona que los ejércitos de Hidalgo llegaron a las goteras de la ciudad de



México, después de haber vencido en el Monte de las Cruces, gracias al arrojo popular. (P. 70) Se omite la diferencia entre la rebelión popular (Hidalgo, Morelos) y la lucha de los terratenientes (Allende, Abasolo, también Iturbide en la fase final). Se habla (p. 71) de que la población pobre apoyó a Hidalgo y a Morelos, pero se olvida la furiosa reacción de muchos criollos (Iturbide, por ejemplo) y del alto clero. La misma ausencia se encuentra en la mención del Plan de Iguala (p. 72). (P. 73) Iturbide no “propone” la creación de un imperio: da un golpe de Estado, con el apoyo de quienes desean conservar sus privilegios, y se proclama emperador. En toda la descripción de las primeras décadas de la vida independiente de nuestro país, debería señalarse la existencia de las dos grandes tendencias —conservadora y liberal— con sus confusiones y entrecruzamientos. Es correcto no presentarlas como “buenas” y “malas”, pero no pueden omitirse del relato histórico. (P. 85) No se indica en qué consiste el proyecto liberal de 1855-1857. (P. 87) Se dice, correctamente, que el liberal Mora (pero no sólo él) había propuesto crear un Estado sin corporaciones privilegiadas; se omite su planteamiento de desamortizar los bienes del clero, para impulsar la vida económica. No se dice que la Reforma estableció la libertad de cultos; aunque Juárez nunca dejó de ser católico, puso los intereses de la patria por encima de sus sentimientos religiosos. (P. 89) “Los emperadores llegaron...” El único emperador que hubo en México fue Iturbide; el archiduque de Austria, para el gobierno legítimo de México y la mayoría de su pueblo, nunca fue más que un usurpador. (P. 90) Según el libro, parece que la resistencia contra la ocupación francesa y el gobierno de Maximiliano fue sólo del presidente Juárez y de otros dirigentes, y se omite la acción popular. (P. 90) Maximiliano fue liberal y “mostró interés por la suerte de los indios y de los trabajadores”. Cierto, pero, ¿esto justifica la usurpación, que no se menciona? ¿Por qué se citan aparte indios y trabajadores? (P. 91) Se dice que Maximiliano fue mandado fusilar por Juárez, pero se omite que fue sometido a juicio legal y condenado. (P. 93) Lerdo de Tejada estableció el Senado. ¿Qué función tiene? (P. 97) Díaz rompió el ciclo de asonadas militares. Ya lo había roto Juárez, civil, que aplastó la rebelión de P. Díaz.

El siglo XX. (P. 110) Es muy discutible que Madero se haya enfrentado “con valor a esos problemas” (fundamentalmente los campesinos). No se menciona su lucha contra Zapata, ni los planteamientos de éste. (Pp. 112-113) Parece que la ocupación de Veracruz (se olvida la resistencia popular y de la H. Escuela Naval) se debió a una provocación de Huerta y, por tanto, fue justificada. (P. 118) “El poder presidencial no tiene más límites que los establecidos por la Constitución y el tiempo” (que está señalado en la propia Constitución). Se desconoce aquí que una autoridad o funcionario sólo puede actuar en lo que la ley le indica expresamente. (P. 119) La educación primaria “debe ser obligatoria”; la Constitución dice que “será obligatoria”. (P. 119) La educación que imparta el Estado “debería ser laica y gratuita”; la Constitución vigente dice que “será laica” (artículo 3o., inciso I) y que “toda la educación que el Estado imparta será gratuita” (artículo 3o., inciso VII). (P. 122) Zapata cayó asesinado en una emboscada; se olvida quién la tendió. (P. 129) No sólo los Estados Unidos no agredieron a México, como era el deseo de las empresas petroleras (por 1925), sino que hubo una activa defensa popular y gubernamental mexicana. (P. 129) “La Iglesia católica rechazó algunos artículos de la Constitución de 1917...” No fueron “algunos artículos”, sino la Constitución como tal, y no sólo fue la Iglesia Católica mexicana, sino su cabeza internacional, el Vaticano. (P. 131) En México no se podía organizar un partido “semejante a los que existían en Europa y Estados Unidos” (que son muy diferentes entre sí): el mexicano era una organización de los caudillos provenientes de la Revolución (lo señala correctamente el libro), mientras que los europeos parten de planteamientos programáticos. En “Ideas principales” del capítulo que abarca hasta 1934, se dice que “México empezó a dejar atrás la época de los caudillos...” El maximato fue una época de caudillos; se empezó a superar con el gobierno de Cárdenas. (P. 132) Cárdenas no sólo apoyó los movimientos obreros y campesinos; se apoyó en ellos. Este apoyo popular organizado fue decisivo, entre otros factores, para el rompimiento del maximato e hizo posible las grandes reformas que ensancharon la vía para el desarrollo del país, y le dieron carácter popular. (P. 136) La segunda guerra mundial está descrita en forma extremadamente superficial.

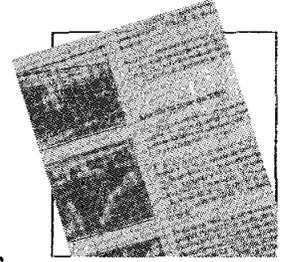


Se olvidan la teoría racista del nazismo y la pretensión de Alemania y de sus aliados de dominar el mundo. No se habla de los ideales proclamados por los aliados, de libertad, respeto humano, etcétera. Desaparece por completo la alianza antifascista mundial, que, no sólo pertenece a la historia universal, sino también a la nacional. (4o. grado, p. 73) Dice: “Los aliados ganaron y México se benefició”. No es justo atribuir al país esta actitud convenenciera. (P. 143) A mediados de los sesenta, “algunos sectores de las clases medias no creían en el milagro” (económico mexicano). No era cuestión de creer; había verdaderos problemas. (P. 145) El gobierno (de Echeverría) no sólo trató de resolver los problemas económicos y políticos con mayor gasto; también reprimió. (P. 149) No se habla de la solidaridad popular frente al terremoto de 1985 (sí se menciona en el libro de 4o. grado). (P. 150) Al hablar de las elecciones de 1988, se dice que fueron reñidas. No se menciona, como se hace en el caso de 1940, quiénes compitieron ni que hubo grandes sectores populares que cuestionaron o, de plano, rechazaron los resultados afirmados por el gobierno. (P. 151) No se menciona que hubo y hay distintas opiniones acerca de las reformas al artículo 27 constitucional. (P. 159) (La historia) “enseña también que cuando deja de respetarse la ley, las instituciones se vuelven opresoras y surgen desacuerdos y violencia”. Aquí se olvida que los “desacuerdos y violencia” se generan por injusticias y contradicciones sociales; las leyes no son justas “por sí”, sino cuando se elaboran de acuerdo con los intereses populares. (P. 159) Al plantear las carencias y necesidades actuales de México, se olvida el reforzamiento de la independencia política, económica y cultural, que se plantea ante el país de acuerdo con las condiciones mundiales actuales.

Relaciones internacionales. Siglo XIX. (P. 75) Inglaterra reconoció la Independencia (antes había apoyado a Mina —olvidado en los textos—), ayudó y prestó dinero. No se habla de los problemas que causa posteriormente la deuda internacional que ahí se crea. (P. 82) “Con el pretexto de un ataque mexicano, Polk declaró la guerra (contra México)...” No se dice que el ataque fue contra tropas norteamericanas instaladas en territorio que México consideraba suyo, y no de Texas. (P. 83) No se señala el papel desastroso de Santa Anna

en la guerra con los Estados Unidos. Se menciona adecuadamente la defensa popular de la ciudad de México. En el Tratado de Guadalupe Hidalgo, se “cedía a Estados Unidos...”

El siglo XX. (P. 134) El gobierno de los Estados Unidos, efectivamente, no realizó una intervención militar contra la nacionalización petrolera, pero no la vio con “comprensión”, sino con hostilidad, y tuvo que aceptarla porque necesitaba la buena voluntad de América Latina en la guerra que se acercaba. (P. 134) Al hablar de la guerra civil de España, no se hace mención del fascismo, ni del apoyo que el gobierno y el pueblo mexicanos prestaron al pueblo español. Se menciona muy bien el enriquecimiento que significó para México la llegada de los republicanos españoles. (P. 151) México no “empezó una época de acercamiento con Iberoamérica...” (en el periodo de gobierno actual); ha practicado una política latinoamericanista desde el siglo pasado.



Algunos otros datos

En este apartado, voy a presentar algunos aspectos de los textos, que no forman parte específica de los temas tratados anteriormente, pero que son de interés para la apreciación general de los libros que comento.

La época prehispánica. (P. 5) Los habitantes de América no vivieron totalmente aislados del resto del mundo antes de la llegada de Colón. Es casi seguro que hubo contactos a través del sur del Pacífico, y por otras vías. (P. 5) No se habla de Nuevo Mundo por la supuesta separación, como dice el libro, sino porque fue nuevo para los europeos. (P. 33) “Se sabía que la Tierra es redonda”. No es redonda, como se dice vulgarmente, sino esférica.

La época colonial. (P. 42) “Los ídolos”. ¿Por qué emplear este término peyorativo?

El siglo XIX. (P. 94) Se habla del “cacique Manuel Lozada” en Nayarit. Es infortunado el uso del término cacique, de connotación peyorativa, para designar a ese dirigente que defendió intereses populares (como se señala en el texto).

El siglo XX. (P. 153) “No todos los pueblos que vivieron en el actual territorio de México fueron, desde el principio,

mexicanos.” Más bien, ninguno lo fue, ya que el pueblo mexicano se forma posteriormente.

Historia de México-Guía Didáctica

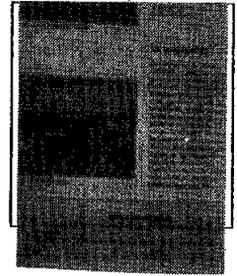
A diferencia de los textos destinados a los niños, la *Guía* que se entrega a los maestros indica quiénes realizaron la colaboración, la contribución, la asesoría y la revisión.

La *Guía* consta de varias partes, entre las que hay que citar un capítulo dedicado a los libros de historia de México, que dice correctamente cómo deberían ser éstos (pero no son); otro, extenso y que me parece excelente, de “Sugerencias para la enseñanza de la historia”; continúa con una cronología bien concebida, que relaciona en dos columnas paralelas la historia nacional de México con la universal, pero que desgraciadamente no está exenta de errores.

Selección entre éstos los siguientes: 1789: “Lavoisier denuncia la ley de la conservación de la materia”. 1847: “Krupp (por Krupp) en Alemania fábrica (por fabrica) el cañón de acero”. 1848: “Tratado de Guadalupe Hidalgo. Estados Unidos aumenta su territorio...” No se menciona la resistencia popular contra Maximiliano. No se menciona la sublevación de Porfirio Díaz contra Juárez. 1881: “Occidentalización e industrialización de China. 1903: “Programas (por pogroms) antisemitas en Rusia. 1913: no se menciona el levantamiento de Carranza contra Huerta. 1917: “Puerto Rico forma parte de Estados Unidos (falso) y entra en la primera guerra mundial” (¿Puerto Rico?). 1929: “Última rebelión militar (Escobar y Manzo)” (¿Cedillo en 1938?). 1938: “Creación del PRM” (en vez de transformación del PNR en PRM). 1960: “Creación de la Central (por Confederación) de Trabajadores de México (CTM)” (fue en 1936). 1973: “Se instituye la jornada laboral de 5 días” (en la columna de México). 1984: “Gorbachov, presidente de la URSS” (falso). Años noventa: “México se va integrando al resto del continente”. “Tratado de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos” (todavía no es vigente).

La última parte de la *Guía* está constituida por un “Glosario” en que se encuentran algunas afirmaciones muy especiales. Cito unas pocas de ellas: “ASCENSO SOCIAL.

Ganar más dinero y tener más prestigio” (por lo tanto, la mayoría de los artistas, de los académicos, etcétera, no pueden tener ascenso social). “AUTONOMÍA. Independencia... No depender de nadie.” Falso: la autonomía se refiere al régimen interno de una institución o región, pero no excluye que dependa de una autoridad superior. “CONVICCIONES. Conjunto de creencias o valores de un individuo o grupo político”. ¿Un grupo religioso no puede tener convicciones? “DIOSES PATRONOS. Dioses que defienden o amparan a determinado señorío, pueblo o barrio.” ¿Esto es una verdad científica o una creencia? “REPÚBLICA RESTAURADA... Después de cinco años de guerra, Juárez derrotó a Maximiliano y ‘restauró’ la república.” Las comillas en “restauró” indicarían que la palabra no se usa en su sentido propio, o sea, que Juárez *no* hubiera restaurado la república.



Análisis general de los textos

Realizada esta reseña de críticas y contenidos, necesariamente incompleta, presentaré un análisis general y mis opiniones al respecto.

Objetivos

Es indudable que un texto escolar debe estar orientado por un concepto educativo. En el caso que nos ocupa, éste tiene que estar basado en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que proporciona, en su artículo tercero, una indicación muy clara. Dice el inciso II de dicho artículo:

El criterio que orientará a esa educación se basará en los resultados del progreso científico, luchará contra la ignorancia y sus efectos, las servidumbres, los fanatismos y los prejuicios. Además: a) Será democrática, considerando a la democracia no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.

En los párrafos siguientes del mismo inciso, se contienen mayores indicaciones, con la misma tendencia, sobre el carácter nacional y la contribución a la mejor convivencia humana que debe procurar la educación.

En mi opinión, la intención de la Constitución es clara: se trata de formar un ciudadano consciente, que conozca y ame a su patria, que sepa que es parte de la humanidad y que puede y debe colaborar en la superación de los problemas que lo afectan en lo personal, en su familia, en su comunidad, en su país y, finalmente, en los de todos los seres humanos.

¿Los textos cumplen sus objetivos?

Con la simple enumeración de las múltiples fallas de los libros, y también de las que contiene la parte informativa de la *Guía*, ya habría que concluir que estos materiales no son adecuados para alcanzar los fines que señalan la Constitución y la más elemental lógica didáctica. Se impone, por lo tanto, una revisión cuidadosa, para que puedan servir efectivamente a los alumnos y a los maestros, y no constituyan una fuente de error y de desinformación.

Sin embargo, las objeciones que hay que hacer rebasan en mucho lo que podría subsanarse con una buena fe de erratas. Veamos.

De entrada hay que decir que los textos, en parte por un erróneo concepto de síntesis y de brevedad, de ninguna manera pueden atraer la atención de los alumnos. La presentación en “cápsulas” podría ser útil a un lector adulto interesado (si los libros no tuvieran la multitud de errores que contienen), pero de ninguna manera incitará a un niño a leer los materiales, ni menos lo emocionarán. El relato y el “colorido humano” son indispensables, aunque es correcto no confundir la historia con el recuento de anécdotas.

Se ha señalado acertadamente por muchos críticos que los libros privilegian a los personajes, a los gobernantes, a “la ley y el orden” en abstracto; dejan a un lado la acción y los sentimientos populares, la iniciativa de los “que no son visibles”. También omiten la situación de la mujer y su importante participación en muchas de las luchas que ha librado el pueblo mexicano, así como la existencia actual de

las etnias (sin olvidar que señalan adecuadamente, en varios momentos, las distintas fuentes de la nacionalidad mexicana).

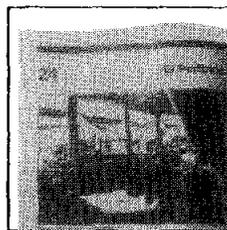
En lo que respecta a las relaciones de México con otros pueblos y estados, prácticamente desaparecen las agresiones sufridas por nuestro país (o hasta se justifican, como se ha visto al reseñar aspectos de los textos), y se menciona muy escasamente la resistencia popular frente a estos ataques.

Los tres elementos señalados, la ausencia de relato, la casi total omisión de la acción popular y el soslayo de las agresiones y de sus responsables, dan por resultado que de ninguna manera se pueda creer que los libros tiendan a fortalecer un legítimo orgullo nacional, ni que puedan llevar a que el niño, futuro ciudadano, se sienta portador, partícipe y responsable del futuro de la patria. Esto ya ha sido comentado por diversos críticos.

Hay otro aspecto, que no parece haber sido señalado hasta el momento, y que es de una importancia fundamental: los libros son profundamente dogmáticos. Los acontecimientos históricos y sus interpretaciones se presentan como si el criterio de selección y las explicaciones que se dan fueran los únicos posibles. Esta forma de exposición no corresponde, de ninguna manera, a un criterio científico y moderno.

La interpretación que la Europa medieval daba del mundo se basaba, fundamentalmente, en la "verdad revelada", enunciada sobre todo en la Biblia (hace pocos días, el papa Juan Pablo II declaró que la condena pronunciada en su momento por la Inquisición contra la idea heliocéntrica de Galileo fue un error, causado por una aceptación literal de las Sagradas Escrituras aceptadas por la Iglesia cristiana); el positivismo del siglo pasado, a su vez, veía la verdad científica como algo comprobado, inmovible.

Los científicos de hoy, que ciertamente se basan en los conocimientos ya elaborados antes, aceptan que hay una constante ampliación del saber humano y de la interpretación de los fenómenos, lo que frecuentemente lleva a cuestionar o a limitar verdades anteriormente aceptadas. Pensemos simplemente que el átomo, considerado en el siglo pasado como la partícula mínima de la masa, que ya no podía dividirse ni estar compuesto por otros cuerpos menores, es visto hoy como un conjunto de protones, electrones y neutrones, y la física constantemente encuentra nuevas



características y formas de la materia, que antes no se concebían siquiera. Las leyes de la gravitación, que para Newton y durante varios siglos fueron “universales”, han encontrado sus límites en la relatividad y en la física cuántica. Se podrían multiplicar los ejemplos.

Si esta dinámica del saber se da en las ciencias naturales, en las que aparentemente no se manifiestan intereses humanos contradictorios, existe con mayor razón en las que estudian fenómenos sociales. El “partidario de la ley y el orden” tenderá a condenar a Hidalgo o a Madero, que se rebelaron contra las normas de su tiempo, mientras que los sostenedores de otros ideales y aspiraciones encontrarán justificadas sus acciones. Por cierto, muchas veces las actitudes que favorecen la permanencia de lo fundamental de un orden existente se manifiestan con una aceptación de revoluciones y subversiones del pasado, pero las rechazan para situaciones posteriores, como se expresa en el lema “Orden y progreso”, cuya interpretación sería mantener lo básico de la situación existente y avanzar dentro de ella, lema que cuadra perfectamente con la actuación del porfirismo y, lógicamente, de los grupos dominantes y beneficiarios del mismo.

Como ya lo señalé antes, los textos presentan una verdad aparentemente indiscutible. Con ello, no educan en un sentido moderno, ni para cuestionar, analizar y profundizar los conocimientos, sino para aceptarlos de manera mecánica.

El examen realizado hasta aquí, y los razonamientos expuestos, llevan a la conclusión de que los libros no cumplen con el mandato constitucional de formar ciudadanos libres y conscientes, sino que tienden a educar súbditos, acostumbrados a aceptar ciegamente lo que se les diga; que también pueden llegar a rebelarse, en condiciones de grave malestar, pero que tendrán serios problemas para analizar críticamente la situación a que se enfrenten y para actuar conscientemente.

¿Qué textos de historia necesitamos?

Algunos sectores han planteado que no debería haber libros de texto oficiales, ya que, opinan, la educación de los niños es

un derecho de los padres. Tal atribución de los progenitores parece indiscutible, pero no debe hacer olvidar otro derecho: el de los niños a recibir una información y formación que les permita, en su oportunidad, escoger libremente, con conciencia y conocimiento, el tipo de vida que deseen llevar. Y tiene que ser una función de la sociedad, a través de un órgano responsable, la que garantice la posibilidad de ejercer ese derecho; no puede depender exclusivamente de la orientación particular, respetable pero no siempre informada ni abierta a la crítica. Valga aquí añadir que cualquier decisión que adopte una persona adulta será más valiosa si es el resultado de una reflexión informada que si proviene del desconocimiento de otras opciones. Por ello, opino que es necesario que el Estado mexicano, a través de su órgano responsable, que es en este caso la Secretaría de Educación Pública, proporcione a los ciudadanos en formación las bases necesarias para que ejerzan esta libertad. Más adelante plantearé algunos requisitos para que esta función pública no constituya un monopolio del saber y de la interpretación, lo que sería contrario a los objetivos que se persiguen.

No es ocioso advertir, como ya lo he hecho más arriba, que la supresión de los textos gratuitos proporcionados por el Estado agravaría la situación económica de amplios sectores de la población y conduciría a que muchos niños carecieran de los libros necesarios para su estudio, acentuando así la diferencia entre los distintos estratos de nuestra población.

Por supuesto, para que los libros cumplan su función deben reunir determinados requisitos de calidad. Es necesario que sean atractivos para los niños y, desde luego, que carezcan de los múltiples errores de que adolecen los actuales.

Los textos deben constituir un apoyo para el trabajo de los niños y de los maestros. Es cierto que éstos pueden corregir muchas de sus fallas, pero no es posible exigir al maestro de primera enseñanza, que debe enseñar múltiples materias, que sea especialista en todas ellas o que estudie historia a fondo. Además, ¿a quién deberían tener confianza los educandos, a los textos o a las correcciones que les presenten los profesores? ¿Cómo podrían diseñarse estudios y evaluaciones comparativos si los maestros se ven obligados a introducir correcciones, de acuerdo con su personal conocimiento?



Desde luego, la información que presente la *Guía* debe ser tan confiable como se pretende que sea la de una buena enciclopedia.

Considero un acierto que los libros abarquen hasta el momento actual: la historia no “terminó cuando nacieron nuestros abuelos”, como planteaba un distinguido historiador de principios del siglo; continúa hasta hoy, y mañana abarcará lo que haya sucedido hasta ese momento. Llevar esta conciencia al niño es necesario para hacerle comprender que él participa ya, y participará con mayor intensidad al llegar a adulto, en el devenir histórico de su localidad, de su nación, del mundo. Lo anterior no significa que los hechos recientes puedan presentarse en forma triunfalista, o que se incluyan detalles mínimos en los textos.

El último punto es el relativo a la orientación que deben tener los libros. Al hablar del carácter dinámico de la ciencia, ya señalé que, en mi opinión, no puede haber una información y menos una interpretación “imparcial” de hechos sociales. La simple selección de los fenómenos históricos que se describen descansa en una concepción, en una consideración de qué es importante y qué es secundario. Esto mismo se aplica, con mayor razón, a la explicación de los acontecimientos. Muchos de los ejemplos citados en páginas anteriores corroboran esta afirmación.

Sin duda, suele ser honesta la frecuente exigencia de relatar e interpretar la historia “sin ideología”, “sin tomar partido”, pero resulta que la pretendida neutralidad es, de hecho, la peor forma de parcialidad. Se basa en juicios y prejuicios, muchas veces inconscientes, que se toman como verdades indiscutibles, lo que impide su análisis. Se llega así a una actitud profundamente conservadora, que se fundamenta en sobreentendidos a los que no cuestiona, o sea, a una posición dogmática que niega la posibilidad de la razón humana de plantear superaciones que rebasen lo aceptado como fundamental en un momento dado.

¿Cómo pueden evitar los textos “oficiales” caer en esa situación? Por una parte, deben hacer ver que expresan *una* concepción, *un* punto de vista, y no una verdad indiscutible. Por supuesto, no es posible introducir en un texto para niños de 10 a 12 años de edad una consideración teórica de ese tipo —no están en condiciones de asimilarla—. Lo que sí se puede

hacer es señalar donde convenga que hay otras opiniones, o que se expresa lo que se conoce en este momento —así sabrá el niño que en el futuro podrá haber nuevos conocimientos y que existen distintos puntos de vista—. Esto es perfectamente comprensible para cualquier persona, y constituye también una formación en el respeto a opiniones distintas de las suyas.

Se ha criticado que los libros tienen una orientación “oficialista”. Aunque yo no comparto esta orientación, me parece lógico, legítimo e inevitable que el gobierno contrate, para elaborar los libros que va a editar, a personas que compartan sus concepciones fundamentales. Esto no cambia si se someten a concurso los textos, ya que éste deberá estar sujeto a los programas aprobados por la propia SEP, y los jurados tendrán que ser escogidos de acuerdo con los mismos lineamientos.

¿Cómo puede evitarse entonces un adoctrinamiento oficial, acríptico e impositivo? Ya señalé una forma: indicar, en los mismos textos y en las ocasiones en que convenga, que se trata de una selección o, en su caso, de una interpretación, y que hay otras; se puede y se debe invitar a alumnos y maestros a conocerlas y examinarlas.

Es necesario que los autores de los libros se responsabilicen de los mismos, y que sus nombres aparezcan en ellos; no es admisible que sus selecciones y afirmaciones sean modificadas por anónimos “correctores de estilo”.

Por último, las propias escuelas deben hacer accesibles a maestros y alumnos otras obras, que respondan a distintos puntos de vista. Esto puede hacerse mediante la recomendación de tales libros, para que sean adquiridos por los interesados, y, desde luego, deberían estar disponibles en todas las bibliotecas públicas, tanto de las propias escuelas como de tipo general.

Elaborando libros de alta calidad, que respondan a los requisitos didácticos correspondientes y que inciten a pensar y a analizar, junto con la disponibilidad para todos de otros textos, la escuela podrá desempeñar un importante papel en la formación de ciudadanos conscientes, que amen a su patria y estén dispuestos y deseosos de participar en la superación de ellos mismos, de sus familias, de su localidad, de su nación, y que se sientan parte, solidaria y activa, del devenir de la humanidad misma.



CAPITALISMO VERSUS CAPITALISMO

sol arguedas

Afirmar que el neoliberalismo está en crisis o que ha fracasado es hacer cuentas demasiado alegres, o dar por realizado ya lo que es, quizás, manifestación de los primeros síntomas de su deterioro. Los fenómenos sociales (económicos, políticos, culturales) no tienen plazos definidos, ni son simultáneos, aunque estén interrelacionados; por eso se alargan sus periodos en la historia.

Si además se ofrecen como argumentos probatorios de aquella afirmación la creciente miseria generalizada en el mundo, y particularizada en nuestra América Latina, con su cauda de desesperanzado sufrimiento humano; la escandalosa polarización de la riqueza social entre cada vez menos individuos ricos —pero más ricos—, y cada vez más numerosos individuos pobres —más pobres—, y los penosos y prolongados esfuerzos económicos de los países explotados, brutalmente borrados en instantes mediante especulaciones financieras o bursátiles internacionales, cabría preguntar a los optimistas profetas de un inminente derrumbe neoliberal: ¿desde cuándo le han importado el sufrimiento y la desesperanza de los pobres, de los desposeídos, de los débiles física y económicamente, a los dueños del dinero?

Ellos no abandonarán las políticas económicas neoliberales

sino cuando éstas *dejen de ser funcionales para sus propios intereses*. ¿Habrá llegado o estará llegando ese momento?

Cabe, por tanto, investigar el peso y la dimensión verdaderos que en la salud del sistema tienen los aparentes síntomas de debilitamiento del liberalismo económico; por ejemplo, la tenaz recesión de la economía estadounidense y las dificultades por las que atraviesan otras economías desarrolladas; los graves y frecuentes desequilibrios en las bolsas de valores; las reacciones adversas del electorado en el reciente proceso

Sol Arguedas. Profesora e investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Autora de varios libros, entre ellos, *Cuba no es una isla*.

político en los Estados Unidos; la parálisis en la Ronda Uruguay del GATT; y algunos otros posibles síntomas más.

Sin embargo, una cosa es el consejo de no adelantar vísperas y otra es reconocer que, de todos modos, el neoliberalismo está emplazado para su transformación. ¿Qué vendrá después?

En la gran crisis mundial del capitalismo de los años veintinueve y siguientes se hundieron las políticas económicas de corte liberal clásico para dar entrada a la revolución keynesiana con su Estado interventor, el que maduraría en el llamado Estado benefactor, asistencial o de bienestar. A su vez, este último naufragó en la otra gran crisis económica originada en los años setenta tempranos, lo que dio vía libre a la reaparición del liberalismo económico, esta vez bajo el nombre de “neoliberalismo”. ¿A qué dará paso la derrota de este último? ¿A un “neo”keynesianismo, a un “neo”Estado benefactor?

Ciertamente, las situaciones político-sociales respectivas durante las dos crisis económicas citadas han sido muy distintas, pero muestran algunas características esenciales comunes: ambas se presentan como crisis generalizadas del capitalismo en escala mundial y marcan, respectivamente, el inicio de un importante viraje del mismo respecto de la situación anterior.

De la primera de estas dos máximas crisis en este siglo —la de los años veintinueve y siguientes— conocemos sus consecuencias. Tal conocimiento nos ha permitido comprender el contexto socioeconómico y político-filosófico en el que se desarrolló la otra de estas dos crisis: la de los años setenta. Lo que debe ocuparnos ahora es la identificación de los componentes de esta última, ya que no podemos contar con el cabal conocimiento de todas sus consecuencias: es todavía temprano.

Se cayó el socialismo “real” (o de tipo soviético): se modificó la organización bipolar del mundo y se acabó la *guerra fría*. Se dice que está en crisis (¿aparente?) el capitalismo salvaje (neoliberal): los Estados Unidos pierden hegemonía económica y política sobre el mundo. Un gran desconcierto paraliza, en buena medida, a la llamada “izquierda” en todas partes; mientras la “derecha” modera su actitud triunfalista de apenas ayer y se inquieta. ¿Qué está ocurriendo?



Se cuestionan concepciones y teorías de las ciencias sociales que se construyeron en el llamado “Occidente” (sus países pobres incluidos) durante el transcurso de los siglos en los que se gestó y consolidó el capitalismo; pero la realidad capitalista de hoy se escapa y no coincide con el pensamiento teórico habitual.

Son muy diversas las modalidades que adquieren los cambios en Occidente: en Europa, en Canadá, en los Estados Unidos, en América Latina, pero responden al que parecerá un denominador común: la a veces lenta, a veces acelerada, disolución de la hasta aquí llamada “modernidad” dentro de la civilización occidental (cuyo paulatino deterioro viene de muy atrás).

Una modernidad cuyos componentes filosóficos (y religiosos), político-sociales, científico-teóricos, artísticos, psicológicos, morales —cada uno con su desarrollo intrínseco y su peculiar historia dentro de los tiempos “nuevos” que siguieron a la Alta Edad Media— se integraron gracias a la transformación tecnológica (la revolución industrial), por una parte, y a la revolución francesa, por la otra, en esa totalidad compleja que conocemos, precisamente, como “modernidad”. (La modernidad ahora en quiebra.)

Hoy día estamos entrando, con otro formidable cambio científico-tecnológico en curso, en otro proceso civilizatorio que, esta vez, no se circunscribe a Occidente y alcanza a toda la “aldea global” en la que se está convirtiendo el planeta Tierra. Este nuevo proceso civilizatorio se llama, obviamente, “posmodernidad”:

Es lógico que en la transición tengamos mayor conciencia acerca de lo que se hunde —ya que son los valores, conceptos e instituciones que nos han formado— y que tengamos menor conciencia acerca de lo que surge, ya que frecuentemente su comprensión precisa de una verdadera revolución mental y psicológica, y exige una vasta información en campos muy variados.

Cuando se empezó a hablar de la crisis del marxismo, fueron pocos los que percibieron que lo que estaba realmente en crisis era ese capitalismo cuya anatomía —y consecuente fisiología— había descubierto Marx: el capitalismo competitivo, el que se regía por las leyes del mercado y por las libertades empresarial y comercial, el

capitalismo liberal que floreció en el siglo XIX y empezó a ser agredido por los monopolios. Un capitalismo que había propiciado la formación de los estados nacionales y que, recíprocamente, había recibido de éstos todos los impulsos que fueron necesarios. Un capitalismo en el que el capital financiero se subordinaba a la industria; un capitalismo industrial de capitales productivos.



Ese capitalismo está dejando de ser. (Lógicamente deja de funcionar plenamente su principal exégeta, Carlos Marx, cuyas teorías económico-políticas ya no embonan bien en el nuevo capitalismo que está surgiendo.)

Los capitalisms (los capitales) se *internacionalizaron* ayer (en un cambio claramente cuantitativo) para *transnacionalizarse* hoy (en un cambio fundamentalmente cualitativo).

El Estado-nación se debilita por las agresiones de las gigantescas empresas transnacionales, siendo estas últimas la objetivación en la práctica de ese fenómeno abstracto llamado “transnacionalización del capitalismo”; también constituyen la transformación cualitativa —aunque en buena medida también cuantitativa— de los viejos monopolios del siglo pasado, que tuvieron su culminación alrededor de la primera guerra mundial. Las empresas transnacionales actuales —que se conformaron en la segunda posguerra mundial— cumplen con su naturaleza de máximos monopolios: coartan la plena libertad de comercio mundial y entorpecen el libre juego de las fuerzas del mercado (por algo las empresas transnacionales han encontrado en el apóstol del liberalismo económico, el monetarista Milton Friedman, un encarnizado enemigo).

Las dificultades surgidas en la Ronda Uruguay del GATT —no importan los aspectos anecdóticos, que involucran a granjeros europeos y estadounidenses en pleito— se deben al más profundo conflicto entre lo que fue proyecto estadounidense de liberación irrestricta del comercio mundial (naturalmente, bajo su hegemonía), cuya meta era la formación de un mercado y una economía globales, planetarios, en conflicto con la formación de grandes bloques económicos regionales como trincheras para la defensa de aquellas empresas transnacionales con matrices todavía nacionales y de países que no quisieran ser avasallados por los Estados Unidos.

La maduración del bloque integrador de los países europeos (cuyos inicios a fines de los años cuarenta mostraron ya, entre otros estímulos, la determinación de sacudirse la tutela estadounidense resultante del Plan Marshall y de los convenios sobre la defensa conjunta, principalmente), y la creciente importancia del otro grave bloque económico asiático, convencieron a los estadounidenses de la necesidad de postergar su proyecto globalizador (la libertad irrestricta del comercio mundial), proyecto que les es intrínsecamente propio como vanguardia que han sido hasta ahora de la evolución del capitalismo mundial, y los convencieron también de adoptar otro proyecto coyuntural —la Iniciativa de las Américas—, el que, con la decisiva ayuda de México (¿como esquirol en América Latina?) les proporcionaría su propio ámbito geopolítico para establecer un bloque económico en el que se apoyarían para competir con europeos y asiáticos.

Esta nueva modalidad, aceptada a medias, dado su comprensiblemente escaso entusiasmo por el ya expresidente Bush y por parte de su equipo —no obstante ser sus autores visibles— estará a prueba en la administración del electo presidente Clinton. Por ahora vemos que el GATT, criatura de los propios estadounidenses para servir a su proyecto globalizador, hoy se juega la existencia ante la amenaza de una guerra comercial *inter* bloques regionales.

Que los bloques comerciales regionales constituyen un freno para el proyecto integrador y globalizador inmediato de las economías que van dejando de ser “nacionales”, no cabe duda; pero también es cierto que es lícito especular con la idea de que tal “regionalización” (o ampliación de los ámbitos nacionales) no es sino un paso intermedio —quizás imprescindible— para una posterior e inescapable globalización económica total. Son comprensibles las múltiples razones por las cuales el Estado-nación no se rendirá fácilmente ni a corto plazo, así como también es lícito vaticinar que su rendición no significará su desaparición. Los estados nacionales no desaparecerán: lo que ocurre es que se están transformando sus funciones tradicionales.

¿Cuáles son esas funciones tradicionales?

El Estado-nación fue, a la vez, causa y efecto de la exitosa evolución del capitalismo. Por archisabida, no abundo aquí

en la descripción de esa íntima relación establecida entre el Estado-nación y el desarrollo de mercados internos, de economías nacionales.

El Estado-nación se convirtió en el gendarme que guardaba todas las fronteras nacionales sustentantes del concepto de soberanía: fronteras territoriales, aduanales, jurídicas, culturales, entre otras; que establecía relaciones internacionales marcando las distancias precisas; que fue, a la vez, producto y productor de esa modernidad identificable con la entonces “nueva” civilización que nació *con*, y fue propiciada *por*, el capitalismo en formación y consolidación.

Así funcionó el Estado-nación hasta el momento en el que las fronteras dejaron de ser útiles en la evolución capitalista para empezar a convertirse en obstáculos; el momento en el que las antiguas relaciones internacionales se transforman en verdadera interdependencia entre países y regiones; el momento en el que empieza a surgir una distinta civilización, propiciada —o vertebrada— por otra incontenible explosión revolucionaria científico-tecnológica, a la que llamamos posmodernidad.

Si hoy nos parece clara la transformación que está sufriendo el concepto —y el sujeto mismo en la práctica— de “Estado”, no es igualmente clara la transformación del concepto “nación” en la actualidad.

Se reconoce en todas partes el deterioro que sufren los partidos políticos junto al auge que experimentan los movimientos sociales. (En nuestro país esto es evidente: PRI, PRD y PAN se “modernizan” entre muchas veces confusos conflictos internos; mientras surgen movimientos sociales como hongos después de la lluvia y se fortalecen notablemente algunos de ellos.) En cambio, no se reconoce por lo general la vinculación de dicho deterioro y auge de partidos políticos y movimientos sociales, respectivamente, con el debilitamiento del Estado-nación y con el surgimiento de fuertes y enconados nacionalismos por doquier.

La relación entre los decadentes tanto estados nacionales como partidos políticos es obvia, pero no lo es la vinculación entre el Estado-nación y los nacionalismos que, aunque latentes desde mucho atrás, han salido a la luz recientemente; pienso en Yugoslavia, en la ex URSS, en Canadá (con Quebec), por nombrar algunos. Estos nacionalismos se fincan



más en los lazos étnicos, religiosos, lingüísticos, tradicionales (*culturales* en una palabra), que en la defensa de esa concepción un tanto artificial que se ha llamado Estado; por lo contrario, el Estado sucumbe —lo estamos viendo— allí donde entra en conflicto con la *nación* o las *naciones* que contiene.

Así pues, hay congruencia entre el paulatino desmoronamiento de la civilización propia del capitalismo anterior y la transformación de las funciones tradicionales que, como defensor de esta civilización, poseía el Estado-nación. Sus nuevas funciones están en formación y hay que identificarlas y elaborarlas teóricamente.

Lógicamente, están en quiebra todos los componentes de la civilización “burguesa”. (Ojo: el adjetivo sirve únicamente para señalar y diferenciar su carácter capitalista anterior: ¿acaso se les podría llamar “burguesías” a las tecnoestructuras de las que hablaba Galbraith?) Tales componentes en transición van, desde los valores objetivos y subjetivos, hasta las instituciones de todo tipo.

La civilización “burguesa” que rodeaba ese capitalismo hoy en retirada está desmoronándose también bajo la piqueta de un nuevo capitalismo en surgimiento (lo cual resulta paradójico, ya que hasta hace poco se pensaba que sería el socialismo “real” el que enterraría esa civilización “burguesa”).

Resulta sumamente productiva esta idea (o hipótesis) de una formidable lucha entre un capitalismo que está dejando de ser y otro que está surgiendo —determinantes ambos, y determinados a la vez, por sendas civilizaciones en conflicto en variadísimos aspectos, para analizar y comprender la realidad de nuestro mundo actual. (De aquí el título de este ensayo: capitalismo *versus* capitalismo.)

Sólo restaría añadir que, de acuerdo con esta hipótesis, el derrumbe del socialismo “real” no ha sido sino un subproducto de aquella gigantesca batalla de proporciones históricas dentro de la evolución del capitalismo. De igual manera, se podría especular —y parecería lógico— acerca de la aparición de un nuevo socialismo en consonancia con la maduración del capitalismo de nuevo tipo en formación y consolidación.

EL MARXISMO DESPUÉS DEL FIN DE LOS COMUNISMOS

immanuel wallerstein

El marxismo... debe perecer inevitablemente, tarde o temprano, incluso bajo su forma teórica... Retrospectivamente (y sólo retrospectivamente) sabremos, por su manera de perecer, qué consistencia tenía el marxismo.

E. Balibar (1989)

Marx ha muerto muchas veces, pero ha experimentado otros tantos renacimientos. Como para todo pensador de esta envergadura, es a la luz de la actualidad que es preciso releerlo, puesto que hoy en día no sólo es Marx quien muere una vez más; es también toda una serie de estados que se habían atribuido la etiqueta marxista-leninista los que se encuentran conmocionados y que en su mayor parte se derrumban. Ante esta situación, algunas personas se regocijan, otras entristecen, pero raros son quienes intentan hacer un balance juicioso y ponderado.

Recordemos de entrada que el marxismo no es la suma de las ideas o de los escritos de Marx, sino más bien un conjunto de teorías, de análisis y de recetas de acción política —inspiradas sin duda en los razonamientos de Marx— que fueron erigidas en una especie de canon; esta versión del marxismo, que llamaré dominante, se debe a los aportes paralelos y sucesivos, conjuntos mas no conjugados, de dos partidos históricos: el partido socialdemócrata alemán (sobre todo en el periodo anterior a 1914) y el partido bolchevique,

Immanuel Wallerstein. Uno de los más destacados investigadores de la actualidad. Historiador y sociólogo. Autor de conocidos libros sobre la economía-mundo.

que se convirtió en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Si bien la versión dominante del “marxismo” no ocupó nunca sola el terreno, otras versiones permanecieron, hasta una época relativamente reciente, decididamente minoritarias. Los verdaderos inicios de la *escisión* del marxismo no datan, en efecto, sino de la revolución que sacudió al mundo en 1968 (ver Lefebvre, 1976). Una cierta confusión surgió de la coincidencia de esta revolución con el estancamiento, y luego el fracaso, de los estados etiquetados como marxistas.

Para salir de esta confusión es preciso aceptar un desafío particularmente delicado: intentar separar, en la medida de lo posible, por una parte, las tesis del “marxismo de los partidos” (versión dominante), que están gravemente comprometidas —incluso totalmente refutadas— por el derrumbe de los estados del “socialismo real”; y, por otra, las tesis de Marx o aquellos aspectos de su pensamiento (o aun los de la práctica de los marxistas) que no estaban —o no estaban esencialmente— implicados en la experiencia de los estados-partidos.

El razonamiento siguiente puede resumirse en estos términos: lo que ha muerto es el marxismo como teoría de la modernidad, teoría coexistente con la del liberalismo y, a decir verdad, inspirada en él. Lo que aún no ha muerto es el marxismo como crítica de la modernidad (incluyendo la manifestación histórica de esta última, la economía-mundo¹ capitalista). Lo que ha muerto es el marxismo-leninismo como estrategia política, que, bien considerada, fue una estrategia reformista. Lo que aún no ha muerto es la tendencia antisistémica popular y marxizante que anima ciertas fuerzas sociales reales.

I

Me parece que la teoría del marxismo, convertido en marxismo-leninismo, reposaba de hecho en cinco tesis principales. Éstas no emanaron de los marxólogos, sino de los marxistas practicantes y fueron elaboradas a través de la praxis de los partidos.

1. Para alcanzar los fines últimos de la humanidad, o sea, la sociedad comunista, es indispensable tomar lo más pronto posible el control del poder del Estado, lo que sólo puede hacerse por medio de una revolución.



Esta tesis es menos clara de lo que parece. ¿Qué quiere decir “tomar el control del poder del Estado”? Más difícil aún, ¿en qué consiste una “revolución”? Tales han sido las cuestiones en torno a las cuales se han desarrollado debates tácticos encarnizados dentro de los partidos, sin recibir nunca respuesta definitiva. De esta forma, las acciones políticas decididas en situaciones concretas y, consecuentemente, muy diversas, tenían siempre el aroma del oportunismo.

Sin embargo, dos imágenes prevalecían en todas las mentes: la de una insurrección popular, o la de una victoria aplastante en las elecciones parlamentarias, que deberían acarrear un cambio fundamental, durable e incluso irreversible, de las estructuras del poder, y que era, pues, obligado llevar hasta el punto de no poder dar marcha atrás.

Los partidos que no estaban en el poder trataron, por todos los medios, de alcanzar ese punto de retorno imposible. Los que lograron tomar el poder (aunque fuera por medio de rumbos distintos de los señalados por la teoría) se esforzaron por todos los medios de entronizarse en él y de probar, de esta manera, que la “revolución” representaba totalmente un punto de retorno imposible. La llegada al poder de un partido tal se concebía un poco como algo semejante a la llegada de Cristo a la tierra. Esto no era ciertamente el fin de una era, se estaba lejos de ello, pero era un momento del cual la historia debería salir irreversiblemente transformada.

Si los acontecimientos de 1989-1991 han tenido el efecto de un shock, particularmente doloroso para los adeptos del marxismo-leninismo, es porque el concepto mismo del momento de transformación histórica irreversible se encontraba desmentido. Más que una decepción profunda, su ruina acarrearía el derrumbe de una de las premisas de base de toda acción política.

2. Para conquistar y mantener el poder, es indispensable que las llamadas fuerzas progresistas y/o la clase obrera constituyan un partido organizado y universal.

Ya trátase de la organización de masas, preconizada por los socialdemócratas alemanes, o del grupo de vanguardia, preconizado por los bolcheviques, el Partido estaba llamado a convertirse en el hogar espiritual de sus cuadros; de la misma manera que sus militantes estaban llamados a consagrar lo esencial de su vida a la conquista, y después al mantenimiento en el poder, del Estado.

El Partido tenía que ocupar un lugar central, e incluso exclusivo, en la vida de sus militantes. Todo lazo con otras organizaciones, o también, toda sensibilidad ajena a su programa, representaban una grave amenaza para su eficacia. Esto es lo que explica su gran desconfianza hacia las religiones, mucho más que su ateísmo doctrinal. Por el mismo motivo rechazaba todo movimiento nacionalista, étnico, feminista, etcétera.

Claramente, el Partido había proclamado que los conflictos de clases tenían mayor importancia que todos los otros (calificados como epifenómenos). Repetía con insistencia que en realidad las "otras" luchas constituían una distracción con relación a la tarea central, a menos que éstas estuvieran integradas en su programa como consideraciones tácticas provisionales y subalternas. Mas lo que él temía, por encima de todo, era que sus miembros no le acordaran un sacrificio irrestricto. De hecho, podríamos preguntarnos si los partidos en el poder verdaderamente habían logrado instaurar estados totalitarios; mas lo que me parece claro es que pretendieron, e incluso lograron, establecer el totalitarismo en el seno mismo de su organización.

Subsistía, sin embargo, una contradicción profunda entre las dos primeras tesis. Abordando la construcción de los partidos, la segunda tesis ("marxista") fue a la vez formulada y adaptada con vistas a la etapa de movilización que debería preceder a la conquista del poder del Estado. Ahora bien, ésta no convenía del todo a la etapa en la que la conquista del poder ya se había efectuado y en la que el Partido se había convertido en Estado.

El papel del Partido-Estado era profundamente ambiguo. En efecto, por más que éste funcionara, el Partido no era sino una cámara de decisión en donde un grupo muy restringido regulaba las cuestiones políticas corrientes y en donde un poder muy personal se rodeaba de una opacidad

cómplice. Para la mayoría de los militantes, el Partido se había convertido en un simple instrumento de ascenso individual en la vida cotidiana.

De hecho, el Partido era todo, salvo un hogar espiritual, y su estructura se había vuelto perfectamente ilegítima ante los ojos de todos aquellos que lo observaban desde el exterior, mientras que sus miembros lo consideraban con cinismo. Se le soportaba, mas ya no se hacían sacrificios por él.

Si la “revolución” no llegó a ser irreversible, fue precisamente a causa de esa naturaleza del Partido en los estados donde había podido tomar el control; y fue para expulsar del poder a este tipo de Partido (más que por otros motivos) por lo cual los pueblos destruyeron los regímenes comunistas cuando la coyuntura mundial se los permitió.

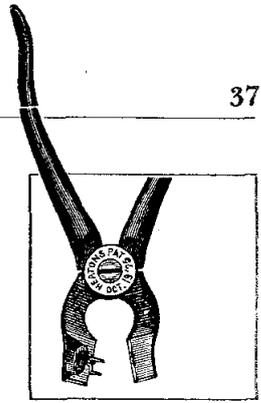
3. Para asegurar la transición del capitalismo al comunismo, es preciso instaurar la dictadura del proletariado, es decir, devolver el poder entera y exclusivamente a la clase obrera.

“Dictadura” y “proletariado” fueron dos elementos muy discutibles de esta tesis. Cualquiera que hubiera podido ser el significado de la palabra “dictadura” en el momento de su primer empleo, su real significado histórico fue la eliminación, en estos estados, de todos los derechos cívicos llamados burgueses, que habían sido instituidos, al menos parcialmente, en las democracias parlamentarias de los estados “liberales”.

La palabra, y frecuentemente hasta la autorización de existir, fueron negadas a toda institución política que no fuera controlada por el Partido en el poder, y esto mismo sucedía con todos los organismos de reflexión o de debate que reivindicaban su independencia.

Sin embargo, aun si el debate público era sustituido por el monólogo, esto no implicaba enteramente la ausencia de toda discusión o toda división política. Mas estos debates eran estrictamente privados, limitados a un puñado de individuos, y los refunfunamientos ocasionales que ponían a veces límites a ciertas decisiones políticas representaban la única forma de expresión de la población.

Una dictadura tal pretendía encontrar su justificación en el hecho de que el Estado y el Partido “pertenecían” a la clase



obrero. ¿Qué era éste en realidad? En efecto, numerosos dirigentes, en una proporción más elevada que en los otros estados del sistema-mundo, habían pertenecido en su juventud a la clase obrera. Pero, una vez convertidos en miembros de la clase dirigente, se habían aburguesado y habían constituido esta famosa *Nomenklatura*, de reputación dudosa.

Es también verdad que, entre el común de los mortales, un obrero calificado ganaba, por regla general, tanto o más que un maestro de primaria o un “trabajador intelectual” promedio. Esto era, sin duda alguna, la inversión en la escala de los salarios más practicada en la mayoría de las regiones de la economía-mundo. Pero no porque estuviera invertida dicha escala había sido abolida.

En su centro de trabajo, el obrero no tenía ninguna posibilidad de ejercer sus derechos sindicales ante la dirección. En realidad, éste tenía menos libertad de reivindicación que en un Estado no socialista. Los obreros tenían, sin embargo, dos grandes compensaciones: una protección social muy avanzada (particularmente la garantía de empleo) y el derecho tácito a una baja productividad. Mas las ventajas sociales dependían en realidad de los ingresos, y, en consecuencia, de las posibilidades del Estado; y cuando hicieron su aparición serias dificultades financieras provocadas, entre otros motivos, por la falta de productividad, la protección social sufrió las consecuencias. Todo esto condujo a una crisis social y, desde entonces, los llamados estados socialistas ya no pudieron satisfacer las expectativas del pueblo. Aquí entró en escena el sindicato Solidaridad, con todo lo que ello acarreó.

A pesar de todos los discursos oficiales, casi nadie tenía la impresión de vivir en un Estado gobernado por los obreros. Cuando mucho, la gente creía vivir en un Estado que luchaba por el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera; dicho de otra manera, en un Estado reformista, y cuando las pequeñas ventajas comenzaron a reducirse, el régimen perdió rápidamente todo apoyo social.

4. El Estado socialista constituye una etapa inevitable y necesaria de la ruta justa y universal que conduce directamente al progreso y a la realización de la utopía comunista.

Tal era la versión leninista (o, más precisamente, estalinista) de la teoría del progreso legada al marxismo; pero también al liberalismo, por el Siglo de las Luces, que a su vez había sido adoptada —por una especie de *Aufhebung* (conservación-supresión-superación)— de una versión secularizada de la escatología cristiana.

La teoría de las etapas, fundada en la fe inquebrantable en el progreso, justificaba todo. Afirmando que todo lo que sucedía bajo la égida del Partido —infalible garantía de progreso— iba por buen camino, ésta aportaba una garantía moral y racional, no solamente a las tres primeras tesis, sino también a todas las desviaciones fuera de los senderos señalados por la tradición marxista.

En vista de que cada una de estas etapas se conformaba a las reglas, ninguna regresión podía tener lugar. De la misma manera, ya que, gracias al Partido, las etapas históricas estaban definidas sobre una base científica, cada militante se convertía, por definición, en apóstol del progreso. En una palabra, desde el momento en que los obreros estaban en el poder, el Estado no podía sino progresar de manera infalible.

La teoría de las etapas ha permitido, incluso exigido, que los jóvenes estados revolucionarios sean tomados bajo la protección de los estados más avanzados; esta forma de padrino reposaba sobre la jerarquía natural que reinaba en el seno de la familia de los estados marxista-leninistas (y más allá de los estados progresistas). Donde unos hablaban de imperialismo, los otros hablaban del deber natural.

Durante el largo periodo en el que la opinión pública tuvo razones para creer en la realidad del progreso, el derecho del más fuerte, así teorizado, no suscitó demasiado malestar; mas el estancamiento, que condujo siempre a exacerbar los conflictos latentes, no tardó en acarrear oleadas antiimperialistas, pruebas innegables, para todos, del desmoronamiento de los estados marxista-leninistas, pero también del “mundo” socialista en vías de desaparición, en tanto que entidad geopolítica unida y estructurada.



5. Para pasar de la etapa actual (la del Partido en el poder) al comunismo, es preciso construir el socialismo, es decir, perseguir el desarrollo nacional.

Fue en los estados soberanos e independientes —y asediados— donde los partidos comunistas llegaron al poder. Sin embargo, mientras que Marx había anunciado las primeras revoluciones en los países desarrollados, a la cabeza del progreso tecnológico, las sucesivas tomas del poder se produjeron en estados periféricos y semiperiféricos de la economía-mundo.

De esta manera, la “construcción del socialismo” sufrió una formidable metamorfosis y señaló, desde entonces, el proceso por medio del cual los estados iban a alcanzar a los países centrales de la economía-mundo capitalista. Este proyecto reposaba en tres pilares.

El primero era la planificación, que exigía, sin embargo, enormes estructuras burocráticas extremadamente pesadas. En honor a la verdad, ésta desempeñó bien su papel durante el periodo de acumulación primitiva; pero, a medida que la infraestructura se modernizaba, fue necesario dotar a la planificación de una estructura que estuviera a la altura de nuevas complejidades —lo que encajaba mal con la primacía del Partido—. Una vez reducida a una simple concertación entre caídas² que, en materia económica, corrían tras los acontecimientos, la planificación estaba manifiestamente condenada al fracaso.

El segundo pilar de la “construcción del socialismo” fue la industrialización a ultranza y lo más autárquicamente posible. Esto significaba olvidar que la industria no es un juego de construcción, sino un complejo de actividades cuya rentabilidad, sometida a un grado de difusión mundial de la tecnología, está en constante evolución. En realidad, a medida que el progreso tecnológico se difundía a través del mundo (y la “construcción del socialismo” contribuyó mucho a esto), estas industrias se volvían cada vez menos rentables y poco susceptibles de conducir a la recuperación del retardo económico.

El tercer pilar fue una mercantilización desenfrenada que es difícil considerar sin ironía, ya que ésta iba al encuentro de todas las ideas recibidas sobre la sociedad comunista. Mas para sostener la planificación y la industrialización, fue necesario hacer pasar a los hombres, a su trabajo y a sus tierras a través del mercado, aun si éste era un mercado que se intentó someter a un control central, lo más severo posible.

Al principio, el desarrollo nacional constituía el más grande logro de los países socialistas. Las tasas de crecimiento eran elevadas y el optimismo reinaba. Sin embargo, el estancamiento económico mundial de los años 1970 y 1980 reveló que los países socialistas se encontraban en el mismo atolladero que otros países periféricos reconocidos como tales (el Tercer Mundo). Ésta fue una inmensa decepción en los estados en donde se enorgullecían del desarrollo nacional, más que de ninguna otra cosa.

En suma, una tras otra, cada una de las cinco tesis del marxismo de los partidos (marxismo realmente existente) fueron nuevamente puestas en tela de juicio, particularmente por aquellos mismos que habían sostenido estos regímenes. Al despedir al marxismo (-leninismo), creyeron que iban a desembarazarse de Marx; mas esto no es tan sencillo. Expulsado por la puerta, Marx regresa por la ventana. De hecho, él no ha agotado, lejos está de ello, ni su papel político, ni su potencial educativo. Es esto último lo que vamos a examinar ahora.



II

Cuatro ideas-ejes (que habría que llamar, probablemente, pero de ninguna manera exclusivamente, marxistas), que ocupaban un lugar central en el pensamiento de Marx, me parecen sin duda todavía útiles, y hasta indispensables, para el análisis de nuestro mundo moderno. A pesar de todas las experiencias negativas de los estados y movimientos marxistas (-leninistas) en el siglo XX, éstas permiten esclarecer de manera sugestiva nuestras elecciones políticas.

1. *Lucha de clases*. “Es bastante claro que la identidad del marxismo depende enteramente de la definición, del alcance y de la validez de su análisis de las clases y de las luchas de clases. Fuera de este análisis, ya no hay marxismo...” (E. Balibar, 1988, p. 211).

Recordemos, antes que nada, que una parte importante de la oposición interna de los estados-partidos que obedecen al marxismo-leninismo nació de una lucha de clases: la lucha de los obreros comunes contra una nueva burguesía de índole particular llamada *Nomenklatura*, que Marx habría analizado

con tanto deleite, tomando el caso de la Polonia de 1980-1981, como lo había hecho con la Francia de 1848-1851.

La idea de que existen clases con intereses sociales diferentes y hasta antagónicos no pertenece propiamente a Marx. Ella estaba presente ya, en Europa Occidental, en las discusiones políticas del periodo de 1750-1850. No era tampoco una idea de izquierda. Pero Marx y Engels la han dramatizado en su *Manifiesto comunista*, y desde entonces ésta se ha convertido, prácticamente, en el eje central de los movimientos obreros.

El concepto sólo ha suscitado dos objeciones de fondo, de las cuales una es moralizadora, política en consecuencia, que es ésta: “ciertamente, las luchas de clases se declaran por aquí y por allá, pero éstas no son ni inevitables ni deseables”.

Esto equivale a afirmar que la lucha de clases no es sino una opción política (o sea, una elección voluntaria) cuyo carácter moral y racional están sujetos a caución. Provenientes generalmente de la derecha política, los que sostienen esta opinión predicán a la clase obrera una política de negociación, de reconciliación y de colaboración.

Cualquiera que sea la eficacia práctica, estas recomendaciones son ajenas al análisis marxista, ya que si, de manera indudable, una cierta tonalidad moralizante caracteriza los escritos de Marx, éste siempre se guardó de pasar por un predicador o un profeta, ateniéndose, por encima de todo, a su papel de analista —de analista científico—. De este modo, quienquiera que pretenda refutarlo debe colocarse en el mismo plano que él. Marx no invita a los obreros (ni a otras categorías sociales) a desencadenar la lucha de clases, pero constata que éstos ya están involucrados en ella, frecuentemente hasta sin haber cobrado plena conciencia de esto.

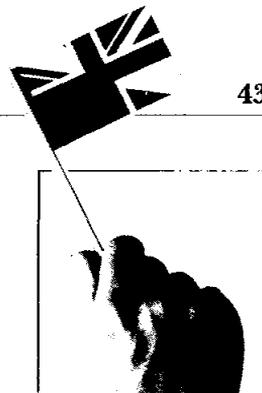
Marx utiliza aquí dos premisas ampliamente (pero no universalmente) difundidas. Según la primera, los hombres se defienden batiéndose por el mejoramiento de sus condiciones de vida; en consecuencia, militan contra aquellos que los explotan y sacan provecho de sus dificultades. Esta afirmación tiene fuerza, es difícil de negar, ya sea que los explotados sean frecuentemente débiles, resignados y miedosos, y rara vez fuertes, determinados y valerosos, estas constataciones competen exclusivamente al comentario sobre

la táctica de las luchas; pero la lucha de clases no deja de ser una realidad.

Según la otra premisa, los hombres que se encuentran en situaciones objetivamente paralelas o similares tienen tendencia a reaccionar de la misma manera, tanto y tan bien que pueden presentar reacciones de grupo, en este caso, de clase, aunque ningún grupo sea nunca totalmente homogéneo o monolítico. Por otra parte, si se renuncia a observar y a analizar las acciones de los grupos sociales en el mundo, se pierde toda posibilidad de alcanzar la realidad social viviente. Una vez más, Marx se contenta con subrayar la realidad histórica de las luchas de clases. Para constatar esta realidad, sería necesario demostrar, de una manera empírica, que tales luchas no han existido nunca, lo que no es, de ninguna manera, empresa fácil.

Una segunda objeción es, sin embargo, más sólida. Ésta consiste en sostener que la lucha de clases es exagerada, empíricamente menos importante de lo que se sugiere y que, sin duda alguna, no viene sino detrás de otras formas de lucha social. En cualquier parte del mundo esta objeción es frecuentemente presentada, tanto en los medios derechistas, como en los de izquierda. Se evocan, a este respecto, las luchas nacionales o nacionalistas, raciales, étnicas o religiosas, los conflictos entre hombres y mujeres. Estas luchas son muy reales y es forzoso constatar que los marxistas (Marx mismo incluido) las han, durante largo tiempo, descuidado, denigrado, y algunas veces hasta denunciado, y esto por una simple razón: por el hecho de que las divisiones en el seno de la clase obrera eran su obsesión permanente; su estrategia ha consistido siempre en anularlas a cualquier precio. En el plano teórico, esto ha conducido a subestimar, deliberadamente, la importancia de todas las divisiones sociales que no correspondían a las divisiones de clases.

La insuficiencia del análisis marxista de fenómenos tales como el nacionalismo, el racismo, los conflictos étnicos o el enfrentamiento entre los sexos ha sido reconocida desde hace por lo menos veinte años; dicho de otra manera, ésta ha sido cuestionada mucho antes de los acontecimientos de 1989. ¿Es preciso, por ello, considerar, de ahora en adelante, que existen múltiples luchas sociales distintas e independientes unas de otras, y todas de igual importancia?;



es preciso más bien admitir que existe un hilo conductor que permite explicar por qué y cómo ciertas formas de lucha salen a la luz aquí y ahora, más que en otros lugares y en otros momentos? Podemos remitirnos a Marx mismo, que ha intentado demostrar, en el *18 Brumario*, cómo la lucha de los propietarios campesinos disfrazaba, en el fondo, una lucha de la clase obrera.

La tesis de que las luchas de clases son inevitables y fundamentales no ha sido del todo debilitada por el surgimiento de otras formas de lucha, ya que siempre es posible demostrar que estas últimas competen en el fondo a la lucha de clases (véase Wallerstein, 1988 *a y b*). A decir verdad, la tesis de Marx gana aún más fuerza si explica que los hombres continúan sus luchas de clases bajo la forma de “luchas de pueblos”, cuyas razones y modalidades deben ser igualmente explicitadas. Esto nos permite comprender mejor las incertidumbres de la historia moderna. Mas es evidente que, partiendo de ahí, ya no es posible exaltar las virtudes del Partido organizado, englobante y único.

2. *Polarización*. El análisis del capitalismo por Marx otorga un lugar importante al fenómeno de la polarización, en el fondo, una polarización doble. Por una parte, Marx insiste en la tendencia a la polarización económica —la pauperización— que significa que los pobres se vuelven siempre más pobres y los ricos aún más ricos. Por otra parte, Marx pone en evidencia un proceso de polarización social por medio del cual todo el mundo termina por alcanzar, o bien la burguesía, o bien el proletariado, lo que anuncia la desaparición de las clases intermedias e inciertas que no se inscriben en ninguna de estas dos categorías.

La tesis de la pauperización se enfrenta, desde hace tiempo, al rechazo por parte de muchos que subrayan que, en los países industrializados, desde hace por lo menos un siglo los ingresos reales de la clase obrera han tenido un gran progreso. Éstos concluyen que no ha habido polarización absoluta ni tampoco polarización relativa (en razón, particularmente, de los mecanismos de redistribución del Estado-providencia). En consecuencia, se nos dice que Marx se equivocó tremendamente.

Ciertamente, se asiste, desde hace tiempo, al aumento de los ingresos reales de la clase obrera (más exactamente, al de

los obreros calificados) y nadie duda que la polarización absoluta entre la clase obrera y la burguesía no ha tenido lugar en estos países (lo que no se puede afirmar con la misma certeza de la polarización relativa).

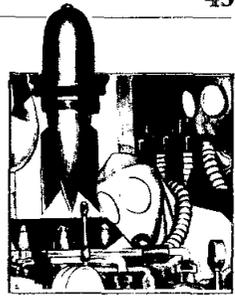
Sin embargo, es muy probable que, procediendo a un análisis en el que los países industrializados fueran examinados por separado, se cometerían los mismos errores que los marxistas “de partido” y los liberales clásicos. En efecto, tales países viven económicamente en la economía-mundo capitalista, precisamente allí donde se desarrollan los procesos descritos por Marx, y, cuando se considera la economía-mundo capitalista como una unidad de análisis, se descubren rápidamente dos cosas:

Por una parte, se advierte que la pauperización es permanente en esta economía-mundo, y que no sólo es relativa (según lo confiesa la banca mundial misma) sino absoluta, como lo testimonia evidentemente, por ejemplo, la incapacidad creciente de las regiones periféricas de la economía-mundo para producir lo suficiente para alimentar a las poblaciones locales).

Por otra parte, debe advertirse que la constatación del aumento de los ingresos reales de la clase obrera, en los países industrializados, procede de una visión demasiado estrecha. De hecho, es necesario recordar que estos países (al principio esencialmente los Estados Unidos, pero actualmente todos los otros) son países de inmigración donde arriban constantemente inmigrantes provenientes de los países periféricos, y que es notorio que estos inmigrantes no se benefician de ese aumento de los ingresos reales —lo que nos remite al tema precedente.

La “clase obrera” es un estrato intermedio compuesto en gran parte por individuos de origen local. La clase inferior está constituida en su mayor parte por inmigrantes (de primera o segunda generaciones). Para esas personas, la polarización económica es una realidad persistente. Mas, ya que éstos no son de “origen local”, desarrollan su lucha de clases enarbolando banderas de raza o de etnia.

Por lo que toca a la polarización social, ésta sólo puede negarse dando a la burguesía y al proletariado definiciones demasiado estrechas (derivadas de la situación social del siglo XIX). En cambio, si se aplican los criterios apropiados a estas



categorías —a estas gentes que viven esencialmente de ingresos comunes, pero polarizados—, se constata que Marx tenía toda la razón. Una proporción incesantemente creciente de la población mundial entra en estas dos categorías (el proletariado o la burguesía). Ésta no vive de sus propiedades ni de sus rentas, sino de su inserción en la economía real de nuestros días.

3. *Ideología*. Marx era materialista. Él pensaba que las ideas no caen del cielo y que no surgen simplemente de las elucubraciones de los intelectuales. Nuestras ideas, nuestras ciencias, reflejan la realidad social en la que vivimos, afirmaba él, y en este sentido todas nuestras ideas son partícipes de tal o cual entorno ideológico.

Entonces, es fácil destacar que esta verdad de Marx era válida, tanto para él como para la clase obrera, a la cual parecía reservar un trato particular (considerándola como una clase universal). Ciertamente, esta crítica es válida, pero no llega, de hecho, sino a ampliar el campo de aplicación de la tesis preconizada por Marx.

Hoy en día, a la hora del cuestionamiento de toda la herencia intelectual que el siglo XIX legó a las ciencias sociales e históricas, una reflexión sobre las bases sociales de nuestras ideas y de nuestros pensadores parece ser más necesaria que nunca.

Evidentemente, no es Marx quien inventó la tesis de la determinación social de las ideas, aunque se siga confundiendo a ésta con su manera de ver el mundo social. La opinión general considera que éste es un tema “marxizante”. No hay, en consecuencia, ningún motivo para disimular, ni la importancia de un análisis de las ideologías (incluido el marxismo), ni la importancia de la contribución que Marx mismo ha aportado a este análisis.

4. *Alienación*. Este concepto es menos conocido, ya que fue raramente utilizado por Marx mismo, a tal punto que algunos lo atribuían únicamente al “joven Marx”. Se tiende a abandonarlo; esto es sin embargo una lástima, porque es éste, en mi opinión, un concepto esencial en el pensamiento marxiano.

Considerando que ésta representa el mal supremo de la civilización capitalista, Marx considera el fin de la alienación como la realización más alta de la sociedad comunista, ya

que, según él, la alienación es la enfermedad que —en su principal encarnación, la propiedad— destruye la integridad de la persona humana. Luchar contra la alienación es luchar por restituir al hombre toda su dignidad.

La única manera de rebatir esta tesis consiste en pretender que la alienación es un mal inevitable (haciendo de éste una especie de pecado original), contra el que nada se puede hacer, salvo atenuar progresivamente sus efectos más perniciosos. Sería difícil negar, sin embargo, que es precisamente la alienación la responsable de las grandes cóleras sociales de nuestra época.

Marx nos ofrece la posibilidad de imaginar otra forma de sociedad. Sin duda podría reprochársele el no haber precisado mejor sus utopías, pero es a nosotros a quienes nos corresponde hacerlo. Su pensamiento está allí, ¿de qué y a quién serviría entonces renunciar a él por completo?



Traducción: *Gloria Espejel*

NOTAS

- ¹ Economía-mundo: este concepto fue elaborado por el historiador Fernand Braudel (1902-1985), quien abrió la ciencia histórica al estudio de las grandes regiones del mundo y al estudio de la larga duración; lo definió así: “La economía-mundo (expresión... que he forjado... para traducir un empleo particular de la palabra alemana *Weltwirtschaft*) no abarca sino un fragmento del universo, una parte del planeta económicamente autónoma, capaz en lo esencial de ser autosuficiente y a la cual sus lazos y sus intercambios interiores le confieren cierta *unidad orgánica*” (F. Braudel. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, t. 3, París, 1979). Braudel mismo cita, como ejemplos de economías-mundos, Cartago en su época de esplendor, el imperio romano, el universo helenístico, el Islam después de sus relampagueantes victorias en los siglos VIII y IX, el Mediterráneo del siglo XVI... Desde el siglo XIX, sin embargo, la economía-mundo capitalista (el sistema-mundo actual) cubre el planeta en su totalidad.
- ² Gobernadores o jueces en algunos países musulmanes.

BIBLIOGRAFÍA

Balibar, E., “¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?”, en E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe*, La Découverte, París, 1988.

Lefebvre, H., "Le marxisme éclaté", en *L'Homme et la Société*, núm. 41-42, 1976.

Wallerstein, I. (1988 a), "El conflicto de clases en la economía-mundo capitalista", en E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe*, La Découverte, París, 1988.

_____ (1988 b), "Conflictos sociales en África negra independiente: reexamen de los conceptos de raza y de *status-group*", en *ibid.*

Actuel Marx

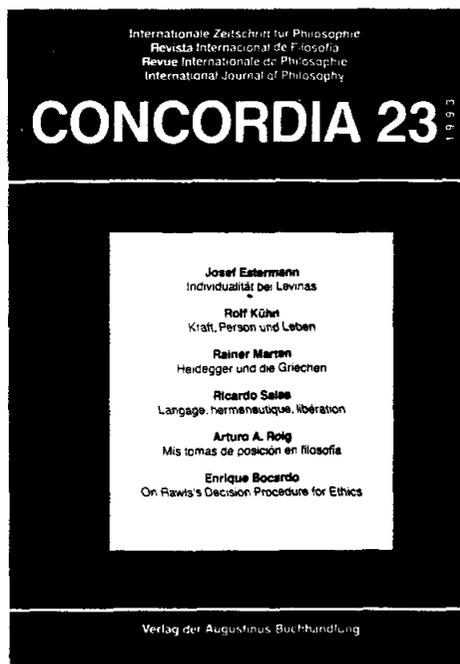
Revue internationale consacrée au marxisme
publiée aux Presses Universitaires de France (PUF)
avec le concours de l'Université de Paris-X
et du Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)



ABONNEMENT

Pour 200 francs, vous recevrez les deux numéros annuels d'*Actuel Marx*.
Pour 2 ans : 400 francs. Étranger : 250 francs. Pour 2 ans : 500 francs.
Adressez votre chèque et le bon ci-dessous à :

Presses Universitaires de France - Dépt. des Revues
14, av. du Bois-de-l'Épine - BP90 - 91003 ÉVRY Cédex - FRANCE
Tél: (1) 60.77.82.05 - Compte Chèque Postal : 1302 69 C - Paris



ISSN 0179-0846 · ISBN 3-86073-110-6

CONCORDIA

Internationale Zeitschrift für Philosophie / Revista Internacional de Filosofía /
Revue Internationale de Philosophie

Herausgeber / Editor / Editeur: Raúl Fornet-Betancourt
Redaktion / Redacción / Rédaction:
Raúl Fornet-Betancourt (verantwortlich), Kanonenwiese 5a, D-5100 Aachen
Alfredo Gomez-Muller, B.P. 14, F-75561 Paris Cedex 12
Heiodoro Fonseca, La Fraga, C-3-2, E-15320 As Pontes

© 1992 Raúl Fornet-Betancourt und
Augustinus-Buchhandlung-Verlag, Poststr. 66, D-5100 Aachen

LA IZQUIERDA HOY EN AMÉRICA LATINA

juan valdés paz

1. *¿Qué es la izquierda?*

● Al interrogarnos sobre una definición actual de la izquierda en nuestra región, debemos comenzar por el esclarecimiento de la pregunta. Varios son los sentidos adjudicados al término —menos complementarios entre sí que superpuestos— y muchos los usos circunstanciales del mismo; incluso caben fundadas dudas de que el término izquierda tenga iguales referentes en las sociedades centrales que en las periféricas. Con estas reservas, examinaremos algunos de los sentidos que nos parecen relevantes para una definición actual de la izquierda:

a) *La izquierda tópica.* La izquierda es una posición relativa a otras fuerzas políticas y sociales, según el observador que las distingue. Izquierda, centro y derecha designarían iguales correlaciones frente a contextos diferentes. En todo caso, la situación de la izquierda estaría determinada por las restantes fuerzas del espectro, de manera que la posición de izquierda podría estar ocupada por los más diversos actores y discursos, según el caso.

b) *La izquierda histórica.* Los que históricamente se han definido a sí mismos como la izquierda, y, más exactamente, los que han sido definidos como “la izquierda” en los distintos contextos históricos. En este sentido, la izquierda es también definida por un observador calificado.

Bajo esta definición, la izquierda es aquella identificada como tal en las historias de América Latina y el Caribe.

Juan Valdés Paz. Investigador del Instituto de América, Cuba. Especialista en estudios latinoamericanos.

Recuento necesario, pero no suficiente, y aún menos unívoco.

Es también un producto de los criterios del observador, quien deberá explicitar los contextos que definen a la izquierda, lo que plantea a la pregunta que nos hacemos una interpretación de los contextos actuales en los distintos

niveles. Al respecto, parece haber consenso en que la izquierda de hoy deberá definirse frente a 1) profundos cambios estructurales; 2) nuevas formas de la cuestión social; 3) cambios de los sujetos sociales y los actores políticos; y 4) crisis de identidad en el propio campo de la izquierda. Esta enumeración, por demás incompleta, supone su concreción en cada nivel, particularmente en las sociedades nacionales.

c) *La izquierda sustantiva*. Si bien la izquierda puede ser definida frente a sus contextos, ello no es suficiente para respondernos qué es la izquierda; falta una definición de las notas que determinan su posición frente a un contexto dado. De aquí el sentido de una izquierda sustantiva, fundada sobre valores, poseedora de una interpretación propia de la realidad, orientada por objetivos históricos y comprometida en una praxis transformadora.

La izquierda se constituye sobre una escala de valores, entre los que se destacan la plena dignidad humana, el altruismo y la igualdad. Su interpretación de la realidad la opone a una sociedad basada en relaciones de explotación y/o dominación entre los hombres y los estados. Sus objetivos históricos se orientan a la superación de esas relaciones, a la transformación radical de las sociedades basadas en las mismas. Su praxis se expresa en programas de lucha por la constitución de nuevas relaciones sociales y por representar los intereses de los sectores explotados, marginados y dominados de las sociedades históricas.¹

De lo anterior se desprende que la izquierda se define menos por su lucha inmediata por las reivindicaciones populares que por su lucha estratégica por transformar la sociedad actual, mediante los cambios necesarios. Pero la izquierda no es pura negatividad; es también aquella que lucha por sus conquistas y por reproducir las condiciones del cambio social, el poder de transformación alcanzado.

Toda izquierda se identifica con ciertos sujetos sociales y se representa en ciertos actores políticos. La definición de los sujetos sociales interesados en la transformación de sus condiciones es parte de su interpretación de la realidad social, y por tanto sujeta a error. La crítica de derecha a la designación de sujetos históricos privilegiados evade la verdadera cuestión: la existencia de sujetos colectivos e individuales dominados y/o explotados. La representación

de la izquierda en actores políticos es parte de su discernimiento sobre los medios adecuados a sus objetivos, entre los cuales ocupa un lugar privilegiado el poder político. Sin embargo, es importante retener que la izquierda no se reduce a un único sujeto social ni a un solo actor político. La diversidad social determina la diversidad de la izquierda, y no debe confundirse el papel social de los actores —productores, intelectuales, políticos, etcétera— con su identidad de izquierda.

La condición de izquierda y su expresión política en las sociedades periféricas nos plantea la cuestión de la relación entre izquierda y vanguardia política como dos subconjuntos intersecos. Si bien toda izquierda aspira a ser la vanguardia de su sociedad, ésta es una condición históricamente determinada: no se es de vanguardia, sino que se está a la vanguardia. En esta determinación juega un papel fundamental la interpretación de la realidad y la estrategia elegida para su cambio, y, primordialmente, la lucha individual y colectiva por realizarla. Cabe agregar, como señala Almeida, que en América Latina las vanguardias han estado acompañadas de otros rasgos definitorios, como representar la diversidad de la izquierda, tener un propuesta unitaria y haber alcanzado con éxito sus propósitos.²



2. *La izquierda en América Latina y el Caribe*

Una identificación sustantiva de la izquierda de América Latina y el Caribe la encontramos hoy entre aquellos sectores que comparten valores liberadores e igualitarios, de justicia y solidaridad; entre aquellos que reconocen en la realidad de la región sociedades de explotación en las que se superpone, a la opresión de los grupos dominantes locales, la dominación imperial de los Estados Unidos; entre los que asumen una praxis transformadora orientada a la consecución de los objetivos históricos de afirmación y progreso de sus naciones.

Son estos objetivos históricos, surgidos con el advenimiento de cada una de las sociedades nacionales y aún no realizados, los que determinan las reivindicaciones de la izquierda de ayer y de hoy, las metas en las nuevas condiciones; son los que califican las estrategias de lucha y

sus medios; los que corresponden a los intereses de las grandes mayorías de los pueblos de América. Podemos resumir estos objetivos históricos como siguen:

a) *Independencia y soberanía.* Completar su formación nacional mediante la conquista y consolidación de su plena independencia y autodeterminación. Ello supone la total soberanía sobre su territorio, recursos e instituciones, así como la libre determinación de su régimen social, sistema político, políticas externas e internas, y objetivos.

En un mundo crecientemente interdependiente e integrado, la independencia y soberanía han de expresarse en la igualdad entre los estados y naciones, en la simetría de sus relaciones y en la participación equitativa en los beneficios.

b) *Democracia.* Establecer la más plena democracia, entendida como la mayor igualdad, libertad y participación política, económica y cultural que sus ciudadanos puedan alcanzar en cada etapa de su desarrollo.³ A esta definición de democracia deberán corresponder las instituciones jurídicas y políticas que la realicen y preserven.

c) *Desarrollo.* Alcanzar el desarrollo económico y social más avanzados sobre la base de su propio esfuerzo, un orden nacional e internacional justos y la solidaridad de otros pueblos.⁴

d) *Cultura nacional.* Alcanzar su plena identidad mediante la creación de una cultura propia a la que se integren los valores de la cultura universal.

La lucha de las izquierdas nacionales por estos objetivos históricos ha sido desigual, sus logros diferentes entre países y su consolidación cada vez más precaria. De aquí que tales objetivos históricos sigan siendo un referente obligado de la izquierda y el contenido esencial de todos los discursos orientados al cambio de nuestras sociedades.

3. *La dimensión internacional de la izquierda*

No tan sólo por la tradición internacionalista de la izquierda, sino por la objetiva y creciente internacionalización de los procesos sociales, la izquierda sustantiva se identifica también hoy frente al contexto global. En este contexto distingue, por un lado, los llamados problemas globales; y, por el otro, el

orden internacional bajo el cual se relacionan las sociedades nacionales.

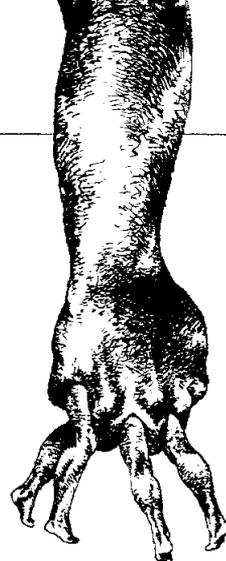
En el primer caso, la izquierda no sólo se define por su comprensión de aquellos problemas en que se compromete la suerte de la humanidad, sino por la vinculación de tales problemas a las relaciones dominantes en el sistema internacional, ya sean las relaciones de dependencia entre las naciones periféricas y las centrales, como las de dominación de éstas sobre aquéllas. En el segundo, se trata de las relaciones de desigualdad, dependencia, dominación y exclusión que el actual orden económico y político internacionales imponen a la inmensa mayoría de las sociedades nacionales. De esta situación se deriva que de manera creciente las transformaciones estructurales de las sociedades nacionales se vinculan a cambios en el actual orden internacional, lo que determina para la izquierda el doble carácter de sus objetivos.

Como un corolario del involucramiento internacional de la izquierda, está su praxis frente a dicha realidad, en la que se destaca su solidaridad con las naciones más afectadas por el comportamiento del sistema internacional y/o por las políticas generadas por las potencias dominantes.

La dimensión internacional de la izquierda en la región se vincula a la lucha por la unidad de las naciones latinoamericanas y caribeñas mediante procesos de integración económica y política autónomos que “les posibilite equilibrar las fuerzas que hoy conforman el sistema internacional, enfrentar la dominación de la potencia hegemónica y alcanzar a ser un actor relevante en el concierto mundial”.⁵

4. *Izquierda y socialismo*

En mi opinión, la consecución de los objetivos históricos antes señalados, en su doble dimensión nacional e internacional, lleva necesariamente a alguna forma de organización socialista de las sociedades periféricas y a algún nuevo orden político y económico internacional. De esta manera, una izquierda consecuente se verá ante un horizonte socialista.



El socialismo es actualmente para la izquierda, tanto una superación de las sociedades capitalistas, centrales y dependientes, como de las experiencias de los socialismos realmente existentes.

Es necesario apuntar que en América Latina y el Caribe sólo Cuba ha logrado llevar adelante una experiencia de transición socialista, que es, a la vez que otra opción de organización de las sociedades de la región, un ejercicio de soberanía y autodeterminación. La izquierda no puede hoy, sin obviar las críticas necesarias, dejar de ejercer su solidaridad con esta alternativa histórica de nuestros pueblos.

NOTAS

- ¹ El concepto propuesto por Bobbio para definir la izquierda actual, “la lucha por la igualdad humana”, podría ser apropiado siempre que se le interprete en los contextos reales de sociedades de explotación y de dominación. Cfr. N. Bobbio, “Nuevas fronteras de la izquierda”, en *Leviatán*, núm. 47, Madrid, 1992.
- ² Cfr. Clodomiro Almeida, “El proceso de construcción de las vanguardias en la revolución latinoamericana”, en *Nueva Sociedad*, núm. 61, Caracas, 1982. Agreguemos que toda vanguardia política se define por una opción de poder, así como por las alternativas que elige una vez alcanzado el mismo. Como ha mostrado la experiencia histórica, la vanguardia política puede dejar de serlo, y al interior de todos los procesos revolucionarios le corresponde una izquierda.
- ³ La igualdad se refiere a todas las relaciones correspondientes a estas dimensiones. La participación se refiere a todas las formas posibles de la participación, es decir, en la formulación, toma de decisiones, la ejecución y el control de los hechos sociales.
- ⁴ La noción desarrollo económico y social no se remite a las sociedades industrializadas actuales, o a un particular crecimiento de las fuerzas productivas y del consumo, si éstos van acompañados de estructuras económicas y sociales desequilibradas, de pautas irracionales de su consumo o de afectaciones del ambiente.
- ⁵ Cfr. Juan Valdés Paz, “La política exterior de Cuba hacia América Latina y el Caribe: temas de la agenda”, en *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 19, La Habana, 1992.

DESPUÉS DEL “SOCIALISMO CIENTÍFICO”*

luis villoro

Hace tiempo que, en algunos ámbitos intelectuales de los países occidentales, escuchamos un discurso que, palabras más, palabras menos, reza así:

La época de las ideologías ha terminado. Después de Auschwitz, de Hiroshima, del Gulag, nadie puede creer ya en el progreso. La razón no dirige la historia. Los intentos por cambiar la sociedad desde proyectos racionales han fracasado. El socialismo es el último de esos fracasos, el definitivo. Sólo queda un orden social posible, al que cualquier trastorno tendría que volver, porque es el mejor logro de la historia: el capitalismo liberal. La era de las revoluciones ha quedado atrás. Todo está bien como está. Podemos dormir tranquilos.

Hasta ahora la comprensión de la historia de Occidente requería una proyección hacia el futuro. Ese discurso supone

un cambio en la percepción del tiempo: un anclaje en el presente o, cuando más, en el mañana inmediato. El escepticismo ante la idea ilustrada del progreso parece conducir a la renuncia a dar un sentido a la historia mediante cualquier proyección del futuro. La visión se limita a la situación presente y a su advenir inmediato. El resto es utopía... y ya sabemos adónde nos han conducido los sueños utópicos. Pero una historia acabada, ¿tiene sentido? El discurso del fin de la historia expresa la aceptación del presente como definitivo, pero también la pérdida del sentido.

Luis Villoro. Filósofo. Autor de conocidos libros, entre los cuales podemos mencionar *Crear, saber, conocer*. Actualmente trabaja en una investigación sobre el concepto de revolución. Miembro del Colegio Nacional. Miembro del Consejo Asesor de *Dialéctica*.

* Este ensayo fue presentado en el Coloquio de Invierno, realizado en la ciudad de México, en febrero de 1992.

© *Dialéctica*, núm. 23-24; invierno de 1992-primavera de 1993

La modernidad se ha caracterizado por la apuesta por la razón, no pudo aceptar una historia producto de la irracionalidad y el acaso. Quiso racionalizar, en consecuencia, las pasiones que mueven la historia. El socialismo es una de las expresiones de la modernidad. Nace de la racionalización de una pasión antigua, que recorre la historia desde el remoto pasado: el anhelo de justicia y de fraternidad, la esperanza en la realización de una comunidad donde el interés particular coincidiera con el interés común. Es esa pasión la que convertía la historia, de un sufrimiento reiterado y ciego, en un decurso con sentido. Las ideologías socialistas quisieron expresar ese anhelo bajo la forma de teorías racionales. Pero debajo de la cobertura teórica latía siempre la tensión hacia una forma superior de comunidad humana. El impulso vital del socialismo, lo que hizo que tantos le consagraran sus vidas, no fue una fría creencia racional, sino la indignación por la injusticia y el anhelo de una sociedad comunitaria.

La racionalización de aquella pasión colectiva podía seguir varios caminos. Exigía una racionalidad ética, que justificara la elección de los valores socialistas. Varias tendencias intentaron esa vía; la más notable, en mi opinión, fue el austromarxismo. Sin embargo, la corriente ideológica que prevaleció y sirvió de base a las revoluciones socialistas no pretendió justificarse en una exigencia ética, sino en una pretendida necesidad científica. No se trataba de proponer un ideal de vida superior, sino de conocer las fuerzas que operan en la historia y utilizarlas. La sociedad liberada de la opresión se veía más como un artefacto por construir que como una forma de vida que elegir. Había que “construir el socialismo” como un ingeniero levanta una presa o un técnico arma un robot. La política era estrategia, técnica del poder, guiada por una ideología que se consideraba una ciencia. La sociedad moralmente superior quedó confundida con la sociedad construida según la teoría; la conducta regida por la elección de valores superiores, con la acción eficaz.

Pero dominar un saber científico no está al alcance de cualquiera. Sólo “saben” en verdad, sólo pueden, en consecuencia, aplicar la práctica política eficaz, un pequeño grupo de iniciados conscientes de los verdaderos intereses de los explotados. Si el socialismo es una ciencia y su aplicación

una técnica, no es asunto de todo el pueblo, sino de un grupo que pretende saber lo que al pueblo le conviene. La denuncia que hizo Rosa Luxemburgo de la dictadura bolchevique, su exigencia de democracia, implicaba una revisión del pretendido carácter científico de la ideología marxista, aunque ella misma no haya dado ese paso. Pero la pasión por la justicia y el anhelo de una comunidad fraterna son una exigencia ética, no una necesidad técnica. El fracaso del socialismo burocrático tiene un paralelo en el campo teórico: la falsedad de la interpretación científicista del socialismo. Ambos son el fin de un intento del pensamiento moderno: el de dar un cauce racional a la pasión secular por la justicia y la comunidad, utilizando para ello el mismo tipo de racionalidad científica y técnica que le había permitido comprender y dominar la naturaleza. ¿Significa también el fin de toda posibilidad de justificar racionalmente aquella pasión colectiva? Intentemos una respuesta.

La vía más fácil es dejarnos llevar por la inercia del pensamiento. El fracaso del socialismo burocrático sería el de cualquier forma de socialismo. No quedaría entonces más vía que el liberalismo y la democracia multipartidista. Con ella habríamos llegado al fin. No sería factible una sociedad superior que elegir.

No obstante, la caída de los regímenes del socialismo de Estado y la predominancia actual de un neoliberalismo son ambivalentes. Por una parte, son una reactualización de ideas centrales, de contenido ético, que alimentaron al pensamiento revolucionario desde la independencia norteamericana y la revolución francesa: los derechos humanos y la democracia. También han dado lugar a la posibilidad real de avanzar hacia la unificación del mundo bajo un mínimo de proyectos globales comunes. Todo ello es muy positivo.

Pero, por otra parte, el liberalismo no puede dar solución a los problemas que dieron lugar al pensamiento socialista. Notemos sólo tres puntos:

1. El predominio de una racionalidad puramente instrumental sobre una ética social no ha sido exclusivo del socialismo de Estado. También en los regímenes democráticos la sociedad tiende a verse al modo de un sistema regulado y la política al modo de un cálculo de los



mejores medios para hacerlo funcionar sin tropiezos. Las decisiones políticas son cada vez más un asunto técnico y cada vez menos una elección de programas y metas colectivas. De hecho, la participación ciudadana se reduce a la designación de las personas que habrán de administrar la cosa pública, sobre la base de un consenso tácito. La política se parece a una ingeniería social que se resuelve por encima del ciudadano común.

2. Ese sistema se funda en la desigualdad y la injusticia. No son los socialismos de Estado, sino la competencia en el mercado capitalista, lo que originó la desigualdad, la marginalidad y el desempleo en los países desarrollados, la miseria y el atraso en el Tercer Mundo, y no hay en la ideología liberal tradicional ningún elemento para remediarlos.

3. El pensamiento liberal nació de un impulso de libertad frente a la irracionalidad y la opresión de los antiguos regímenes. Dio un nuevo sentido a la historia, al verla como una hazaña de la libertad. El neoliberalismo actual, en cambio, procede de un vacío: la ausencia de un sentido reconocible de la historia. Es resultado del fracaso del sueño de emancipación que animó a la revolución socialista. Ese sueño no es reemplazado por otra propuesta colectiva que otorgue una meta superior a la marcha histórica, sino por el regreso a la concurrencia entre los intereses particulares. El pensamiento liberal, por sí solo, no puede llenar el vacío de sentido colectivo que deja el socialismo.

Por eso ese vacío trata de ser colmado por otro tipo de ideologías, esta vez regresivas; proponen valores colectivos por los que el individuo se siente integrado a una comunidad con sentido. En ellos el individuo cree encontrar de nuevo una posibilidad de superar su abandono y de expresar su anhelo de igualdad en una comunidad solidaria. El vacío del sueño socialista lo llenan los nacionalismos y los populismos integristas, porque en ellos, y no en las ideas liberales, puede expresarse la necesidad de trascender el individualismo en formas de comunidad. Por desgracia, la comunidad a que tienden nacionalismos e integristas son la caricatura, el remedo irracional, de una auténtica sociedad emancipada. Pero no es el individualismo liberal sino los nacionalismos dogmáticos los que podrían llenar el vacío de sentido que

deja el fin del socialismo de Estado. Porque el anhelo por lograr una verdadera comunidad no ha muerto en el corazón de los desheredados.

Frente a las tendencias regresivas de nacionalismos e integrismos religiosos, la alternativa no puede ser la competencia de los intereses individuales en el mercado. Tendría que ser un pensamiento que diera una nueva expresión racional a la pasión secular por la igualdad y la comunidad, un pensamiento que retuviera los valores superiores por los que luchó el socialismo.

No sé cómo será ese pensamiento, ni siquiera cómo habremos de llamarlo. Sin embargo, tal vez pueda aventurarme a señalar algunas de las notas que, para ser eficaz, tendrían que animarlo:

1. Subordinaría la racionalidad instrumental, técnica, en el manejo de la sociedad, a una racionalidad superior, de carácter valorativo. Por lo tanto, no sería fundamentalmente un pensamiento económico, sino ético y político. Porque los complejos problemas de las sociedades actuales no pueden tener soluciones puramente económicas y administrativas, sino requieren programas de largo alcance en que se proyecten nuevas formas de sociedad. Ese pensamiento vería a la sociedad, no tanto como un sistema funcional, sino como una creación colectiva en perpetua transformación, dirigida por una idea regulativa: alcanzar una sociedad *otra*, basada en la armonía del hombre con la naturaleza y en la comunidad entre todos los hombres.

2. No renunciaría a los valores fundamentales del liberalismo, los reconocería como un legado de los movimientos revolucionarios, pero trataría de “levantarlos” (en el sentido del *Aufheben* hegeliano) a un nivel superior. Consideraría los derechos humanos, no sólo como la protección del individuo aislado frente a un poder estatal, sino como valores positivos que alcanzar para la realización plena de todo hombre en el seno de una comunidad. Propondría llevar a su término la idea de una democracia real, comprendida *no* como el acuerdo negociado entre intereses particulares contrapuestos, sino como la participación de los ciudadanos, en distintos niveles, en decisiones comunes. Democracia “ampliada” —para tomar la expresión de Norberto Bobbio—, cuyo escenario no sería la



lucha entre los partidos, sino las diferentes comunidades de mayor o menor amplitud que componen la sociedad civil. El reto sería crear las instituciones permanentes que permitieran esa democracia participativa.

3. Ese pensamiento vería la función principal de la política en la marcha progresiva hacia una sociedad solidaria, cuyo rasgo principal sería la igualdad de oportunidades para todos sus miembros. El Estado se vería, no sólo como un instrumento para garantizar las libertades ciudadanas y administrar la cosa pública, sino como un órgano destinado a corregir las injusticias que necesariamente genera el mercado libre. Porque el mercado nada sabe de justicia. Sólo un poder político dirigido por los valores superiores de igualdad y justicia puede transformarlo de una fuente permanente de inequidad en un instrumento en beneficio de todos. El tercer reto de un pensamiento nuevo sería hacer compatible la productividad del mercado con la equidad.

Se trataría, en fin, de un pensamiento que recogiera el anhelo secular que precedió al socialismo e impulsó su movimiento: reemplazar una sociedad basada en la competencia entre los intereses particulares por una comunidad solidaria donde prevaleciera el interés común. Su idea regulativa no sería sólo la libertad, ni sólo la igualdad, sino el más olvidado de los valores sociales, que está en la base de toda comunidad auténtica: la fraternidad.



DESPUÉS DEL DERRUMBE: ESTAR O NO A LA IZQUIERDA

adolfo sánchez vázquez

I

El hecho de que, durante largos años, un importante sector de la izquierda haya estado vinculado al proyecto de socialismo, en nombre del cual se construyó el sistema social que se ha derrumbado en la Europa del Este, y de que las piedras que se desmoronan ruidosamente alcancen incluso a quienes no estaban asociados a él, justifica la pregunta —tan legítima como inquietante— de: ¿qué significa estar o no a la izquierda después del derrumbe? Ciertamente, para responder sin ambigüedades ni falsas ilusiones, es forzoso remitirse a la experiencia histórica conocida como “socialismo real”, cuyo sorprendente e impresionante desenlace está provocando toda suerte de confusiones, incertidumbres y, sobre todo, sombrías expectativas para el socialismo en el futuro.

*Adolfo Sánchez Vázquez. Filósofo. Profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Recientemente fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Estudios a Distancia de Madrid. Es miembro del Consejo Asesor de *Dialéctica*. Su más reciente libro, *Invitación a la estética*.*

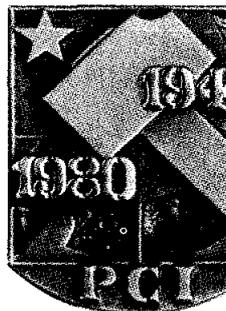
Si nos atenemos a los resultados de esa experiencia histórica, y no sólo a la intención emancipatoria que estaba en su origen revolucionario, hay que reconocer en primer lugar que hoy no se puede estar a la izquierda sin deslindarse críticamente de una experiencia que niega, en definitiva, su intención originaria de emancipación. Pero, al proceder a semejante deslinde, debe quedar claro: *a)* aquello —el sistema económico, político y social— de lo que hay que deslindarse; y *b)* el modo de efectuarlo. Pero, independientemente de cómo se conciba la naturaleza —que se precisará más adelante— de dicho sistema, hay un punto en el que converge toda crítica —de derecha o izquierda—, a saber: desde la revolución rusa de 1917, la sociedad que surgió de ella pretendió ser una alternativa socialista al capitalismo.

La crítica de derecha fue, desde el primer momento —es decir, mucho antes de que el fracaso histórico se apuntara— una crítica al intento de construir una sociedad distinta del capitalismo existente. Pero no se trataba sólo de una crítica en el plano de las ideas, apelando incluso a una supuesta “naturaleza humana” inmutable, con la que entraba en contradicción ese intento, sino de una crítica práctica en la que no se vaciló en recurrir a todos los medios: desde la intervención militar y el cerco económico en los primeros años hasta la *guerra fría* librada en todos los campos durante cuatro décadas y que, al imponerle una agotadora carrera de rearme, acabó por doblar la espina dorsal —la economía— del sistema. El “socialismo real” no pudo resistir el desafío capitalista en el terreno decisivo: la productividad. En cuanto a la crítica en el plano de las ideas, todo el empeño de los ideólogos del capitalismo estuvo encaminado a convencer de la imposibilidad e indeseabilidad de toda alternativa socialista. De ahí su gustosa coincidencia con los ideólogos soviéticos de las últimas décadas al establecer un signo de igualdad entre “socialismo realmente existente” y socialismo.

La izquierda liberal, que un Bertrand Russell representó tan honesta y lúcidamente con su crítica desde el primer momento, pronto se deslindó de un sistema que destruía la libertad del individuo y la democracia representativa, asentados en el libre mercado y la libre empresa. La socialdemocracia —por conducto de Kautsky en su famosa y acerada polémica con Lenin— también se deslindó pronto del régimen soviético, porque, al no darse las condiciones históricas y sociales necesarias, y desplazada la democracia representativa por la dictadura de clase, o de partido, quedaba cerrado el paso al socialismo democrático. Pero también surgían críticas de las propias filas revolucionarias, como la de Rosa Luxemburgo, al carácter antidemocrático del nuevo poder, o la de la “oposición obrera” que se consideraba excluida de él. Más tarde, Trotsky habría de ver en el sistema construido con el estalinismo una traición a los principios leninistas que transformó la revolución originaria en una verdadera contrarrevolución.

No obstante estas críticas, lo que dominó en la izquierda que se incorporó a la III Internacional fue la adhesión incondicional al sistema soviético como modelo de

socialismo, así como a la estrategia política que propugnaba y a los principios ideológicos y organizativos que lo inspiraban. Sólo tardíamente, en la década de los sesenta y a raíz de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, la izquierda agrupada en los partidos “eurocomunistas” rechazó semejante modelo de socialismo, así como la estrategia política correspondiente, aunque no se deslindó críticamente del modelo ideológico y organizativo que había imperado como “marxismo-leninismo”. Ciertamente, su deslinde no podía llegar mientras no se respondiera a cuestiones de este tenor: ¿cómo fue posible que el proyecto originario de emancipación se convirtiera en la realidad de un nuevo sistema de dominación y explotación?, ¿qué causas determinaron su formación y arraigo durante largos años, así como su aceptación incondicional por millones de hombres que, dentro y fuera de la URSS, dieron todo, incluso su libertad y su vida, por defenderlo y extenderlo? A estas cuestiones que el movimiento comunista mundial nunca se planteó se agregan hoy otras, no menos punzantes, ante el derrumbe del “socialismo real”: ¿cómo ha sido posible que su hundimiento, como el de un castillo de naipes, se produjera en forma tan imprevisible y sorprendente?



II

La izquierda necesita responder a unos y otros interrogantes si quiere mantener su identidad, con su componente socialista, y no dejarse arrastrar por el agua turbia de la identificación de toda idea de socialismo con el “socialismo real”. Tiene que tratar de esclarecer cómo ha sido posible que el socialismo haya sido negado realmente en nombre de la idea de socialismo. Ciertamente, en cuanto que el sistema, surgido de la revolución de 1917, desacreditaba esa idea, y bloqueaba, en la práctica, toda aproximación a los valores socialistas de igualdad, justicia y libertad, su desaparición se presentaba como una condición necesaria, aunque no suficiente —como lo demuestra la experiencia de estos últimos años— para que el proyecto socialista pudiera recuperar su verdadero rostro. En este sentido, la revolución

antiburocrática que ha tenido lugar en los países europeos del Este constituía un paso históricamente necesario para todo socialismo posible. Como lo es también —en el terreno de las ideas— el examen crítico y autocrítico —cuando se trata de cierta izquierda— de la historia y naturaleza del “socialismo real”. Todavía hace muy poco, en América Latina su historia se presentaba como una marcha triunfal, y poner en duda su naturaleza socialista constituía un verdadero sacrilegio. Las derrotas en su desarrollo histórico, así como sus errores y horrores, se sustraían a toda crítica, y ésta permanecía muda, no obstante la presión ruidosa de los hechos.

Ahora bien, no basta aferrarse a la idea de otro socialismo y distanciarse críticamente del que se ha presentado como tal, si no se arrinconan la concepción del mundo, la mentalidad, los mitos y los hábitos que permitieron justificarlo y sustraerlo a la crítica. Tampoco basta reconocer que, al cabo del tiempo, la intención emancipatoria, al pervertirse en su realización, dio lugar a nuevas formas de explotación y dominación. Para rescatar la idea de socialismo, con todo su contenido liberador, humanista, se hace necesario —insistimos— esclarecer por qué, a partir de la revolución que estaba en sus orígenes, ese proyecto emancipatorio se convirtió en la posibilidad y realidad del “socialismo de cuartel”. La pregunta es pertinente si se interroga a la historia real, ya que ese “socialismo” no se ha escrito —ni podía escribirse— al margen de ella. Ciertamente, es en ella donde fue posible y se hizo realidad.

III

Con este enfoque, ni determinista ni casualista, hay que comprender el sistema que tan estrepitosamente se ha derrumbado en los países del Este, primero, y en la Unión Soviética —su cuna y modelo— después. Se trata del sistema económico, político y social surgido en el proceso abierto por la revolución de 1917, proceso en el que, al tomar el poder, se plantea a los bolcheviques la tarea inmensa, sin precedentes históricos, de forjar una nueva sociedad, socialista. La contradicción entre sus intenciones emancipatorias, que pueden rastrearse en el Lenin de *El Estado y la revolución*, en

vísperas del asalto al poder, y las condiciones específicas rusas para cumplirlas eran tan agudas que no faltaron voces —dentro y fuera de Rusia— que, no sólo dudaban de la posibilidad de construir el socialismo, sino que predijeron un resultado que, a la postre, habría de coincidir con la barbarie y el despotismo estalinianos. Ciertamente, Lenin no ignoraba la inexistencia de las condiciones necesarias señaladas por Marx, entre ellas la madurez del desarrollo capitalista y la revolución a escala mundial, pero pensaba que el poder conquistado podía y debía ser la balanza decisiva para crear las primeras en la atrasada Rusia. Y comprendía también —con Trotsky— que, reducida a un solo país, la histórica empresa de construir el socialismo no dejaba de ser limitada, incierta y vulnerable. De ahí que hiciera depender su destino de la revolución mundial, o al menos en los países capitalistas más desarrollados. Parecía, pues, como si la historia estuviera jugando con dos barajas: la de la imposibilidad de construir el socialismo en las condiciones rusas y la de la posibilidad de su construcción desde el nuevo poder y con la revolución mundial. Lo primero conduciría a la pesadilla del “Gulag” y lo segundo pronto se disiparía como un sueño.

La conservación del poder y la supervivencia misma de la Revolución, en las durísimas condiciones de inmadurez económica, intervención militar y devastadora guerra civil, se convierten en objetivos prioritarios. Y, en lugar del socialismo, vagamente diseñado por Marx y revalidado por Lenin en vísperas de las jornadas revolucionarias de octubre, lo que aparece primero, como dura respuesta a una dura realidad, es el “comunismo de guerra”. Y, con él, el reforzamiento del poder estatal, la estatalización en todos los campos de la vida social, el aumento de las medidas coercitivas y el consiguiente abandono de la participación de los trabajadores en la gestión económica, política y social. Todo ello provoca el descontento social que, al adoptar formas tan explosivas como el levantamiento de Kronstandt, obliga a buscar una nueva vía al socialismo: la NEP (Nueva Política Económica). Aunque esta vía representa una importante reforma económica (al admitir cierta libertad de comercio y tolerancia de la pequeña industria y la economía campesina), no incide en el plano político. Por el contrario, se fortalece la burocracia —lo que suscita los fundados



temores de Lenin en sus últimos escritos— y se eleva el papel del Partido. Al leve pluralismo económico no sigue el más leve pluralismo político. Las dudas que la NEP suscita acerca de su marcha —¿hacia el socialismo o hacia el capitalismo?— Stalin las disipa categóricamente al ponerle fin en 1929.

Desde este momento se inicia el proceso de construcción del sistema que se considerará terminado en 1936, al proclamarse constitucionalmente que el socialismo ya existe en la URSS. Su construcción ha tenido por ejes la industrialización acelerada y la colectivización forzosa del campo, ambas con un terrible costo humano. La coerción ejercida sobre millones de obreros y campesinos se extiende a toda la sociedad, dejando paso a una represión masiva o imperio generalizado del terror, del que no escapan los dirigentes revolucionarios de 1917 y centenares de miles de abnegados y fieles militantes comunistas. Pero el terror no es simplemente el fruto de una mente enferma, sino la práctica en que culmina —ciertamente en la forma bárbara que ni Lenin ni Trotsky podían imaginar— el intento de construir el socialismo desde el poder en condiciones históricas adversas, sin la participación consciente de las masas trabajadoras y sin la adhesión de la mayoría de la sociedad. La perspectiva internacional, a su vez, se invierte: si Lenin veía la revolución rusa como prólogo de la revolución mundial, los intereses del proletariado en cada país quedan sujetos incondicionalmente a los intereses soviéticos. La doctrina brezhneviana de la “soberanía limitada”, con la que se pretendió justificar más tarde las invasiones de Checoslovaquia y Afganistán, no era sino la expresión neoestaliniana de esa prioridad del interés soviético sobre el interés propio, nacional, de cualquier país, pueblo o partido.

IV

¿Cuáles son los rasgos fundamentales del sistema que, en el arco del tiempo, se extiende desde el fin de la NEP (1929) al comienzo de la *perestroika* (1985), que, a su vez, se vio forzada a abandonar la escena (en 1991)?

En el terreno económico: propiedad estatal sobre los medios de producción, aunque formal y jurídicamente se considera

social; planificación total de la economía y, consecuentemente, exclusión —a todos los niveles— del mercado.

En el terreno político: Estado autoritario, separado de la sociedad y opuesto a ella, en el que el poder lo ejerce de hecho y de derecho el Partido único, lo que excluye, por tanto, toda forma de democracia: representativa o autogestionaria.

En el terreno ideológico-cultural: transformación del marxismo en la ideología oficial del Estado como “marxismo-leninismo”, y sujeción de toda vida ideológica y cultural a las directrices del depositario de su “verdad” y su interpretación —o sea: el Partido— en cualquier esfera: el arte, la ciencia o la filosofía.

En las relaciones exteriores: dominación imperial del poder central sobre las naciones y nacionalidades de la URSS, así como expansionismo en sus relaciones con los países “hermanos”, y “rusificación” en sus vínculos con el movimiento comunista mundial y fuerzas políticas afines de otros países.

Junto a estos rasgos estructurales negativos, hay que reconocer los logros alcanzados en el desarrollo de las fuerzas productivas, que transformó al país atrasado de antes de la Revolución en una potencia industrial mundial, así como en la correspondiente política de pleno empleo. Hay que reconocer, asimismo, los logros alcanzados al permitir el acceso de las más amplias capas de la población a la enseñanza, a la cultura, a la salud y, en general, a la protección social. Pero no puede olvidarse que, a partir de los años sesenta, la propia estructura del sistema —bajo la extenuante presión del capitalismo más agresivo— acabó por paralizar el crecimiento de las fuerzas productivas y anular las conquistas sociales alcanzadas.

Con sus luces y sombras —más de éstas que de aquéllas—, este sistema que se remitía a Marx y a Lenin, ¿qué tenía que ver con ellos? Y, asimismo, ¿qué debía a Trotsky que, desde 1923, se había opuesto a su artífice: Stalin? Veamos, en primer lugar, su relación con Marx en un solo punto: el que toca a las condiciones que hicieron posible su nacimiento y formación. Es cierto que Marx admitió, en su juventud, la posibilidad de la revolución socialista en un país atrasado,



como la Alemania de su tiempo. Y cierto es también que, al final de su vida, aceptó la tesis populista de que era posible transitar de la Rusia del *mir* (“comunidad rural”) al comunismo, sin pasar necesariamente por la fase capitalista. Sin embargo, ambas perspectivas fueron arrinconadas por el propio Marx. La primera, al analizar las revoluciones frustradas de 1848 y descubrir —como causas de su fracaso— un insuficiente desarrollo del capitalismo. La segunda —la perspectiva populista de saltar en Rusia la fase capitalista— la hacía depender de la revolución en Occidente. Así pues, tanto en un caso como en otro, Marx se atenía a su esquema clásico.

La cuestión del tránsito al socialismo, por lo que toca al modo de emprenderlo, divide a los bolcheviques en los años veinte, cuando aún podían discutir entre sí. Pero hay otras respuestas que, siguiendo a Marx, niegan esa posibilidad. Son las que ya habían dado Plejánov y Márto, antes de la Revolución; la que reitera la socialdemocracia alemana con Kautsky, y la que, por razones distintas, da Rosa Luxemburgo al criticar las medidas antidemocráticas bolcheviques.

Ya vimos que a Lenin no se le escapa la inexistencia de las condiciones necesarias para construir el socialismo en Rusia, pero sin concluir, por ello, que sea imposible construirlo, ya que a juicio suyo esas condiciones pueden ser creadas desde el poder conquistado. Ciertamente, al final de su vida atisbará —ya muy tarde para él— las sombrías consecuencias del poder en manos de la burocracia. Asimismo, como Trotsky, Lenin no deja de inscribir el socialismo en la perspectiva utópica de la revolución mundial, subestimando, por un lado, la vitalidad del capitalismo “agonizante” y, por otro, confiando excesivamente en el potencial revolucionario de la clase obrera occidental. Ahora bien, lo decisivo en Lenin es su apuesta voluntarista por la creación de las condiciones inexistentes, tratando de torcer con ella el pulso de la historia. Y esto es lo que, después de su muerte, se buscará —a la bárbara manera estaliniana— con la industrialización acelerada y la colectivización forzosa. Con esta pretendida construcción del socialismo, que tiene como motor el Estado despótico y el Partido único, Marx tiene poco que ver, y menos aún con el sistema que resultó de ella.

V

Si fijamos ahora la atención en los rasgos fundamentales del sistema, que antes hemos señalado, y tomamos como referente el proyecto marxiano de nueva sociedad, no obstante su vaguedad, advertiremos fácilmente que ese sistema “realmente existente” es la negación misma de ese proyecto. Nunca ha habido, ciertamente, socialismo en la URSS ni en los países que, en cuatro continentes, se inspiraron en el modelo soviético. Y la explicación de ello no está en que, originariamente, este modelo fuera imperfecto, o en que —siendo adecuado— se aplicara torpe o perversamente, o en que las condiciones históricas obligaran a castrar su contenido emancipador o a desviarse de él. Finalmente, tampoco se trata de que los dirigentes, instalados en el poder, traicionaran a la Revolución y en lugar de impulsarla hicieron que degenerara en una verdadera contrarrevolución.

Ninguna de estas explicaciones causales puede considerarse satisfactoria, porque nunca ha habido un modelo originario —perfecto o imperfecto— ni tampoco deformado o traicionado en su aplicación. En verdad, sólo ha habido un modelo: el que impuso la realidad cuando se apostó por construir el socialismo faltando las condiciones necesarias. Y ese modelo se aplicó adecuadamente; es decir, con un terrible costo humano, ya que sólo el terror podía garantizar semejante construcción y coronar ese inmenso despliegue de voluntarismo contra la realidad y la historia. No puede afirmarse por ello que Stalin, al dirigir la construcción de su “socialismo de cuartel”, siguiera un modelo marxiano —ni siquiera pervertido—, ni tampoco que al construirlo en las condiciones marxianas inexistentes tuviera razón contra Marx. Su “socialismo” despótico era otra cosa que no respondía, en modo alguno, a la utopía marxiana de la nueva sociedad.

Tampoco su idea de la transición podía encajar en la que Marx había previsto para otras formaciones sociales en su *Crítica del Programa de Gotha*. Sí correspondía, en cambio —dejando a un lado, que ya es dejar, los numerosos crímenes de Stalin—, a la transición que Lenin y Trotsky impulsaron, ya que se asentaba en los mismos pilares: propiedad estatal



absoluta, planificación total de la economía, Estado omnipotente, dictadura del proletariado (en rigor, del Partido), régimen de partido único y predominio de los métodos represivos, con exclusión de toda participación democrática. Las innegables diferencias tácticas y estratégicas entre Lenin, Trotsky y Stalin no borran lo que tienen en común al basar la transición en los mismos pilares.

Ciertamente, Lenin ve en el nuevo poder un Estado obrero con “excrecencias burocráticas” y Trotsky criticará —sobre todo desde el exilio— el carácter despótico que lo conducirá al terror generalizado. Pero ni uno ni otro ven —no podían ver— las relaciones entre Estado y sociedad o entre socialismo y democracia con los ojos de Marx.

VI

Así pues, al proclamarse en 1936 que la construcción del socialismo había llegado a su término, Stalin no tenía ninguna razón para remitirse a Marx, ya que lo construido era la negación misma de su proyecto emancipatorio. Sin embargo, no puede pasarse por alto cierta presencia de Lenin y Trotsky en el “socialismo estaliniano”, aunque el terror en que se sustentaba no se daba en tiempos de Lenin y aunque Trotsky lo vivió y experimentó en carne propia. Cuando más tarde Brezhnev sentencia que ese socialismo es “real”, no se está, por tanto, ante una idea o un modelo previo, ni, por otra parte, ante una realidad que no tenga nada que ver con cierto modelo, a saber: el que ha surgido en el intento de construir el socialismo en las condiciones rusas y exportado o impuesto en otras condiciones. Es el modelo con el que —en un caso y otro— se pretendió forzar la mano de la historia. Y lo que resultó se ajustaba adecuadamente a ese modelo que era la antítesis del proyecto emancipatorio de Marx.

Sin embargo, podría afirmarse con ello que se ha confirmado negativamente a Marx, pues no ha habido socialismo donde se ha pretendido construir sin las condiciones necesarias. Pero también cabría afirmar que la historia ha confirmado la tesis marxiana de que el capitalismo puede ser destruido, aunque con las consecuencias que

conocemos cuando se trata de un país en el que falta la madurez necesaria para reemplazarlo por un sistema socialista. Y podría reconocerse asimismo que la historia ha justificado las prevenciones de Marx y Engels ante la posibilidad de un “socialismo de Estado”, cuando la propiedad se vuelve irrestrictamente estatal, se fusionan el poder económico y político, y se disocian socialismo y democracia.



VII

Ahora bien, la ausencia de Marx se torna presencia de Lenin y Trotsky en el “socialismo real” en cuanto que éste realiza la posibilidad que se daba ya en el pensamiento y la acción de uno y otro. Y esa posibilidad existe a partir de ciertos elementos que enumeraremos a continuación. Dos de ellos (1 y 2) son anteriores a la revolución de 1917, en tanto que los otros dos (3 y 4) son respuestas del voluntarismo de ambos a la necesidad que asumen de construir el socialismo en las condiciones rusas y en un contexto exterior hostil. Dichos elementos son: 1) la concepción de la “dictadura del proletariado” como “dictadura del Partido”; 2) la teoría del Partido como vanguardia; 3) la concepción del Estado todopoderoso, fundido con el partido único; y 4) la exclusión de todo pluralismo político, lo que hace imposible —como advirtiera Rosa Luxemburgo—, no sólo la democracia representativa, sino toda forma de democracia.

Con estos elementos, la posibilidad se convierte en la realidad de: 1) la dictadura del Partido en el sentido habitual de “régimen no sujeto a ninguna ley” (Lenin), lo que habrá de culminar, como había augurado el joven Trotsky, en la dictadura de un solo hombre: Stalin; 2) el Partido monolítico que piensa y actúa en nombre de la clase obrera y por toda la sociedad; y 3) la sociedad cerrada sin fisuras ni disidencia, ya que éstas se convierten en delitos contra el Estado, e incluso en traición.

En definitiva, lo que se construyó como “socialismo real” fue un sistema —ni capitalista ni socialista— que, tras los avances logrados en otras décadas, acabó por estancarse económica, científica y tecnológicamente, y entrar en un

proceso de descomposición social y degradación moral. Por su inmovilismo, este sistema no retrocedía al capitalismo ni avanzaba hacia el socialismo. A mediados de la década de los ochenta, el sistema seguía siendo represivo, aunque se había suavizado el terror de Stalin; la alarmante baja de la productividad demostraba la ineficiencia a que conduce una economía burocráticamente planificada; y la degradación de los valores morales y sociales era patente. Y a estos fenómenos tan negativos había que agregar que los logros de otros tiempos en el terreno social —educación, salud, vivienda, empleo garantizado, etcétera— resultaban cada vez más retóricos o limitados, e incluso anulados, en la práctica.

VIII

La *perestroika* surge en 1985 para salir al paso de la ineficiencia económica y degradación social a que había conducido el sistema del “socialismo real”. De ahí la profunda reforma de Gorbachov, que afecta a todos los niveles de la sociedad: económico (limitación de la planificación estatal), político (democratización del Partido y de toda la vida social) e ideológico (transparencia de la información y libertad de expresión y creación). Sin embargo, aunque se quebrantan los pilares del sistema y se mantiene el objetivo de transitar a un socialismo que nunca había existido, subsiste el predominio de la propiedad estatal, el Partido como fuerza política dirigente y el Estado multinacional que ha permanecido sordo a las aspiraciones étnicas y nacionales. Ahora bien, en tanto que revolución democrática y antiburocrática, la *perestroika* se halla sujeta desde el primer momento a los embates de tres tendencias, impulsadas por distintas fuerzas sociales, sin que ninguna de ellas logre imponerse sobre las otras. Son las tendencias: 1) a mantener el *statu quo* anterior, aceptando todos los cambios de forma para que nada sustancial cambie; 2) a transitar a un verdadero socialismo democratizando profundamente la vida económica, política y social; y 3) a pasar a una sociedad *poscomunista*, cuya democracia y libertad se asentarían en la generalización de la propiedad privada —incluso sobre los medios de producción— y la economía de mercado.

Al reformar el sistema, la *perestroika* rompía con su inmovilismo y abría, justamente por su carácter democrático y antiburocrático, la posibilidad de transitar, en nuevas condiciones, hacia el socialismo. Pero abría también otras dos posibilidades: a) la de volver a un régimen autoritario que sería una nueva versión del sistema que se pretendía dismantelar (semejante involución es la que buscaba la vieja *nomenklatura* con el golpe de Estado de agosto de 1991, que fue rechazado categóricamente por una sociedad que no quería perder, no obstante sus fallas económicas, los frutos de la democratización llevada a cabo por la *perestroika*); y b) la de encaminarse hacia una economía del mercado generalizado que, en las condiciones ruinosas del país y dado el terrible costo social que impondría a la población, sólo podía asemejarse a un capitalismo salvaje.

De las tres tendencias mencionadas, la que contó con menos apoyo social y resultó, por tanto, más débil fue la orientada hacia el socialismo, ya que el repudio de casi toda la sociedad del sistema supuestamente socialista alcanzaba a la idea misma de socialismo. Gorbachov trató de mantener el equilibrio entre las distintas tendencias, aunque sus errores, vacilaciones y concesiones animaban a las fuerzas que impulsaban tanto el retorno a un nuevo autoritarismo como la marcha hacia un capitalismo salvaje. Pero lo que Gorbachov no quiso —o no pudo— decidir, lo decidió finalmente el golpe de agosto. Su fracaso liquidó la alternativa reaccionaria de la *nomenklatura*, pero arrojó también de la escena toda perspectiva socialista. Con la disolución del PCUS y la desintegración de la URSS llegaba a su término el derrumbe del “socialismo real”, arrastrando con él —al menos en un futuro previsible— la alternativa socialista. Esto significaba, asimismo, el fin de la *perestroika* como intento de reforzar el sistema vigente en dirección al socialismo. Naufragaba, pues, el tercer —y más radical— de los intentos históricos de reformar el “socialismo real” sin destruir sus fundamentos. Los otros dos habían sido: la desestatalización emprendida por Jruschov en los años cincuenta y abruptamente cortada por la *nomenklatura*, y el “socialismo de rostro humano” de la primavera de Praga, aplastado en 1968 por las tropas del Pacto de Varsovia.

Lo que demuestran estas tres experiencias históricas, y



particularmente la de la *perestroika* y su proyección en los países del Este europeo, no es sólo la imposibilidad de que el “socialismo real” se reforme a sí mismo, sino también de que, a partir de su reforma o derrumbe, se hace imposible el avance hacia una verdadera sociedad socialista. Descartada por ahora la perspectiva de un nuevo autoritarismo, lo que encontramos desplegado, a corto y mediano plazo, es el horizonte sombrío de un capitalismo salvaje o de nuevos fundamentalismos: étnicos, nacionalistas o religiosos.

IX

¿Qué queda, pues, a la izquierda en nuestros días, particularmente a la que ya conocía, fuera de los países del Este, las “bondades” del capitalismo y que ahora conoce también las consecuencias tanto del fracaso de trascenderlo con una alternativa falsamente socialista como la inoperancia de los intentos socialdemócratas de reformarlo desde dentro? Ciertamente, el derrumbe del “socialismo real” tiene consecuencias devastadoras, y, en primer lugar, para la izquierda que, durante largos años, se solidarizó incondicionalmente con ese experimento social, con lo cual —al renunciar a su crítica— se hizo corresponsable de sus desaciertos, ineficiencias e injusticias. Pero a esas consecuencias no escapan tampoco los partidos o corrientes socialistas y socialdemócratas nunca asociadas a él o que, como el trotskismo, se deslindaron de Stalin desde que usurpó el poder. Se comprende, por ello, que la izquierda sufra hoy una verdadera crisis de identidad, y, en particular, la que por una u otra vía —reformista o revolucionaria— pretendía realizar un proyecto socialista. Esto da sentido a la pregunta que impone el ajuste de cuentas con el pasado: ¿qué significa hoy estar a la izquierda?

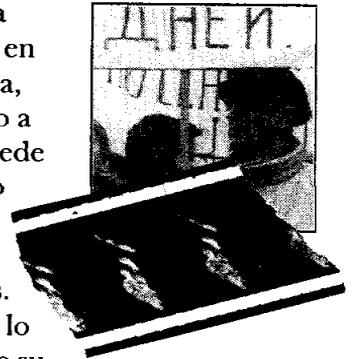
El criterio sigue siendo ciertos valores universales —libertad, igualdad, democracia, solidaridad, derechos humanos—, cuya negación, proclamación retórica o angostamiento han sido siempre propios de la práctica política de la derecha. Pero estos valores tienen que ser asumidos por la izquierda, en cada situación real, con un contenido concreto, efectivo. Justamente porque estos

valores han sido negados por el sistema que se presentaba como socialismo, la izquierda tiene que deslindarse de él, en la medida en que por su concepción del mundo, estrategia, modelo de sociedad y formas organizativas ha contribuido a justificarlo y mantenerlo. Pero no por ello la izquierda puede suavizar y menos aún renunciar a la crítica del capitalismo existente que, por su propia naturaleza como sistema de explotación y dominación, niega, ahueca o restringe esos valores en las relaciones entre los individuos y los pueblos.

No se puede estar hoy a la izquierda sin romper con todo lo que ha significado el “socialismo real”, pero tampoco si de su derrumbe se saca la falsa conclusión de que el capitalismo, no sólo es invencible, sino civilizante como sistema de explotación y dominación. Ahora bien, el hecho de que el capitalismo haya hecho frente, victoriosamente, al reto que significaba para él la existencia misma del “socialismo real”, de que haya logrado recomponer su sistema productivo y que, con su ofensiva neoliberal, esté liquidando la política de bienestar social en su propio seno, aunque ensombrece la perspectiva del socialismo en el futuro, no hace a éste menos necesario y deseable. La existencia misma del sistema capitalista, con su cortejo de miserias, desigualdades e injusticias, constituye la razón de ser, la necesidad, de un socialismo en el que el hombre sea realmente un fin —como postulaba Kant— y no un simple medio, objeto o mercancía.

Estar a la izquierda, hoy día, es estar por un modelo de desarrollo que responda a los intereses y necesidades de la mayoría de la sociedad, y no sólo a los estrechos y egoístas de una minoría, o a los ajenos —no menos estrechos y egoístas— de las transnacionales. Es al mismo tiempo pugnar por un desarrollo que no mine la base natural de la vida humana y que, por tanto, haga suyas las reivindicaciones ecológicas. Es también enfrentarse enérgicamente a toda forma de discriminación de sexo, etnia o raza. Y, por consiguiente, es asumir las reivindicaciones de la mujer más allá de su igualdad formal con el hombre, dándoles un contenido concreto en la vida económica, política y social. Y, a su vez, es combatir la más mínima manifestación del racismo, que deshonra al individuo, grupo social o poder que lo tolera o promueve.

Estar a la izquierda es oponerse a las relaciones de



desigualdad y dependencia entre las naciones, y es, por tanto, repudiar toda hegemonía mundial de una potencia o un bloque de países. Es asumir, asimismo, las legítimas reivindicaciones del llamado Tercer Mundo frente al neocolonialismo o la marginación. Aunque hoy parezca un tanto *demodé* o de mal gusto hablar de imperialismo en ciertos medios, éste existe, con la particularidad de que en América Latina, por ejemplo, la sumisión de la periferia al centro imperial se ha hecho más pronunciada. Y para algunos países, más hundidos económicamente, la perspectiva es la de la “marginalidad” que acabará por situarlos, no ya “fuera de la historia” (Hegel), sino fuera de la vida misma.

Sólo en un verdadero socialismo las reivindicaciones de libertad, igualdad, justicia y democracia encontrarán el terreno apropiado para pasar de los buenos deseos a su encarnación efectiva. Pero la izquierda no puede cruzarse de brazos en espera del “gran día” en que advengan esos valores. En cada instante y en cada pulgada de terreno ha de hacer frente a la negación, o angostamiento de ellos, pues ésta será, en definitiva, la mejor vía para llegar a la sociedad más justa, más libre y más igualitaria que llamamos socialismo. En suma, después del derrumbe, y no obstante las condiciones desfavorables que para el verdadero socialismo se han creado con él, hay suficientes señas para que la izquierda reconozca su identidad. Pero esta izquierda que no está dispuesta a renunciar al socialismo en el futuro, por utópico o lejano que nos parezca hoy, tiene que hacer una política nueva: una política que no confunda los fines y los medios, ni los separe tampoco radicalmente; una política que no se deje seducir sólo por los resultados inmediatos, ni pierda nunca de vista los fines y valores que le dan sentido. En suma, una política impregnada de un profundo contenido moral. Pero de una moral que, expresándonos con términos de Weber, no se aferre a los principios aunque “se hunda el mundo”, desentendiéndose de los medios, condiciones o consecuencias de su realización, ni tampoco que mire sólo sus consecuencias o resultados, sin reparar en sus fines o principios.

Tal es la lección política y moral que la izquierda, que no arría la bandera socialista, podría sacar del derrumbe del “socialismo real”.

SER DE IZQUIERDA HOY

eduardo montes

Tras el derrumbe del socialismo real y varios años de pragmatismo, la izquierda vive en México uno de sus difíciles momentos. Dispersa, con organizaciones débiles, en gran medida sin señales de identidad propias, perdió la brújula. Su peso político está reducido al mínimo. En estas circunstancias, una pregunta inquieta a muchos: ¿se puede ser de izquierda y socialista hoy? Antiguos izquierdistas, militantes de varios decenios, ni siquiera se interrogan; simplemente se han ido al centro político y hasta a la derecha; inician la apología directa o indirecta del neoliberalismo.

La confusión y el desánimo han causado estragos. Pesan sobre esta corriente el colapso del socialismo real en Europa central y en la Unión Soviética. Sus propios errores sacaron a los socialistas, casi por completo, del escenario político.

Las derechas, a su vez, sueñan que el hundimiento del socialismo real arrastre tras de sí al socialismo como movimiento político, como propuesta emancipadora, y alternativa posible y deseable al capitalismo. Algunos decretan la desaparición de las ideologías, el fin de la división entre izquierdas y derechas. En circunstancias más favorables,

la derecha intenta el viejo truco de negar que existe ella en cuanto tal derecha, y, por tanto, tampoco la izquierda; que la oposición derecha-izquierda no se da en la realidad.

A lo sumo se admite una izquierda modernizada, algo “similar al PSOE español, que, conservando en su ideario moral los fines del socialismo, aceptara con madurez y realismo las lecciones claves de la historia contemporánea: el triunfo de la *mano invisible* del mercado sobre la mano visible —y negra— del Estado”. (Enrique Krauze, *Textos heréticos*, Editorial Grijalbo, 1992, p. 116.) Para ser “moderna”, también se propone a la izquierda abandonar “su fiel matrimonio con el marxismo estrecho... su anticapitalismo visceral”, aceptar

Eduardo Montes. Periodista y editor. Director de la revista *Socialismo*. Miembro del Consejo de Colaboración Nacional de *Dialéctica*. Editorialista de *La Jornada*. Autor de libros sobre los recientes acontecimientos en la URSS y sobre la situación actual de la izquierda en México.

como insuperable el capitalismo, reducir a la izquierda a la lucha por una sociedad más justa y admitir que en los marcos del capitalismo “Las próximas disputas *ideológicas* deberán ser... más una cuestión de énfasis que de esencias, de sesgos que de abismos, de inclinaciones moderadas antes que de oposiciones irreductibles”. (Antonio N. Camou, “La nueva izquierda”, en *Nexos*, núm. 172.)

Sugieren la inutilidad de la crítica global del capitalismo y de la búsqueda de alternativas a este sistema lleno de contradicciones insalvables, generador de profundas desigualdades y de injusticia social. Intentan superar por procedimientos verbales la existencia real de contradicciones de intereses, grupos o clases sociales y borrar del horizonte la posibilidad de renovación social socialista.

Sin embargo, la izquierda y el socialismo en nuestro país tienen hondas raíces y trayectoria propia. La realidad social misma les ha dado y da sustento. Su existencia comprometida con las luchas por la tierra, por los derechos de los obreros, la democracia y las libertades políticas, la independencia económica y soberanía nacionales, así como sus propuestas de justicia social, de eliminación de las causas de la explotación y de las desigualdades sociales, han hecho posible su prolongada existencia.

Y si hoy el derrumbe del socialismo real ha impactado negativamente al movimiento de izquierda en general y al socialista en particular, ha abierto, en cambio, nuevas y amplias posibilidades para su desarrollo, al esclarecer el panorama político. Pierden por completo su justificación viejos lemas de la derecha y el anticomunismo que antes le dio tan buenos resultados. Las organizaciones de izquierda y socialistas no pueden ser presentadas alineadas a un bloque político-militar, pues éste ha desaparecido. Se derrumban los infundios de que la acción de la izquierda radical era una conspiración extranjera; no se pueden disfrazar más tiempo las causas verdaderas de la explotación, la pobreza, el desempleo, la opresión, la injusticia social, las desigualdades, la opresión de otros pueblos; tampoco las limitaciones a la democracia y a los derechos humanos, y a las libertades públicas.

La oferta del neoliberalismo, de bienestar para los pueblos cuando se modernice plenamente el capitalismo, concluya el

proceso de privatización y se impongan en todas las esferas los mecanismos brutales del mercado, empieza a mostrar su inconsistencia y falsedad. Tras varios años de modernización capitalista, el único resultado visible es la extensión de la pobreza y miseria, la condena al desempleo permanente de millones de trabajadores, especialmente jóvenes, ahora como componente estructural del capitalismo, el empeoramiento constante de las condiciones de vida de las mayorías. El capitalismo de ayer y de hoy padece contradicciones insuperables en los marcos del sistema. No puede conciliar los intereses de la minoría de grandes propietarios con las necesidades y aspiraciones de las mayorías.

La formidable concentración de la riqueza y el poder, la imposición de enfoques mercantilistas en todas las actividades y las reformas del Estado se traducen también en nefastas consecuencias para las capas medias, los trabajadores de la cultura, los pequeños e incluso medianos empresarios, impotentes para resistir la feroz competencia de los nuevos monopolios privados nacionales y extranjeros.

Desde esta perspectiva, debemos repensar el presente y el futuro de la izquierda, de las izquierdas. Es preciso asegurar su sobrevivencia, para lo cual necesita recoger la herencia vigente del pasado, renovar sus ideas transformadoras y desarrollar sus señales de identidad en tiempos del



neoliberalismo. Será posible lo anterior a través de la revisión crítica de su trayectoria en los últimos años; la izquierda no puede reconstruirse sin hacer ese ajuste de cuentas.

La revisión crítica pasa por el deslinde con el ensayo de transformación socialista iniciado en Rusia en 1917, y calificado como “socialismo real” a mediados de los años setenta. Con ese ensayo la izquierda socialista mexicana estuvo identificada más de medio siglo, porque materializaba la posibilidad de renovación social, de justicia e igualdad. Sus impresionantes logros económicos, su papel determinante en la derrota del fascismo europeo, el ser contrapeso del imperialismo de posguerra, permitieron a la Unión Soviética ejercer el liderazgo en el movimiento socialista mundial, y redujeron al mínimo, durante muchos años, la crítica de ese sistema.

La historia de ese ensayo de renovación social, ya concluido, está por hacerse, y arrojará, sin duda, valiosas enseñanzas para todos; mientras tanto, ya puede afirmarse que en aquellos países se demostró la posibilidad de reorganizar la vida económica sin propiedad privada de los medios de producción, sin el poder del capital y de los monopolios privados, pero también que el socialismo es imposible sin un régimen democrático que efectivamente socialice la propiedad, la dirección de la economía y los asuntos del Estado.

Convenimos en que la izquierda en la actualidad no puede ni debe ser identificada con una corriente teórica, una ideología, un tipo de organización o una sola clase. Es plural y heterogénea.

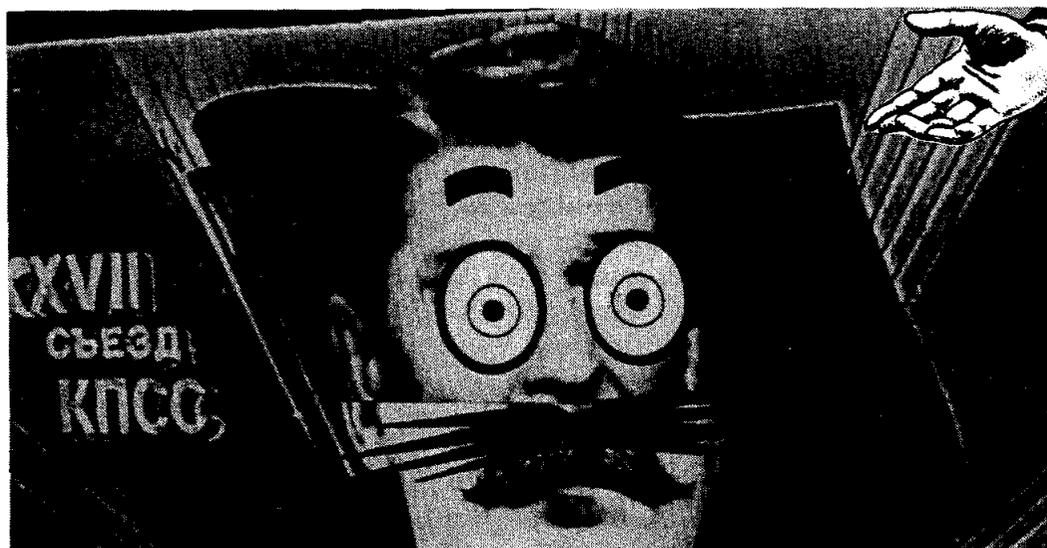
Su identidad y unidad políticas pueden reconstruirse en la lucha por la transformación radical de la sociedad, y ésta tiene hoy, como punto de partida ineludible, la crítica y negación del modelo neoliberal y el compromiso con la democracia en todos los espacios.

La modernización capitalista bautizada de “liberalismo social” no conduce a la superación de los rezagos sociales, tampoco a la justicia social; la lógica de este sistema lleva a mayor concentración de riqueza y poder en manos de un puñado de sociedades anónimas y empresarios, y a niveles inimaginables de pobreza y opresión. De tal suerte, la negación de este modelo no es por motivaciones doctrinales,

sino por ser inviable para resolver los grandes problemas de la mayoría de los mexicanos y constituir una barrera para el pleno desarrollo democrático de México. La democracia, asimismo, no puede ser reducida a lo político, y menos aún a lo político-electoral. En las condiciones de nuestro país, la democracia sólo será auténtica si abre las puertas para que la sociedad intervenga en la determinación de la vida económica y social del país. La democracia no debe quedarse en las puertas de las fábricas, o donde se decide el rumbo de la economía nacional.

A la par con la crítica y negación del actual sistema y su lógica de dominación, es preciso para la izquierda, al menos para los socialistas, reivindicar las propuestas emancipadoras del marxismo, pues tienen vigencia como alternativa del futuro: implantar la propiedad social sobre los medios de producción y ponerle fin a las causas de la desigualdad y la injusticia; devolver a la sociedad las funciones del Estado, la democratización real de la vida de la sociedad, la distribución según el principio: de cada quien según su capacidad, a cada cual según su trabajo, la creación, en fin, de condiciones para el pleno desarrollo del hombre.

Sin embargo, la izquierda no puede ni debe reducirse a la proclamación de sus grandes principios y metas, pero



tampoco sacrificarlas en aras de necesidades de corto plazo. De otra manera, será incapaz de construir una influencia consistente en la sociedad. En las circunstancias actuales, tras el fracaso del grandioso ensayo iniciado con la revolución rusa hace 75 años, el reto para la izquierda es buscar nuevas respuestas para los viejos y nuevos problemas, nuevas vías de desarrollo nacional. El momento es de reflexión y de búsqueda, pero también de práctica.

La izquierda socialista y la izquierda en general tienen herencias irrenunciables. En primer lugar, su trayectoria de compromiso con las mejores causas sociales y nacionales; su posición crítica ante el sistema de dominación capitalista; su defensa constante de la soberanía nacional, y el antiimperialismo consecuente; la solidaridad con las luchas de otros pueblos.

La defensa de la soberanía nacional y el desarrollo de la solidaridad entre los pueblos de distintos países adquieren nueva significación ante los procesos de globalización y el predominio en la economía mundial de grandes corporaciones transnacionales.

Asimismo, la izquierda política necesita abandonar viejos enfoques y prácticas relacionadas con los movimientos sociales. Debe ratificar su rechazo al corporativismo oficial, pero también el de los partidos políticos, pues es tan inadmisibles el corporativismo gubernamental como el que se practica en nombre de la "izquierda". Además, comprender que, fuera de los partidos políticos, se han desarrollado movimientos sociales autónomos de mujeres, ecologistas, de derechos humanos; organizaciones no gubernamentales diversas. Estos movimientos deben ser respetados por la izquierda política, pues expresan la resistencia espontánea de hombres y mujeres frente a políticas lesivas a sus intereses, y revelan su interés creciente por participar en las decisiones que afectan su vida; han nacido al margen de los partidos por las insuficiencias de éstos para defender y representar sus intereses, son nuevos sujetos impulsores de la democratización del país y de transformación social. Podemos decir que forman parte de la izquierda plural y diversa, la cual puede, si renueva su programa y su práctica, reconstruir sus organizaciones, recuperar espacios en el futuro e influir en el rumbo del desarrollo nacional.

POR UNA NUEVA IZQUIERDA: EL FORO “LAS LUCHAS EMANCIPADORAS DE FIN DE SIGLO”

rubén trejo y alfredo velarde

Bajo el título “Las luchas emancipadoras de fin de siglo”, los días 4, 5 y 6 de septiembre de 1992 tuvo lugar en la sede del Frente Auténtico del Trabajo (FAT), de México, D.F., un foro deliberativo y amplio de discusión abierta y democrática, cuya finalidad esencial consistió en contribuir al establecimiento de un diagnóstico sobre la situación en que se encuentra, en la actualidad, la lucha general por la emancipación económica y política, social y cultural, tanto en México, como en el mundo. Respondiendo a la convocatoria de su comité organizador, el cual trabajó por más de seis meses en la organización del Foro, acudieron las más diversas posturas de la izquierda nacional, considerada en su amplio espectro. No fueron, desde luego, todos los que son de izquierda, ni sólo los que ahí estuvieron la constituyen, pero el balance que deja la realización de este foro singular —por sus características— superó con creces las expectativas que de antemano había proyectado su propio comité organizador.

Su balance positivo contradice, rotundamente, la idea

incorrecta, aunque en boga en los círculos conservadores del neoliberalismo, de que, con la irrupción en el escenario político mundial del derrumbe del otrora llamado sin rigor “mundo socialista”, la izquierda en general (y sobre todo la socialista en particular) vive agazapada y muda; hundida en la confusión y el desaliento; conformada en su derrota y nostálgica por un pasado de auge que nunca volverá. Muy lejos de ello, el desarrollo de actividades como el Foro “Las

*Rubén Trejo y Alfredo Velarde. Fueron parte del Comité Organizador del Foro “Las luchas emancipadoras de fin de siglo”. Su trabajo ha sido realizado especialmente para *Dialéctica*.*

luchas emancipadoras de fin de siglo” es un mentís categórico a los enterradores del ideal socialista y, con ello, a los de las diversas luchas emancipadoras.

Del contenido de este foro, debe rescatarse la idea —central en nuestra opinión— consistente en el hecho de que si bien los tiempos actuales son tiempos de derrota económica, política y social, no obstante, la reflexión emancipatoria y sus luchas continúan existiendo, y, pese a los reveses, evolucionan. Las ideas progresistas y de avanzada en todos los terrenos (macro y microfísicas), que hacen suyo el anhelo liberador, se desarrollan, aunque no sin obstáculos, como siempre lo han hecho: a contracorriente. Ideas en acto que se movilizan en pos y a la búsqueda de nuevas síntesis y generalizaciones capaces de renovar autocriticamente sus propios discursos y, a la vez, enriquecer sus huellas fundadoras con que han marcado la historia. Búsqueda que es, como sabemos, esencial: la búsqueda de la libertad. La libertad como sueño utópico, pero también como realización, como resultado práctico factible y opuesto al mundo del fetichismo de la mercancía que nos ha impuesto el modelo de sociedad capitalista dominante. El capitalismo con su economía de explotación, de lucro, de consumos aleatorios y de despilfarro, como el Foro lo ubicó, y que exige, por parte de todos, la asunción de una toma de postura activa y crítica contra la imposición de una situación mucho más oscura y gris que las más pesimistas reflexiones del pasado sobre el porvenir, convertido hoy en pesadilla real y cotidiana.

El discurso emancipatorio nunca ha estado detenido. Ni en los venturosos momentos de avance o éxito parcial que ha vivido, ni en los dolorosos de derrota como los que, por ejemplo hoy, padece el afán liberador socialista, la idea y el hacer emancipador se han detenido. Y no lo han hecho, puesto que el combate contra los poderes ajenos y hostiles que nos dominan no es una lucha que pueda existir de manera estática, sino que es, por el contrario, dinámica.

El discurso emancipatorio se moviliza, precisamente porque no es una metafísica racionalista que pretenda buscar respuestas finalistas para la transformación del mundo, sólo teorizando y pensando el cambio fuera de la realidad concreta y de la política real en contra de los poderes establecidos donde éstos existen. En ese sentido, por

ejemplo, la lucha por la emancipación económica tiene, en las contradicciones del capitalismo, su causal fundante y el móvil que la anima. De ahí que el ideario socialista, como el Foro lo ratificó, no habrá de dejar sin su impronta e influencia a los diversos procesos de lucha contra el capitalismo que han de surgir.

Pocas actividades, como el Foro que comentamos, han logrado ofrecer una mixtura tan amplia y diversa de participantes como la lograda por este foro democrático y plural: luchadores sociales e intelectuales de izquierda, mujeres conscientes y ecologistas críticos, académicos e investigadores, líderes partidarios o no partidarios, sindicalistas democráticos y miembros de organizaciones diversas de obreros, campesinos y estudiantes; destacaron entre los ponentes muchas personalidades reconocidas por su trayectoria en la producción de ideas, o bien que forman parte o dirigen movimientos sociales. Con este mosaico diverso y plural, se desarrollaron los trabajos de un foro organizado en torno a 67 ponentes distribuidos en cuatro mesas de trabajo y de debate simultáneo a lo largo de los tres días que duró este foro de la izquierda. Las cuatro mesas de organización temática del Foro quedaron así: 1) La situación internacional. 2) Situación económica, política y social de México. 3) La lucha popular en el momento actual y sus perspectivas. 4) Propuestas teóricas viables que fortalezcan nuestra práctica.

Pero al prolongado trabajo de los organizadores del Foro, que merece ser definido como proceso, le sucedió una gratificante satisfacción reverdecida en la esperanza que comprende —si se trabaja con perseverancia—, en el marco de las enormes adversidades de hoy, que no todo está perdido; que las luchas emancipadoras están vivas porque vivas están las contradicciones que la sustentan y que le dan origen, que la animan y dan razón de ser en ese legítimo perseverar en búsqueda de nuevos caminos para la revolución y a su encuentro con ella.

Pese a la configuración aparentemente tradicional con la que se organizó el Foro, se logró, sin embargo, reflexionar en un conglomerado de temas de gran importancia y respecto de los cuales la izquierda del pasado fue poco sensible. Por eso el Foro hizo objeto de su reflexión, no sólo los



consabidos referentes a la lucha obrera, campesina, urbano-popular y estudiantil (importantes siempre para cualquier agenda de izquierda genuina), sino que se abordaron otros temas no tan usuales en el ámbito tradicional de la izquierda mexicana, pero que la realidad mundial contemporánea, sobradamente, ha demostrado que constituyen espacios y dimensiones sustantivas de la lucha emancipadora en general (la cuestión de la mujer, el psicoanálisis, la ecología, etcétera).

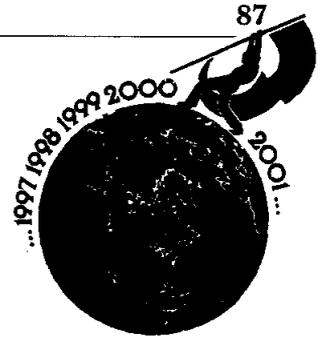
Empero, el Foro privilegió un tema inevitable y apasionante para cualquiera identificado en nuestro país con la lucha emancipatoria: el tema de México. México como referente obligado, como materia prima del trabajo emancipador inteligente y democrático, y a favor de una lucha revolucionaria que modifique las duras condiciones de explotación y opresión en que los mexicanos nos encontramos. Se trata, como se ve, de una reflexión que no puede sino conducir a la discusión de cómo superar la férrea dictadura que el Estado-Partido en el poder realiza con sus fraudes electorales a espaldas de la voluntad popular y a favor de la corrupción y el autoritarismo. Ésta ha sido la característica más visible de un Estado y sus gobiernos en turno, sirviendo, como el instrumento que es, a los intereses de la clase capitalista mexicana más oligárquica, y la relación de asociación y competencia restringida de ésta al capital transnacional con quien coincide y al que se subordina en última instancia.

Un mérito incontrovertible del Foro, entonces, estribó, no sólo en haberse contrastado con otros esfuerzos aparentemente parecidos, como “el único que realmente valió la pena”, ni mucho menos en haber sido “el mejor”; tampoco en su independencia clara —tan importante como lo es— frente a consorcios televisivos, corporaciones editoriales, organismos político-partidarios, instituciones educativas, o respecto al propio Estado, que todo lo adultera. Su mérito más nítido consistió en su inclinación decidida y franca por pensar y respensar a México, sin silencios sospechosos ni mordazas compradas, en el aquí y ahora de su situación concreta. De modo que México fue, y no podía ser de otro modo, el núcleo duro de la reflexión crítica y propositiva que, en un ambiente inédito de apertura, de mutuo y recíproco respeto, animó este foro plural y reflexivo de la izquierda mexicana.

Sólo queda la ambición, para futuras realizaciones de esta iniciativa, de contar con la participación de otros tantos compañeros de la izquierda, los que por distintos motivos no pudieron acudir a la primera versión de un foro pensado para que se autoorganice permanentemente.

El Foro resultó singular, como hemos dicho, por el espíritu nuevo que lo permeó, al discutir y razonar con apertura democrática los problemas que en materia económica, política y social aquejan a México, y en particular a sus explotados y oprimidos. Si se considera por sus resultados, la necesidad de haber organizado el Foro era evidente. Una pesada urgencia de reencuentro, de intercambio y diálogo respetuoso, aunque polémico, quedó plausiblemente corroborado en todas y cada una de sus sesiones. En específico, por la enorme exigencia contemporánea que nos impele a desarrollar, multiplicar y dar a conocer, socializándolas, las respuestas que la nueva izquierda que anhelamos conformar debe buscar, ofreciéndolas como alternativas frente al recrudescimiento conservador de un capitalismo que, no por mundializado y finisecular que sea, ofrece algo distinto a la naturaleza bárbara que le es inherente, como coacción social en tanto el hombre explote al hombre, y como coacción antinatural en tanto la sociedad industrial prosiga devastando sin freno el entorno ecológico del que depende la vida misma. Por eso, fue consenso del Foro que el capitalismo salvaje de credo neoliberal en boga es, tanto material como étnicamente, indefendible y sí absolutamente censurable.

En cuanto a sus finalidades, el Foro se planteó —de antemano— la revisión de un conjunto de aspectos tradicionalmente desdeñados por la vieja izquierda dogmáticamente ortodoxa. Aquella izquierda que ya no podemos ni debemos ser si aspiramos a contribuir con energía y claridad a la transformación del capitalismo. Nos convencimos de la urgencia de revisarlo todo, lo viejo y lo nuevo de las experiencias emancipadoras, con la mayor seriedad y, sobre todo, con la mayor apertura crítica y autocrítica, con un saludable ejercicio de reaprender a escuchar a los otros sin descalificaciones apriorísticas. Como objetivo, el Foro no podía menos que perseguir la realización de un experimento de análisis colectivo y, por ende, de



autognosis política profunda. De ahí su riqueza reflejada en una enorme cantidad de propuestas que aparecieron a lo largo de todos los debates y ponencias, muchas de las cuales resultaron ser verdaderamente novedosas e imaginativas. La lógica dominante de ellas ha sido muy clara en su demanda: perseguir en la lucha por transformar la realidad de un mundo y una nación —la nuestra— atravesada transversalmente por la injusticia y la inequidad, por la explotación económica contra los asalariados y por el entronizamiento de relaciones asimétricas de poder, y que se han erigido —históricamente— como contradicciones que operan como fuente perpetuada de subalternidad y de opresión muy claras.

En ese sentido, si bien el capitalismo *posmoderno* y dominante a escala planetaria viene copando todos los espacios democráticos y neutralizando en gran medida las diversas luchas sociales, lo cierto es que, como bien lo planteó el Foro, nunca como hoy la lucha emancipatoria ha sido tan necesaria, y nunca, además, han sido tan vigentes sus alternativas, no exentas de redefiniciones. A la vez, la vigencia de la lucha emancipadora estriba en algo que, si para algunos resulta paradójico, en realidad no lo es tanto: la adversidad de las condiciones para el desarrollo actual de estas luchas que, pese a todo, se mantienen. Aunque desde el poder se vengán imponiendo condiciones antidemocráticas contra la sociedad civil en su conjunto, al abrigo imperativo del pretexto “modernizador”, no deja de sorprender la grosera contradicción de un régimen capitalista, como el mexicano, que habla de modernización y se comporta prehistóricamente en la política. El régimen se autoexcluye de la modernización para conservarse como el poder coactivo que es. Y la llamada eufemísticamente “modernización”, en cuanto que reestructuración del capitalismo que supone ha remodelado —como se sabe— todas las relaciones sociales y políticas en el mundo. En contra y frente a ello, el Foro fue enfático: “contra la reestructuración de un capitalismo mundializado que se globaliza, debemos oponer la reconstrucción y la articulación de las diversas luchas emancipadoras en una sola lucha contundente y general”.

Creemos que una lección adicional que deja este foro consiste en haber ratificado la imperiosa necesidad que existe, hoy por hoy, de crear, no uno, sino muchos espacios

de debate para el esclarecimiento conjunto y recíproco del movimiento social; espacios que se puedan convertir en procesadores genuinos de respuestas que la sociedad demanda en la lógica de transformar, revolucionándola, nuestra precaria realidad actual de sometimiento. Pero para ello, la recuperación de la izquierda mexicana, tan urgente como lo es, no se podrá dar sin la redefinición organizada de los métodos de lucha, ni sin la reconstrucción de los diversos discursos emancipadores, a fin de hacer que devengan capaces de amalgamar, mediante nuevas formas de organización y lucha de los diversos sujetos y agentes de cambio, todas las luchas con efectividad en una sola. Lucha que es, como se sobreentiende, contra el sistema, las instituciones que le dan sustento y sus poderes establecidos (del poder de clase capitalista hasta el poder del varón machista).

Como ya lo decíamos, frente a un capitalismo que se ha mundializado y que impone su lógica salvaje (el imperio del dinero, el mercado y la competencia) y que incluso amenaza con finiquitar por efecto de la devastación ecológica los propios recursos naturales, las respuestas que requiere la sociedad mexicana no pueden ni van a provenir de otro lado que no sea de la izquierda democrática, socialista y autogestionaria.

Si tiene sentido todavía en un contexto programáticamente tan confuso como es el de la escena política mexicana reivindicar un discurso y una praxis de izquierda frente a la oprobiosa realidad, ello obedece a que sólo un discurso de probada vocación científica y revolucionaria (como el de la izquierda consecuente) puede mantenerse con firmeza y claridad beligerante contra el control casi absoluto que el capitalismo de fin de siglo ha venido imponiendo. Discurso que hoy tiene frente a sí la enorme tarea de caminar hacia la reconstrucción de su proyecto global, afianzado en su rica herencia lo que por tanto significa una negativa a renunciar o a apartar sus planteamientos del punto de partida ético de sus afanes y fundado, en lo esencial, en la resistencia activa, humanista, contra la injusticia y la desigualdad que el capitalismo asegura.

De ahí que el Foro demostrara que iniciativas de reencuentro como la que promovió constituyen un ejercicio



—amén de necesario— legítimo, dentro del marco general de un movimiento social que reclama espacios de debate adecuados a las finalidades de esclarecimiento conjunto y de educación política recíproca. Y, desde luego, valoramos que el sentido de este reclamo persigue el objetivo de pensar con claridad la transformación social en un sentido de esclarecimiento histórico que impida reeditar los errores del pasado. Por el momento —y ello es de lamentar— no hay y no existe otra manera de revitalizar una teoría de izquierda para el cambio revolucionario en México, toda vez que el pragmatismo feroz de los partidos y organizaciones sociales de oposición existentes frecuentemente subordina la reflexión teórico-propositiva de fondo a “las tareas concretas del momento”. En esa dirección, resulta imperativa la reconstrucción de un discurso riguroso y crítico que sea capaz de *terrenalizar* sus objetivos de modo revolucionario, a favor de una sociedad de autogestión generalizada, que se sustente en la democracia directa y que demuestre, desmintiendo categóricamente, que el capitalismo pueda constituir opción alguna para el desarrollo de la sociedad entera, y no sólo de unos cuantos a costa de la miseria de las cuatro quintas partes de la humanidad.

Movido por tal preocupación, el Foro, inscrito en la búsqueda de los caminos para conformar una izquierda que no se resista a serlo con realidad transformadora, se preguntó cosas como las siguientes: ¿cuál es la situación existente de todos y cada uno de los movimientos emancipatorios?; ¿en qué sentido y por qué es correcto plantear y propagandizar la necesidad de un cambio revolucionario en México?; ¿cuáles son los objetivos y en qué dirección deben ser orientados?; ¿con quiénes es posible formar una plataforma político-nacional para el cambio y con quiénes no?; ¿en qué tiempos, plazos y dentro de qué fronteras y límites?

Para el Foro, estuvo claro que, si no cabe ni la menor duda de que la opresión del lucro occidental y el mundo alienante que nos impone el capitalismo debe ser detenido, también resulta indudable que no hay recetas infalibles para el desenlace de situaciones revolucionarias, tal y como hoy se atestigua con la lamentable restauración capitalista en la ex URSS después de más de siete décadas de intento frustrado por construir el socialismo. Ante la categórica afirmación que

sostiene actualmente que ya no es posible considerar como alternativas emancipatorias las experiencias estatistas del poder burocrático “soviético”, paralelamente se debe plantear, también, que tampoco la remozada mejilla capitalista de la democracia cristiana o la socialdemocracia merecen ser consideradas como opciones para el llamado Tercer Mundo en general y para México en particular.

Por nuestra parte, consideramos que una pregunta capital es ésta: ¿se trata sólo de un problema que plantea la eliminación de quién dirige (y se beneficia de la explotación salarial) con su correlativa industrialización absoluta, o, más bien, no será que el problema de raíz estriba en el propio modelo de sociedad industrializada misma, llámesele capitalista o estatal? En cualquier caso, es, frente a planteamientos como los anteriores, como la izquierda mexicana debe opinar aportando su grano de arena, para hacer-actuando en la transformación del capitalismo mexicano de la crisis.

Ni el desarrollo industrializador capitalista nos guarda satisfacción alguna, ni la creencia en la necesidad de un desarrollo compulsivo y continuo de las fuerzas productivas puede asegurar la felicidad. Antes bien, nos aproxima al despeñadero que supone la destrucción de la naturaleza y de la propia sociedad. Por tanto, un elemento enormemente sugerente hacia el futuro quedó fraguado como problemática en el Foro, y para profundizar en él con futuros encuentros: volver los ojos a las tecnologías intermedias antes desdeñadas; a procedimientos energéticos ahorradores de energía limpia y que sean manejables por los propios hombres que las emplean; intentar la vía larga de la desurbanización del medio con sus grandes conglomerados, con sus gigantescas concentraciones industriales y los propios superestados y supermercados internacionales, a fin de caminar hacia la recuperación de formas autogestionarias y comunales, con representación directa y sin político-burócratas que hablen —como siempre— en nombre del pueblo y que terminan sustituyéndolo, sustantivados en un nuevo poder coactivo opresor.

Así, el Foro “Las luchas emancipadoras de fin de siglo” ha tenido en su primera realización un mérito indiscutible dentro de un medio culturalmente tan árido como el nuestro.



Éste ha consistido en inclinarse a fungir como resorte impulsor (entre otras tantas iniciativas) de la transición, esperamos que en curso ya, de la vieja izquierda dogmática del pasado hacia la configuración de una izquierda renovada y crítica, tanto en el análisis teórico, como en el hacer concreto de la política social.

Como aporte central de esta esperanzadora iniciativa, en fin, debe rescatarse su deseo de provocar e inducir a la imaginación creativa de la izquierda; a la utopía que vive, no como lo irrealizable, sino como el límite de lo posible hacia donde debemos caminar. Imaginar la articulación a las revoluciones económico-políticas que se requieren, revoluciones sociales, culturales y sexuales. Imaginar una subversión geográfica que borre las fronteras y que desurbanice el medio. Imaginar nuevas formas de economías comarcales-regionales con base en una agricultura biológica que sea autosuficiente, que pueda ser sostenida por energías no contaminantes de los ecosistemas y que posibilite su recuperación (energía solar e hidráulica, eólica y geotérmica). Imaginar, insistimos, modelos alimentarios no industrializados, así como medicinas preventivas y naturales dentro de una sociedad desescolarizada y democráticamente plural y autogestiva, donde pueda recuperarse la unidad perdida por el industrialismo fabril y la producción en serie, entre el productor emancipado y un consumidor que influye en lo que se produce para un consumo satisfactor y no alienante. Imaginar, finalmente, unidades sociales en libertad, sin necesidad de depender de sofisticados sistemas de control, llámese Estado, policía o ejército. Un sistema que no dependa del mercado y su comercialización masiva, de la manipulación cosificada por la mercadotecnia, del fanatismo religioso y de la represión sexual. Ideas como éstas, procesadas y planteadas durante el Foro, se colocan en el más allá, o en las antípodas de un capitalismo que debe ser superado y destruido. Comprenderlo hoy supone ya avanzar en el camino, largo y difícil pero necesario, por arribar a una sociedad distinta al capitalismo que nos ha sido impuesto, sin explotadores y explotados. Sólo la inteligencia y la conciencia del género humano, así como la esperanza de darle realidad al proyecto emancipatorio, podrá lograr estas demandas, capaces de lograr un nuevo amanecer para todos.

¿ES AÚN POSIBLE EL SOCIALISMO?*

gabriel vargas lozano

1 En los últimos años de la década de los ochenta y primeros de los noventa, hemos sido testigos de un conjunto de procesos históricos que ha afectado seriamente la idea de que el socialismo pudiera representar una alternativa real al capitalismo. Algunos de estos procesos han sido: el derrumbe de todo un sistema social en Europa del Este y la URSS, que se había autodenominado “socialista”; el fracaso del modelo de autogestión yugoslava; la incapacidad de los partidos comunistas europeos para poner en marcha una estrategia triunfante en las condiciones del capitalismo desarrollado (e inclusive el cambio ideológico de la concepción “comunista” por las de “democrático y de izquierda”, en el caso de uno de los partidos que más habían avanzado en una elaboración crítica e independiente de la teoría socialista: el PCI); y, finalmente, el desvanecimiento de una posición anticapitalista por parte de los gobiernos

*Gabriel Vargas Lozano. Profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la UAM. Codirector de *Dialéctica*. Su más reciente libro se titula *Después del derrumbe / Reflexiones sobre la crisis del socialismo y sus consecuencias*. (Actualmente en prensa.)*

socialdemócratas europeos, que también se han seguido reclamando “socialistas” en un sentido no marxista del término. A estos fenómenos políticos habrá que agregar todo un clima ideológico neoliberal que ha buscado capitalizar los acontecimientos, proclamando, ya no sólo el fin del socialismo y del marxismo, sino inclusive el fin de la historia, como afirmaba Fukuyama, primero en un artículo que el Departamento de Estado norteamericano hizo publicar por todo el mundo, y ahora en su libro *The End of the History and the Last Man*.¹

* Ponencia presentada en el Foro “Las luchas emancipadoras de fin de siglo”, realizado en el auditorio del FAT los días 4, 5 y 6 de septiembre de 1992.

En América Latina, el derrumbe del “socialismo real” ha tenido diversas expresiones: en primer lugar, fue la derecha la que capitalizó en su beneficio, tanto el derrumbe, como su desenlace conservador, mientras que la izquierda, un tanto paralizada, era golpeada por el desarrollo de los acontecimientos. La causa directa de ello ha sido la cautela con que se ha reflexionado sobre estos fenómenos en términos generales. Sin embargo, hoy podemos observar, en diversos países y medios, el inicio de un movimiento más amplio de reflexión crítica. Lo anterior no quiere decir que en ciertos sectores no hubiera habido, desde hace mucho tiempo, una crítica desde posiciones de una izquierda abierta y antidogmática, pero ésta fue vista con cierta resistencia desde la amplia base de simpatizantes del socialismo. En el caso de las organizaciones políticas, el efecto ha sido diversificado: los partidos comunistas que siguieron la línea soviética han entrado en una profunda crisis; algunos movimientos continúan atribuyendo el derrumbe del “socialismo real” a la “traición” o “infidelidad” a los clásicos, lo que denota la ausencia de un análisis más profundo; en algunos más, existe una actitud de aplazamiento del debate, con el objetivo de “no introducir elementos de discordia entre sus militantes”; y, por último, existen también los que han abandonado, abierta o implícitamente, el ideal socialista.²

Contrasta esta diversidad de opiniones con la unanimidad “ejemplar” que ha sostenido la derecha, desde sus portavoces más pedestres, hasta sus intelectuales más eximios.

Todo lo anterior configura una fuerte crisis ideológico-política que, no sólo afecta la concepción del socialismo en cualquiera de sus versiones, sino a cualquier aspiración a realizar una sociedad mejor. Esta crisis, sin embargo, contrasta con el estado de descontento existente entre los sectores mayoritarios de la población en América Latina, a causa de las difíciles condiciones económico-sociales a que han llevado a nuestros países las oligarquías nacionales; de la política neoliberal impuesta por el Fondo Monetario Internacional y de la ausencia de condiciones democráticas plenas en nuestros países. En otras palabras, mientras que, por un lado, observamos una serie de movimientos masivos de inconformidad (y los recientes acontecimientos en Brasil, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y México no me dejarán

mentir), los movimientos de izquierda, si bien han sido participantes activos de esa respuesta, no han realizado, hasta ahora, el necesario ajuste de cuentas; la reelaboración teórica requerida del ideal que por tantas décadas constituyó el objetivo de la lucha por una sociedad mejor. Diría todavía otra cosa: muchos de estos movimientos políticos han sustituido, sin más, el ideal socialista por el ideal democrático. A mi juicio, esta sustitución, de ser posible, no puede realizarse sin mediar un análisis detenido. Deseo aclarar, para evitar malas interpretaciones, que la lucha por la democracia política en nuestros países, no sólo es importante y necesaria, sino inclusive prioritaria para detener o modificar las decisiones autoritarias que sobre nuestros destinos toman los grupos dominantes; sin embargo, si el socialismo formó parte de las luchas pasadas, por las cuales sacrificaron su existencia millones de personas honestas, y si el socialismo, como creo, debe ser concebido en un sentido profundamente democrático, se requiere establecer con claridad cuál ha sido su significado histórico y cuál puede serlo en la actualidad para que pueda ser reinsertado nuevamente en la lucha política. Por otro lado, hoy tenemos a la vista los alcances y los límites de la democracia representativa, tal y como ha sido aplicada en las sociedades capitalistas desarrolladas. Los pueblos de aquellos países podrán tener democracia política, pero ésta no ha sido capaz, por sí misma, de generar condiciones de justicia social. Es por ello que si hoy se plantea hacer un ajuste de cuentas de la experiencia socialista, también requerimos, al mismo tiempo, hacer un balance de la experiencia democrática en Occidente, hubiera o no alcanzado en América Latina sus mejores logros. El objetivo de ello está a la vista: la historia no debe ser repetida ni como tragedia ni como farsa, como diría un pensador clásico.³

Ahora bien, en virtud de que existe una sobreacumulación de problemas, considero que debemos hacernos primero una pregunta radical: ¿es posible hoy el socialismo? Si la respuesta es negativa, pero consideramos que debería existir una sociedad justa, tendríamos que definir en qué consistiría ésta y en qué diferiría de los ideales de igualdad, democracia y fraternidad que formaron parte del ideal socialista, y cómo se lograría. Si la respuesta es afirmativa, tendríamos que preguntarnos qué tipo de socialismo es el que se requiere



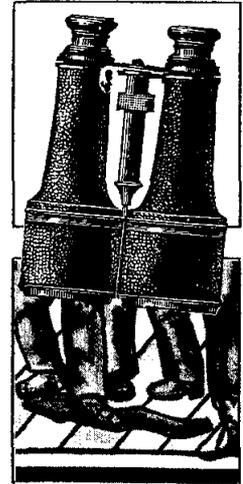
construir de acuerdo a las profundas transformaciones que están ocurriendo en la actualidad.

2. Los anteriores interrogantes nos llevan a muchos más: ¿es posible seguir considerando el socialismo como un ideal posible y deseable?; si es así, ¿de qué socialismo estamos hablando?; ¿del marxista, leninista, del llamado “socialismo real”, del anarquista, socialdemócrata, liberal, autogestionario, de mercado, cristiano, o de una nueva manera de entender el concepto?

Si durante más de setenta años la URSS se consideró como socialista, ¿cuáles eran las características de este régimen?; ¿cuáles fueron las causas de su colapso?; ¿cuáles constituyeron los problemas centrales que enfrentó esta sociedad (al igual que las de Europa del Este, Cuba, Corea del Norte, China, Viet-Nam, en la medida en que hubieran participado o participen del modelo) y que deberían ser evitados en la construcción de una sociedad que se pretendiera socialista?; ¿lo que se derrumbó era socialismo o una deformación de él? Ahora bien, ¿el colapso del llamado “socialismo real” (tanto por el hecho de que aquellas sociedades se autodenominaron socialistas como por la intensa propaganda que se ha difundido en su contra) impide, de una vez y para siempre, seguir pensando en una solución socialista? Si la respuesta a esta pregunta es negativa, ¿qué características debería tener la nueva concepción del socialismo a la luz de los fracasos históricos y de los nuevos problemas que han surgido en la sociedad capitalista?; ¿las condiciones históricas actuales permiten seguir hablando de socialismo?; ¿cómo valorar la experiencia del “otro socialismo”, es decir, el sostenido por la socialdemocracia?; ¿cuáles son las diferencias fundamentales entre un socialismo de inspiración marxista y otros tipos de socialismo?; ¿hablar de que existe una relación intrínseca entre socialismo y democracia equivale a sostener las tesis de la socialdemocracia? Y, finalmente, ¿qué razón tienen los teóricos del neoliberalismo en sus críticas al socialismo?

3. No es objetivo de este trabajo dar respuesta a todas y cada una de estas cuestiones. Sobre algunas de ellas ha habido reflexiones importantes (inclusive valientes y oportunas, por

parte de un pensamiento crítico, tanto en el medio nacional como en el internacional: los nombres de Sweezy, Baran, Mandel, Marcuse, Bahro, Claudín, Mészáros, Schaff, Bettelheim, Denitch, Sánchez Vázquez, González Rojo, Enrique Semo, etcétera, acreditan esta aseveración), pero considero que es hoy urgente continuar y ampliar el debate en los más diversos sectores de la izquierda para definir cuáles son los consensos, cuáles son los problemas que requieren un mayor análisis y cuáles son las diferencias principales. Esta reflexión sólo puede hacerse si se adopta un espíritu crítico; si priva una cultura del diálogo y no de la intolerancia, como ha ocurrido; si se tiene una voluntad autocrítica y, como consideraba Descartes en el siglo XVII, una posición de volver a pensar todo de nuevo para examinar sus fundamentos. Su objetivo central es definir qué tipo de sociedad justa es, por un lado, la deseable, y, por otro, la posible. Inquirir cómo puede ser lograda. Es cierto que el derrumbe del “socialismo real” en Europa del Este y la URSS, así como los errores y fracasos de la lucha socialista, han representado duros golpes para todo aquel que, en algún momento, pensó en la posibilidad de una sociedad mejor; pero, como dice Umberto Cerroni, nunca un estado de ánimo ha sido un argumento. Es por ello que se requiere plantear de nuevo el problema, insisto, con toda la libertad que nos sea posible. En lo que sigue, expondré algunas reflexiones provisionales desde la óptica de una filosofía política, con la conciencia de que éste es un problema que debe ser analizado en forma colectiva e interdisciplinaria.



4. Uno de los componentes centrales de la actual crisis ha sido el derrumbe del llamado “socialismo real”. El análisis, tanto de sus características, como de las causas de su caída, constituyen una fuente muy importante de reflexión sobre lo que debe y lo que no debe ser el socialismo.

Apoyándonos en estudios procedentes de un pensamiento crítico, considero que podemos extraer las siguientes características que conformaban la sociedad soviética:

1. Supresión de la propiedad privada de los medios de producción y estatalización de ellos.
2. Institución del unipartidismo, que se fusionó con el aparato de Estado.

3. Creación de un inmenso aparato militar como contrapartida de las fuerzas de la OTAN.

4. Establecimiento de una concepción oficial: el marxismo-leninismo, que concentraba todo y que era opuesta a toda versión diferente del marxismo, y con mayor fuerza en contra de todo pluralismo político, filosófico o ideológico. Se consideraba a sí misma como la ciencia de las ciencias. Era antiutópica y reduccionista.

5. Establecimiento de medidas como derecho al trabajo, educación, salud y deporte a cargo del Estado.

6. Carácter ateo del Estado socialista.

7. Subordinación de las naciones que conformaban la URSS al centro ruso y de otras naciones o movimientos políticos a la política de la URSS.

8. Supresión de los derechos de expresión, organización política diferente al PCUS y movimiento.

9. Intento de planificación total.

10. Supresión oficial del mercado.

11. Permanencia de los puestos hasta su renovación por muerte, golpe de Estado o movimientos políticos.

12. Inexistencia de mecanismos que permitieran una autorreforma.

13. Proclamación de una democracia socialista opuesta a la democracia burguesa o parlamentaria.

Este modelo, con diversas variantes, fue impuesto en todos los países que quedaron bajo la influencia de la Unión Soviética como resultado de la segunda guerra mundial.

Si lo anterior es correcto, los problemas principales que enfrentaron estas sociedades fueron, entre otros:

□ Contradicción entre planificación y supresión del mercado. La experiencia del “socialismo real” mostró que no puede suprimirse, sin más, el mercado y que se requiere una solución técnica para el desarrollo del proceso social.

□ Ausencia de una auténtica democracia que permitiera el control democrático de los procesos sociales. En el “socialismo real” se hablaba de una democracia social y existía un rechazo a la democracia representativa (denominada burguesa). La democracia social aludía a la existencia de los derechos del trabajo, salud, educación y

deporte, pero no a la democratización del poder político. Hoy se requiere esta última democratización. Más adelante me referiré a ello.

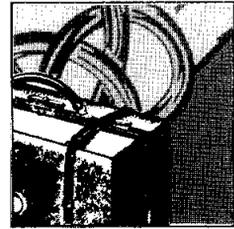
□ Ausencia de una concepción correcta del fenómeno religioso. En el “socialismo real” se cometió el error de definir el Estado como ateo, es decir, establecer una disposición jurídica sobre un problema que, a mi juicio, ya había recibido una solución en la Ilustración: separación de la Iglesia del poder del Estado y laicismo en el conocimiento. Por otro lado, el fenómeno religioso es, como se ha demostrado, muy complejo, e involucra problemas simplemente insolubles. El ateísmo oficial lo único que logró fue: reprimir lo religioso (que hoy emerge de nuevo de las profundidades del subconsciente) o generar una reacción en contra más fuerte.

□ El problema de las nacionalidades, en lugar de resolverse, se reprimió. En el caso de la URSS, se desarrolló un enorme centralismo, al igual que en el caso de Yugoslavia. Hoy los pueblos se desangran por razones étnicas, geográficas, culturales e históricas.

□ El bloque del CAME no pudo organizar una política económica de alternativa a la desarrollada por el grupo de las siete naciones más industrializadas.

□ Ausencia de una reflexión crítica y autocrítica del marxismo y de reconocimiento de aportes desarrollados por otras corrientes filosóficas en relación con nuevos fenómenos de la realidad. Lo que predominó es una concepción única, que pretendía ser ciencia de las ciencias. El análisis de lo que fue el “marxismo-leninismo” debe ser detenido y complejo, pero lo que predominó como versión oficial del Estado sólo tenía por objeto su legitimación.

Dejaré de lado, por ahora, la exposición de las causas económicas, políticas, ideológicas e históricas que generaron la caída del socialismo. Esto lo he desarrollado en otro trabajo.⁴ Baste decir que, a mi juicio, el retraso que existía en aquellas sociedades; las dificultades históricas que surgieron; la conformación de una estructura burocrática que impedía la emergencia de iniciativas desde abajo; y el carácter dogmático e ideológico con que se asumió la teoría marxista fueron lo que impidió, entre otras causas, que esas



sociedades pudieran plasmar un socialismo auténtico y nuevo, de acuerdo a las necesidades de un mundo en profundo cambio.

Lo anterior no quiere decir que en el periodo de posguerra estas sociedades no hubieran experimentado un importante desarrollo económico y social, que permitió, como dice Enrique Semo, la superación del subdesarrollo; pero, a fines de los sesenta, requerían una radical transformación que permitiera hacer frente a sus propias necesidades, a la revolución científico-técnica en marcha y a las nuevas condiciones del capitalismo en su fase transnacional. Esta transformación fue frustrada mediante la violencia, por la burocracia neoestalinista, en Hungría, Checoslovaquia, Polonia, la RDA y en la propia URSS.

Ante el derrumbe de estas sociedades, ha surgido la pregunta de si todavía es posible el socialismo. Las respuestas pueden ser dos: si se reduce el socialismo a lo que fue el “socialismo real”, entonces la aspiración socialista queda sepultada con aquella sociedad; si el socialismo no se reduce a esa experiencia, entonces se requiere explicar qué tipo de socialismo es deseable y posible.

5. En la actualidad se han ensayado varias respuestas al tema de la posibilidad del socialismo.

La primera de ellas la han ofrecido teóricos de la socialdemocracia, quienes consideran que ya no se puede hablar de socialismo como una sociedad de alternativa y que el legado de Marx y del marxismo están liquidados.

En este sentido se han expresado teóricos como Alec Nove en su libro *La economía del socialismo factible*, pero, si no queremos ir tan lejos, consideremos la tesis de Rolando Cordera en su intervención en el coloquio “Los grandes cambios de nuestro tiempo”, organizado por *Nexos*, el CNCA y la UNAM. En efecto, Cordera dice en su intervención:

Hoy esta historia insiste en decir no a realidades alternativas, en el sentido de cualitativamente diferentes de las que hoy conforman el escenario mundial, y no sólo ello, sino que se empeña en sugerir que la búsqueda de lo alternativo, en el sentido aludido, puede contener, predominantemente,

posibilidades de perversión y reversión que despojan a la idea de toda deseabilidad racional.⁵

A mí me parece que esta primera idea contiene una filosofía de la historia difícil de aceptar a la luz de los acontecimientos. Podemos afirmar que el intento de construir una sociedad de alternativa fracasó; podemos explicar por qué razones ocurrió; pero, ¿estamos en condiciones de prever el futuro? A mi juicio, no. Las ciencias sociales han mostrado lamentablemente su incapacidad para hacerlo. Lo que ha mostrado la historia, por el contrario, es que existe una enorme complejidad de variantes que hace imposible su predicción, y que sobre el futuro sólo se pueden hacer algunas conjeturas. Cordera no puede dotar de sentido a la historia ni siquiera para afirmar que no es posible una vía u otra. ¿Quién pudo prever el trágico desarrollo del nazismo?; ¿quién previó el advenimiento de la revolución cubana y su posterior destino?; ¿quién previó la caída del “socialismo real”? Me atrevo a decir que nadie. Lo que ha mostrado la historia es su capacidad de sorprendernos positiva o negativamente. Las únicas previsiones de carácter probabilístico son las de corto plazo.

La segunda parte de la tesis de Cordera es que la búsqueda de una sociedad de alternativa “puede” implicar la perversión del ideal. Este hecho también es parte de la historia: podemos afirmar que todos los ideales, desde el cristiano hasta el socialista, pasando por el democrático y el liberal, no se han realizado en los términos en que se habían imaginado, e inclusive, en ciertos periodos, se han corrompido hasta llegar a niveles extremos; pero hoy, tal vez más que nunca, a partir de una reflexión sobre este aspecto inintencional del acontecer histórico, estamos en posición de examinar las condiciones que hacen posible la perversión y establecer medidas preventivas que pudieran impedir su desenlace trágico. ¿Por qué razones lógicas buscar una sociedad de alternativa al capitalismo tendría que degenerar en perversión? —me pregunto—. Lo mismo podríamos decir que sucedería al no buscarla. Lo que, a mi juicio, podemos hacer es otorgarles un valor preventivo a las lecciones de la historia, como serían las de no confundir lo deseable con lo posible; reflexionar sobre lo deseable incorporando concepciones que



se han mostrado como indispensables en la realidad histórica (por ejemplo, la necesidad de pensar democracia y socialismo en conjunto); la de establecer programas factibles a corto, mediano y largo plazos; definir claramente el papel de las utopías; etcétera.

La negación de una sociedad de alternativa, sin embargo, conlleva la tesis de que el socialismo debe concebirse —dice Cordera— “sobre todo como un movimiento *dentro* del capitalismo, como una crítica y una acción colectivas que, en su despliegue, cambian o pueden cambiar los términos de intercambio entre agentes económicos y sociales, y la morfología de las clases mismas”.⁶ Aquí nuevamente nos encontramos con dos temas vinculados. Es claro que hoy el movimiento socialista debe concebirse como un movimiento *dentro* del capitalismo en nuestras sociedades, pero lo que Cordera está implicando con ello es más bien *con* el capitalismo. Quien nos aclara mejor la posición es el español Manuel Escudero, quien dice en su artículo “El debate sobre los nuevos objetivos del socialismo democrático”:

Parto de la hipótesis de que el socialismo democrático, habiéndose desprendido de la herencia hegeliana (que se recibió a través de Marx) ya no se define por la construcción de un modo de producción alternativo que sea la negación del modo de producción capitalista, ni por la creación de un sistema de asignación de recursos y fijación de precios que no tenga como base el mercado.

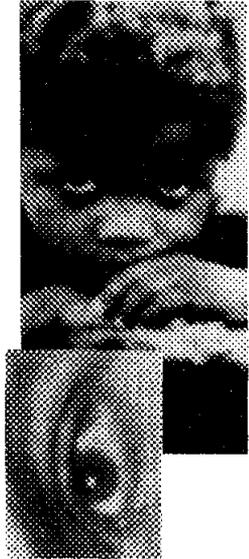
Despojado de estos falsos espejismos, la definición del socialismo debe ser buscada en sus hechos, en su trayectoria pasada. Desde este punto de vista, el socialismo democrático es *un movimiento político que ha trabajado por transformar la inhumanidad originaria del capitalismo y por limitar social y económicamente los excesos incontrolados ocasionados por los mecanismos de libre mercado.*⁷

Esta tesis, por cierto, ya la había planteado Stuart Mill en el siglo pasado. La función del socialismo sería, no el pretender combatir el capitalismo, sino buscar convertirlo de salvaje en civilizado. Ésta sería la línea de un “socialismo” fijado desde la socialdemocracia actual. Quisiera reconocer que, si bien esta concepción ha contribuido al desarrollo de una democracia representativa o de un Estado social en el

capitalismo desarrollado, y que en el periférico tendría como objetivo programático mejorar las condiciones del capitalismo salvaje, la verdad es que no ha logrado resolver los principales problemas de desigualdad e injusticia, como ha pretendido el socialismo desde sus inicios. Esto no quiere decir que una socialdemocracia que se ajuste a los principios mencionados no pudiera acompañar al capitalismo “limitando sus excesos”, pero con ello define tanto su virtud como sus propios límites. En el caso de América Latina, observamos un doble carácter en lo que se refiere a la política real de la socialdemocracia: por un lado, ha contribuido al restablecimiento de la democracia política, pero, por otro, como ocurre en los casos de Venezuela y Perú, se han adoptado las posiciones del FMI, con graves consecuencias para sus propios pueblos.

En consecuencia, ese “socialismo”, al aceptar el capitalismo, sólo se limita a atenuar, si le es posible, las contradicciones más duras, sin tocar los problemas de explotación, injusticia y desigualdad que generan las estructuras de dicho sistema. En mi opinión, sea posible o no a corto plazo una sociedad de alternativa, ésta debería ser planteada, tanto como base de una crítica a la existente, como parte de una intensa búsqueda de vías nuevas.

Una segunda posición es la del socialismo liberal. Esta tesis tiene representantes de diverso tipo, como Macpherson, Rosselli o Norberto Bobbio. No puedo hacer ahora un análisis de todos ellos. Se trata, como se puede deducir, de una recuperación del valor del liberalismo, relacionándolo con el socialismo. Por razones de espacio, sólo me referiré a Bobbio, por la extensa difusión que han tenido sus obras en México y por la importancia de sus planteamientos. Para Bobbio, en su libro *Liberalismo y democracia*, los conceptos de liberalismo, democracia y socialismo tienen un origen desigual: el liberalismo nace en los siglos XVII y XVIII, vinculado al individualismo, la teoría de los derechos naturales y el contrato social. La democracia tiene su origen en el mundo griego y el socialismo surge en el siglo XIX. Bobbio, distingue entre liberalismo político y *liberismo* (que sería la defensa del mercado). Para Bobbio no habría una relación de necesidad entre liberalismo y democracia. Existe un liberalismo conservador que es antagónico a la



democracia y un liberalismo que acepta la democracia. La democracia en el capitalismo se ha topado con las paradojas de la sociedad contemporánea y con la dificultad de no poder cumplir sus promesas. A pesar de ello, la democracia como procedimiento es un valor que debe ser sostenido para evitar soluciones violentas. ¿Cuál es la relación entre liberalismo, democracia y socialismo? Para Bobbio, el verdadero liberalismo ha dado origen a instituciones como el estado de derecho y las libertades individuales, que son base de la democracia y que deben preservarse. El socialismo ha tenido, a su juicio, una relación de complementariedad con la democracia, pero históricamente no ha podido realizarse. Por tal motivo, la única salida que Bobbio ve posible para realizar los valores de igualdad y solidaridad del socialismo es la de ampliar la democracia (del quién vota, adónde se vota) a otros sectores en donde se ejerce el poder, y ampliar los derechos. Bobbio dice en una entrevista reciente:

Hoy están en primer plano, no sólo los derechos de libertad o el derecho al trabajo y a la seguridad social, sino también, por poner un ejemplo, el derecho de la humanidad actual, y aun de las generaciones futuras, a vivir en un ambiente no contaminado, el derecho a la procreación autorregulada, el derecho a la privacidad frente a la posibilidad que hoy tiene el Estado a saber exactamente todo lo que hacemos. Además, quisiera señalar la gravísima amenaza a la conservación del patrimonio genético generada por el progreso técnico de la biología, amenaza a la que no podrá responderse si no es estableciendo nuevos derechos.⁸

¿Quién hoy, desde la izquierda, podría estar en contra de la realización de una auténtica democracia y la extensión de los derechos, tal como lo expresa Bobbio? A mi juicio, muy pocos. Sin embargo, quisiera anotar que la postura del filósofo italiano tiene los siguientes problemas: 1) mantiene una aceptación tácita del capitalismo. Esto es señalado por Perry Anderson en su trabajo “Liberalismo y socialismo en Norberto Bobbio”⁹ cuando considera que “La permanencia del capitalismo como orden social se convierte —en Bobbio— en premisa de cualquier participación efectiva dentro del Estado representativo” (o también), “lo que le importa a Bobbio no es quién gobierna (qué clase domina), sino cómo

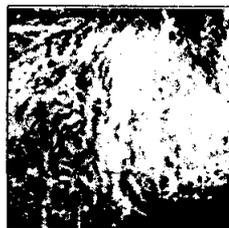
gobierna”; 2) mantiene la tesis de un liberalismo fundado en el individualismo; 3) parte de una visión politicista de los fenómenos sociales que incurre en la misma unilateralidad del economicismo; 4) Bobbio no extrae las conclusiones correspondientes de su propio análisis de la democracia. En efecto, en su libro *El futuro de la democracia* ha expuesto que tras las urnas existen poderes que tienden a nulificarla: las oligarquías, los medios de comunicación, la mano invisible, los *arcana imperi*, las decisiones de los técnicos, el clientelismo, etcétera. Puede haber un respeto al voto, pero ahí están siempre los poderes reales; 5) no aparece nunca el mundo capitalista dependiente (hoy las dos terceras partes de la humanidad) en análisis que se pretenden universalistas.

A mi juicio, Bobbio hizo en su momento una crítica correcta al marxismo, en tanto que subestimó la democracia política y los derechos civiles, pero su reflexión se ha topado con un muro: los poderes reales.¹⁰ Por otro lado, en mi opinión, debemos separar los auténticos aportes de los pensadores del liberalismo de sus presupuestos ideológicos y filosóficos. En otras palabras, yo puedo aceptar y defender los derechos humanos, pero no tengo por qué mantener el individualismo, ni volverme ciego con respecto de los aportes de otros clásicos, como Marx. De ahí entonces la necesidad de buscar una nueva forma de interrelación entre democracia y derechos humanos dentro de un nuevo concepto de socialismo.

6. Se requiere, entonces, hacer un ajuste de cuentas desde la izquierda. Este ajuste de cuentas debe considerar, desde mi punto de vista, los siguientes aspectos: 1) qué lecciones extraemos de la experiencia del llamado “socialismo real”; 2) cuáles son los aportes de Marx y del marxismo, y cuáles son los puntos críticos; 3) cuáles son los problemas objetivos que enfrenta hoy el proyecto socialista; y 4) cuáles serían las características de un socialismo del futuro.

Ya nos hemos referido a algunas de las lecciones que se pueden extraer del llamado “socialismo real”; pero, ¿qué ocurre con el legado de Marx?

En la obra de Marx no existe una teoría sistemática del socialismo similar a la de *El capital*, debido a que en su tiempo no existía ninguna sociedad que pretendiera ser



socialista. En los textos de los clásicos existe una serie de señalamientos muy ricos junto a problemas no resueltos. Algunas afirmaciones son válidas hoy, otras son insuficientes y otras han pasado a formar parte de la utopía revolucionaria. Un ejemplo de ello es lo siguiente:

□ Marx pensaba el socialismo como la primera fase del comunismo. Si el socialismo está cuestionado, el comunismo se ha vuelto parte de la utopía.

□ La abolición de la propiedad privada de los medios de producción, y la propiedad social de ellos. Sobre este punto hemos dicho que es condición necesaria, pero no suficiente.

□ Sustitución del Estado capitalista por un Estado nuevo que sería administración de las cosas. Esta sustitución es problemática hoy.

□ Extinción del Estado. Resulta hoy una idea utópica.

□ Instauración de la dictadura del proletariado, que era pensada por Marx y Engels como plenamente democrática. Hoy el concepto dictadura, por más realista que sea, y, aunque se le conciba como “dictadura de las mayorías”, tiene resonancias negativas, y no incluye el derecho de las minorías. Gramsci desarrolló el concepto, mejor y más plausible, de *hegemonía*.

□ Habría autogestión de los productores. Esta tesis amerita una reflexión más detenida, debido a que un tipo de autogestión como la llevada a cabo en Yugoslavia generó enormes contradicciones.

□ Distribución equitativa de los recursos. Esta distribución está relacionada con una democracia real.

□ Búsqueda de regulación de las relaciones sociales mediante la planificación. El problema que ya hemos planteado es el que surge de la transformación del mercado capitalista.

□ Instauración de una nueva racionalidad de la historia. Éste es un punto que forma parte de una filosofía de la historia que equivale al control de los procesos sociales; a partir de las experiencias del siglo XX, aparece punto menos que imposible de realizar.

□ Abolición de la explotación del hombre por el hombre y fin de la enajenación. Constituyen aspectos de la utopía revolucionaria.

□ Fin de las clases sociales y por tanto de la desigualdad social. En la sociedad actual han surgido nuevas desigualdades, que no se reducen a las clases, y nuevas modalidades de las clases.

A mi juicio, hoy todo esto tiene que ser reexaminado a la luz de la teoría y de la práctica, pero ello no equivale, en mi opinión, a la eliminación completa del legado teórico, ético y utópico de Marx, como pretende Habermas en su ensayo “El futuro del socialismo occidental”, en donde llega a decir:

...si observamos estas diferencias y errores, presentes de manera más o menos relevante en la tradición teórica, que de Marx y Engels llega hasta Kautsky, se comprende mejor cómo el marxismo pudo degenerar, en la forma codificada por Stalin, en una ideología que legitimaba una praxis claramente inhumana.¹¹

Lo que no se puede comprender es cómo Habermas mete tantas aseveraciones en un párrafo. Una cosa es Marx, otra Engels, otra cada uno de los marxistas (y existe, por ejemplo, una vía que arranca de Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci que no puede ser metida en ese cajón de sastre; y tampoco se comprende cómo de los errores de Marx —que los tuvo— pueda deducirse la codificación de Stalin). Curiosamente, a renglón seguido, Habermas se cura en salud, diciendo ambiguamente que no se puede justificar desde la teoría el cambio al marxismo soviético, pero dice que las insuficiencias de Marx son “premisas” de la perversión de su teoría. Yo no creo que esa interpretación sea correcta; y, por el contrario, creo que en el marxismo pueden encontrarse numerosos textos importantes de análisis objetivo del legado de Marx y sobre la comprensión crítica de lo que fue el llamado “socialismo realmente existente”.

¿Cuáles son los problemas objetivos que enfrenta el socialismo hoy?

El ideal socialista surgió, en su forma originaria, como respuesta a las consecuencias de la industrialización y de las promesas incumplidas de la revolución francesa. Frente a una sociedad desigual y basada en la explotación, se propuso una



sociedad igualitaria y sin explotación; frente a la industrialización que generaba la polarización entre obreros y capitalistas, la organización de la clase obrera como palanca fundamental del cambio histórico; frente a las enajenaciones producidas por el sistema (entre ellas la religiosa, la del fetichismo de la mercancía, la política), un mundo sin enajenación. Agreguemos a ello que el socialismo original fue un arma en contra de los colonialismos y los neocolonialismos.

¿Ahora bien, esta situación que generó la alternativa socialista original, ¿ha cambiado?

Goran Therborn, en su ponencia titulada “Vida y tiempos del socialismo: esbozo de un retrato histórico” (presentada en el coloquio denominado “El socialismo en el umbral del siglo XXI”), considera que a lo largo del presente siglo se ha efectuado una serie de cambios que afecta la viabilidad del socialismo:

1) Fin del colonialismo y de los regímenes racistas (el último que queda es Sudáfrica). El liberalismo, primero, y el socialismo, después, fueron parte de esa lucha anticolonialista.

2) Advenimiento de la sociedad posindustrial. El modelo de una amplia clase industrial y un grupo pequeño de capitalistas no se universalizó. La sociedad posindustrial ha generado una heterogeneidad estructural y cultural. En esta sociedad se opera un cambio de relación entre empresa y mercado diferente al esperado por la teoría socialista, debido a que ésta fundó sus proyecciones en la dominación de la industria.

La desindustrialización, el poder creciente de las finanzas, la tecnología computarizada y el rápido crecimiento de los servicios personales y empresariales, realizados por pequeñas firmas aisladas unas de otras, siguen contribuyendo a fortalecer el peso del mercado en relación con la empresa.¹²

Además,

El Occidente [sigue diciendo Therborn] logró democratizar las instituciones capitalistas, amortiguar las crisis cíclicas por medio de un amplio sistema de seguridad social y establecer mecanismos para la redistribución masiva del ingreso. Creó

así una sociedad en la que las demandas clásicas del movimiento obrero se vieron realizadas, y se llegaron a considerar como obvias.¹⁸

3) Cuestionamiento global de la cultura de la modernidad. Los conceptos claves de progreso, desarrollo, iluminismo, emancipación, están cuestionados por el posmodernismo. El socialismo está relacionado con la modernidad.

Las consecuencias que extrae el autor es que se requiere una fundamentación de la izquierda basada en sus propias fuentes.

A mí me parece que el diagnóstico de Therborn tiene las virtudes y los defectos de quien analiza la situación desde una perspectiva que sólo toma en cuenta las sociedades capitalistas desarrolladas, es decir, las condiciones de vida de 15% de la humanidad. Su visión, independientemente de su interés, requiere ser confrontada con la experiencia de las sociedades latinoamericanas.

En primer lugar, considero que debemos coincidir en que existen cambios profundos, no sólo en el capitalismo actual, sino en el desarrollo mismo de la civilización, que exigen una refundamentación de la idea de socialismo.

Por un lado, las causas que generaron la idea de socialismo en un principio se mantienen y profundizan en el capitalismo actual. Es cierto que el Estado benefactor ha permitido disminuir tensiones y distribuir beneficios en ciertas zonas del capitalismo desarrollado, pero esto no ha ocurrido de igual manera en el capitalismo periférico.

Por otro lado, aunque los regímenes racistas están por desaparecer, el racismo es una ideología que se ha revitalizado en Europa y en los Estados Unidos.

Es cierto que las formas de dominio han cambiado, pero no el dominio mismo. Ahora ya no se requiere la ocupación física de un territorio, sino que basta con el dominio de mercados, proceso que naturalmente implica un soporte ideológico y político. Uno de los efectos de esta nueva forma de dominio lo encontramos en los tres grandes núcleos globales que se están integrando en la actualidad: la Comunidad Europea, los tigres asiáticos y América del Norte. En el caso de México, la caída del “socialismo real”, el fracaso de nuestro modelo de desarrollo y el efecto de la nueva



forma del capitalismo mercantil y financiero han precipitado en forma violenta el proceso de integración de nuestro país al polo del norte, uno de cuyos capítulos es el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá.

La transformación de la industria por obra de las nuevas tecnologías, el capital financiero y el dominio del mercado son elementos constituyentes de la situación actual. Estos hechos implican una transformación de la clase obrera tradicional, el surgimiento de nuevos grupos sociales, de nuevos sectores marginales y una modificación de las luchas tradicionales.

Las transformaciones de la sociedad en el sentido de una mayor fragmentación han ocasionado que el sujeto clase obrera industrial ya no sea el único agente histórico potencial, sino también otros sectores productivos o culturales, como los movimientos indígenas, de colonos, de ciudadanos, de economía informal, feministas, ecologistas, etcétera.

Therborn no matiza la relación entre socialismo y modernidad, y lo considera como una de las variantes de ésta. A mi juicio, la relación entre socialismo y modernidad es compleja. La razón de fondo es que los conceptos de modernidad o socialismo no son unívocos, sino multívocos. Por un lado, el socialismo surgió como impugnación crítica de la modernidad capitalista. No compartió con ella ni el individualismo ni la propiedad privada sobre los medios de producción. El socialismo quiso prolongar críticamente la vertiente democrática de Rousseau; sin embargo, estuvo a favor de ciertos rasgos constituyentes de la modernidad, como la secularización del Estado; el carácter laico del conocimiento (que radicalizó hasta el ateísmo); y el avance ilimitado de las fuerzas productivas a partir del desarrollo de las ciencias. En consecuencia, el socialismo participó de algunas concepciones de la modernidad, pero criticó otras. Hoy nos encontramos con límites de algunos de los postulados de la modernidad, como:

- a) la existencia de un límite del desarrollo;
- b) el doble carácter productivo y destructivo de las fuerzas productivas, señalado por Marx;
- c) la crisis de los sistemas ecológicos, con un grave peligro para la existencia misma de la humanidad;

d) la aparición de nuevas luchas por la igualdad sexual (que por cierto fueron señaladas por Fourier o Engels), étnica, nacional;

e) la aparición de una vertiente crítica en el seno de la Iglesia Católica, como lo es la Teología de la Liberación, etcétera.

Todo ello apunta hacia una serie de transformaciones del ideal socialista. Los límites de la modernidad no constituyen necesariamente, a mi juicio, límites también del socialismo en su conjunto, sino sólo de una modalidad de éste. Si el socialismo es capaz de pensar estas luchas en su complejidad y diferencia, podrá seguir jugando un papel importante frente a las nuevas transformaciones histórico-sociales.

Mi conclusión es que el diagnóstico de Therborn para el capitalismo desarrollado no se extiende, sin más, a las sociedades de capitalismo periférico y dependiente, en donde podría suceder algo todavía más dramático, como la configuración de un Cuarto Mundo, una nueva zona marginal, conformada por países que no tuvieran ninguna función en la actual transformación del capitalismo.

El socialismo no tiene sellado su destino por el fin de una etapa histórica de la humanidad. Por otro lado, el posmodernismo, es decir, la lógica cultural del capitalismo en su fase actual, contiene dentro de una de sus vertientes el ingrediente ideológico de la negación del futuro, ingrediente que el socialismo no puede aceptar, a riesgo de convertirse en reo de un presente que se pretende eterno y definitivo.

Posiciones en torno al “socialismo real”:

En torno a este tema, que forma parte del conjunto de dificultades con que se enfrenta hoy la realización del socialismo, quisiera plantear dos cuestiones: una, si aquella sociedad podría llamarse válidamente *socialista*, y, otra, si la carga negativa de significados que se le han adjudicado no han acabado por anular el concepto mismo de socialismo.

Sobre el primer punto se han vertido diversas interpretaciones encontradas. Existen, desde luego, los que consideran sin dificultades que aquellas sociedades eran, sin más, socialistas. A este apartado corresponden, desde la izquierda, los que no han reflexionado sobre la complejidad del problema. Existió también la tesis oficial, inventada por



Suslov, de que ése era el “socialismo realmente existente” y no la idea que tenían los críticos europeos. En este caso, se trata de una aceptación implícita de que había problemas para identificar el socialismo con la formación social que ostentaba tal nombre; sin embargo, con el nuevo concepto, la dirigencia soviética consideraba que, bien o mal, esta sociedad era “la única que había podido ser construida”. Esta posición me parece tan determinista como cínica. Podemos registrar también la idea de que, a pesar de los problemas, errores, contradicciones, desvíos y autoritarismos, de todas formas existía el socialismo, si atendemos la definición de Marx en el sentido de que se trataba de una nueva “formación económica de la sociedad”. Ésta es la tesis, entre otros, de Adam Schaff. En efecto, el filósofo polaco, en su libro *Perspectivas del socialismo moderno*,¹⁴ considera que en aquellas sociedades existió:

a) Una abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Este hecho, a juicio de diversos investigadores, las convirtió en no capitalistas.

b) Una apropiación estatal. En mi opinión, a esta circunstancia tendría que haberse agregado el carácter democrático del Estado.

c) Existió una serie de derechos: al trabajo, a la educación, a la salud, al deporte, a cargo de la sociedad. Estas características son, a mi juicio, parte integrante de un legado socialista.

d) Finalmente, Schaff considera que la posición de negar el carácter socialista a aquellas sociedades desmoviliza a quienes querrían luchar por una mejor sociedad. “Sencillamente —dice Schaff—, hay que asumir lo que hay de socialismo en esos países y atacar lo que es incompatible con el ideal del socialismo”.¹⁵

Por su lado, Adolfo Sánchez Vázquez, con quien polemiza Schaff, se ha negado a aceptar que aquellas sociedades fueran socialistas; considera que constituyeron una formación específica no capitalista, y cree necesario que se realice un deslinde crítico con respecto de aquellas sociedades.¹⁶ No obstante lo anterior, Sánchez Vázquez considera que debe seguirse reivindicando el socialismo en sentido democrático y en la orientación abierta por Marx.

¿Quién tiene razón? A mi juicio, Schaff está atribuyendo a Marx una definición estrictamente económica. Suponiendo, sin conceder, que así fuera, ya hemos considerado que, si bien aceptamos como elementos del socialismo la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y su organización para beneficio del pueblo, en realidad ésta no es una definición suficiente. Se requiere agregar un carácter democrático, que también está en Marx, pero pensando en sociedades pequeñas y no en las grandes y complejas urbes de hoy. Por tal motivo, para juzgar si el "socialismo real" era un auténtico socialismo se requiere, como rasgo esencial, que esas sociedades hubieran tenido un carácter plenamente democrático. En consecuencia, puede decirse, como lo hace Sánchez Vázquez, que no eran socialistas en sentido estricto. Ahora bien, ¿esto acaba el problema?; en mi opinión, no. Aquellas sociedades tenían rasgos socialistas, como lo eran los derechos que hemos mencionado; de ahí que éstos tendrán que ser considerados en el análisis.

Por otro lado, negar el carácter socialista de aquella formación no es desmovilizador, sino desmitificador, a condición de que se haga desde una crítica al capitalismo y se proponga algo a cambio. La razón última de la negación tendría, a mi juicio, el siguiente sentido: 1) deslindarse de esa experiencia y de ese tipo de sociedad, tal y como se dio en la URSS; y 2) afirmar el carácter democrático de todo posible socialismo.

Con todo, seguramente tendrá que pasar un buen tiempo para que se haga un juicio más frío sobre lo que eran en realidad aquellas sociedades.

La creencia en el socialismo.

Durante mucho tiempo, a los ciudadanos de aquellos países se les educó en la creencia de que estaban construyendo el socialismo. Así se los hicieron creer en la escuela, en sus casas, a través de los medios de difusión, etcétera. Estos ciudadanos, en general, se vuelven ahora en contra de aquella sociedad, que identifican con el único socialismo posible.

En el caso de América Latina, los medios de comunicación —controlados por las agencias norteamericanas—, las iglesias y los partidos de derecha bombardearon durante mucho



tiempo la conciencia de la población civil, generando una identificación entre el socialismo en general y el llamado “socialismo real”, y cargando de significados negativos el concepto (sociedad totalitaria, cerrada, dictatorial, contra la familia, contra la religión, contra las libertades, etcétera, etcétera). La pregunta que surge entonces es: ¿lograron cambiar el significado genuino del socialismo como una sociedad en donde privaría la igualdad de oportunidades, la fraternidad y la distribución equitativa de los recursos, convirtiéndolo en su contrario?

Los únicos que podrán responder a esta pregunta son los ciudadanos mismos. En mi opinión, lo que puede ocurrir en el futuro es que los habitantes de los países en que imperó el llamado “socialismo real” y que hoy rechazan su propio pasado, analizaran más objetivamente su sociedad, en cuanto el capitalismo salvaje y el neoliberalismo generen las contradicciones que conocemos. Y en el caso de América Latina, el asunto podría resolverse, si es que existe una labor intensiva por parte de la izquierda, mediante una amplia e intensa discusión. Esta discusión tendría que tomar en cuenta las experiencias vividas por diferentes generaciones: la generación que fue contemporánea de la crisis de la segunda guerra mundial y el surgimiento de los bloques recordará posiblemente a la sociedad socialista, no sólo por sus rasgos negativos, sino también por la lucha antifascista y el antiimperialismo; los de la generación del '68 experimentarán, como de hecho ha ocurrido, una crisis entre dos formas de ser y de pensar: por un lado, la que emerge de la confrontación entre socialismo y capitalismo; y, por otra, la que surge de la recomposición actual. Esta crisis tendrá que ser resuelta existencial y teóricamente de algún modo. Finalmente, los miembros jóvenes de la generación actual seguramente llegarán a convicciones diferentes, y, tal vez, si somos capaces de explicar las cosas objetivamente, estarán dispuestos a aceptar análisis menos cargados de convicciones perdidas o crisis de identidad que las generaciones anteriores. Estarán, entonces, mejor dispuestos a asimilar una nueva idea de socialismo.

7. En conclusión: debido al derrumbe del llamado “socialismo real” en la URSS y Europa del Este, así como del

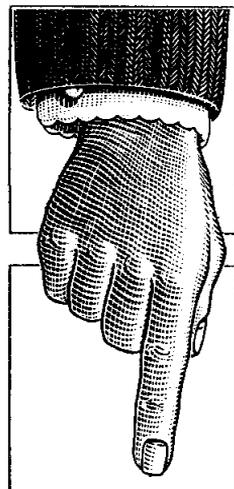
fracaso, hasta ahora, de la estrategia por lograr una sociedad auténticamente socialista, la meta de realización de esta sociedad se ha vuelto más lejana.

La paradoja es que los problemas y las contradicciones a que ha llegado el capitalismo en la actualidad hacen necesario un nuevo tipo de sociedad a nivel nacional y mundial. Esta nueva sociedad puede ser un nuevo tipo de socialismo, que implique una superación crítica de los problemas planteados por el liberalismo, que ofrezca una salida para la democracia política y que implique una nueva etapa del pensamiento crítico.

En el centro de una nueva forma de entender el socialismo deberá figurar una nueva concepción de la democracia, que concilie libertades individuales y sociales; derecho de mayorías y minorías; la igualdad, pero también el derecho a la diferencia nacional, étnica o sexual; el laicismo como la expresión del límite de la religión con respecto de la política, pero también del respeto del Estado para problemas que no tienen solución; función del mercado, en tanto que no se encuentre una auténtica vía para su superación; el antiimperialismo, el anticolonialismo cultural y algo, a lo cual no he podido dedicarle suficiente espacio: una posición ecológica que implique una radical modificación de las relaciones que el hombre ha tenido con la naturaleza.

En México aún no tenemos una democracia política que se respete, ni en el Estado, ni dentro de los partidos de izquierda o derecha, y ése debe ser uno de los objetivos de la izquierda. Pero, ¿debe quedarse allí? El resultado ya lo tenemos a la vista en las sociedades capitalistas desarrolladas: puede haber respeto al voto, pero ahí están todos y cada uno de los problemas estructurales del capitalismo. Es por ello que no se debe renunciar a plantear lo que puede y lo que debe ser una nueva sociedad de alternativa.

En mi opinión, la idea del socialismo no se ha agotado, ni en sus posibilidades históricas objetivas, ni en el imaginario social, pero se requiere una refundamentación para que pueda cumplir hoy una función política. Ésta será una tarea para los años venideros.

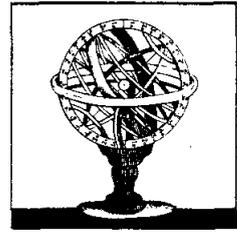


NOTAS

- ¹ Francis Fukuyama, *The End of the History and the Last Man*, The Free Press, Macmillan Inc., Nueva York, 1992.
- ² Quisiera señalar que en México se han efectuado, en los últimos años, algunos coloquios importantes, que han tenido como objetivo reflexionar sobre los acontecimientos del Este: en primer lugar, el coloquio organizado por Octavio Paz: "El siglo XX. La experiencia de la libertad". Este coloquio fue organizado como *show* televisivo y teniendo como invitados principales a disidentes de los países exsocialistas, y como comentaristas a invitados nacionales. Este coloquio fue difundido por la televisión privada internacionalmente, y, salvo algunas intervenciones dignas, no tuvo la intención de hacer un análisis objetivo. En segundo lugar, se realizó, del 10 al 21 de febrero de 1992, el coloquio "Los grandes cambios de nuestro tiempo", organizado por la revista *Nexos*, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la UNAM. Este coloquio fue más plural; tuvo también una gran difusión, debido al patrocinio del Estado, y en éste se hicieron algunas exclusiones notables entre representantes de la izquierda, toda vez que la derecha ya había tenido su propio coloquio. En tercer lugar, otro coloquio importante fue el celebrado en la Universidad Autónoma Metropolitana del 27 al 30 de noviembre de 1990, bajo el tema de "El socialismo en el umbral del siglo XXI". En cuarto lugar, el seminario "El futuro de la izquierda", realizado del 22 al 24 de julio de 1992 en la ciudad de México, y organizado por el Centro de Estudios para un Proyecto Nacional y la Fundación "Friedrich Ebert"; y, finalmente, en quinto lugar, el Foro "Las luchas emancipadoras de fin de siglo", que se llevó a cabo del 4 al 6 de septiembre de 1992. Este último foro fue producto de una iniciativa independiente.
- ³ No puedo detenerme aquí en un análisis puntual de los programas del Partido de la Revolución Democrática, de México; del Frente Sandinista de Liberación Nacional, de Nicaragua; o del Frente "Farabundo Martí" para la Liberación Nacional, de El Salvador, pero en los documentos oficiales no resulta claro cuál es su posición en torno al derrumbe del "socialismo real" o de la democracia representativa.
- ⁴ Vid. Gabriel Vargas Lozano, "El derrumbe del socialismo real", en *Concordia*, núm. 22, Aachen, Alemania, 1992.
- ⁵ Rolando Cordera, "Socialismo y liberalismo, ¿química o alquimia?", en varios, *La situación mundial y la democracia*, UNAM-CNCA-FCE, México, 1992, p. 70.
- ⁶ *Op. cit.*, p. 71.
- ⁷ *El Socialismo del Futuro*, núm. 3, Madrid, 1991, p. 121.
- ⁸ Norberto Bobbio, "Nuevas fronteras de la izquierda", En *Leviathán*, núm. 47, Madrid, 1992, p. 69.
- ⁹ *Cuadernos Políticos*, núm. 56, Ediciones Era, México, enero-abril de 1989, pp. 59-60.
- ¹⁰ La difusión en nuestro país de las obras de Bobbio ha sido importante, porque, a pesar de que la solución a la demanda de democracia política en nuestro país es remota, ha sido apenas en las últimas

décadas en que difícilmente empieza a transitarse a lo que podría llamarse una democracia política "normal". Este hecho ha requerido una reflexión intensiva sobre el tema de la democracia desde las ciencias sociales y la filosofía política. Sin embargo, existe la necesidad, también aquí, de generar iniciativas propias.

- 11 Vid. *Leviathán*, núm. 43-44, Madrid, 1991, p. 49.
- 12 Goran Therborn, "Vida y tiempos del socialismo: esbozo de un retrato histórico", en Arturo Anguiano (coord.), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991, p. 29.
- 13 *Ibid.*, p. 34.
- 14 Adam Schaff, *Perspectivas del socialismo moderno*, Sistema-Crítica, Barcelona, 1988.
- 15 *Op. cit.*, p. 410.
- 16 Adolfo Sánchez Vázquez, ponencia "El valor del socialismo", expuesta en el Foro "Las luchas emancipadoras de fin de siglo", y en otros textos.



**La clintonomics:
el imperio emprende
el cambio**
➤ Mario Zepeda

**Acción de los
sindicatos en la
empresa**
➤ Andreu Lope Peña

**Un mirador andino de
la Revolución
mexicana**
➤ Ricardo Melgar Bao

Las sombras del TLC
➤ Enrique Quintana

**Sergio Méndez Arceo,
un año después**
➤ Raúl Macín

**Opiniones sobre
Hermenegildo Bustos**
➤ Raquel Tíbol

MEMORIA
 Director: Arnoldo Martínez Verdugo
 Marzo de 1993 No. 52 \$7.00

Memoria es una publicación mensual del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A.C. Suscripciones y correspondencia: Monterrey, 159; colonia Roma; delegación Cuauhtémoc; 06700 México, D.F.; teléfonos 564 64 49 y 564 94 42

COLECCIÓN 500 AÑOS DESPUÉS



TÍTULOS PUBLICADOS

Leopoldo Zea	<i>Descubrimiento e identidad latinoamericana (Agotado)</i>
Gustavo Vargas	<i>Bolívar y el poder</i>
Varios Autores	<i>La Utopía en América</i>
Horacio Cerutti	<i>Presagio y típica del descubrimiento</i>
Carlos Bosch G.	<i>El descubrimiento y la integración iberoamericana</i>
Mario Magallán Anaya	<i>Dialéctica de la filosofía latinoamericana. Una filosofía en la historia</i>
Raúl Fornet Betancourt	<i>Estudios de filosofía latinoamericana</i>
Alicia Mayer	<i>El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana (siglos XVI-XX)</i>
Enrasto de la Torre Villar	<i>Descubrimiento y conquista de América. Temas para su estudio</i>
Héctor Guillermo Alfaro	<i>La filosofía de José Ortega y Gasset y José Gaos</i>
Elisa Vargas Lugo	<i>Estudios de pintura colonial hispanoamericana</i>
Sofía Reding Blase	<i>El buen salvaje y el cantibal</i>
Beatriz Ruiz Gaytán	<i>Latinoamérica, variaciones sobre un mismo tema</i>
Adalberto Santana	<i>El pensamiento de Francisco Morazán</i>
Arturo Ardao	<i>Génesis de la idea y el nombre de América Latina</i>

PEDIDOS A: CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, TORRE 1 DE HUMANIDADES, PLANTA BAJA, CIUDAD UNIVERSITARIA, MEXICO, D.F., C.P. 04510.
TEL.: 622-1902; FAX: 548-9662

UNA HISTORIA CASI SIN HISTORIA

saúl ibargoyen

NOTA INTRODUCTORIA

El Partido Comunista de Uruguay fue fundado en septiembre de 1920, como resultado de una fractura ideológica del Partido Socialista, originada en los efectos de la revolución rusa de 1917. Luego de un desarrollo afectado por la influencia estalinista, a partir de 1955 el Partido realiza un cambio histórico: los nuevos estatutos y, sobre todo, la declaración programática, basada en una interpretación estratégica de la realidad de Uruguay, que aún contiene elementos de vigencia.

Los tres puntos esenciales fueron: conformación del Partido como fuerza protagónica, unidad del movimiento sindical y creación de un movimiento nacional liberador. Esto se obtuvo entre los años 1966 y 1971 (crecimiento del Partido en su organización e influencia social; nacimiento de la central de trabajadores; formación del Frente Amplio, coalición de izquierda que, pese a la dictadura y a sus contradicciones internas, triunfó en las elecciones de 1989 en la capital, o sea, en la mitad del país por su población).

En la década de los ochenta, luego de la recuperación de la democracia burguesa, el Partido Comunista —a partir de un periodo de reconstrucción y de presencia muy activa— comienza a ceder a causa de conflictos ideológicos en lo interno y de otra influencia

externa mal asimilada: la perestroika. Ahora, el Partido carece de representación parlamentaria, pues sus diputados y senadores titulares abandonaron la organización junto con dirigentes y cierta parte de la membresía. Pese a carecer de prensa y de recursos inmediatos, el núcleo denominado “ortodoxo” intenta ahora rehacerse como fuerza política real. La crisis padecida y la coyuntura histórica del país plantean un desafío ante el cual aún no hay respuesta cierta.

Saúl Ibarгойen Islas. Uruguayo. Poeta, narrador, periodista. Militante político. Jefe de redacción de la revista Plural. Autor, entre otros libros, de Noche de espaldas y Soñar la muerte (en prensa).

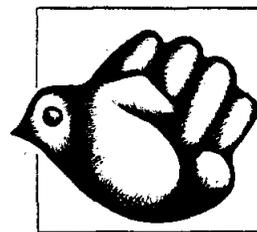
Los temas propuestos por *Dialéctica* en esta oportunidad son nuevamente de una actualización ajena a las aparatosas urgencias del presentismo; urgencias que apuntan, en medio de un desborde inmedible de datos, noticias, información, etcétera, precisamente a dar por eterno un suceso irrelevante o fugaz, insertándolo como un elemento cuya apariencia le otorgue categoría de verdad inmodificable en lo interno de la conciencia pública.

Esta artimaña apunta, también, a la “abolición” del futuro, ya que los acontecimientos no admitirían transformaciones. Más allá de que puedan luego registrarse cambios en cuanto a la presentación o “lectura” del suceso, los *mass media* y otras estructuras de imposición ideológica sabrán continuar con ese temible juego de distorsiones, enmascaramientos y disfraces, al punto que aun los mismos procedimientos utilizados se confunden o son la imagen así elaborada. O sea, una nueva forma del Otro a través de la cual el Otro es mediatizado, reducido, inventado, falsificado, en función de la imagen que el sistema tiene o expresa de sí mismo.

Por eso, como ahora, cuando se nos da la opción de entregarnos a un cierto tema, podemos —en una especie de gesto de libertad muy personal— buscarnos como el Otro para asumir esa temática. Y sin espejo ni pantalla idiota: a pura piel y a puro pelo. Es decir, el tema nos elige, pues ya estaba, desde años atrás, alimentándose de una historia subjetiva que, en alguna medida, pretendió estremecerse junto con la historia.

Porque nuestra imagen era también una figuración compartida desde un apoyo social, ideológico, partidista, cultural, actuante, muy definido. Al menos con relación a algunos rasgos de experiencia acumulada individualmente, la participación política significaba —hablamos de los años sesenta a los ochenta— reconocerse como Otro con respecto a la sociedad o a ciertas zonas de la misma. Esa Otredad implicaba, por un proceso de estrechez y diseño pragmático —forjado en un ámbito de muy variables hostilidades—, aceptar los colores de una única bandera.

Aun dirigentes lúcidos y cultos de la izquierda marxista uruguaya, como Rodney Arismendi, no lograron mucho más —y es un mérito histórico— que abrir oportunidades para que la Otredad de afuera (conformada por enemigos de clase y



adversarios políticos, pero, asimismo, por numerosos portadores de un pensamiento progresivo y creador) se expandiera, primero, en la propia cabeza, y luego en estructuras sociopolíticas amplias, flexibles y adecuadas a un proyecto avanzado que, en buena medida, la dictadura fascista (1973-1984) logró deteriorar, tal vez, irreversiblemente.

El tema antes aludido es el de si hay “señas de la izquierda” en Uruguay, ya sobre los finales del siglo. A primera vista, y desde una postura sostenida más por la práctica social y cultural que por la preparación ideológica rigurosa, podemos afirmar que las señas existen, pero desde una desinstitucionalización partidista. Con respecto a la fiebre teórica que produjo tantas farragosidades, rígidos alineamientos y frutos bastardos, da la impresión de que ahora se reproduce —¡oh casualidad, oh curiosidad!— entre no pocos denostadores del socialismo y enamorados a ultranza de cuanta novelería “posmo” los separe de la “humanidad sufriente” y corriente. O sea: es igual, pero al revés.

Parece que, al cabo de décadas de labores y propuestas políticas organizadas, las vacilaciones, la represión autoritaria tradicional, la brutalidad fascista, la vigilancia social (ese enorme *super ego*), las contaminaciones de la democracia burguesa, las coyunturas internacionales y la fatiga histórica de los partidos de la izquierda uruguaya, más el derrumbe fragmentador y aun sangriento del campo socialista europeo, a lo que debe agregarse el desencanto espiritual generado por los fracasos de la utopía neoliberal, la crisis de la vida material y cultural, etcétera, parece, pues, que el interés en la participación social ha tomado otros rumbos.

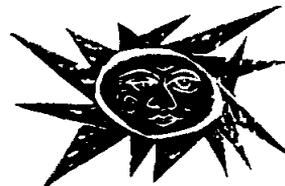
Así, han surgido en estos años diversos movimientos que son, a veces, tendencias generales de la época adoptadas según los tonos de una cultura nacional proclive, contradictoriamente, a desnacionalizarse. Es decir, a perder o desvanecer o corromper o mediatizar sustratos esenciales provenientes de los aportes migratorios que nutrieron a la sociedad uruguaya, y aun desde antes de su conformación como país independiente. Pero hay, sin embargo, expresiones realmente propias, surgidas de una verdadera y costosa identidad nacional.

Podemos mencionar rápidamente los movimientos ecologista, feminista, cooperativo, religioso-social, sindical, deportivo-cultural, etcétera. Todo esto asentado en una compleja red de pequeñas asociaciones y corporaciones mayores (barriales, mutualistas de asistencia médica, centros formados por los inmigrantes europeos, etcétera) que señalan una clara inclinación gregaria. Sin embargo, actualmente esto no puede aplicarse a las formaciones políticas, según ya vimos.

Pese al desánimo y a la desorientación ideológica, buena parte de la ciudadanía acaba de golpear duramente las pretensiones privatizadoras del desastroso gobierno actual. Treinta por ciento del electorado decidió con su voto llevar a referéndum la ley que, de no ser modificada, convertiría poderosas y rentables empresas estatales en empresas privadas (seguramente, además, extranjeras). Estamos, sin duda, ante un hecho insólito en estos días, que revela las reservas cívicas de una sociedad que, desde comienzos de siglo, se apoyó en el Estado para un desarrollo muy peculiar en el ámbito latinoamericano. O sea, ciertas estructuras estatales —pese a los males burocráticos— son un ingrediente importante hasta en la propia identidad nacional, dada la juventud del país, entre otras causas.

No todo es color de hormiga, felizmente. Pero, y ahora sí vamos directamente a nuestro asunto, el paisaje que ofrece la izquierda uruguaya desalentaría al mismo Lenin. Luego de un proceso de jaloneos y tentativas liquidacionistas, el Partido Comunista (fundado en 1920) pierde casi toda su dirigencia (los llamados “renovadores” o “perestroikos”) y buena parte de su importante masa de activistas o meros afiliados.

Se trata de una crónica colmada de tristezas. En nombre de los cambios que los nuevos vientos han traído, se destruye el aparato del Partido (organización, prensa y propaganda, finanzas, etcétera). Los jóvenes “renovadores”, con un autoritarismo que se aprovecha de la muerte de algunos dirigentes históricos fundamentales, pero que, asimismo, medra en la fragilidad ideológica y organizativa producida por once años de dictadura, intentan dominar el conjunto del Partido. Bajo una postura socialdemocratizante se escondía, por supuesto, la decisión de liquidar todo lo que oliera a



Partido Comunista, a marxismo-leninismo, a más de 60 años de presencia indudable en la vida política y social de Uruguay.

Quien esto firma trabajó durante años en la prensa partidaria, incluso profesionalmente, en las páginas culturales y literarias. Pude (escribo en la primera persona) ser testigo y aun víctima laboral de los procedimientos que condujeron al cierre del semanario y del periódico comunistas. Se trató de una maniobra en la que se mezclaron la incompetencia periodística, la mala fe y el manejo oscuro de las finanzas. Ni hablemos de los sueldos y las prestaciones a los trabajadores (algunos todavía no terminan de cobrar su despido y hasta iniciaron pleito a la empresa... que quién sabe si existe). Al punto que nunca se sabía de dónde provenía el dinero de los salarios: si del periódico o si del Partido Comunista.

Esa mezcla entre partido y empresas se parecía a la conjunción de partido-Estado, tan negativa para los países socialistas. Pero los “renovadores” no se dieron por enterados. Su propósito histórico era cumplir con el síndrome de Jesse James (según recordé en una entrevista), es decir, tener acceso a la gloria por su lado más negativo: la destrucción.

Lo curioso resultó que, cuando se me dijo que “el periódico tiene un nuevo proyecto, pero tú no estás contemplado en él” (yo tenía 22 años de partido y 26 de colaborar en su prensa, tanto en Uruguay como en el exilio), se estaba involuntariamente adelantando lo que yo haría poco después. Es decir, quedar fuera del proyecto (que era terminar con el periódico), pero también fuera del Partido Comunista. Renuncié, acusado en ese diario y en organismos partidarios nada menos que de corrupción.

Y también es curioso que dichas acusaciones —jamás comprobadas y que originaron, ante mi renuncia pública, un cierto temblor en el charco partidista— salieron de una mafia de excamaradas y excualquier cosa muy cercana al corazón que daba impulso a las “reformas modernizadoras”. Ese corazón se alimentaba, y lo sigue haciendo, de una tupida malla de empresas de viajes, de exportación e importación, de publicidad y otras, en parte construidas sobre la estructura de la solidaridad montada en varios países cuando la dictadura (en África, en el Caribe, en Europa). Así, asistimos a algo en verdad nuevo: dirigentes partidarios de primer nivel

(en cuanto a cargos) tan posmodernos como para ser al mismo tiempo fuertes empresarios, y manejar un tráfico de influencias que hace poco se desnudó parcialmente (escándalo en el ayuntamiento de Montevideo cuando el intendente –alcalde– socialista cesó en sus cargos de confianza a gente vinculada a la mafia “renovadora”). Lo peor para mí, en cuanto poeta y narrador, es que uno de estos dirigentes posmodernos hasta salió cuentista (cuentero ya sabíamos que era, y bien astuto por cierto).

Sin embargo, los “ortodoxos” o “conservadores” (las fuerzas más sanas de lo que fue el Partido Comunista de Uruguay), más allá de distancias generacionales, han resuelto pensar con su cabeza y se esfuerzan por reconstruir su organización política. Desde afuera puedo decir con Vallejo: “son pocos, pero son”. Entre las dificultades no menores que se presentan, está la de las deudas acumuladas. Muchos locales rentados por el Partido estaban a nombre de personas amigas o miembros directos. Como las rentas no se pagaron, los fiadores solidarios debieron enfrentar los pagos. Hay casos tremendos, en que la gente es deudora de lo que no debe y por cifras altísimas. Asimismo, hubo propiedades inmuebles hipotecadas para así ayudar al Partido; sé de personas que perdieron sus casas. Una pregunta tal vez ingenua: ¿dónde está el dinero que recibió el Partido en su momento? Además, ¿en qué manos se hallan las empresas del Partido, destinadas a financiar sus actividades, ya que al frente de ellas figuraban meros prestanombres?

Esto explicaría en buena medida el desinterés por las instituciones que se percibe, según dijimos, en la mayoría de la gente, particularmente los jóvenes. Agréguese a esto la reciente polémica (por llamarla decorosamente así) entre dos senadores de la coalición de izquierda Frente Amplio (fundada en 1971): uno, exsecretario general del Partido Comunista; otro, exaliado directo de ese partido. Los insultos y las acusaciones en la prensa y la televisión hubieran avergonzado a los más impúdicos politiqueros nacionales. Digamos que es parte del discurso de la modernidad: chismografía de vecindario (conventillo en Uruguay), tal vez mezclada con asuntos de intereses ni políticos ni ideológicos.

Por eso recordamos que en estos meses se produjo un hecho especial: el segundo senador aludido fue llamado a



declarar y a dar su testimonio en un juicio que los nuevos dueños de la radiodifusora de la que había sido director entablaron contra el Estado, creo que por daños y perjuicios. Esa declaración fue decisiva para que los demandantes perdieran el pleito, o al menos esa instancia. Casualmente, se establece más tarde la “polémica” mencionada. En ella, la figura del exsecretario general del Partido Comunista (varios años preso cuando la dictadura y bestialmente torturado) parecía movida por los oscuros dedos de un titiritero. Es doloroso ver cómo el discurso de la revolución socialista en su variante uruguaya, según la caracterizara teóricamente Rodney Arismendi, queda ofuscado por el empobrecido y enajenado discurso de la posmodernidad.

Los mantos de la izquierda, pues, muestran señales impensables pocos años atrás. Habría que examinar hasta qué punto los efectos arrasadores de la *perestroika* cayeron sobre un partido siempre tan vinculado al movimiento comunista internacional y muy atento a prestar apoyo y solidaridad, no sólo a recibirlos. Mas, sin debilidades internas, sin desgaste propio de una política unitaria planteada a rajatablas, sin excesiva apetencia de abordar los problemas nacionales y mundiales, sin funcionamiento estrecho de la democracia interna, sin utilización limitadora de intelectuales y artistas, sin fuerte centralismo, sin influencia contradictoria en la clase trabajadora, etcétera, dicho resquebrajamiento y la actitud liquidacionista no se hubieran producido. Tal vez.

Un amigo me dijo hace poco, en Montevideo, que yo debía escribir algún texto en el que aparecieran los aspectos positivos de mi relación con el Partido Comunista de Uruguay, antes que dar prioridad a todo lo gris, lo desechable, lo desalentador, lo amargo, lo doloroso, lo trágico. Pienso que su propuesta es plausible. Pero como soy un poeta lírico-materialista, de tono inevitablemente elegíaco —quizá por una complicada química psicosomática— y fiel a los matices aristocratizantes más que burgueses o pequeñoburgueses de la cultura que me fue adjudicada, he comenzado por lo que mi consejero justamente no deseaba.

Pero no está por demás reiterar en estas reflexiones donde la Otredad soy también yo mismo, pues he resultado —al igual que tantos otros— el Otro dentro de una formación

política llamada Partido Comunista de Uruguay, que mi Otridad no fue aceptada, y de tal modo que ahora ni siquiera puedo no ser Otro con relación al partido que los “ortodoxos” tan ahincadamente buscan reconstruir.

En fin, en homenaje a mi amigo —fiel comunista argentino-uruguayo— apuntaré como una simple aproximación que en mi existencia partidaria de más de 22 años (ingresé en 1968, cuando morían asesinados los primeros estudiantes en las calles montevideanas) hubo momentos de altísima alegría, como el de repartir puerta a puerta la prensa del Partido, y en barrios modestísimos, casi marginales. O en encuentros con obreros y hombres de campo, para leer poemas o narrarles la experiencia de un viaje al Chile de Salvador Allende.

O en las grandes manifestaciones populares, coreando las consignas del momento —ahora tan vacías— y sintiendo que muchas voces se enredaban en la propia voz. O en las épocas más duras de la represión, trasladando pequeños mensajes o paquetes con volantes de propaganda antidictatorial. O al dar alojamiento y comida hecha por mis manos de poeta doméstico a los perseguidos por el fascismo. O al ser recibido en Cuba, en un central azucarero de Oriente, por la administración, los obreros y el responsable político, nada más que por ser un miembro del Partido Comunista de Uruguay. O en los viajes a la exRDA y a Hungría, donde también podía sentirse la calidez no idealizada del “internacionalismo proletario”. O en los discursos callejeros que debía improvisar, sin condiciones para la oratoria y con una garganta hecha para los medios tonos que se alejan de la exasperación y la demagogia verbal. O en la seguridad de pertenecer, no sólo a una colectividad creativa, transformadora y revolucionaria que había nacido en mi propio país, sino en la certeza de ser un integrante contumaz y honesto de una comunidad internacional que se desplazaba sin límites ni fronteras por todo el planeta.

Sé que falta mucho por recordar y por escribir. Considero que la mayor recuperación memoriosa que he realizado está en mis poemas, en mis cuentos, en mis novelas. Nunca escribí, por ejemplo, un ensayo sobre la tortura en Uruguay, pero sí dos cuentos largos y más de un texto poético, y hasta algún capítulo de novela. Y cuando antes coloqué la palabra



“trágico” es porque recordé súbitamente la visita que hicimos con varios escritores y artistas plásticos, en 1973, a un local partidario asaltado y destrozado por el ejército. Sobre la acera y la calle había cartones y papeles cubriendo la sangre ennegrecida de ocho obreros asesinados. Una horrorosa provocación que se dio en esos días de violencia descontrolada.

En fin, alegrías sí las hubo, junto a miedos y angustias y desazón y desánimo y desesperanza. Sin embargo, la fe en la posibilidad histórica de “cambiar la vida”; la certeza de poder “soñar con realidades”; el renovado espectáculo de la propia participación; el sentimiento de una lucha colectiva transparente; la derrota del subjetivismo improductivo y del narcisismo inherente a los intelectuales, etcétera, eran líneas de energía ideológica y espiritual capaces de ratificarnos en una postura que nos rebasaba con su avidez de transformaciones.

Hoy mencionaba el *super ego* a la uruguaya. El Partido Comunista —como toda organización política o social— ha sido parte, para mí, de él. Haber renunciado a la membresía partidaria fue un gesto de Otridad que recién ahora creo percibir con cierta nitidez. Quizá para la sociedad uruguaya (en términos muy genéricos) soy nada más que el que fue. El estigma no se desvanece fácilmente, porque no se trata de subirse a la revolución por la izquierda y bajarse por la derecha. Ya hay demasiados casos. Tristes, muy tristes.

Para terminar, puedo decir que uno mismo es, todavía, una señal de la izquierda. Ser siempre el Otro significa que el estigma, la señal, deberán ser mostrados a los demás como una prueba de fidelidad al propio ser profundo, al transcurrir íntimo de las ideas y las obras que hacemos o haremos con un afán colectivo que debe metaforizar de un nuevo modo la realidad insostenible del prepotente capitalismo tardío. Señal de la izquierda: eso somos: “Otros en nosotros para otros”. Y hasta cito un verso mío de 1977, pues la tradición cuenta como base, también, de cualquier utópico futuro.

ESTADOS UNIDOS: EL DILEMA DE LA IZQUIERDA Y LA FALTA DE ALTERNATIVAS

pablo a. pozzi

La era Reagan ha generado múltiples resultados en la sociedad norteamericana. Por un lado, hay una crisis económica sin precedentes desde la década de 1930. Por otro, el nuevo modelo de acumulación ha generado la mayor especulación y la pauperización de grandes sectores. A su vez, la recomposición de la clase obrera, la marginación cada vez mayor de las minorías y la movilidad social descendente de los sectores medios parecería generar las condiciones para un auge de la izquierda. Sin embargo, la izquierda norteamericana se encuentra en la mayor crisis y dispersión de su historia.

Indudablemente, una de las causas de esto es la crisis de la izquierda a nivel mundial. La derrota electoral de los sandinistas, la caída del muro de Berlín y el colapso del sistema socialista son algunas de las razones para entender esta situación. El mismo éxito de la ofensiva reaganiana sobre

las conquistas sociales es otra. Pero más certero es considerar el hecho de que la izquierda ha podido crecer en momentos de auge de masas y no ha podido resolver sus problemas en los reflujos.

La imposibilidad de resolver los problemas generados por el reflujo de masas ha llevado a la izquierda norteamericana hacia una dispersión y a la adopción de posiciones electoralistas socialdemócratas que se articulan con el reflujo

Pablo A. Pozzi. Historiador argentino. Profesor e investigador de la Universidad de Buenos Aires. Especialista en la historia de los Estados Unidos y sobre el movimiento obrero.

para profundizarlo, agudizando aún más la crisis de la izquierda. En este contexto, la única política de izquierda que parece haber rendido algunos frutos, si bien limitados, ha sido la que implica volcarse hacia la base y el trabajo de masas, postergando la lucha superestructural hasta el momento en que se haya desarrollado una acumulación social que dote de respaldo real el trabajo electoral.

La izquierda y su tradición

La izquierda norteamericana tiene una larga, complicada pero honrosa trayectoria, generalmente ignorada por los libros de historia.¹ Ya en 1830 se habían conformado partidos obreros en distintas ciudades de los Estados Unidos, como por ejemplo Filadelfia y Baltimore. Activistas marxistas conformaron batallones obreros durante la Guerra de Secesión. La Primera Internacional vio sus últimos días en Filadelfia. Tanto el Partido Laboral Socialista (SLP), dirigido por Daniel De León, como el Partido Socialista (SP), dirigido por Eugene Debs, tuvieron un impacto cultural y organizativo más allá de lo que suponemos. La IWW fue fundada por estas organizaciones. Debs obtuvo un millón de votos en la elección presidencial de 1912. Más tarde, el Partido Comunista y las organizaciones trotskistas fueron fundamentales para organizar el CIO, y en desarrollar un amplio trabajo cultural que fue desarticulado durante el macartismo. Tanto la vieja izquierda partidaria como la nueva izquierda sesentista fueron claves en las luchas sociales y políticas de las décadas de 1960 y 1970. El movimiento por los derechos civiles de los negros, las luchas por la democratización sindical y el movimiento antibélico se nutrieron de sus militantes. Fueron los únicos en lanzarse a la lucha en contra del proyecto reaganiano.

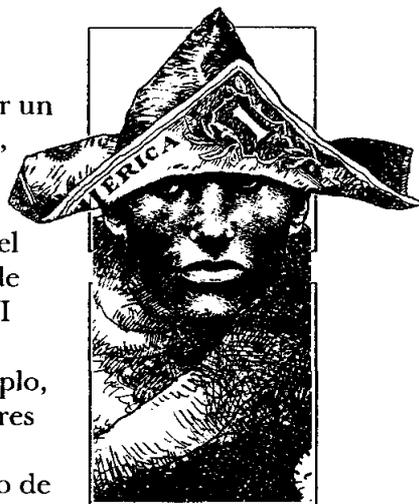
Sin embargo, y a pesar de una honrosa tradición de lucha, la izquierda norteamericana rara vez ha logrado ser algo más que un elemento marginal (y marginado) en la política norteamericana. Sus sacrificados activistas proveen la capacidad organizativa para gran parte de las luchas sociales del país, y sin embargo nunca se han logrado constituir en una alternativa a las opciones sistémicas, tales como el

Partido Demócrata, el sindicalismo socialdemócrata o las iglesias bautistas negras.

En cierta manera, es difícil transmitir lo que significa ser un izquierdista en los Estados Unidos. La represión estatal es, indudablemente, un problema. Los activistas son perseguidos, encarcelados y muchas veces muertos.² La infiltración es un problema de tal magnitud que refuerza el sectarismo. Por ejemplo, hacia 1977 el Partido Socialista de los Trabajadores (SWP) logró acceso a los archivos del FBI sobre sus actividades para descubrir que unos 600 de sus afiliados (sobre casi 2 500) eran informantes. O, por ejemplo, una movilización del Partido Comunista de los Trabajadores (CWP) en 1980 en Greensboro, Carolina del Norte, fue atacada por el Ku Klux Klan y la policía, y mataron a cinco de sus afiliados. La matanza fue filmada, pero el juicio realizado exoneró a los culpables “porque fueron injustamente provocados por comunistas”.³

Pero más allá de la represión estatal, el problema para el activista de izquierda es la presión social y el hecho de que el triunfo de sus propuestas no es visible, ni siquiera en el largo plazo. La hegemonía de la burguesía norteamericana es tan profunda que para gran parte de la población ser de izquierda equivale a ser antinorteamericano o traidor a la patria.⁴ Inclusive para el norteamericano medio no existe diferencia entre comunista, socialista y anarquista. Es más, ni siquiera tiene conciencia de la existencia de numerosos partidos de izquierda.⁵ De ahí que muchos izquierdistas prefieren definirse como “progresistas” y evitan cuidadosamente el rótulo de comunistas o socialistas.

Si bien los partidos de izquierda son conocidos como “la vieja izquierda”, en la década de 1960 surgió una “nueva izquierda”, que expresó la amplitud del fenómeno izquierdista en los Estados Unidos. En este sentido, el submundo izquierdista norteamericano es sumamente complejo, fluido y, sobre todo, desconocido. Hay numerosas organizaciones que se autodenominan “de izquierda”, pero la vasta mayoría tiene existencia a nivel regional o inclusive municipal, y cuenta con escasos militantes. El Partido Comunista, la organización más grande, contaba con unos 25 mil afiliados en 1975.⁶ El resto tenía entre mil y 3 mil miembros, en el caso de partidos nacionales, como el PLP, el



SWP o el WWP, o si no algunas decenas, como las organizaciones municipales al estilo del Comité Organizador de los Trabajadores de Filadelfia (PWOC) o el Comité-Movimiento de Izquierda Nacional Puertorriqueño (MINP), de Nueva York.⁷

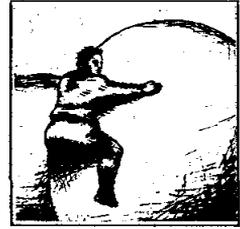
Además de la izquierda orgánica, existe en los Estados Unidos todo un submundo de izquierda que abarca decenas de miles de individuos en grupos informales de estudio, redes de solidaridad con América Latina y el Tercer Mundo, movimientos tales como el pacifista o el de liberación de la mujer, grupos de obreros para la democratización de los sindicatos, grupos autogestionarios de estudiantes universitarios.⁸ Inclusive existe todo un espectro universitario, de profesores y estudiantes, herederos de la nueva izquierda sesentista, que se autodefinen como "marxianos".⁹

La característica predominante de la izquierda norteamericana es el reformismo. En general, lo que subyace en la actividad de la izquierda es el concepto de que la lucha en torno a reformas del sistema genera conciencia en las masas. A esto se agrega una percepción de que la ampliación de los espacios democráticos agudiza las contradicciones del capitalismo en los Estados Unidos. Por ende, a más reformas, más democracia, y a más democracia, más cercanos al socialismo. Esto se combina con una tendencia, escasamente clasista, a reivindicar a "los oprimidos", genéricamente. Así, muchos negros son trabajadores o marginados, por ende toda la lucha de los negros es revolucionaria, no importa que el movimiento negro sea encabezado por la pequeña burguesía negra o por los sectores nacionalistas o religiosos anticomunistas. De alguna manera, la izquierda estadounidense se enmarca en la tradición radical norteamericana, que divide a la sociedad en productores y parásitos.¹⁰ Esto facilita la unidad popular en torno a reivindicaciones concretas, pero al mismo tiempo tiende a negar la lucha de clases, facilitando la absorción de estas mismas reivindicaciones dentro del sistema. Por ejemplo, la igualdad racial comienza como contestataria, permitiendo unir a la izquierda con el conjunto de la comunidad negra. Sin embargo, una vez que el Partido Demócrata asume estas reivindicaciones y logra algunas leyes al respecto, facilitando la movilidad social de la pequeña burguesía negra, ésta va a

abandonar a sus hermanos de raza obreros o marginados, debilitando y desarticulando el movimiento.

Según el analista de derecha Robert Alexander, que ha escrito varios libros sobre la izquierda norteamericana y latinoamericana:

El papel de la extrema izquierda en este país casi siempre ha sido el de catalizador y adelantado en la política nacional. Los temas por los cuales ha luchado parecen tener escasa conexión con las principales controversias políticas, pero tarde o temprano sus ideas son tomadas por los principales partidos políticos. Además, un número apreciable de gente que tuvo su primera experiencia política en la izquierda tuvo importantes puestos políticos en los partidos mayoritarios una vez alejada de la misma. Más aún, a través de los años, cientos de miles se han dedicado a la política de izquierda. Si bien no se encuentra en el centro de la vida política norteamericana, ha continuado siendo un factor, aunque quizás no uno de los principales, de nuestra política desde la guerra civil.¹¹



Los ciclos reformistas

En el siglo XX, los Estados Unidos han tenido dos grandes periodos de reforma, seguidos de retrocesos. El primero abarcó de la década de 1935 a 1945, y el segundo fue desde fines de la década de 1950 hasta principios de la de 1970. Durante cada uno de estos ciclos, la clase obrera y los sectores más oprimidos del pueblo norteamericano lograron importantes reformas a través de masivas movilizaciones en contra de la burguesía y el Estado. Estas luchas impusieron sus reivindicaciones desde afuera sobre el Partido Demócrata y el gobierno.

En cada ciclo fue precisamente el Partido Demócrata el que se benefició de estas reformas y del movimiento de masas, al expandir su base electoral. Si bien estos movimientos se gestaron desde afuera del aparato del Partido Demócrata, la eventual participación del mismo tuvo el efecto de “domesticar” dichos movimientos, alejándolos de la acción directa de masas, para encarrilarlos dentro del sistema electoral. Una vez que los demócratas lograban controlar y

frenar el movimiento de masas, se abría la posibilidad de un periodo reaccionario a manos del Partido Republicano.

De estos dos ciclos, el segundo es el más relevante para comprender, tanto el fenómeno reaganiano como la falta de alternativas progresistas y de izquierda en los Estados Unidos. El periodo comenzó con la movilización militante de las masas negras en el sur, a mediados de la década de 1950, en torno a los derechos civiles y la igualdad racial. El movimiento negro comenzó con el boicot de transportes de Montgomery, Alabama, en 1955-1956 y culminó con los motines raciales en 1964-1967 a lo largo del país. La movilización de cientos de miles de negros estremeció a la sociedad blanca hasta sus cimientos, e inspiró un dinámico movimiento estudiantil y antiimperialista que generó una oleada organizativa en el movimiento obrero. Si bien la demanda de los negros era meramente reformista, puesto que exigían nada más (y nada menos) que sus derechos constitucionales, el mero hecho de una participación tan masiva conllevaba implícito un cuestionamiento al sistema. En algunos casos, ese cuestionamiento llegó a manifestarse organizadamente, como en el caso de la Liga de Trabajadores Negros Revolucionarios (LRBW), que surgió en las plantas automotrices de Detroit, o en el caso de los Panteras Negras, en los *ghettos* urbanos.

Al igual que las luchas de la década de 1930, el movimiento negro se desarrolló con base en nuevas organizaciones y líderes. Los activistas se vieron obligados a crear sus propias formas de organización ante la burocratización de las organizaciones tradicionales de la comunidad (NAACP y Liga Urbana),¹² que apoyaban al Partido Demócrata, la guerra en Vietnam y atacaban vehementemente el Poder Negro.¹³ Si bien estos viejos dirigentes se esforzaron por canalizar la combatividad de las masas negras dentro de la lucha electoral, la mayoría de las nuevas organizaciones rechazó esta vía, reivindicando la acción directa. Cuando el movimiento utilizó la lucha electoral, fue para recalcar su derecho al voto, y no como camino a lograr sus reivindicaciones. Si bien dirigentes como el socialista de derecha Bayard Rustin proclamaban que el movimiento debía virar “de la protesta a la política”,¹⁴ los nuevos dirigentes estimaban que “el cambio social podría lograrse sólo a través

de un movimiento independiente que fuera una amenaza a la estructura del poder".¹⁵

Sin embargo, y a pesar de todo esto, el Partido Demócrata logró beneficiarse de toda esta movilización negra, estudiantil y antibélica, hasta el punto de que hacia 1968, a pesar de perder la elección presidencial contra Nixon, parecía encaminado a lograr una mayoría electoral permanente.¹⁶ En épocas de prosperidad económica y ante insistentes demandas reformistas, los demócratas aparecían ante la sociedad como el partido más apto para preservar el sistema y al mismo tiempo obtener reivindicaciones concretas.

A mediados de la década de 1970, el movimiento de masas había experimentado una declinación y, con ello, decayó el impulso reformista. Cuando Nixon comenzó la retirada de Vietnam, el poderoso movimiento antibélico declinó rápidamente. Los negros, a su vez, habían obtenido una serie de conquistas que se combinaba con una brutal represión sobre los sectores más combativos para desmovilizar al conjunto. Según Mike Davis, "parecía imponerse una ley por la cual, en la medida en que decrecía la movilización de base en los *ghettos*, aumentaba el clientelismo de los políticos negros".¹⁷ El combativo movimiento fabril, surgido en la década de 1960, se expandió a lo largo del país, pero no logró cuajar en ninguna instancia organizativa, con lo que su impacto a largo plazo se diluyó.

En cambio, lo que sí quedó fue el Partido Demócrata como canalizador del descontento social y esperanza reformadora. El hecho de que su compromiso fuera programático no significó nada. Durante toda la presidencia de Jimmy Carter, y controlando ambas cámaras del Congreso, los demócratas fueron incapaces (¿no quisieron?) de aprobar una sola ley de importancia social. Al contrario, éste fue el periodo en el que la Suprema Corte de Justicia produjo su famoso fallo llamado "La Decisión Bakke", que inauguraba y daba fuerza de ley al concepto de "discriminación a la inversa".¹⁸



La crisis de la izquierda

Si en el auge de masas cualquier línea política parece tener éxito, en un reflujó ninguna parece la correcta. En este

sentido, la izquierda creció durante la década de 1965-1975, pero el triunfo de Reagan, con sus profundos efectos sociales y económicos, le generó una profunda crisis, de la cual aún no se ha podido reponer. Al decir de un militante del WWP: “En esta época (1991) nos va bien porque no hemos retrocedido. Y hoy eso es mucho decir”.¹⁹ Si bien la crisis tiene aspectos que hacen pensar en una futura renovación, queda claro que una gran parte de la izquierda norteamericana se encuentra a la deriva en cuanto a políticas concretas y con fuertes retrocesos organizativos. Sus organizaciones más fuertes, como el PC y el SWP, han sufrido grandes sangrías y defecciones;²⁰ otras, como el WWP, se han atrincherado en el trabajo gris y cotidiano; y otras se han dedicado, como en el caso de *Against the Current*, a repensar y analizar el marxismo, con escaso trabajo de masas.

El problema central de la izquierda norteamericana parecería ser el mismo que el de la izquierda a nivel mundial: la crisis de la economía capitalista no lleva automáticamente al desarrollo de una conciencia socialista. Es más, parecería que la crisis ha tornado a los trabajadores receptivos y vulnerables a la ideología de la nueva derecha en cuanto a los sacrificios y la austeridad necesarios para restaurar la salud del sistema capitalista. Según Baran y Sweezy,

...puesto que la mayoría de los norteamericanos... todavía supone, sin lugar a dudas, la permanencia del sistema, es natural que prefiera una situación que en lo personal sea más ventajosa para el individuo. Y para racionalizar esta preferencia, ha admitido la ideología oficial del anticomunismo, que parece justificar la expansión ilimitada del aparato militar como esencial para la supervivencia nacional.²¹

Si bien el día de hoy existen las condiciones objetivas a nivel económico, no es menos cierto que las condiciones subjetivas políticas y culturales no se hallan presentes.

Esto ha llevado a una crisis en cuanto a las alternativas políticas de la clase obrera norteamericana. O sea, dado que el populismo y la socialdemocracia han ejercido y continúan ejerciendo una gran influencia sobre la clase obrera y los intelectuales de izquierda, lo que se cuestiona es la viabilidad del reformismo gradualista como proyecto de cambio social.

Lo que ha surgido es, por un lado, una profunda crisis de legitimidad política y del sistema; y, por otro, una erosión en cuanto a las lealtades históricas de los trabajadores hacia los partidos reformistas, sean éstos de izquierda o no. En este sentido, la identidad y la confianza de la clase obrera y los oprimidos en sí mismos han sido erosionadas y tienden a expresarse inorgánicamente en motines sociorraciales, como el de Los Ángeles en 1992.

En los inicios de la nueva izquierda, a fines de la década de los sesenta, escasos militantes se hubieran encuadrado dentro de las organizaciones socialdemócratas. Ésa fue la época del clasismo, los movimientos antiimperialistas, la guerra de Vietnam y la movilización estudiantil. El Partido Demócrata era reconocido como una parte fundamental del imperialismo norteamericano, expresada por Harry Truman y la bomba de Hiroshima, Kennedy y la invasión de Playa Girón, Johnson y la guerra de Vietnam. A pesar de que numerosos trabajadores, negros y gente pobre votaban por el Partido Demócrata, éste era considerado por la izquierda como claramente procapitalista, antiobrero y racista. Si la generación de los sesenta tuvo algo en claro fue que la burocracia sindical, los políticos profesionales, los funcionarios públicos y la pequeña burguesía negra, que constituían el corazón del reformismo oficial, nunca podrían llevar adelante sus propios programas. Abandonados a sus propios medios, siempre encontrarían la forma de acomodarse con los "sectores de poder".²²

Por ende, surgieron criterios que entendían que la nueva política de la izquierda debía ser organizativa y políticamente independiente de las fuerzas del reformismo oficial. Se consideraba que los cambios provendrían de una militante acción directa desde afuera que impusiera las reformas deseadas, basándose en formas de democracia directa dentro de las nuevas organizaciones, que se erigían como anatemas de las fuerzas burocráticas que dominaban el Partido Demócrata.²³

El día de hoy nada ha cambiado, fundamentalmente, en el Partido Demócrata desde 1960, pero en otros aspectos vivimos en un mundo político distinto. Principalmente, los movimientos de acción directa de masas que posibilitaron el auge de toda una serie de organizaciones e ideas de izquierda



hace ya dos décadas que están en reflujó. Ligado a la profundización de la crisis de la economía internacional, la declinación de las manufacturas norteamericanas y la acelerada ofensiva de las patronales contra la clase obrera y los pobres, el reflujó de masas es el principal factor que determina el universo político de la izquierda. El combativo movimiento de masas que motivó a cientos de miles de individuos a movilizarse en la década de los sesenta y en la de los setenta fue, y es, la única fuente de poder real para la izquierda. Esto es así puesto que, en general, los seres humanos no mantienen una perspectiva política a largo plazo, a menos que puedan ver una posibilidad más o menos inmediata de llevarla a la práctica.

Incapaz de resolver el problema, la mayoría de los izquierdistas ha, durante más de una década, buscado sustitutos, nuevos agentes sociales y nuevas estrategias políticas. Hacia fines de la década de 1970 y principios de la de 1980, todo un sector de la izquierda había realizado un viraje en dirección de la socialdemocracia.

Es dudoso que este viraje hubiera ocurrido sin la labor y coordinación del grupo liderado por Michael Harrington, que en 1972 se reorganiza como el Comité Organizador Socialista Democrático (DSOC), el representante oficial de la Segunda Internacional en los Estados Unidos. Concebido como “un partido dentro del partido”, DSOC planteaba que “el realismo de izquierda se encuentra hoy en día en el Partido Demócrata. Es aquí donde se hallan reunidas las fuerzas masivas del cambio social”.²⁴ Como el ala izquierda de los demócratas, DSOC proponía organizar a los “influyentes” en el Partido y así lograr dirigir su política.

A fines de 1978, Doug Fraser, presidente del sindicato automotriz (UAW) y un autodenominado socialista, declaró que en los Estados Unidos existía “una guerra de clases unilateral” en contra de los trabajadores. A continuación llamó a la formación de la Alianza Progresista, con el objetivo de unir los distintos movimientos y organizaciones de base. La Alianza atrajo a numerosos funcionarios liberales y socialdemócratas de organizaciones feministas, negras, ecologistas y de sindicatos. Poco tiempo más tarde, la mayoría de los 2 500 miembros del Nuevo Movimiento Americano (NAM), la última organización nacional de la

nueva izquierda sesentista, se fusionó con el DSOC para formar los Demócratas Socialistas de América (DSA).²⁵

Mientras tanto, la mayoría de los sobrevivientes del movimiento negro de la década de los sesenta se esforzaba en prácticas electorales dirigidas a capturar puestos municipales en el norte y sur del país. Esta tendencia fue identificada como una “nueva socialdemocracia negra”. Es más, hacia 1984, gran parte de esta nueva socialdemocracia había encontrado su hogar dentro del Partido Demócrata. Casi toda la izquierda norteamericana, de una u otra forma, participó en la elección de 1984, apoyando a candidatos demócratas. Ese año, la campaña de Jesse Jackson se convirtió en el eje casi exclusivo de los esfuerzos organizativos de la izquierda no socialdemócrata. Harrington concluyó que “prácticamente todos en la izquierda estamos de acuerdo en que el Partido Demócrata, con todas sus fallas, debe ser nuestra principal arena política”.²⁶

No debería sorprendernos que los que proponían esta nueva estrategia socialdemócrata se hayan justificado en términos de un regreso al pragmatismo realista. “Éramos ultraizquierdistas”, planteaban los exmaoístas que se habían sumado a los aparatos de Jesse Jackson y de Harold Washington. “Hay que salir del jardín de infantes para participar en el mundo real”, planteaban los excomunistas que se habían sumado al DSA para “implementar la línea del Frente Popular dentro del Partido Demócrata”. La base de todo este enfoque era que, para ser práctico y pragmático, había que ligarse al Partido Demócrata, puesto que allí se encuentran las masas.

Estos impulsores del trabajo dentro del Partido Demócrata argumentaban que, puesto que el Partido ha sido históricamente y aún es el partido de los movimientos de masas y el partido de las reformas, por ende debe ser el principal vehículo para la lucha de la izquierda. Señalan que la mayoría de los trabajadores, aún hoy, vota Demócrata.²⁷ Si bien es correcto, como señalan, que muchos de los programas y propuestas de los funcionarios demócratas son progresistas, rehúsan darse cuenta de que hay una gran diferencia entre lo que se dice y lo que se hace.

Todo esto no es pura especulación. Sorprendentemente, la izquierda norteamericana ha cristalizado su propia tendencia



hacia una política socialdemócrata inmediatamente después de toda una serie de éxitos socialdemócratas en Europa, que resultaron catastróficos para la izquierda. La justificación fue muy clara en ese entonces: ésta parecía la mejor forma de vincularse con los trabajadores para lograr reformas efectivas y reconstruir el movimiento de masas.

Los resultados son evidentes para todo el que quiera verlos. Para la clase obrera, esto ha significado un descenso en el nivel de vida y una alarmante crisis de los niveles organizativos. La consecuencia de la hegemonía socialdemócrata sobre la izquierda ha sido la dispersión, y no un nuevo período de reformas populares. Al contrario, la reestructuración capitalista ha traído una profunda desmoralización de la clase obrera. Como contrapartida, han resurgido las formas más virulentas de la ideología de la libre empresa y el criptofascismo. Esto a pesar de la profunda crisis del capitalismo, que ha traído el más alto nivel de desempleo y sufrimiento para la clase obrera desde la década de 1930.

La izquierda en la primera mitad de 1980

Al asumir Reagan la presidencia de la nación, la izquierda norteamericana se dividió en torno al análisis político de la coyuntura y la estrategia que de la misma se derivaba. La mayoría analizó que “se había impuesto el fascismo”.²⁸ Según el marxista negro Manning Marable, “gran parte de la izquierda norteamericana no podía estar ciega a la muy real posibilidad de que el reaganismo podría representar el primer paso decisivo hacia una versión única del fascismo”.²⁹ O, como lo caracterizaron Paul Sweezy y Harry Magdoff: “Lo que tenemos es el gobierno más reaccionario en la historia del país, y de muchas maneras está haciendo cosas que en otros países harían gobiernos fascistas”.³⁰ Por ende, había que volcarse a lograr una unidad con los sectores socialdemócratas y liberales para evitar el aislamiento de la izquierda. Esto implicó una especie de seguidismo electoral y el declinar posiciones frente a estos sectores en términos de la lucha de masas. Muchos activistas de masas aceptaron el liderazgo socialdemócrata en los sindicatos y en los barrios, a

pesar del notorio macartismo de estos sectores. La Unidad contra Reagan y el apoyo acrítico a la cúpula de la AFL-CIO se convirtieron en las consignas del apoyo de los DSA a Edward Kennedy, primero, y a Walter Mondale, después.

La posición contraria llamaba a la lucha de masas, agrupando a la gente en torno a reivindicaciones concretas en defensa de las conquistas amenazadas por los reaganianos. Su planteamiento era que la lucha de masas podía frenar la ofensiva burguesa, y que la población podía hacer una importante experiencia autogestionaria en torno a luchas de resistencia. Para esto había que volcarse a los frentes de masas, vecinales, sindicales y étnico-raciales, y organizar luchas puntuales que desembocaran en movilizaciones masivas.³¹ Esta tendencia tuvo sus principales exponentes en el Partido Mundo Obrero (WWP) y el Congreso del Pueblo (All People's Congress), que encabezaron una gran serie de luchas, particularmente a nivel vecinal, y movilizaciones a lo largo de 1981. Su actividad desembocó en un congreso, llamado Días de Resistencia, realizado en Detroit, con la presencia de unos tres mil delegados de organismos de masas. Las resoluciones del Congreso llamaban a "poner cerco al Congreso y a la Casa Blanca, quedándonos allí hasta que forcemos" una marcha atrás en el proyecto Reagan.³²

Ni una postura ni la otra tuvieron el éxito esperado. La primera postura implicó a la postre un deslizamiento de la izquierda hacia la derecha y la pérdida de numerosos activistas, que fueron desmovilizados, tanto por la visión apocalíptica, como por el desánimo generado por políticas que apenas si se distinguían de las del ala izquierda del Partido Demócrata. En cuanto a la segunda opción, si bien impidió una sangría de activistas tan grande como la primera, la lucha frontal contra Reagan se dio en una correlación de fuerzas tan desfavorable (particularmente con la izquierda dividida) que, si bien en 1981 y 1982 se realizaron grandes luchas, éstas terminaron en derrotas. A fines de 1982, quedaba claro que se había impuesto un reflujo de masas similar al de la década de 1950 con el macartismo.³³

Como consecuencia del reflujo de masas, a principios de la década de 1980 el reformismo institucional —la burocracia sindical, la dirigencia negra establecida y el ala de izquierda del Partido Demócrata— enfatizaron más que nunca el



camino electoral. La izquierda, en crisis y carente de alternativas, se volcó a la búsqueda de coincidencias electorales, reforzando su reformismo y alejándose de la acción de masas. Mientras tanto, las luchas concretas se dieron desarticuladas entre sí y organizadas desde la base sin poder conformar una visión y una propuesta de alternativa a nivel nacional que superara las reglas impuestas por el juego electoral controlado por los partidos Republicano y Demócrata.

El problema es que la lógica para ganar una elección es totalmente distinta de la necesaria para ganar una huelga o una movilización. En la actividad de masas en torno a reivindicaciones concretas, lo fundamental no es la cantidad de gente, sino qué es lo que hacen. En una huelga se trata de construir un poder de alternativa a la patronal, basado en fuertes lazos de solidaridad y en la disposición a no acatar las normas legales, para ejercer una gran presión que pueda forzar las concesiones deseadas. En este proceso se generan experiencias de participación y protagonismo que van lentamente modificando la correlación de fuerzas entre opresor y oprimido.

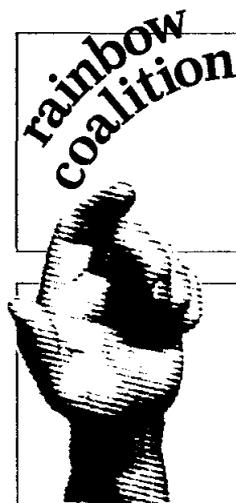
En cambio, la lucha electoral es totalmente diferente. Para triunfar se necesitan dos cosas: lograr el voto de la mayoría de los votantes y lograr que los potenciales votantes propios vayan a las urnas. El eje de esto no es la participación, sino más bien el aparato movilizador, con un gran eje en el tema dinero-fondos electorales, y además la constante adaptación de los programas y principios propios al común denominador de la conciencia existente. Esto no niega que en ciertos casos la lucha electoral no impacte sobre la lucha de masas y genere cambios en la conciencia. Pero por lo general el eje es desmovilizador, como lo ejemplifica la consigna del Partido Socialista Obrero Español en las elecciones de 1987: "Lo suyo es votar" (y nada más, podríamos agregar). De ahí que la tendencia sea a organizar poco antes de las elecciones y que esta organización desaparezca poco después.

Jesse Jackson como alternativa

Las dos campañas electorales de Jesse Jackson (1984 y 1988) se plantearon, a la vez, como distintas de la lucha electoral tradicional y como la posibilidad de construir una alternativa duradera para las fuerzas progresistas y de izquierda. En términos generales, se planteó que eran la continuidad del movimiento negro de la década de los sesenta, y, al mismo tiempo, la unidad del movimiento popular de los oprimidos. En este sentido, si bien la Coalición Arco Iris³⁴ se basó principalmente en la comunidad negra, también buscó su base entre la clase obrera, las mujeres, los homosexuales y los latinos.

Subyacentemente, la Coalición representaba los problemas de los fracasos de las luchas de 1960. En la medida en que el movimiento de masas no logró cristalizar en formas organizativas permanentes, y en la medida en que el reflujó de masas se imponía, la pequeña burguesía negra consolidaba su dominación sobre lo que quedaba del movimiento de masas. Así, los pequeños empresarios, los profesionistas, los funcionarios y los políticos negros se convirtieron, no sólo en los principales beneficiarios de las luchas sesentistas, sino también en sus herederos. Lejos de cuestionar el sistema, buscaban la forma de tener su lugar dentro del mismo. De ahí que, a partir de mediados de la década de los setenta, su eje se convirtió en elegir sus candidatos al gobierno. En 1985, esta estrategia había dado sus frutos: cuatro de las seis ciudades más grandes de los Estados Unidos (Chicago, Los Ángeles, Filadelfia y Detroit) tenían alcaldes negros, y 225 otras ciudades también. Lo mismo se puede decir de la comunidad latina y de los homosexuales, que se convirtieron en una de las principales fuerzas electorales en lugares como San Francisco. Sin embargo, este éxito electoral no ha mejorado la vida en sus comunidades. El desempleo y el racismo han crecido durante la década de los ochenta, al igual que la discriminación contra los homosexuales y las mujeres.

El impulso principal para este modelo de hacer política surgió de dos campañas electorales. La primera fue la elección en 1983 del candidato negro Harold Washington a la alcaldía de Chicago. Su triunfo se basó en un frente



progresista dentro del Partido Demócrata local, que logró movilizar a 150 mil nuevos votantes negros e hispanos. La segunda ocurrió unos meses más tarde en la ciudad de Boston. La reñida elección en la cual fue derrotado el socialista negro Mel King, cuya campaña unió a las minorías con blancos progresistas y elementos del sindicalismo, parecía confirmar lo certero de la política de la Coalición Arco Iris.

La campaña electoral de Jackson fue la culminación de esta estrategia electoral, el intento por lograr un espacio significativo dentro del Partido Demócrata y convertirse en un factor de poder político dentro del sistema. Su intento —y posterior fracaso— no resolvió los problemas sociales, pero agudizó la crisis de legitimidad del sistema.

La Coalición Arco Iris

El fenómeno Jesse Jackson fue un producto concreto de lo anterior. Inicialmente, su apoyo se basó principalmente en la comunidad negra, movilizada a través de las iglesias bautistas africanas, de los políticos negros, de las organizaciones nacionalistas negras, e inclusive del movimiento negro musulmán. Además, sectores de la izquierda, tales como el Partido Comunista, aportaron su estructura nacional y numerosos cuadros que proveían la columna vertebral organizativa.³⁵

Si bien la candidatura de Jackson distaba mucho de ser cuestionadora del sistema, el mero hecho de que éste fuera negro, con un discurso populista de izquierda, resultaba algo difícil de digerir. Si bien su retórica hubiera sido identificada como apenas progresista en otras latitudes, para el contexto norteamericano, y por la base social a la que apelaba, parecía un contestatario.

El programa de Jackson fue claramente la primera propuesta socialdemócrata seria presentada al electorado norteamericano en una campaña presidencial.³⁶ Proponía transferir recursos masivamente desde el área de defensa hacia el de recursos humanos, recalcando la centralidad del Estado en el crecimiento económico y levantando las tradicionales reivindicaciones del movimiento obrero, como, por ejemplo, el pleno empleo y el derecho a organizarse. Y

en cuanto a política exterior, se reivindicó cercana al programa del Movimiento de Países No Alineados, incluyendo el apoyo a las luchas de liberación, la no intervención norteamericana y el desarme nuclear.³⁷

Pero para cualquier observador político más o menos agudo, quedaba claro que Jackson representaba la estrategia de los sectores medios y de los políticos negros para aumentar su influencia en la sociedad norteamericana a través del Partido Demócrata. Si bien para los sectores más pauperizados de la comunidad negra la candidatura de Jackson era un voto de protesta contra Reagan, para la pequeña burguesía negra representaba otra cosa. Este sector se benefició mucho de las conquistas de la década de los setenta, y la mayoría de ellos trabajaba en sectores relacionados con el Estado. La política de Reagan representaba una amenaza a la posición social adquirida por esta élite. Asimismo, el Partido Demócrata no parecía interesarse por una lucha seria en defensa de esas conquistas. Tenían tres opciones. Primero, revitalizar el combativo movimiento por los derechos civiles de la década de los sesenta. Segundo, formar un partido político independiente que expresara los intereses de las minorías. Y, tercero, tratar de presionar dentro del Partido Demócrata para que regresara a sus raíces del *New Deal*. Optaron por lo tercero, amenazando con lo segundo. Por lo tanto, se volcaron hacia la candidatura de Jackson.³⁸ El objetivo era demostrar el poder electoral de las minorías para poder negociar dentro del Partido Demócrata. Esto se basaba en el hecho de que, por ejemplo, en 1952, 60% de los negros jamás había votado para presidente, y más de 75% de los negros sureños nunca había participado en una elección presidencial.³⁹ De alguna manera, el objetivo era intercambiar el apoyo de esta base electoral por un mayor protagonismo de los políticos negros dentro del Partido y por ciertas concesiones programáticas.

En este sentido, la estructura de la Coalición Arco Iris era de “arriba hacia abajo”, con fuerte control por parte de los caudillos políticos de las distintas comunidades de minorías, y sin necesidad de construir una organización de masas permanente. Una vez que la campaña electoral terminaba, la Coalición tenía escasa actividad hasta la próxima contienda. La masa de activistas y militantes de izquierda que ingresaron



en ella no pudieron revertir esta situación; y a veces es dudoso que hayan tratado de hacerlo.

La Coalición fue producto de esta visión; sus virtudes y déficit se sintetizaron en la figura de Jackson. Nacido el 8 de octubre de 1941 en Carolina del Sur, Jesse Jackson se formó en el entorno de Martin Luther King y la lucha por los derechos civiles de los negros. Una vez muerto King, Jackson desarrolló su base de apoyo a partir de la comunidad negra de Chicago y de Detroit. Más cercano a la postura acomodaticia de Booker T. Washington que a la combativa de W.E.B. DuBois o de Malcolm X, la filosofía de Jackson ha sido concreta: "nuestro problema ha sido que por largo tiempo no hemos tenido ambición".⁴⁰ La lucha por la igualdad racial es, para Jackson, una función del mercado. Su objetivo es promover un desarrollo capitalista dentro de la comunidad negra. Por ende, "toda su actividad, durante los veinte años previos a su candidatura, fue un intento sofisticado de reforzar el espíritu capitalista entre aquellos a los que el sistema ha explotado más brutalmente".⁴¹ Bastante lejos de una posición genuinamente de izquierda, Jackson representa la síntesis de la crisis izquierdista de la década de los ochenta: es capaz de proponer simultáneamente objetivos socialdemócratas de izquierda y un desarrollo del capitalismo negro, sin siquiera percibir la incoherencia. Inclusive, Jackson tiene una larga historia de coqueteos con el Partido Republicano como forma de presionar a los Demócratas. Claramente, Jesse Jackson es un líder carismático, con gran habilidad para visualizar las tendencias y el sentir de la comunidad negra, y, al mismo tiempo, es un populista oportunista.

Ésta era parte de la complicada dialéctica desatada por Jackson. En la coyuntura política del gobierno de Reagan, su candidatura y propuestas eran un duro cuestionamiento al sistema, que podía convertirse en alternativa. Sin embargo, su práctica y objetivos no lo eran. De ahí que, en sus inicios, la Coalición Arco Iris fuera una esperanza movilizadora para grandes sectores de minorías y de oprimidos norteamericanos, para convertirse luego en un elemento más de desmovilización y en un obstáculo para constituir una alternativa de masas.

Fue esta característica la que permitió que la Coalición nucleara en sus filas un amplio espectro político bastante

conflictivo. Allí se hallaban organizaciones como el Partido Ciudadano de Barry Commoner, el WWP, PCEEUU, el Partido de los Trabajadores Democráticos (DWP), el Comité para Palestina 29 de Noviembre, el Frente Unido Negro Nacional (NBUF), el Harlem Fight-Back, la Coalición de Carolina del Norte contra el Hambre, un sector de los DSA, además de las iglesias y organizaciones nacionalistas negras. También logró cierto apoyo sindical, aunque mucho menor del logrado en 1988. Por ejemplo, la Seccional 1397 del gremio metalúrgico (USW) lo apoyó en contra de la dirección nacional del sindicato.

Con este mosaico, la Coalición se lanzó a disputar las internas del Partido Demócrata. En las mismas, Walter Mondale gastó 18 millones de dólares, contra 9 millones de Gary Hart y 1,7 millones de Jackson. Los resultados finales fueron alentadores para este último. Si bien ganó Mondale con 38,5% del voto de los afiliados y Hart recibió 36%, Jackson obtuvo 19%.⁴²

Precisamente al no lograr construir algo permanente, el notable éxito electoral en las primarias de 1984 se diluyó en la convención partidaria, cuyos líderes se rehusaron a conceder ni una sola de las reivindicaciones de Jackson. De hecho, el vicegobernador de California, Leo McCarthy, describió la plataforma demócrata como “liberal sólo si la comparamos con la de los republicanos”.⁴³ A pesar de que la izquierda en la Coalición demandaba que ésta rompiera con el Partido para formar su propia organización independiente, Jackson y los suyos optaron por llamar a la unidad demócrata en torno a la candidatura de Walter Mondale. Si bien la comunidad negra deseaba derrotar a Reagan por encima de todo, la decepción y desmovilización que generó el rechazo de Jackson en la convención fue una de las claves de la derrota de Mondale.⁴⁴

La campaña electoral de 1988 implicó un nuevo intento por parte de la Coalición Arco Iris de constituirse en alternativa dentro del Partido Demócrata. Haciendo un balance de la campaña de 1984, Jackson y sus asesores se movieron hacia la derecha, conformando una alianza con los DSA para tratar de captar un espectro más amplio de apoyo electoral. Esta postura logró minimizar el contenido contestatario de la Coalición, marginando a la izquierda en su



seno y reemplazándola por los funcionarios electos negros, que por primera vez se volcaron en apoyo a Jackson. Esto le permitió obtener el apoyo de dirigentes sindicales y organizaciones de granjeros blancos, además del de la comunidad negra. A pesar de su moderación, el éxito jacksoniano fue notable, considerando su raza y un discurso que había sido presentado por los medios de comunicación como “comunista”. El peso electoral que alcanzó marca que existe un espacio de masas contestatario, producto de las modificaciones reaganianas.

Sin embargo, el Partido Demócrata optó una vez más por recostarse sobre su ala derecha, descartando a la “izquierda” jacksoniana. La candidatura de Michael Dukakis y Lloyd Bentsen implicó esto, y excluyó a la corriente jacksoniana.⁴⁵ Si bien a Jackson se le permitió dar uno de los principales discursos en la Convención, una vez más fue rechazado. Esto generó una crisis profunda en el sector socialdemócrata de la izquierda norteamericana. Para ambos, los DSA y el Partido Comunista, esto representó un fracaso en su propuesta de mover la política norteamericana hacia la izquierda a través de una alianza con los liberales del Partido Demócrata. Según Martha Burk: “No se puede reformar al Partido Demócrata desde adentro. Lo hemos intentado, y no se puede. Si la campaña de Jesse Jackson en 1988 nos enseñó algo, nos enseñó eso. Los demócratas están interesados en oponerse a las reformas”. Y concluye que hay que construir un tercer partido, que exprese “a la gente frustrada y desilusionada, pero dispuesta a participar”.⁴⁶ Ésta es la postura de intelectuales como Manning Marable, cuya conclusión de la experiencia jacksoniana sintetiza la postura de todo un sector de la izquierda reformista:

Un partido laboral socialista en el sentido tradicional sería prematuro... pero una red efectiva o una confederación flexible de progresistas puede lograr mucho. No podemos construir un consenso para la justicia social y para cambios fundamentales en la economía política simplemente haciendo seguidismo de los liberales, aun de aquellos como Jackson. [...] La selección del mal menor en una elección tras otra a la larga es autoderrotante. Debemos entablar una *guerra de posiciones*, la construcción de una cultura política y de las estructuras de una democracia radical, y no apoyar el

tradicional liberalismo keynesiano. Nunca habrá una lejana guerra de maniobra contra el capital mientras los marxistas norteamericanos actúen como liberales, porque los liberales inevitablemente actuarán como republicanos para ser electos.⁴⁷

Un triunfo parcial: ¿Sanders en Vermont?

La postura en torno a conformar un tercer partido se vio reforzada por la elección de Bernard Sanders como diputado por Vermont en noviembre de 1990. Sanders, un socialista integrante de la Coalición Arco Iris, había sido electo y reelecto cuatro veces como alcalde de Burlington, Vermont, una ciudad tradicionalmente conservadora y republicana. Este triunfo representa la elección del primer candidato declaradamente socialista al Congreso desde 1950.⁴⁸

Vermont es un estado de Nueva Inglaterra cuyos ciudadanos son, principalmente, gente de bajos y medianos ingresos. Entre éstos hay un importante sector de granjeros que fueron expulsados de la tierra y otro sector que se mantiene como arrendatario. La ciudad más grande del estado, Burlington, tiene 35 mil habitantes, principalmente trabajadores no sindicalizados. El estado tiene una escasa población estudiantil universitaria.⁴⁹

El triunfo de Sanders se origina en la migración hacia Vermont de numerosos jóvenes y activistas de la década de los setenta. Atraídos por una de las zonas más rurales de Nueva Inglaterra, estos migrantes conformaron inicialmente granjas colectivas, cooperativas de consumo, una prensa de alternativa y algunas organizaciones políticas y grupos de estudio, que desembocaron en el Partido Unión y Libertad (LUP), que obtuvo 5% del voto en 1974. El LUP, explícitamente anticapitalista y dirigido hacia los pobres de la zona, se desarticuló a principios de la década de los ochenta, a pesar de que Sanders ganó la alcaldía de Burlington en 1981 por diez votos.⁵⁰

Al LUP le sucedió la Coalición Progresista, que postuló a Sanders como candidato a gobernador en 1986 y recibió 15% del voto.⁵¹ Su principal problema era que la base social que en otros lados constituía la izquierda (sindicalistas, negros, latinos y mujeres progresistas) casi no existía en Vermont.



Por ende, la política de entrar al Partido Demócrata estatal no tenía ni proponentes ni sentido. Sin embargo, la Coalición se adhirió a la campaña electoral de Jackson en 1984, y le sirvió para comenzar a forjar una alianza en el estado entre los arrendatarios, los pacifistas, los ecologistas y los remanentes del movimiento antibélico y por los derechos civiles. Esto les permitió capturar 20% de los delegados estatales a la Convención Nacional Demócrata de ese año. Desde esta posición de fuerza dentro del Partido Demócrata, la izquierda en Vermont pudo elegir a cinco (sobre siete) de sus postulantes al parlamento estatal.⁵²

De acuerdo a Sanders, el éxito de los progresistas se debe a dos cosas. Primero, a un rechazo por parte de la gente hacia los partidos mayoritarios y la política de *statu quo*. Y, segundo, al hecho de ser socialistas. Según Sanders:

En Vermont todos saben que soy un socialista [...] hemos podido presentarle a la gente una alternativa basada en un análisis clasista [...] es obvio que no hay manera de lidiar con los enormes problemas del país sin hacer cambios radicales en el sistema económico [...] y debemos ser honestos acerca de nuestras creencias [...] Estoy convencido de que no hay incompatibilidad entre socialismo y democracia. Y éste ha sido el caso de Vermont [...].⁵³

La visión de los progresistas de que “la revolución de Reagan ocurrió con el apoyo activo del Partido Demócrata”⁵⁴ generó un conflicto en el seno del Partido Demócrata estatal, puesto que la Coalición Progresista retuvo su independencia política. Esto se agudizó, puesto que Sanders, desde la alcaldía de Burlington, llevó adelante una política antimonopólica, redistribuyendo la carga impositiva en favor de los sectores de menores ingresos. Sanders impulsó una “política exterior” propia, por la cual Burlington retiró sus inversiones de Sudáfrica, declaró su apoyo a Nicaragua sandinista y condenó la política exterior del gobierno nacional.

Esto generó la hostilidad de los funcionarios demócratas, que buscaron una alianza con el Partido Republicano. Mientras tanto, la mayoría de la Coalición se entregaba al trabajo de masas, planteando el trabajo electoral como un vehículo propagandístico, más que como una solución a los

problemas de la zona. La estrategia de participación popular y acción directa en torno a movilizaciones rindió sus frutos, de manera que, hacia 1986, la Coalición disputaba el primer puesto con los republicanos en las preferencias de los vermontenses, relegando a los demócratas al tercer lugar. En 1987, ambos partidos se aliaron para disputarle a Sanders la alcaldía de Burlington, y los progresistas triunfaron. En la práctica, Vermont había visto el surgimiento de un tercer partido.⁵⁵

Sin embargo, las lecciones de Vermont son complejas. En 1988, Jesse Jackson ganó la primaria demócrata, pero George Bush triunfó en la elección presidencial en el mismo estado, y Sanders perdió su postulación a diputado nacional por apenas 3% del voto. En 1989, el progresista Peter Clavelle sucedió a Sanders (que decidió no postularse para la reelección) como alcalde de Burlington con facilidad. En noviembre de 1990, Sanders ganó el único escaño a la Cámara de Representantes por Vermont. Su triunfo fue arrollador, aventajando al candidato republicano por 17 puntos y al demócrata por 54. Sin embargo, esto no expresa un compromiso ideológico por parte del electorado. Los mismos votantes que eligieron a Sanders, votaron por un republicano que ganó la gubernatura contra un demócrata aliado con los progresistas.⁵⁶ Evidentemente, el trabajo de los progresistas es un fenómeno limitado casi exclusivamente a la ciudad de Burlington. En el resto de Vermont, si bien la gente los ve con simpatía suficiente como para votar por Sanders, no ha habido un vuelco político que refleje una ampliación y profundización del apoyo a la izquierda.

Parte del problema de Sanders y de la izquierda de Vermont es lo que van a hacer una vez sea electo al Congreso nacional. Su relativo éxito en la política local de un estado pequeño tiene más características del populismo socialista decimonónico que de una política contestataria. Es ilustrativo que Sanders se reivindique como un “ardiente admirador de Eugene Debs”,⁵⁷ el dirigente socialista de principios de siglo que mejor reflejó esa mezcla de radicalismo y marxismo en los Estados Unidos. La pregunta concreta es si, al fin y al cabo, el trabajo gris y cotidiano de los izquierdistas de Vermont no ha desembocado en una situación que, al no tener estructura nacional ni un programa que trascienda las



fronteras de Vermont, los obligue a aceptar las reglas de una política nacional derechista y fuertemente controlada por la burguesía monopólica. Inclusive es difícil que, presionada entre el pragmatismo electoral y los principios basistas que la inspiran, la Coalición Progresista pueda mantenerse unida sin ser cooptada.

Desde abajo hacia arriba

Si bien la izquierda no ha logrado conformar una alternativa al modelo reaganiano, y se ha diluido en la lucha electoral en el Partido Demócrata, existen numerosas instancias a lo largo de los Estados Unidos en las cuales los viejos izquierdistas y los nuevos activistas forjados durante esta última década llevan adelante diferentes luchas y actividades. Si bien rara vez logran conectarse entre sí para superar el ámbito local, estas luchas van lentamente generando nuevas experiencias y planteando soluciones a problemas concretos.

Entre estas experiencias se destacan las luchas sindicales. Todo un sector del activismo sesentista se volcó en la década de los setenta a la lucha por la democratización sindical, organizando desde la base con variados resultados. Inspiraron agrupaciones como *Mineros por la Democracia* en el sindicato de trabajadores mineros (UMW), apoyaron la campaña de Ed Sadlowski para presidente del sindicato metalúrgico (USW), desarrollaron una oposición en el gremio automotriz (UAW) y organizaron a los Camioneros por un Sindicato Democrático (TDU), que logró triunfar en las elecciones gremiales de diciembre de 1991.

Esta labor se vio afectada por el vuelco estratégico que realizó la AFL-CIO entre 1978 y 1982. En su afán por recobrar su influencia dentro del Partido Demócrata, la central sindical aceptó abandonar muchas de las reivindicaciones históricas de la clase obrera norteamericana. En este sentido, el sindicalismo se alejaba de las políticas de pleno empleo, abandonando a los trabajadores poco organizados y a aquellos en industrias con bajos salarios.

En respuesta a este cambio, surgió una combativa estrategia de base. Dicha estrategia postulaba que los trabajadores y afiliados gremiales, no importa cuál fuera su

ideología política, tendían a ser más radicales que los dirigentes, debido a su lugar en el proceso de producción. Sintéticamente, esta postura planteaba que “mejor estar con obreros republicanos que con burócratas demócratas o socialdemócratas, puesto que los trabajadores se verían impulsados por las circunstancias a luchar contra el sistema, mientras que los dirigentes buscarían un acomodo”.⁵⁸ Se planteaba que la organización no debía ser impuesta desde afuera, sino, más bien, debía surgir de los “impulsos insurgentes en el punto de producción”.⁵⁹ El vacío en el liderazgo crearía las condiciones para el surgimiento de dirigentes de alternativa, cuyo eje programático sería la democracia sindical y la organización “de abajo hacia arriba”.

Uno de los casos más sonados que pareció reivindicar esta estrategia fue la huelga en la planta de embutidos de la multinacional Hormel, en Austin, Minnesota. La huelga, que duró casi un año, entre agosto de 1985 y junio de 1986, fue dirigida por los afiliados de la Seccional P9 de la Unión de Trabajadores de la Alimentación (UFCW). Si bien el conflicto fue derrotado por la actividad conjunta del sindicato nacional, el Estado y la empresa, las ideas y formas de organización que allí surgieron sintetizaron el desarrollo de la estrategia basista.

El detonante del conflicto fue el nuevo convenio, aprobado por la UFCW en 1982, que implicaba una reducción salarial de 15% con un aumento de la productividad de 20%. La Seccional P9, en reacción, eligió en 1983 una nueva dirección, que se opusiera. En 1984, Hormel redujo los salarios 20% más; la UFCW se abstuvo de intervenir. Como resultado, P9 tomó dos acciones: primero, organizó un grupo de apoyo con las esposas de los trabajadores, a fin de vincular la seccional a la comunidad en general. Y, segundo, lanzó una campaña de propaganda en contra de Hormel, en preparación para la renegociación del convenio en 1985. Ambos aspectos generaron una infraestructura de apoyo que incluía a la comunidad, a los granjeros de Minnesota, a los jubilados del gremio y a otras seccionales de la UFCW. Inclusive los estudiantes de secundaria de la zona se organizaron en una agrupación de apoyo, llamada La Generación Futura.



Esta red de apoyo permitió a la Seccional iniciar el conflicto, en agosto de 1985, con gran apoyo de la comunidad. Tanto la empresa como el Estado y la UFCW fueron rápidos en reconocer los peligros de la situación. El gobernador del estado ordenó a la Guardia Nacional que protegiera la entrada de rompehuelgas a la planta, generando batallas campales con los huelguistas y sus grupos de apoyo. La UFCW y la AFL-CIO se pronunciaron en contra de la huelga, “puesto que hacía peligrar al movimiento obrero organizado”; y, finalmente, en junio de 1986, la UFCW intervino la Seccional. A pesar del apoyo generado, el conflicto había sido derrotado.

También importante, por las consecuencias futuras, fue la huelga de los trabajadores chicanos en Watsonville, California, en contra de varias empresas de comida congelada, que terminó con un triunfo. A raíz de la pérdida de conquistas en el nuevo convenio, el conflicto comenzó en septiembre de 1985 y duró 18 meses. Fue organizado desde la base de la Seccional 912 del sindicato de camioneros (*Teamsters*) por el TDU, la oposición democrática a la dirección gremial. Los Camioneros por un Sindicato Democrático (TDU) lograron mantener el conflicto, evitar la pérdida de varias conquistas y además ganar la seccional. Los huelguistas eran principalmente mujeres de origen mexicano, que lograron un apoyo tan sólido de la comunidad que fue el único conflicto durante la década en el cual la patronal no pudo obtener rompehuelgas.

Al igual que el conflicto de Hormel, los huelguistas de Watsonville prepararon su lucha de antemano y lograron un amplio apoyo a lo largo del país. Pero, además, el conflicto fue notable por la presencia de la izquierda orgánica, fundamentalmente el Partido Comunista y la Liga de Lucha Revolucionaria (LRS), que actuaron en un frente único de lucha. Según Frank Bardacke, la participación de la izquierda fue importante en cuanto a movilización de recursos para el conflicto y mantener la unidad del mismo.⁶⁰ Así, la estrategia combinó trabajo de base, vínculos con la comunidad y la unidad como ejes de la nacionalización de un conflicto cuidadosamente preparado con antelación.

La estrategia fue reivindicada el 13 de diciembre de 1991, cuando la oposición logró elegir a Ron Carey como

presidente de la Hermandad Internacional de Camioneros (IBT). Con un millón y medio de afiliados, la IBT es el gremio más grande dentro de la AFL-CIO y el segundo en el país. No sólo organiza a camioneros, sino también a otros numerosos trabajadores, incluyendo a empacadores, cerveceros y obreros de la construcción.⁶¹ El triunfo fue producto de años de trabajo de base por parte de la oposición agrupada en el TDU. Durante ese tiempo, los activistas de TDU lograron una gran inserción en el gremio a partir de un trabajo tesonero y de varios triunfos como el de Watsonville. En la práctica, fueron construyendo un gremio paralelo dentro del gremio, al cual los afiliados podían recurrir ante la falta de respuesta de los dirigentes.⁶²

El TDU fue creado durante la huelga salvaje de 1970, en la cual participó la izquierda, y se consolidó en 1976. Su fuerza residía en las grandes seccionales de Los Ángeles y de Cleveland, creciendo a partir de allí. Entre sus miembros hay de todo: republicanos, demócratas, católicos y bautistas. Y si bien no está organizado en torno a líneas ideológicas definidas, contiene un núcleo de izquierdistas con experiencia en los movimientos de la década de los sesenta.⁶³

Desde el principio, el TDU operó a varios niveles. Por un lado, participó en conflictos y en la discusión de convenios, y, por otro, presentó candidatos en las elecciones gremiales. Inclusive desarrolló un *lobby* (grupo de presión) en Washington. Lentamente fue creciendo, hasta tener organización en lugares como California, Canadá y Puerto Rico.⁶⁴ Hacia 1991, el TDU contaba con unos 10 mil activistas, y había logrado elegir a numerosos candidatos en el gremio.

La elección a la presidencia de la IBT ocurrió en un momento en el que el gremio se encontraba acusado de estar controlado por el crimen organizado (la Mafia).⁶⁵ Es discutible si el gobierno federal intervino en los asuntos internos del sindicato porque estaba preocupado por “limpiarlo” o porque la dirección gremial había perdido el apoyo y el control sobre su base. Al fin y al cabo, le tomó más de 35 años al gobierno decidirse a hacer algo sobre la mafia en los camioneros. De todas maneras, la presión federal sobre la burocracia del gremio permitió una elección relativamente limpia. El TDU conformó una alianza con

algunas seccionales independientes, como la dirigida por Carey. Esto le permitió postularse como la alternativa combativa y derrotar a la dirección gremial con 48,48% de la votación.⁶⁶

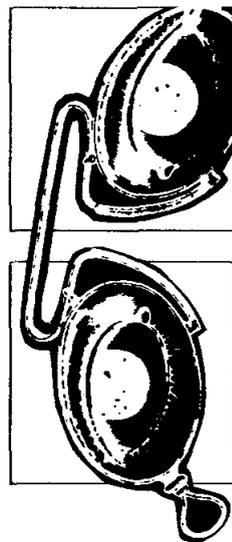
¿Hacia una alternativa?

Evidentemente, las respuestas de la izquierda ante la crisis y el reflujo de masas han sido variadas, con algunos resultados positivos. Sin embargo, ésta dista mucho de encontrar algún camino que permita revertir la situación. La vía puramente electoral ha tenido cierto éxito en cuanto a movilizar, transitoriamente, grandes masas de gente en torno a programas que son, para el contexto norteamericano, progresistas. Pero esto dista mucho de ser positivo, y lo mejor que podemos decir es que, por un lado, aportó a la experiencia de numerosos activistas, en cuanto a trabajo conjunto con otras fuerzas, y, por otro, también sirvió para demostrar a muchos trabajadores que el sistema no da respuesta en cuanto sus problemas concretos. La acción de los militantes en la base social ha aportado experiencia y varios triunfos importantes. Cuando ambos, trabajo de base y propuesta política, se combinan, culminan con un triunfo electoral, como el de Sanders.

Si bien todo esto es importante, no constituye ni siquiera un atisbo de alternativa. En 1992, la Coalición Arco Iris y el mismo Jackson se han visto reducidos meramente a protestar, dentro del Partido Demócrata, contra candidatos más o menos derechistas, sin obtener siquiera participación. Las huelgas, como la de Hormel, dejan importantes lecciones, pero se pierden. Watsonville detuvo por el momento la ofensiva patronal⁶⁷ y fue un antecedente del triunfo en la IBT. Hay que ver si Carey logra llevar adelante su propuesta democratizadora del gremio y si la experiencia se extiende a otros sindicatos. Y Sanders se encuentra relativamente solo en el Congreso.

Esto no implica desmerecer ninguno de los esfuerzos que se están realizando. Por el contrario, es correcta la opinión de Robert Brenner,⁶⁸ en cuanto a que la tendencia general ha sido hacia la desarticulación y socialdemocratización de la

izquierda norteamericana. Pero si bien no hay nada que indique la construcción de una alternativa obrera y popular en el horizonte cercano, sí se nota “una serie de redes de militantes, políticos y sindicalistas de izquierda, cada vez más conscientes”,⁶⁹ que penetran los partidos, los vecindarios, los gremios y la estructura de la sociedad norteamericana. Difusa, dispersa, y en muchos casos confundida, pero no por eso menos existente, la izquierda norteamericana busca conformarse en alternativa.



NOTAS

- ¹ Una importante excepción a esto es el estudio de Paul Buhle, *Marxism in The U.S.*, Verso Books, Londres, 1987.
- ² El preso político más antiguo de América era, en 1992, el indio norteamericano Leonard Peltier. Hace 19 años que Peltier, dirigente del American Indian Movement, se encuentra en prisión esperando ser juzgado.
- ³ Eugenio Hevia, “Hacia una alternativa política popular (parte II)”, en *Denuncia*, año 7, núm. 58, Nueva York, febrero-marzo de 1981, p. 11.
- ⁴ Ver las encuestas que figuran en Richard Scammon y Ben Watternberg, *The Real Majority*, Coward-McCann, Nueva York, 1970.
- ⁵ Por ejemplo, hacia 1975 existían el Partido Laboral Progresista (PLP, maoísta); el SWP (trotskista); el PCEEUU; el Partido Mundo Obrero (WWP, marxista independiente); el SLP y el SP; el Partido Revolucionario Comunista (RCP); el Partido de los Trabajadores Democráticos (DWP, independiente); el Partido Laboral Comunista (CLP, independiente). Y también grupos izquierdistas en torno a publicaciones, como *The Guardian*, *Line of March*, *Against the Current* y otras.
- ⁶ Los cálculos fueron hechos en entrevistas realizadas en Nueva York con Charles Post (entrevistado el 20 de septiembre de 1977) y con Jaime Veve (entrevistado el 2 de marzo de 1979). En el momento de la entrevista, Post acababa de alejarse del SWP, mientras que Veve era miembro del WWP.
- ⁷ Sobre los grupos socialistas locales y sus esfuerzos por coordinarse entre sí para formar un partido nacional, entrevistamos a Juan Hernández y a Frank Vergara (Nueva York, 1983), exmilitantes de El Comité-MINP. Ambas, PWOC y MINP, desaparecen hacia 1981.
- ⁸ Por ejemplo, la Red de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador (CISPES); la organización antinuclear Nuclear Freeze; o los pacifistas de Mobilization for Survival.
- ⁹ Los norteamericanos hacen una diferencia casi insólita entre marxista y marxiano. El marxiano vendría a ser aquel marxista, entendido en un sentido muy amplio, que no sigue la línea política de ninguna organización.

- ¹⁰ El radicalismo se remonta al siglo XVIII y al pensador-activista Tomás Paine. Véase: Eric Foner, *Tom Paine and Revolutionary America*, Oxford University Press, Nueva York, 1976.
- ¹¹ Robert Alexander, "Schisms and Unifications in the American Old Left, 1953-1970", en *Labor History*, vol. 14, núm. 4, verano de 1973.
- ¹² La Asociación Nacional Para el Adelanto de la Gente de Color (NAACP) fue fundada en 1909 y busca la igualdad del negro a través de reformas legales. La Liga Urbana fue fundada en 1910 por los líderes de la comunidad negra con el objetivo de mejorar las escuelas, las comunidades y la vida familiar de los negros.
- ¹³ Ésta fue la consigna de los sectores combativos de la comunidad negra durante la década de 1960. Véase: Floyd Barbour, *La revuelta del Poder Negro*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1968.
- ¹⁴ *New York Times*, 1o. de febrero de 1985.
- ¹⁵ A. Meier y E. Rudwick, *Core / A Study in the Civil Rights Movement, 1942-1968*, Nueva York, 1975, pp. 275-281.
- ¹⁶ Durante los últimos 25 años, el Partido Demócrata ha controlado ambas cámaras del Congreso y la mayoría de las gubernaturas. Así, por ejemplo, en 1990 tenía 56 senadores, 267 representantes y 31 gobernadores contra 44 senadores, 167 representantes y 19 gobernadores de los republicanos. *Sur*, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1990.
- ¹⁷ Mike Davis, *Prisoners of the American Dream*, Verso Books, Londres, 1986, p. 257.
- ¹⁸ *Discriminación a la inversa* es el concepto por el cual las leyes que protegen los derechos de los negros garantizando, por ejemplo, el ingreso universitario, implican discriminar a los blancos.
- ¹⁹ Entrevista con Larry Holmes (Nueva York, 29 de diciembre de 1991), miembro de la conducción del Workers World Party.
- ²⁰ El SWP ha tenido numerosas defecciones, desde el "giro obrero" de principios de los setenta. El PC, que históricamente ha tenido múltiples fracciones, ratificó el marxismo-leninismo en su congreso de 1991, expulsando, como resultado, al sector "perestroiko" que se nucleaba en torno a su periódico *People's Weekly World*. Véase: *People's Weekly World*, 21 de diciembre de 1991, para el informe del congreso partidario.
- ²¹ Paul Baran y Paul Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI Editores, México, 1968, p. 168.
- ²² En la década de los sesenta, la socialdemocracia norteamericana se hallaba dividida en dos sectores. El primero, los Social Democrats U.S.A., apoyaba la guerra de Vietnam y se alió al sector de derecha del Partido Demócrata. El segundo, dirigido por Michael Harrington e Irving Howe, se agrupó en torno a la revista *Dissent*, abogando por la transformación del Partido Demócrata desde adentro.
- ²³ Para este argumento, véase: Robert Brenner, "The Paradox of Social Democracy: The American Case", en Mike Davis et al., *The Year Left / An American Socialist Yearbook*, Verso Books, Londres, 1985.
- ²⁴ DSOC, *Newsletter of the Democratic Left*, marzo de 1973, p. 5.
- ²⁵ En la fusión, el NAM aceptó casi todos los puntos programáticos del DSOC, incluyendo el apoyo incondicional a Israel y la centralidad del Partido Demócrata.

- ²⁶ *New York Times*, 17 de junio de 1981.
- ²⁷ Véase: James Weinstein, "The chimera of a third party can only create false hopes", en *In These Times*, 18-24 de diciembre de 1991.
- ²⁸ Esta posición la sintetizaba el periódico de mayor difusión en los Estados Unidos, *The Guardian*, y abarcaba a numerosos otros grupos, incluyendo muchos grupos pequeños y varios de los partidos nacionales, como el PC.
- ²⁹ Manning Marable, *Black American Politics*, Verso Books, Londres, 1985, p. 252.
- ³⁰ Paul Sweezy y Harry Magdoff, "The Left and the 1984 Elections", en *Monthly Review*, vol. 35, núm. 2, p. 2.
- ³¹ Eugenio Hevia, "Hacia una alternativa política popular (parte II)", en *Denuncia*, año 7, núm. 58, Nueva York, febrero-marzo de 1981.
- ³² Arturo Rodríguez, "Días de resistencia", en *Denuncia*, año 7, núm. 63, Nueva York, noviembre de 1981.
- ³³ Inclusive es notable que hacia 1988 surgió una versión *aggiornada* del macartismo con el debate "PC" ("corrección política"). Este planteamiento desde la derecha política pretendía que todas aquellas reivindicaciones sesentistas habían implicado la censura y persecución de aquellos que disientían con las mismas. Por lo tanto, en nombre de la libertad de expresión, se han dedicado a perseguir a aquellos que mantienen posiciones intelectuales de la nueva izquierda.
- ³⁴ Se llamó "Arco Iris" porque hacía énfasis en la unidad de razas (colores).
- ³⁵ En la campaña de 1984, la socialdemocracia apoyó mayoritariamente la candidatura de Walter Mondale.
- ³⁶ Las campañas realizadas por el Partido Socialista en 1912 y 1920 se basaron en un programa revolucionario.
- ³⁷ Ver Mike Davis, *op. cit.*, pp. 273-274.
- ³⁸ Manning Marable, "Black Politics and the Left", en *Monthly Review*, vol. 41, núm. 11, abril de 1990, p. 23.
- ³⁹ Manning Marable, *Black American Politics*, *op. cit.*, p. 248.
- ⁴⁰ Jesse Jackson, "The New Spirit of '76", en Nathan Wright, Jr. (ed.), *What Black Politicians are Saying*, Nueva York, 1972, pp. 60-61.
- ⁴¹ Manning Marable, *Black American Politics*, *op. cit.*, p. 263.
- ⁴² *Ibid.*, p. 279.
- ⁴³ *New York Times*, 11 de septiembre de 1984. Agregó que era equivalente al republicanismo de un Nelson Rockefeller o un Henry Cabot Lodge.
- ⁴⁴ Sólo votó 41% de los negros empadronados. *Washington Post*, 8 de enero de 1985.
- ⁴⁵ Véase: Sofía Gallardo, "El estigma liberal en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 1988", en *Secuencia / Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 14, México, julio-agosto de 1989, p. 26.
- ⁴⁶ Martha Burk, "What if we built a party and American voters came?", en *In These Times*, vol. 16, núm. 5, 18-24 de diciembre de 1991, p. 16.
- ⁴⁷ Manning Marable, "Black Politics and the Left", en *Monthly Review*, vol. 41, núm. 11, abril de 1990, p. 30.
- ⁴⁸ El último socialista fue Vito Marcantonio, miembro del Partido Laboral Americano, electo por el distrito de East Harlem en 1950.



- ⁴⁹ Bernard Sanders, "Reflections from Vermont", en *Monthly Review*, vol. 41, núm. 7, diciembre de 1989, pp. 15 y 16.
- ⁵⁰ Ellen David-Friedman, "Bernie Sanders and the Rainbow in Vermont", en Mike Davis *et al.* (eds.), *Fire in the Hearth, The Year Left 4*, Verso Books, Londres, 1990, pp. 137-138.
- ⁵¹ *Ibid.*, p.139.
- ⁵² *Ibid.*, p. 140.
- ⁵³ Sanders, "Reflections from Vermont", en *op. cit.*, pp. 16-17.
- ⁵⁴ *Ibid.*, p. 21.
- ⁵⁵ Sanders es reconocidamente una personalidad compleja y difícil, criticado inclusive por sus adherentes. Por un lado, es un socialista que ha resistido los intentos de cooptación por parte de los partidos mayoritarios, y, por otro, compite por el poder público aceptando las reglas del sistema. Su pragmatismo lo ha llevado a negociar distintas medidas, pero, al mismo tiempo, sus planteamientos abiertamente socialdemócratas implican un avance de la izquierda en la percepción del norteamericano medio.
- ⁵⁶ Kevin Kelley, "Congress's first independent socialist in 40 years", en *The Guardian*, 21 de noviembre de 1990, p. 3.
- ⁵⁷ *Ibid.*
- ⁵⁸ Dan La Botz, "A Strategy is Vindicated", en *Against the Current*, marzo-abril de 1992, p. 22.
- ⁵⁹ *Ibid.*
- ⁶⁰ Frank Bardacke, "Watsonville: A Mexican Community on Strike", en Mike Davis y Michael Sprinker (eds.), *Reshaping the US Left. The Year Left 3*, Verso Books, Londres, 1988.
- ⁶¹ *Workers World*, 26 de diciembre de 1992.
- ⁶² *The Guardian*, 25 de diciembre de 1991.
- ⁶³ Dan LaBotz, "A Strategy is Vindicated", *op. cit.*, pp. 22-23. Los International Socialists eran, aún en 1987, la principal organización de izquierda en el TDU. Véase: Davis, *op. cit.*, p. 258.
- ⁶⁴ Los sindicatos norteamericanos se llaman "internacionales" porque organizan, no sólo a los trabajadores norteamericanos, sino también a los canadienses.
- ⁶⁵ La penetración del gremio por la mafia ha sido ampliamente comprobada y es una de las críticas de la oposición. Desde 1957, todos los presidentes de la IBT han sido acusados y condenados por distintos crímenes. Inclusive Jimmy Hoffa, de notorias conexiones con la mafia, fue desaparecido. Kim Moody, "Who Reformed the Teamsters?", en *Against the Current*, núm. 37, marzo-abril de 1992, pp. 24-25.
- ⁶⁶ *People's Weekly World*, 21 de diciembre de 1991.
- ⁶⁷ Debemos notar que la patronal volvió a la carga en 1988 y finalmente cerró la planta, dejando a más de mil trabajadores desempleados.
- ⁶⁸ Robert Brenner, "The Paradox of Social Democracy: The American Case", en Mike Davis, Fred Pfeil y Michael Sprinker (eds.), *The Year Left. An American Socialist Yearbook*, Verso Books, Londres, 1985.
- ⁶⁹ Kim Moody, "Stumbling in the Dark: American Labor's Failed Response", en *ibid.*, p. 104.

LA REVOLUCIÓN DESTITUIDA: ACERCA DEL DESTINO DE LOS MOVIMIENTOS CÍVICOS EN LO QUE FUE LA RDA

wolfgang bautz

El tren muy esperado de la unidad alemana —para expresarlo con la misma metáfora utilizada por Willy Brandt— ha alcanzado una velocidad que incluso sorprende a los que fueron los primeros en montarlo en marcha. Yendo a una velocidad endiablada, no se pueden tomar en cuenta las pequeñas estaciones y las paradas discrecionales. Los pasajeros recuerdan solamente la estación de partida, mientras la meta empieza a destacarse aparentemente más clara en el horizonte. Muchos pasajeros tienen una confianza resignada en el horario, mientras el personal del tren está poseído de un sentimiento orgulloso de superioridad por razón de la velocidad máxima alcanzada. Sin embargo, en este viaje los sueños de la autodeterminación y la democratización radical, que resonaron en la consigna “Somos el Pueblo”, quedaron en la estacada.

Wolfgang Bautz. Alemán. Investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Rostock. El autor nos envió directamente su texto, que constituye una valiosa reflexión sobre los movimientos cívicos en el momento de la anexión de la RDA a la RFA.

La “revolución a la luz de los candiles” destrozó un sistema en el otoño del año de 1989. Desde entonces, los actores y los observadores ven perfectamente claro que las reivindicaciones por una democratización radical que a través de formas multifacéticas aseguren la influencia de la gente en los procesos políticos y económicos han fallado. El desarrollo de las condiciones reales ha tomado otro rumbo. Intereses individuales, políticos y económicos se pusieron en el primer plano y al diálogo social lo sustituyen aquellos mecanismos de decisión que están ligados a las estructuras de los otros partidos y los grupos de interés.

Entre octubre de 1989 y marzo de 1990, el espectro de partidos en la RDA cambió radicalmente. Por algún tiempo, se hicieron evidentes fuerzas cuyo ideal se orientó hacia la creación de una sociedad solidaria desde “abajo”, como era el caso de los recién formados socialdemócratas o de ciertos grupos, por ejemplo, dentro del Partido del Socialismo Democrático. Sin embargo, los verdaderos portadores de las pretensiones renovadoras orientadas en la democracia de base fueron, sobre todo, los movimientos cívicos.¹

Pero el proceso político presentó una situación singular: cuanto más decayó el viejo sistema, y mientras los anteriores mecanismos de integración políticos y sociales fueron debilitados, se estableció un nuevo sistema de partidos, movido por otras fuerzas sociales con opciones políticas ajenas al proyecto de una sociedad de alternativa. Desde entonces, se hacía sentir una paulatina retirada de los movimientos cívicos y representantes análogos, por ejemplo, los sindicatos, y éstos tuvieron muchas dificultades para tomar la palabra, y, donde lo consiguieron, para hacerse escuchar.

El 18 de marzo de 1990 esta tendencia alcanzó una culminación temporal y sintomática con las elecciones para la representación nacional suprema, la Cámara del Pueblo. Los partidos que abogaron por una rápida unificación con la RFA, renunciando a todos los ideales de una sociedad de alternativa, fueron los triunfadores de estas elecciones.² Los movimientos cívicos, que habían desencadenado con sus actividades “la revolución a la luz de los candiles”, fueron situados con las boletas del voto al margen del espectro parlamentario. Observando lo que ocurrió en todo el país, esta distribución, con desplazamientos insignificantes, se repitió también en las elecciones comunales del 6 de mayo de 1990. Otra vez, la revolución devoró a sus hijos.

Por lo tanto, pareció totalmente normal y legítimo por tales relaciones mayoritarias en los gremios parlamentarios que las posibilidades de influencia de los movimientos cívicos, que se habían institucionalizado durante el gobierno interino de Modrow, fueran revocados considerablemente después de la constitución del nuevo gobierno.³ Aquí se puede señalar simplemente, como evidencia de este proceso, lo que ocurrió con el anteproyecto de nueva Constitución.

Éste fue elaborado en la “mesa redonda” bajo la explícita hegemonía político-ideológica de los movimientos cívicos. Pero el amplio consenso establecido en la fase de la redacción ya no se logró repetir en la nueva Cámara del Pueblo. Más aún, el anteproyecto pasó casi totalmente al olvido.

De tal manera, las elecciones aparecieron como doble límite para los movimientos cívicos:

❑ Con la boleta del votante se impuso un proyecto político de corte neoconservador que no le presta mucha importancia a articulaciones políticas o expresiones que se den fuera o al margen de los partidos establecidos.

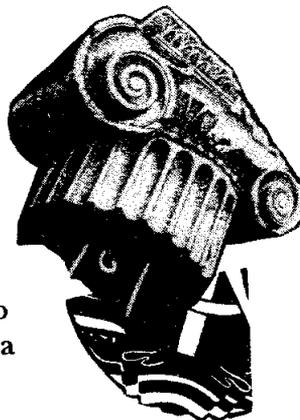
❑ Con la legitimación de las elecciones fue puesto en marcha un proceso de institucionalización que tampoco permitirá mucho espacio a la actividad inmediata y directa de los ciudadanos.

Por supuesto, estas circunstancias tuvieron efectos muy graves y críticos en las organizaciones. Primero, se hicieron sentir los cuestionamientos de su autoimagen, hasta entonces dominante, pero un poco transfigurada. Un miembro del Foro Nuevo comentó el inicio de la “etapa de la desilusión” con las palabras siguientes, que, a pesar de la amargura resonante, dan un testimonio importante:

Pero todos... la gran mayoría en el país, entre tanto, ya se ven de nuevo relativamente desamparados, a la merced de los procesos políticos. Todos los que en octubre se dispusieron al cambio en este país ahora están paralizados como el conejo ante la culebra y sólo esperan que el mordisco no sea tan doloroso. En el Foro Nuevo tampoco logramos oponernos de alguna manera a este desarrollo.

Debemos abogar por formas de comunicación social que permitan nuevamente que las decisiones de trascendencia social sean tomadas por la gran mayoría de la población.⁴

La valoración de las causas para el auge y la caída de los movimientos cívicos en un periodo tan corto, que cuando mucho comprendió seis meses, es extraordinariamente complicada. En los debates en torno de este tema controvertido existe consenso en que los movimientos cívicos



se evidenciaron como catalizador de la crisis del socialismo realmente existente. Y con la misma frecuencia se argumenta que, enfrentados con la intensidad de los cambios políticos desencadenados, subestimaron los efectos de magnetismo que ejercieron la economía y la sociedad de la República Federal de Alemania sobre la población después de la apertura del Muro el 9 de noviembre de 1989. Sin embargo, a nuestro juicio, el argumento de la evaluación equivocada de la situación de los intereses de la población de la RDA tiene muy corto alcance. Indiscutiblemente, decisiones políticas equivocadas por parte de los movimientos cívicos, las cuales, dicho sea de paso, fueron compartidas también con otros grupos políticos y religiosos, contribuyeron a la caída del proyecto de alternativa. Pero el resultado desfavorable de la competencia de los proyectos políticos, y por ende la marginación de los movimientos cívicos, parece ser una herencia directa e inmediata de la crisis del socialismo administrativo-centralista. Así, es lógico que cualquier intento de ofrecer una explicación satisfactoria tiene que partir de las facetas de la situación que precedía al mes de noviembre de 1989. En este trabajo queremos hacer énfasis en los aspectos subjetivos, en las particularidades de las relaciones sociales predominantes en el nivel *micro* de la sociedad. Este enfoque, no sólo es necesario para complementar el análisis de coyuntura, sino que tal forma de acercarse a la problemática permite revelar las pautas de comportamiento y los esquemas sociales de interpretación que condicionaron determinadas manifestaciones políticas durante la descomposición del antiguo régimen. Lo interesante y fructífero de nuestro punto de partida se relaciona con la estabilidad de los fenómenos interpersonales que seguían condicionando la vida política más allá de la "muerte" de la RDA.

En el territorio de la RDA había surgido una variante del socialismo administrativo-centralista, la cual, por un lado, en su estructura fundamental se caracterizó por una concentración creciente de todos los procesos de decisión en manos del aparato estatal y, por otro, por una expropiación permanente de las competencias de decisión reales de los trabajadores.⁵ Se había desarrollado y estabilizado un sistema social que ignoraba la verdadera esencia de la idea de Marx y la meta del movimiento socialista: crear una situación de las

relaciones sociales “donde el libre desarrollo de cada uno sea la condición previa para el libre desarrollo de todos”.⁶ No obstante, los trabajadores estaban en el centro del interés de la dirección política, y eso no solamente por razón de las muestras de gratitud para “la dirección del Partido y del Estado”. En esta variante “nacional” del socialismo administrativo-centralista que se había desarrollado en el territorio de la RDA, los trabajadores eran el grupo central de las pretensiones económicas, lo que daba a la vida política y social un aire populista. Y con los años se alcanzó, en lo que se refiere a la satisfacción cualitativa y cuantitativa de las necesidades básicas, un nivel considerable que destacó a la Alemania socialista de los demás países del Este. Estos supuestos éxitos del régimen y de su política económica, que fueron evaluados como buenos y humanistas, explican la conformidad considerable de amplias partes de la población durante décadas. Esta política de bienestar social concedía al régimen una estabilidad política, y lo investía de una limitada legitimación. Además, el sistema político disponía de otros aportes importantes, como la represión contra personas de otra ideología y la privación de “privilegios” en el caso de constatar cualquier violación de lo que la “buena conducta” obligaba.

En los cuarenta años de su historia, el sistema del socialismo administrativo-centralista atravesó varias situaciones de crisis. En los primeros años, fueron provocadas por determinaciones más directamente políticas, mientras en los años sesenta y setenta, en el mecanismo social del desencadenamiento de la crisis, tuvieron un mayor peso los desfases y conflictos de carácter económico, como, por ejemplo, las desproporciones económicas entre la industria pesada y la de bienes de consumo. Como respuesta a estas situaciones de crisis, del propio sistema surgió la capacidad para la autorregulación, lo que permitió que se superaran, o por lo menos se debilitaran, los conflictos que se estaban formando. Al movilizar las fuerzas de autorregulación, no se tocaba la estructura básica del socialismo administrativo-centralista; y, principalmente por el carácter superficial de las reformas, este procedimiento reproducía la incapacidad estructuralmente condicionada para enfrentar condiciones cualitativamente nuevas y proponer soluciones adecuadas. De



esta manera, las repetidas crisis estaban ya fundamentadas en el propio mecanismo de su superación.

No resulta difícil, siguiendo esta línea de argumentación, estar de acuerdo con Michael Brie, quien interpreta los ciclos de crisis en el desarrollo de la posguerra de los países de Europa Oriental y de la RDA como un límite del desarrollo de la variante del socialismo establecida:

La crisis en su esencia no surgió por obstinación senil ni por la fatiga temporal de formas de vida normalmente democráticas, ni por razón de que las relaciones de producción y la superestructura quedaron atrás ante las nuevas exigencias de las fuerzas productivas que cambiaron en el marco internacional, sino, sobre todo, por el hecho de que el socialismo administrativo-centralista muestra principalmente límites de desarrollo.⁷

Estos límites de desarrollo que se hicieron evidentes a principios de los años setenta fueron diferidos de nuevo exitosamente por el perfeccionamiento del carácter populista.

En la RDA fue muy significativo para el perfeccionamiento de la variante populista el VIII Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania. En esta ocasión, fue concebida la así llamada estrategia de unidad entre política económica y política social. Una estrategia política que, indiscutiblemente, ha impulsado una dinámica más acelerada en cuanto a niveles de consumo de la población, pero, en lo que se refiere a los mecanismos de crisis inherentes al sistema, estuvo acompañado por el crecimiento de una burocracia jerarquizada que venía penetrando aún más las distintas esferas de la vida social. Al mismo tiempo, se ampliaron los mecanismos de represión, como lo demuestra el redoblamiento de la plantilla del personal en el Ministerio de la Seguridad Estatal durante estos años.

Sin embargo, las condiciones internas y externas de reproducción del socialismo administrativo-centralista fueron sometidas a cambios radicales y bruscos.⁸ Los documentos políticos de casi todos los partidos comunistas de los países socialistas llamaron la atención sobre esta nueva situación, pero ya no se le pudo enfrentar con reformas parciales, las cuales, incluso, fueron llevadas a cabo nuevamente.

Las contradicciones, acumuladas pero ocultas, y los conflictos nacientes en la RDA crearon un clima en sí mismo cargado de tensiones. Este clima iba condicionando el comportamiento de amplios sectores de la población, hasta dar origen a gran cantidad de fenómenos particulares de una patología social. Uno de los múltiples campos de tensiones estuvo conformado por las siguientes tendencias.

Durante muchos años, la consigna "Del yo hacia el nosotros" representaba la omnipresente tendencia de la estatización de la vida social, lo que se puede equiparar con la presión del sistema hacia una vida según un reglamento preconcebido y divulgado desde arriba. Esto fue un polo.

El polo contrario, es decir, la reacción en cuanto a la petrificación de las estructuras sociales, lo fue la retirada creciente hacia los "rincones" de la sociedad. Obviamente, el mayor y más fácil "rincón" ha sido la vida privada y familiar. Es importante destacar esta tendencia, porque implicaba, al mismo tiempo que la decadencia de valores y normas que orientaban hacia actividades comunes al interés de toda la sociedad o de ciertos grupos, en una "retirada" a la vida privada por distintos caminos, es decir, en una desmovilización política. El dicho, bien conocido por todos los habitantes de la RDA, "Primero lo privado, después la catástrofe", bien refleja y resume tal tendencia.

La respuesta individualista y de rechazo a la iniciativa política y social por la omnipresencia de la politización y regulación por parte del sistema fue favorecida y acompañada por fenómenos que se habían originado a lo largo de la evolución del socialismo administrativo-centralista. Veamos brevemente algunos de estos fenómenos.

Los cambios en la estructura de la propiedad agraria e industrial habían desencadenado, junto con la industrialización de la Alemania Oriental, transformaciones profundas y de gran envergadura en la composición de la estructura de la población económicamente activa. Estos cambios redujeron su extensión y su intensidad a principios de los años ochenta. Las respectivas proporciones entre los diferentes sectores de la población económicamente activa que se habían establecido hasta entonces empezaron a reproducirse y establecerse. En este contexto, hay que



mencionar, sobre todo, la composición por sexo y años de escolaridad:

□ Noventa por ciento de las mujeres en edad de trabajar ejercía una profesión o se perfeccionaba.

□ El porcentaje de los trabajadores no calificados y semicalificados había bajado a apenas 20%, mientras el porcentaje de los obreros calificados y técnicos había aumentado a 60%; y los egresados de las escuelas superiores y universidades habían alcanzado una proporción de 20%.

En la medida en que los cambios mencionados redujeron su extensión y su intensidad, su función social como factor de movilidad intergeneracional e intrageneracional también venía decreciendo. En esta situación, las perspectivas de vida personal cambiaban en un lapso relativamente corto, cerrándose los hasta entonces amplios canales de movilidad y surgiendo bases para nuevas diferencias sociales. Y, particularmente en la generación joven, por supuesto la más afectada por el cierre de canales de movilidad, el apoyo hacia la “patria socialista” se convertía en indiferencia, e incluso en rechazo abierto. A diferencia de sus padres, no debían nada al socialismo.

Por su parte, el mencionado desarrollo de la estructura de calificación había contribuido especialmente a crear una capacidad de rendimiento, sobre todo intelectual, y variedad de intereses y necesidades específicos. Frente a estos nuevos rasgos en la estructura de la personalidad del “trabajador socialista”, el sistema podía responder solamente en forma limitada o sectorial, porque en esencia su ideal teórico y su política práctica fueron condicionados por la visión de una clase obrera de la época del fordismo, de la época previa a la revolución científico-técnica. Investigaciones sociológicas también percibían este desfase, y, aunque de forma codificada, lo transmitían a la divulgación científica:

Debido a la socialización creciente de la producción y el trabajo, se incrementan el deseo y la necesidad de actuar de una manera propia, única-integral. Investigaciones sociológicas multifacéticas dan testimonio de una aspiración creciente de la población a actuar como sujeto, influir

activamente en las condiciones de vida y organizarlas activamente a su manera. Por investigaciones de la sociología del deporte se sabe que los deportistas articulan crecientemente el deseo de no “ser simplemente entrenados”, sino de ser reconocidos como socio del entrenador y de formular sus propias opiniones, propuestas e ideas.⁹



Otro fenómeno que debe ser mencionado aquí fue el cambio radical de las condiciones habitacionales en el curso del llamado programa de construcción de viviendas, que fue puesto en marcha en el año de 1971. Según los datos del anuario estadístico, hasta 1988, inclusive, se terminó la nueva construcción de 1 850 938 viviendas apartamentales.¹⁰ Con esto se mejoraron las condiciones habitacionales en cuanto al nivel del equipamiento de unos 6 millones de personas, sobre todo del área urbana. Numerosas áreas de nueva construcción surgieron a menudo fuera de la fisonomía de la ciudad histórica crecida en “prado verde”. Fueron edificadas principalmente en la llamada construcción industrial, con base en plantas prefabricadas. Las consecuencias inmediatas de la política en la materia de planificación y construcción habitacional han sido, además de la estandarización relativa de las condiciones habitacionales, una división relativa entre los lugares de trabajo y de comercio o servicios sociales, una división residencial entre las áreas de producción y las áreas residenciales. Y las limitaciones económicas, conceptuales y de otra índole causaban un descuido casi total de las demás condiciones sociales e infraestructurales en las nuevas áreas residenciales. Mientras que las pretensiones en cuanto a la cultura habitacional crecían en forma integral, la construcción de viviendas quedaba en su mayoría en el nivel de la satisfacción cuantitativa de las necesidades habitacionales, y esto, aun en un nivel comparativamente bajo.



En un lapso de veinte años se habían cambiado sustancialmente las condiciones habitacionales para, por lo menos, un tercio de la población. Dadas las características de las nuevas áreas residenciales, estos cambios fueron acompañados por la falta de posibilidades de comunicación social en estas áreas, lo que a su vez provocaba un desmedro de las respectivas necesidades o las canalizaba hacia otros

campos. Como resultado, la vivienda se desarrollaba en el sentido más estricto como el lugar más importante y a menudo único para el desenvolvimiento de las relaciones familiares, la educación de los niños y el recreo, el descanso y la sociabilidad. Y por falta de un debido sustrato material, las personas no se sentían estimuladas a enfrentar un empobrecimiento de las relaciones sociales en muchas familias. De tal manera, las condiciones habitacionales se prestaban, y fomentaban, junto con otros factores, como, por ejemplo, la influencia de los medios de comunicación electrónica, a la ya mencionada actitud de “arrinconarse” en la vida personal y familiar.

La retirada creciente hacia los “rincones” de la sociedad se manifestaba en muchas formas, se apoderaba de fenómenos sociales y les asignaba un nuevo significado y una nueva función social, como queremos demostrar una vez más. La incapacidad de las instituciones de servicio y de abastecimiento de satisfacer en la medida deseada las necesidades reales de la población,¹¹ las cuales eran determinadas en medida creciente por criterios cualitativos o por modelos extranjeros, asumía, por así decirlo, la función del fermento necesario para una serie de fenómenos. Uno de ellos es el desarrollo muy vistoso de los establecimientos de huertos familiares durante la década de los setenta y ochenta. Para poder clasificar correctamente este ejemplo, hay que tomar en cuenta el dato siguiente: el número de jardineros aficionados, organizados solamente en la Asociación de Pequeños Horticultores y Criadores de Ganado, se incrementó en más de 500 mil miembros desde 1970.¹² Este crecimiento fue motivado por el déficit en el abastecimiento de frutas y verduras, así como por la insuficiencia de ofertas para el recreo y el descanso activo, que se hizo evidente especialmente en las áreas de nueva construcción. Si bien es cierto que también la reglamentación estatal se ocupaba incluso de este sector de la vida social —la Asociación mencionada elaboró normas para el cultivo de ciertas frutas y verduras o respecto a la relación entre área de cultivo y de prado—, al menos el deseo por un huerto familiar era equivalente al deseo de más individualidad en el campo del tiempo libre y el deseo de demostrar el bienestar alcanzado.

Estas tendencias, reforzadas por los cambios en la conducta de muchos consumidores, como consecuencia de los crecientes ingresos reales,¹³ han sido multifacéticas, y exigen un estudio sociológico más detenido.

En el campo de las relaciones político-ideológicas, se manifestaba, paralelamente a los procesos sociales, una erosión de la confianza en la dirección del Estado, que, sin lugar a dudas, se había hecho evidente en los primeros años de la reforma impulsada por el Partido Socialista Unificado de Alemania, encabezado por Honecker. Las dimensiones de esta erosión se dejan entrever en la siguiente cita, que procede de un informe ultrasecreto del Ministerio de Seguridad del Estado:

Las ventajas del socialismo, como la seguridad social, se reconocen en verdad; pero, comparándolas con los problemas e insuficiencias que se encuentran, ya no son consideradas como factores decisivos. En parte, las ventajas son tomadas como cosas naturales, y por lo tanto no son integradas en la evaluación, o son ignoradas totalmente. Se difunden dudas o incredulidades en cuanto a la posibilidad de realizar las metas y respecto a la rectitud de la política del Partido y del gobierno en lo que se refiere, especialmente, al desarrollo político interior, a la garantía de condiciones de vida adecuadas y a la satisfacción de las necesidades personales. Se acompañan opiniones de que el desarrollo no causará ninguna mejora notable para la población, sino que la situación anterior estuvo mejor en los más distintos campos en la RDA.

Tales opiniones se manifiestan sobre todo en el caso de personas que hasta ahora han trabajado activamente en el campo social, pero se han cansado, resignado y, finalmente, han capitulado por las razones mencionadas.¹⁴

La crisis social que precedía a la “revolución sin violencia” se desvió de su camino “normal”, cuando la política de la *perestroika* indicaba una dirección hacia posibles reformas del socialismo administrativo-centralista. De este modo, la incapacidad de la “dirección del Partido y del Estado” de evaluar objetivamente la situación iba manifestándose más claramente. Por lo menos desde el otoño de 1987, esta incapacidad había provocado toda una serie de decisiones



políticas equivocadas. La contradicción entre el rumbo hacia las reformas en Moscú y la “adhesión al rumbo comprobado”, que se revelaba abiertamente, minaba una parte decisiva del sistema político, porque la práctica de la política soviética ponía en duda las normas decretadas hace años como obligatorias y ejemplares. Incluso en el Partido Socialista Unificado de Alemania se ejecutaban aún las decisiones del Buró Político, en su mayoría solamente por razones de la oportunidad y la habituación, pero los militantes de este partido bloqueaban cada vez más las directivas de “su” dirección. El estado de ánimo iba poniéndose visiblemente peor, y los precursores del ocaso tampoco pasaban por alto la organización del Partido.

Los intentos de miles de habitantes de la RDA de llegar a la RFA vía la frontera “abierta” entre Hungría y Austria, durante el verano de 1989, cambiaron súbitamente las condiciones políticas. La sensibilidad política de gran parte de la población se incrementó notable y rápidamente, y las esperanzas de reformas en el campo económico y político se extendieron, en cierto modo, por todas las capas. Mientras el dramático movimiento de fuga expresó, sin duda, que una parte de la población había perdido la esperanza y el interés en reformas del sistema, o prefirió buscar una solución individual de los conflictos sociales, parecía gestarse una verdadera situación revolucionaria. Los grupos de la oposición al régimen administrativo-centralista, que antes no habían recibido mayor atención, salvo por parte de la seguridad del Estado, se desarrollaron como portadores de un movimiento político masivo.

La disposición acelerada de actuar surgió dentro de las coordenadas siguientes:

❑ Desconfianza en los partidos vinculados con sistemas administrativo-centralistas y desprecio de las pretensiones reformistas en el interior de los partidos.

❑ Necesidad urgente de llenar el vacío político-organizativo con los grupos de la oposición (la fundación de partidos se realizó sólo en una etapa posterior del cambio radical).

❑ La incapacidad del poder político de enfrentar ofensivamente esta situación.

En estas condiciones, la oposición logró desarrollarse como movimiento cívico representando a los más diversos sectores sociales. El 4 de noviembre de 1989, en la Plaza Alexander de Berlín, convocadas por los distintos grupos de oposición y de disidentes, se concentraron más de medio millón de personas, reclamando profundas reformas políticas.

Sin embargo, los movimientos cívicos no lograron mantenerse permanentemente, como vimos al principio del presente ensayo. Con su comentario, Crista Wolf alegó, sin duda, una causa importante para este “cambio del rumbo”:

... este resurgimiento pasó probablemente demasiados años tarde, los daños en muchos hombres y en el país son demasiado profundos, el abuso desencadenado del poder desacreditaba y minaba los valores, en cuyo nombre se llevaba a cabo...¹⁵

Esta situación interna del sujeto social ha contribuido, seguramente en forma decisiva, a que, durante el periodo de noviembre de 1989 a marzo de 1990, la mayoría que abogara por la reforma de la sociedad se transformara paulatinamente en una mayoría por “ningún experimento más”. Los hombres que forzaron la caída del viejo régimen fueron marcados profundamente por el clima anteriormente constatado de la “estatización” de la vida social y su “anulación” privada. Esta estructura psíquica social de la población no creó ninguna condición favorable previa para que los movimientos sociales de base pudieran enraizarse en la población y conformar mayorías políticas. En la medida en que las estructuras del viejo régimen se iban desmoronando, con la misma velocidad la función cohesionadora o de puente de los movimientos cívicos iba desapareciendo, y los intereses parciales en el plano económico y político iban triunfando. El vacío del poder que surgió rápidamente a la caída del viejo sistema político, y que también fue un vacío de organización y concepciones, no pudo ser llenado por los movimientos cívicos, debido a la complejidad y a la alta velocidad de los cambios radicales. Por lo tanto, las causas para el “auge” de los movimientos cívicos se volvieron la razón de su caída.



NOTAS

- ¹ Los grandes rasgos de la renovación democrática perseguida por los movimientos cívicos se pueden reconstruir mediante las concepciones programáticas que fueron divulgadas durante las elecciones para la Cámara del Pueblo el 18 de marzo de 1990. En la plataforma electoral de la Alianza 90, la alianza electoral de los movimientos cívicos Nuevo Foro, Democracia Ahora e Iniciativa de Paz y Derechos Humanos, se dice:

Todos nosotros debemos aprender a actuar como ciudadanos y ciudadanas mayores de edad y conscientes de nosotros mismos. Debemos salir del aislamiento hacia la comunidad. Sólo en la comunidad podemos cambiar nuestra sociedad, sólo en la comunidad podemos salvar a nuestro país. Necesitamos una sociedad solidaria. Las ideologías no son importantes; los hombres son los importantes.

En cuanto a la cuestión alemana, se plantearon las ideas siguientes:

... los movimientos cívicos saben, por sus propias experiencias, que la democracia es posible solamente con los derechos sociales, la igualdad de posibilidades, la no violencia y la solidaridad. Esto es también válido para la democracia y la solidaridad. Esto es también válido para la democracia en Alemania. Por lo tanto, consideramos que la unificación de Alemania tiene que apoyarse en una sociedad solidaria y garantizar la estabilidad social de la población de la RDA. La condición previa para una unidad alemana es la autodeterminación democrática practicada en la RDA. Sólo una unidad sobre la base de la igualdad de derechos es una unidad en libertad. Se puede alcanzar solamente en un proceso de acercamiento recíproco. (Plataforma electoral de la Alianza 90, s.d., pp. 2 y s.)

Las citas siguientes son de la plataforma electoral conjunta de la alianza del Partido Verde y de la Asociación Independiente de Mujeres:

Los movimientos de ciudadanas y ciudadanos, y las representaciones de intereses, son importantes instrumentos de control de la economía, del Estado y de los partidos. Nosotros abogamos por la fundación de cámaras económicas y sociales como segundas cámaras con representantes de las asociaciones de intereses más importantes en los parlamentos... La unificación de la nación alemana tiene que ser un proceso de reformas recíprocas que acepte la soberanía interior de ambos estados alemanes. (Plataforma electoral del Partido Verde y de la Asociación Independiente de Mujeres, s.d., p. 2.)

² Resultado final de las elecciones para la Cámara del Pueblo, del 18 de marzo de 1990:

Partido	Votos	Escaños
Unión Cristiano-Demócrata	4 694 636	164
Partido Socialdemócrata de Alemania	2 506 151	87
Partido del Socialismo Democrático	1 873 666	65
Alianza Liberal-Demócrata	606 283	21
Unión Social Alemana	724 760	25
Alianza 90	333 005	12
Partido Campesino Demócrata de Alemania	250 943	9
Resurgimiento Democrático	105 251	4
Partido Verde y Asociación Independiente de Mujeres	225 234	8
Partido Nacional-Demócrata de Alemania	44 435	2
Unión Demócrata de Mujeres de Alemania	38 088	1
Izquierda Unida	20 180	1
Lista de la Juventud Alternativa	14 573	1



En las elecciones participaron otras diez agrupaciones políticas, pero no pudieron obtener ningún escaño.

³ Aquí hay que recordar solamente las “mesas redondas” que trabajaron a nivel nacional, regional y comunal; órganos con poderes parciales, en los cuales los movimientos cívicos también estuvieron representados en igualdad, con voz y voto, al lado de los partidos más variados. Además, hay que mencionar que ministros sin cartera, que también procedieron de los movimientos cívicos, fueron incorporados en el gobierno de Modrow en su segunda etapa. Además, los “comités cívicos para liquidar la Oficina para la Seguridad Nacional” fueron apoyados, principalmente, por los movimientos cívicos.

⁴ “¿Ninguna posibilidad más para nosotros?”, en *Die Andere Zeitung*, Berlín, 15 de febrero de 1990.

⁵ Se sobrepasarían, sin duda, los límites de este trabajo si se explicaran las causas para el surgimiento de esta variante del socialismo en el territorio de la anterior zona de ocupación soviética y de la futura RDA. Una investigación al respecto tendría que seguir al menos tres direcciones: 1) El sobrepeso de los modelos “importados” del socialismo dentro de las fuerzas dirigentes en la política desde 1945, así como la implantación paulatina y definitiva de concepciones de alternativa en cuanto al desarrollo social. 2) La insuficiencia de modelos de organización y de conducta democráticos dentro de los portadores sociales de las transformaciones antifascistas y del desarrollo socialista incipiente. 3) La gran influencia de factores geopolíticos, como consecuencia de la *guerra fría*.

⁶ Marx y Engels, *Obras*, t. 4, p. 482.

⁷ Michael Brie, “Die allgemeine Krise des administrativ-zentralistischen Sozialismus” [La crisis general del socialismo administrativo-centralista], en *Initial*, Berlín, año 1, núm. 1, 1990, p. 17.

⁸ Hay que mencionar, primero, dos aspectos generales. La firma de la llamada Acta Final de Helsinki en 1975 anunció una nueva etapa en las relaciones de los dos grandes bloques. La política de distensión que iba

perfilándose puso la política exterior y militar de los países socialistas en el contexto de las nuevas condiciones, y además causó un gran desafío, especialmente para la política interior. En el campo económico, los límites de la reproducción ampliada extensiva —modelo hasta entonces predominante— se manifestaron con más claridad y exigieron la transición hacia métodos de reproducción ampliada intensiva.

- ⁹ Albrecht Kretschmar, "Bedürfnisse sozialistischer Persönlichkeiten als Triebkräfte ökonomischen Wachstums" (Necesidades de las personas en el socialismo como fuerzas motrices del crecimiento económico), en *Materiales del Congreso de Sociología Marxista-Leninista en la RDA*, 26 al 28 de marzo de 1985, Berlín, 1986, p. 163.
- ¹⁰ *Anuario Estadístico de 1989 de la República Democrática Alemana*, Berlín, 1989, p. 168.
- ¹¹ Como prueba para esta tesis, se puede mencionar el desarrollo de los ahorros. En 1970, éstos ascendieron a 52 149 millones de marcos, y hasta 1988 se incrementaron a 151 590 millones de marcos. Véase: *ibid.*, p. 277.
- ¹² *Ibid.*, p. 414.
- ¹³ En 1988, los ingresos reales per cápita de la población se habían incrementado en 229,7%, en comparación con el año 1970. Véase: *ibid.*, p. 288.
- ¹⁴ Armin Mitter y Stefan Wolle (editores), *Ich Liebe Euch doch alle! Befehl und Lageberichte des Ministerium für Staatssicherheit*, enero-noviembre de 1989. [*¡Pero los quiero a todos ustedes! Órdenes e informes sobre la situación del Ministerio para la Seguridad del Estado*, enero-noviembre de 1989], Berlín, 1990, pp. 141 y ss.
- ¹⁵ Christa Wolf, "Zwischenbilanz. Rede anlässlich der Verleihung der Ehrendoktorwürde der Universität Hildesheim am 31. Januar 1990" [Balance provisional. Discurso con motivo del otorgamiento del título de Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Hildesheim, el 31 de enero de 1990], en *Die Andere Zeitung*, Berlín, 15 de febrero de 1990.



EL TRAUMA QUE NOS UNE

Reflexiones sobre la Conquista y la identidad latinoamericana

raúl páramo ortega

El carácter de un pueblo es la sedimentación de la historia de ese pueblo.

Freud, citado por Ferenczi (1913)

Es difícil crecer sabiendo que la cosa donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta.

Juan Rulfo, Pedro Páramo

1. Tesis básica

Investigadores como Guillermo Bonfil Batalla (Bonfil, 1991) han insistido pertinentemente en el aspecto plural de nuestra América Latina. “América Latina —señala Bonfil— es una región altamente diferenciada desde el punto de vista cultural. Tanto si se comparan entre sí los países que la integran, como si se analizan

Raúl Páramo Ortega. Psicoanalista mexicano. Autor de numerosos ensayos y libros de su especialidad, entre ellos, *Sentimiento de culpa y prestigio revolucionario*. Es miembro del Consejo de Colaboración Nacional de Dialéctica.

internamente cada una de las naciones latinoamericanas, la diversidad se manifiesta de manera rotunda.” Aquí me toca a mí insistir en el otro polo de esta realidad: los factores que nos unen, o, mejor dicho, el trauma que nos unió, el trauma de la Conquista, que parece haber dejado en nuestros pueblos —como elemento negativo— una proclividad al fatalismo, a la irresponsabilidad y a la ineficacia. Entre los elementos positivos, encontramos la riqueza de nuestra capacidad expresiva, nuestro talento artístico, nuestro ingenio en las estrategias desarrolladas para sobrevivir y, no en último término, nuestra resistencia a la adversidad. Es conveniente mencionar de antemano que me ocuparé más de los aspectos negativos que de los positivos. No escaparé a la crítica de la inclinación a la autodenigración —de todas maneras muy latina y, en especial, muy mexicana—. De cualquier manera, evitando la autocomplacencia, me dedicaré a esbozar mi tesis: nuestra realidad actual de subdesarrollo tiene que ver —además de los factores macroeconómicos externos—

Conferencia pronunciada el 28 de febrero de 1992 en el Coloquio “América Latina: lo que nos une y lo que nos separa”, Biblioteca Iberoamericana de la Universidad de Guadalajara.

Quiero agradecer enormemente a Mary Forz su invaluable auxilio durante la elaboración del presente escrito.

con los efectos de un trauma básico del cual estamos muy lejos de sanar, esto es, la invasión iniciada por Cristóbal Colón en 1492 y continuada por Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Pedro de Alvarado, et-cétera. (Cfr. Mariátegui, 1924). Como bien señala Bittorf (1991), Cristóbal Colón representa el inicio de la hegemonía de Occidente sobre el resto del mundo. El “descubrimiento” de América sienta las bases históricas para lo que después se conocerá como división entre países desarrollados y países subdesarrollados, es decir, entre países explotadores y explotados. Bittorf, citando a Sale, señala: “Nosotros, en nombre de la cultura occidental —que por cierto apenas sabe de sentimientos de culpa— hemos impuesto con violencia nuestra lengua... hemos implantado nuestros valores en su corazón”.

Nuestra interminable condición de subdesarrollo se encuentra íntimamente relacionada con los efectos altamente traumáticos de la hecatombe cultural que representó la irrupción del mundo europeo en nuestras tierras. El trauma ha sobrevivido en las mentalidades, en la memoria colectiva y en las instituciones. Nuestra más grande herencia es una herencia de contenido traumático. Los efectos traumáticos de orden sociopsicológicos distan mucho de ser superados, y tienen que ver con contenidos que permanecen inconscientes. Por lo demás, un trauma de tal magnitud requiere periodos de tiempo mucho más prolongados para ser medianamente elaborado y, desde luego, requiere indispensablemente *insights* respecto a la complejísima red de efectos. El esclarecimiento de estos factores representa un ineludible *inicio* de posibles cambios. Las recetas copiadas del Primer Mundo para tratar de salir del subdesarrollo fracasan una tras otra, al no tomar en cuenta la base sociopsicológica, las “mentalidades”, el

“carácter nacional”, las “tradiciones”, la “memoria colectiva” o, en resumen, el “inconsciente cultural” (Erdheim). Partimos, pues, del supuesto de que nuestra más grande herencia es una herencia de contenido traumático.

Una característica fundamental latinoamericana —que de tan obvia poco se reflexiona en sus consecuencias— es el mestizaje, no sólo racial, sino cultural y religioso. Somos estrictamente descendientes de los vencedores y de los vencidos. En América Latina, el elemento indígena ha sido reprimido, discriminado y perseguido. Uno de los deplorables motivos psicológicos inconscientes parece tener que ver con el hecho de que los indios son *la memoria de nuestra derrota*, el recordatorio exacto de nuestra sumisión forzada. Acabándolos, creemos eliminar, tanto nuestra sumisión, como nuestra derrota. Nuestros elementos indígenas guardan tradiciones..., pero también el profundo resentimiento. Como bien dice José Luis Martínez (1990), en su biografía de Cortés: “El trauma de la Conquista es una llaga que aún permanece viva en México”. La referencia frecuente a México en el presente ensayo se explica por el hecho de que este país fue el que más intensamente padeció los efectos de la Conquista. Incluso, me atrevo a aventurar la hipótesis de que las sociedades americanas más conflictivas y con más problemas de identidad son las que fueron más golpeadas por la Conquista, es decir, México, Guatemala, Perú y algunas naciones del Caribe.

La derrota sufrida a manos de los conquistadores europeos es nuestra historia invisible. Invisible, precisamente, porque lo envuelve todo; estamos inmersos en ella. De la misma manera, los grupos étnicos que nos recuerdan esta historia de derrotas se constituyen en los sectores

igualmente *invisibles* de la población, como los llamó Carlos Fuentes (1989): “La historia moderna del país... conspiró poderosamente para hacer invisible a la población indígena; primero, en el hecho mismo de la Conquista. Un pueblo derrotado, a veces, prefiere no ser notado. Se mimetiza con la oscuridad para ser olvidado, a fin de no ser golpeado”. La represión intrapsíquica de nuestros componentes indígenas tiene su terrible correlato en el intento de exterminar, también en el exterior, a aquellos miembros de nuestra comunidad con mayor (o exclusivo) componente racial indígena.¹

Nos basamos en el postulado psicoanalítico según el cual la tarea más ingente para el ser humano es la confrontación, elaboración y dominio del mundo real y, con ello, desde luego, la confrontación, elaboración y dominio de su pasado. Esta tarea vale tanto para el individuo como para la sociedad, es decir, el trabajo de conocer y afrontar la realidad es una de las tareas básicas ligadas al desarrollo del hombre como individuo y como especie.

La formación de una personalidad autónoma e integrada está íntimamente ligada, no sólo a la interacción temprana con los padres, sino que se encuentra francamente inscrita en el campo de las tensiones sociales. Con el psicoanalista peruano Rodríguez Rabanal (1989), postulamos que los factores sociales son “generadores de estructuras psíquicas”. La indigencia material lleva a la pobreza psíquica. Las condiciones de vida signadas por la pobreza y los sucesivos traumas son el caldo de cultivo del que “surgen personalidades con estructuras yoicas débiles” (*op. cit.*, p. 38, ff) o con débil sentimiento de identidad (Páramo Ortega, 1991). Freud siempre tuvo puesto el ojo en las condiciones materiales como eje central para el desarrollo de la personalidad. Es muy conocido

cómo se ocupó de la psicología, no sólo de las masas, sino de los pueblos, haciendo audaces aportaciones acerca del desarrollo de la civilización en *Tótem y tabú*, *El yo y la psicología de las masas*, *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la civilización* y en su obra póstuma, *Moisés y el monoteísmo*.

Ante un tema tan amplio y complejo, no puedo menos de prevenir al lector de lo provisorio e inacabado de las presentes reflexiones. En realidad, estamos en los comienzos de una apremiante tarea que, por lo pronto, empieza a caer en cuenta de nuestra continuidad histórica y del hecho de que *somos psíquicamente configurados por acontecimientos históricos*. Una psicología individualista se convierte en obstáculo para la percepción inicial de hechos supraindividuales que nos envuelven. Las reflexiones psicoanalíticas que tienen como temas primordiales este tipo de hechos históricos y culturales son las que han recibido el nombre —no muy afortunado por cierto— de etnopsicoanálisis.

Concepto de trauma

Entendemos por trauma psíquico

...cualquier acontecimiento de la vida de un sujeto caracterizado por su intensidad y por la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente, y el trastorno y los fenómenos patógenos duros que provoca en la organización psíquica... el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones (Laplanche/Pontalis, 1968).

Esta definición es sólo una síntesis de lo dicho por Freud. Con todo, quisiera añadir algo más. Freud señala que las impre-

siones excesivas, procedentes de una violencia externa, se convierten en trauma por ser “precozmente vivenciadas y olvidadas más tarde”, y que mediante la postergación inicial indispensable a través del olvido “se les priva de la posibilidad normal de descarga”² (Freud, 1937, p. 178). Ya desde 1895 (Freud, 1895, p. 94), hablaba del trauma como un “cuerpo extraño” que, aun habiendo transcurrido bastante tiempo desde su penetración, prosigue teniendo efectos en el presente. Más adelante menciona que “toda impresión que el sistema nervioso tiene dificultades en resolver por medio del pensamiento asociativo o de la reacción motriz se convierte en trauma psíquico”. Freud también advierte la existencia de traumas parciales acumulados y, desde luego, de predisposiciones, es decir, de terreno fértil o infértil ante estímulos externos. La magnitud de un trauma se mide por la desorganización psíquica que produce y por la dificultad en recordarlo. Sólo a través de la memoria se dan las condiciones de posibilidad de elaborarlo. En este punto —como en muchos otros— la tarea del historiador y del psicoanalista coinciden (Cfr. Pérez Robles, 1990).

2. *La Conquista: el desmontaje de la identidad*

La Conquista significó para los pueblos indígenas del México antiguo, como para los demás del Continente, la sustitución radical de sus creencias y formas de vida, y la subyugación de su libertad personal y del dominio de la tierra. A partir de 1521, el destino del indio que sobrevivió a guerras y pestes fue hacerse cristiano, adaptarse a los modos de vida españoles y trabajar como siervo y anónimamente para los nuevos amos, que gra-

dualmente fueron apoderándose de su territorio” (Martínez, 1990, p. 77).

Si examinamos la descripción de Martínez, encontramos, punto por punto, lo que en psiquiatría y psicoanálisis es conocido como el desmontaje más cuidadoso de la propia identidad característica de sujetos sometidos a las condiciones más catastróficas imaginables. A esto hay que añadir que esta labor se extendió y ramificó, por lo menos, a partir de 1521 hasta el inicio de los movimientos libertarios latinoamericanos de alrededor de 1810. Estamos hablando de 289 años, es decir, de siete generaciones, aproximadamente. Ahora bien, si examinamos lo que sucede después de los difíciles partos de independencia encontramos —hasta nuestros días— el vasallaje y la identificación con el agresor como mecanismos de defensa, es decir, como intentos de solución. Ante la amenaza de la pérdida total de la propia identidad, sólo queda a la mano la identificación con el agresor.³

Refiriéndose a la huella que nos dejó la invasión de los españoles a partir del “descubrimiento” de América, el historiador europeo Jean-Marie Le Clezio nos dice:

En el espacio de una generación, estas culturas indígenas... herederas de saberes y de mitos tan antiguos como la historia del hombre, son condenadas y reducidas a polvo, a cenizas. ¿Cómo entenderlo? Para efectuar tal destrucción es necesario todo el poder... en el que la religión, la moral, son tan importantes como la fuerza militar y económica... la Conquista no sólo es la usurpación de tierras, de reservas alimenticias, de caminos, de organizaciones políticas, de la fuerza de trabajo de los hombres y de la reserva genética de las mujeres. Es [también y fundamentalmente] la ejecución de un proyecto concebido en el origen

mismo del Renacimiento con objeto de dominar al mundo.

Y a esto se le quiere llamar “encuentro de dos mundos”. Recordemos también que uno de los propósitos centrales del proyecto de los monarcas españoles y de Colón fue, no sólo enriquecerse, sino obtener con ello la posibilidad de financiar la cruzada a Jerusalén para rescatar el “Santo Sepulcro”. Se trata, pues, de un imperialismo religioso (véanse Fischer-Fabian, 1991; y Bittorf, 1991).

Para el historiador inglés R. Carr (citado por Alarcón, 1990), las proporciones de este “encuentro” representan, ni más ni menos, “una tragedia cósmica”. Para Carr, la denominación “encuentro de dos mundos” no podría ser sino una pieza ejemplar para una antología del cinismo, si no estuviésemos tan acostumbrados a ella. Con esto no perdemos de vista que, en efecto, se trataba de dos mundos; sólo falta añadir que la intervención de uno de esos mundos fue brutalmente agresiva, aventurera, arrogante y atrozmente mediatizada con ideologías religiosas. El otro mundo, el mundo indígena, plural, gastado, dividido y, en algunos casos, decadente.

En realidad, no todos los desastres fueron efecto de la Conquista. Semejante simplificación sería sólo una mezcla de rencor e ignorancia. En algunos casos, la decadencia (por ejemplo de los mayas) sufrió sólo un aceleramiento. Escuchemos directamente a Benítez (Benítez, 1989):

La llegada de los españoles no hizo nada más que acelerar esta decadencia. Reducidos a la ignorancia, tratados peor que bestias de carga, respirando una atmósfera grosera y sofocante, los indios, en aquel naufragio donde *desaparecían todas las razones fundamentales de su existencia*, se aferraron desesperadamente a la embriaguez” (*op. cit.*, p. 252).

Con todo, a Benítez no se le escapa señalar cómo utilizaron los blancos las debilidades de los indígenas, y continúa diciendo:

Por su parte, los españoles no vieron con indiferencia la ebriedad de sus esclavos. El alcohol fue para ellos, desde el principio, un sistema de represión tan eficaz como un ejército o una policía sabiamente organizada que tenía —sobre el ejército o la policía— la ventaja de proporcionarles enormes ganancias (*op. cit.*, p. 225).

Tampoco se trata de ignorar por completo algunos factores de conflictos internos que redundaron en que la obra de la Conquista prosiguiese su marcha victoriosa. En este sentido, es justo mencionar, por lo menos, el hecho de que numerosos tlaxcaltecas, ávidos de venganza hacia los aztecas, se unieron a Pedro de Alvarado en sus incursiones hacia el sur (cfr. León Portilla, 1964).

Problemas generales de identidad

La identidad significa seguridad y certidumbre para el individuo, da cuenta de la permanencia, “circunscribe su unidad y su cohesión” (véase: Paris Pombo, 1990). Un elemento central de la identidad es la pertenencia a un determinado grupo, etnia, sociedad, etcétera. A pesar de la claridad de esta conceptualización, reina una gran confusión respecto al uso que se le da al concepto de identidad. En un extremo está Paz, hablando de “exceso de identidad” (semejante idea es, psicoanalíticamente, un absurdo), y en el otro está Bartra, que, a fuerza de arremeter —con razón— en contra de “la institucionalización de un pernicioso nacionalismo autoritario [...gracias a la cual se pretende] legitimar una forma de hacer política [Bartra se re-

fiere al PRI] como la única manera de ejercer la mexicanidad”, parece pasar por alto que este tipo de cultura política es precisamente expresión de una forma de ser relacionada con la historia del continente latinoamericano.

Los españoles, de entrada, vieron a los mexicas como lo que no eran. Al no soportar sus peculiaridades, insistieron en verlos como habitantes de la India, y además intentaron considerarlos como ajenos a la condición humana (cfr. Meza, 1990). No tenían alma; tenían que hacer méritos para ser aceptados en la comunidad del *homo sapiens*. En el análisis del discurso narrativo de los conquistadores realizado por la española Beatriz Pastor (Pastor, 1983), la autora ha señalado que para referirse a los indígenas se aplica el término usado para designar cosas: se les llama “piezas”. Las investigaciones psicoanalíticas han mostrado que no existe mejor manera de dañar la identidad que tomar a alguien como lo que no es y tratar de imponerle otras realidades. Éste es el mecanismo de la identificación proyectiva al que nos referiremos más adelante. A él acudieron los conquistadores sistemáticamente, al no soportar la novedad de los múltiples hechos que no cabían en su cosmogonía.

No está por demás explicitar que no concibo la identidad como algo fijo, ni menos aún prefijado, sino como un proceso en continuo movimiento y fruto del encuentro, en este caso, del choque avasallador de dos pueblos inicial y enormemente diferentes.

La identificación con el agresor

Hace poco, Rubén Bonifaz Nuño (Bonifaz Nuño, 1990) apuntaba la afrenta al pueblo de México presente en el proyecto de eri-

gir un monumento enaltecedor de Hernán Cortés. La bonhomía de Bonifaz Nuño no le impide señalar tal proyecto como proveniente “de [los representantes] más sombríos de la sociedad”. Como provenientes de las capas más identificadas con el agresor, diría yo. Sigamos con Bonifaz Nuño:

El sentido de esta suerte de monumentos es hacer permanente la figura de los héroes al perpetuarlos como dechados para los hombres presentes y futuros... pudiera ser explicable que a Cortés se le alcen monumentos en su patria, pero levantárselos en la nuestra equivaldría a proponer, como positivas para nosotros, la matanza, la mentira, la traición, que por sus hechos padecemos.

Viene a cuento aquí la caracterización que hace un historiador tan ponderado como José Luis Martínez (1990, p. 145):

Cortés estaba formado por un conjunto de cualidades, aptitudes y monstruosidades: calculada audacia y valentía, resistencia física, necesidad compulsiva de acción, comprensión y utilización de los resortes psicológicos y los móviles del enemigo... aceptación impávida del crimen y la crueldad por razones políticas y tácticas; ausencia de escrúpulos morales y de propensiones sentimentales... intensa religiosidad y fidelidad a su rey... ambición de poder y de fama más fuertes que el afán de riqueza.

He ahí el modelo de agresor para ser venerado por los vencidos.

La culminación de toda estrategia imperial exitosa la encontramos cuando el subyugado suspira por adquirir la identidad del opresor, es decir, cuando el agredido se identifica con su agresor. Hemos visto a puertorriqueños deseando la incorporación a la bandera de las barras y las estre-

llas, y a los mexicanos llevando a sus mujeres a parir a territorio estadounidense. Hoy en día, vemos los esfuerzos financieros de la República Dominicana para vestirse de gala y festejar oficialmente el quincuagésimo aniversario del “encuentro de dos mundos”. Otro ejemplo: Roa Bastos refiere cómo la burguesía paraguaya hacía todo lo posible para que sus hijos no aprendiesen guaraní, cuando, en sentido estricto, todos los latinoamericanos deberíamos hablar una lengua aborigen, además del idioma castellano. Esto sería un buen indicio de integración de las dos fuentes de nuestra identidad.

3. *Reacción de los europeos frente al “descubrimiento”*

Para el horizonte del pensamiento europeo, fue un gran reto integrar en la imagen de sí mismo y de su mundo la nueva y radical alteridad del “Nuevo Mundo”. Por cierto, la tarea difícil consistía en vencer la angustia procedente de dos fuentes, a saber: miedo a lo completamente nuevo y temor a las diferencias, a la alteridad del otro, si se me permite el pleonismo. Es sabido que normalmente esta angustia inconsciente produce agresividad. Esta agresividad —en el caso concreto del descubrimiento de América— se manifestó en forma de genocidio. Gracias a las investigaciones de Gerbi (1982), sabemos hoy que hasta un espíritu del calibre de Hegel fue víctima de curiosos prejuicios, rayando en lo grotesco. Lo mismo les pasó a Voltaire, Hume y Montesquieu. Estos grandes pensadores estaban convencidos de la inferioridad del “Nuevo Mundo”. Sus racionalizaciones tienen diferentes matices. Citemos ahora sólo una frase de Hume (citado por Gerbi, 1982, p. 47): “Hay motivos para pensar que las nacio-

nes que se encuentran entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio son inferiores en comparación con los otros”. Podemos citar, también, uno de los últimos artículos críticos de Bitterli (1984), donde opina: “Los europeos abordaron con prejuicios las viejas y ajenas culturas del nuevo continente. Lo vergonzoso del asunto radica en que se trata de un prejuicio negativo, es decir, lo ajeno se convertía en animal, mientras que para los indígenas lo ajeno se convertía en divinidad”.

Buffon nos proporciona, a propósito de la ciencias naturales, el más conocido ejemplo de prejuicio, cuando postula la teoría de que los animales encontrados en América son degeneraciones. Según Buffon, existen motivos suficientes para pensar lo mismo de los habitantes de América. Es evidente, y hasta irrisoria, la creencia de bases científicas para sostener semejantes teorías. Otro ejemplo muy conocido de prejuicio es la postura tomada por el teólogo Juan Ginés Sepúlveda en sus disquisiciones respecto a la supuesta guerra justa contra los indígenas de América (1547). Incluso el tan alabado fray Bartolomé de las Casas estaba impregnado de una visión del mundo cristiana-medieval según la cual, en último término, existe una diferencia sustancial entre un bautizado y uno que no lo es. Esto lo ha señalado, con justa razón, Tzvetan Todorov (1982, 1984). Entre los méritos de Todorov se encuentra el haber tenido la lucidez de mostrar que “uno de los más grandes problemas de nuestra época consiste precisamente en saber cómo debemos manejar la alteridad, sobre todo cuando están de por medio diferencias culturales básicas”.

Evidentemente, como nos advierte Merle (1972), no debemos caer en la simplificación crasa de “imaginar una coalición

general y permanente de los colonizadores contra los colonizados”. Sin embargo, no podemos olvidar que, a fin de cuentas, los europeos que se oponían a las ideas colonizadoras no tuvieron peso ante las mentalidades abrumadoramente expansionistas y colonialistas.

4. *Dos imposiciones: catolicismo y lengua castellana*

Mucho se ha insistido en lo obvio: en todo el continente latinoamericano encontramos la religión católica y la lengua castellana como elementos abrumadoramente presentes, al grado de constituir la base de una *cohesión interna* para todos los pueblos al sur del río Bravo. Sin embargo, lo obvio se convierte frecuentemente en obstáculo deslumbrador que dificulta proseguir el camino del conocimiento. Me estoy refiriendo a que los tales indudables elementos de cohesión interna, catolicismo y lengua castellana, son *impuestos*, e incluso impuestos a través de sistemática violencia, es decir, son *traumáticos*. Nos une, pues, no una exultación, sino un dolor; no un triunfo, sino una derrota; no un motivo de orgullo, sino de humillación; no un sentimiento de superioridad, sino de inferioridad. Nada se gana si, en lugar de afrontar el trauma, se niega, se olvida, se minimiza o se introyecta de tal forma que acabemos identificándonos con el agresor, bendiciéndolo como hijo arrodillado que besa la mano del padre que todavía trae el látigo en ella.

La identidad de los países latinoamericanos, tal como la conocemos hoy en día, resulta del grado y la forma en que el imperio español (lengua castellana) y el imperio vaticano (religión católica) incidieron en el conjunto de culturas indígenas que poblaban nuestro continente. El imperio

español se sirvió de la lengua, de la espada, del caballo y de la pólvora. El imperio vaticano, de la cruz, de amenazas de condena eterna, de la infiltración de las conciencias. Desde luego, estos dos imperios afectaron en grado y forma distintas, digamos, a México y a Chile, o a Perú y a Uruguay.

La Conquista aplanó —sin lograrlo por completo— las diferencias de los pueblos indígenas. Como ejemplo de esta intención veamos lo que dice el autor del prólogo de la *Gramática de la lengua castellana*, de Lebrija, escrita en honor de la Católica Majestad (citada por Subirats, 1991): “El tercer provecho deste mi trabajo puede ser que vuestra Alteza metiese debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento [derrota] aquellos [los indígenas] tenían necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido”. España y Portugal homogeneizaron el continente. Desgraciadamente, el factor homogeneizador que predominó fue de orden traumático.

W. Howitt, citado por Marx, dice: “Los actos de barbarie y de desalmada crueldad cometidos por las razas que se llaman cristianas contra todas las religiones y todos los pueblos del orbe que pudieron subyugar no encuentran precedente en ninguna época de la historia universal, ni en ninguna raza, por salvaje e inculta, por despiadada y cínica que ella sea”. Esta barbarie señalada por Marx (Marx, 1867) constituye precisamente el trauma que nos distingue, más allá de la religión y lengua que nos son también comunes en el continente latinoamericano. La religión, además de haber entrado con sangre, es reabsorbida en un segundo impulso que brota del infortunio del trauma. Roa Bastos (1960) —ciertamente sin aplicarlo a lo que yo ahora lo aplico— expresó esta idea con las siguientes palabras: “Puesto que estaban

unidos por el infortunio, la esperanza de la redención también debía unirlos hombre con hombre". Primero vino el infortunio y luego "el suspiro del hombre" (Marx), es decir, la religión como intento de calmar el sufrimiento. Desde el punto de vista antropológico, el factor central del sufrimiento, el elemento común a todo sufrimiento, estriba en *tener que aceptar[los], tener que admitir[los] contra la propia decisión, contra la propia elección y en contra de los propios intereses y necesidades* (Rompeltien, 1990).

Apenas es imaginable mayor sufrimiento que el padecido por los habitantes de este continente, milenariamente aplastado. Precisamente las características señaladas en las cursivas anteriores representan el elemento más traumático, es decir, si el sufrimiento es gestado desde la íntima decisión del otro que irrumpe en mi vida, el sufrimiento será necesariamente más traumático; se le añade un elemento de radical humillación. ¡Cómo se fascinan y se extrañan los europeos en ver tales abismos de sufrimiento acumulado y soportado en los bellos ojos indígenas del continente americano! ¿Olvidan acaso cómo se produjeron y a manos de quiénes?

La justificación religiosa de la Conquista

El propósito evangelizador, es decir, la propagación de "la verdadera religión", le proporcionaba a los conquistadores una justificación moral de gran eficacia. La fuerza de la espada, sumada a la fuerza de la cruz, adquiere proporciones inusitadas. Además de las curiosas tesis de Sepúlveda, expuestas en su *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* (Sepúlveda, 1987), veamos que incluso Bartolomé de las Casas cae en posturas inadmisibles. La

tan justamente alabada defensa de los indios realizada por el fraile estuvo seriamente pervertida por su propósito fundamental: "atraer a todos los pueblos a la verdadera religión". Lo demás —incluyendo la bondadosa defensa de los indios— se degrada a la categoría de hábil estrategia. Su lección no deja de ser una lección de intolerancia frente a la manera de pensar del otro. En este sentido, no deja de ser un atentado a la identidad indígena. Lo central para él es el modo suave, el modo no violento de ir imponiendo a los indígenas la religión católica. En las Casas persiste la intolerancia básica frente al que tiene otra visión; por lo mismo, no pasa de ser un buen estratega, pero a fin de cuentas un estratega de una inaudita soberbia: los no cristianos transitan los caminos del error, habitan en las tinieblas del culto de dioses que no son los "verdaderos" (cfr. las Casas, 1975). El polo opuesto del inadmisibles espíritu misionero lo encontramos, siglos después, en el maestro de Jorge Luis Borges. Hablo del caballero don Macedonio Fernández, de quien su discípulo Borges decía: don Macedonio

...era muy lacónico para hablar y muy cortés, de modo que él siempre le daba una forma interrogativa a lo que decía, porque le parecía que decir "a mí se me ocurre tal cosa" ya le parecía una soberbia. Entonces él decía suavemente: "Habrás pensado muchas veces tal cosa" (Borges, 1991).

Apenas se puede uno imaginar mayor contraste entre el escritor Macedonio Fernández y el misionero las Casas. Para el primero, no solamente no había que imponer lo que uno piensa, sino que hacía patente que lo que él pensaba apenas era un intento de pensar. Para el misionero, por el contrario, lo que él pensaba era la

verdad absoluta. Si estos aspectos no han podido ser detectados —muchas veces ni siquiera por lúcidos estudiosos de aguda mirada—, habrá que ponerlo a cuenta del insidioso temor a tocar una figura prestigiosa tan íntimamente ligada a los atávicos temores de la religión.

La crítica que he dirigido a Bartolomé de las Casas vale en mi opinión también para el famoso y multialabado “experimento sagrado” o “Ciudad de Dios” que los jesuitas emprendieron con los indios guaraníes en Paraguay. En mis opiniones me estoy apoyando en la aguda y bien documentada crítica que hace Lugones (1983), quien describe el “experimento sagrado” como “sólida explotación”. Igualmente, tomo como referencia sobre el tema el detallado trabajo del italiano Alberto Armani (1987). Para este autor, la supuesta organización “comunista” en realidad no incidía para nada en la transformación de las relaciones de producción, sino que la organización económica introducida por los jesuitas era, más bien, un instrumento secundario al servicio de su propósito central: la evangelización, el trasplante de sus propias convicciones, la conversión al cristianismo de los indígenas. Y todo esto, para “mayor gloria de Dios”. El trabajo de Armani es una contraargumentación a la precipitada interpretación pseudomarxista de Clovis Lugon (no confundir con el antes citado Lugones), quien equivocadamente creyó ver en la “ciudad de Dios” un comunismo cristiano. Según la detallada documentación de Armani (la cual coincide con Lugon), se puede ver fácilmente que la “ciudad de Dios” no destacaba en realidad por su respeto hacia los indios, a pesar de que los jesuitas habían creado una gran cantidad de cosas interesantes para el provecho de los indígenas. Precisamente, este hecho oculta la realidad de base. Entre

otras astucias de los padres jesuitas, mencionemos solamente el caso de la educación de los infantes, a la que prestaron especial atención. Gracias a esta estrategia, la siguiente generación educada de tal manera olvidó fácilmente la tradición y la cultura de sus padres, juzgándolas —arrogantemente— inferiores. Esto tuvo un resultado devastador sobre la cultura indígena. No nos extrañemos de contemplar ahora huellas psicológicas en el sentimiento de identidad.

A las religiones indígenas —que sobreviven en el sincretismo— se les añadieron encima dos capas de dominación: la primera es el catolicismo y la segunda es el catolicismo español, es decir, ni siquiera se trata del desarrollo de un cristianismo criollo o mexicano (respectivamente peruano, etcétera). Ricard (Ricard, 1986), hablando del caso de México, lo formula así:

A una cristiandad indígena se sobrepuso una Iglesia española, y la Iglesia de México apareció finalmente, no como una emanación del mismo México, sino de la metrópoli, una cosa venida de fuera, un marco extranjero aplicado a la comunidad indígena. No fue una Iglesia nacional [todo esto permite ver]... la influencia decisiva que esta génesis puede ejercer sobre la vida de toda una nación.

En realidad, a lo largo de toda la historia, las justificaciones morales proporcionan la necesaria condición para cualquier abuso. La Conquista del hoy continente latinoamericano fue doble, espiritual y material, en convivencia perfecta. Las cicatrices son obvias: las grandes masas que habitan nuestro continente profesan la religión católica, apostólica, romana e hispana. Hasta la fecha, los destinos políticos de nuestros países siguen obedientes a los mandatos provenientes del Vaticano. Ningún mandatario latinoamericano puede

dejar de considerar o negociar sus decisiones más trascendentales sobre política poblacional con sus antiguos conquistadores “espirituales”: la Iglesia romana.

5. ¿Podemos hablar de un trauma colectivo?

El hablar de un trauma colectivo presupone el reconocimiento pleno de la *eficacia y operatividad de fuerzas sociales de las que no se tiene conciencia*. En el marxismo se habla —a propósito de las motivaciones de los protagonistas de la historia— de “causas históricas” (*geschichtlichen Ursachen*) como “fuerzas activas” (*treibenden Kräften*) que se depositan en las cabezas bajo forma de motivos personales, y de la necesidad de investigarlas desde esta perspectiva (Engels, 1888; Sommer, 1991).⁴

La sociología burguesa habla con frecuencia —con menos rigor del que deseáramos— de la *fuerza de la tradición*, pero se aplica el concepto en forma más o menos vaga, y se acentúan los aspectos positivos, altamente valuados: la preservación de modos de convivencia, costumbres, arte, ciencia, leyes y religión de determinados grupos, etnias o pueblos enteros. Aquí, en estas líneas, “el trauma que nos une” deber ser concebido como *tradición negativa*, es decir, negativa en cuanto preserva los efectos negativos de un trauma histórico de proporciones extraordinarias. Desde luego que esta “tradición negativa” ha dejado, también, un par de características que, si se consideran aisladamente, no podemos menos de atribuirles signo positivo: la ingeniosa capacidad de improvisación, hija de la astucia y meta del impulso de sobrevivencia. Sobre esto hablaremos un poco más adelante, al tocar el tema del llamado “carácter latino”.

Darcy Ribeiro (1990, p. 23) expresamente extiende el concepto de trauma a

una cultura entera: “En ciertas condiciones catastróficas —como derrotas bélicas, las hecatombes y las conquistas— las formas de expresión de las culturas pueden ser reducidas a límites mínimos. Esas vicisitudes a veces traumatizan tan profundamente a una cultura que la condenan a desaparecer. Sin embargo... su cultura sólo desaparecerá...” en caso de que no exista la posibilidad de transmitirla a los descendientes. La última barrera contra el desmontaje de la identidad lo constituye la preservación del lenguaje oral, ya que, ante la carencia de un lenguaje escrito, sólo queda, por lo general, la tradición oral. Carlos Fuentes (en el prólogo a Benítez, 1989) comenta cómo “el intento educativo de los primeros frailes duró bien poco; y el clero se reservó el dominio de la escritura para aumentar el dominio general sobre las poblaciones analfabetas del nuevo mundo”.

Refiriéndose a catástrofes culturales, incluso de menor envergadura que el genocidio ocurrido en nuestras tierras, Habermas (1991) habla de “daños de largo alcance”, “daños imponderables” y de desaparición de culturas enteras, señalando, a la vez, las enormes dificultades en reconstruir una cultura cuando ésta ha sido tan cuidadosamente minada en sus raíces.

También Borkenau (reseñado por Schmid-Noerr, 1988), a propósito de hecatombes culturales, haciendo referencia a los griegos, nos habla de la catastrófica derrota de los tebanos ocurrida 1 200 años antes de Cristo a manos de conquistadores griegos provenientes del noroeste, la cual ocasionó “una marcada regresión” en la civilización anterior a la derrota de Tebas. Borkenau insinúa que el alto desarrollo de la mitología griega representa un intento genial de la elaboración de los horrores de la dominación sufrida. El término que usa Borkenau es “*Schreckengeschichte*”

(historia de horror), y, desde luego, la conquista del Nuevo Mundo es una historia de horror sin paralelo alguno. Queda claro que la elaboración del trauma permanece plasmada en la riqueza de la mitología. El alto desarrollo de la literatura latinoamericana, sobre todo el llamado “realismo mágico”, podría interpretarse, *mutatis mutandis*, como un intento indirecto y tardío de la elaboración del gran trauma colectivo. La casi desaparición de la mayoría de las lenguas indígenas (sobre todo las meramente orales, que son la mayor parte de ellas) da cuenta de la magnitud del trauma, y, a su vez, aceleran el movimiento decadente. Recordemos que, a fin de cuentas, el esplendor de la literatura latinoamericana no es un esplendor de literatura quechua, náhuatl o tarasca. Borkenau —historiador especialista en los periodos más oscuros de la civilización y tan cercano a los conceptos del psicoanálisis— aborda culturas enteras como unidades que constituyen el sustrato de procesos históricos amplios. Para él, esas “entidades culturales” están constituidas por “actitudes humanas básicas (*Grundhaltungen*) idénticamente repetidas” por tener como fondo acontecimientos históricos globalizantes. Ésta es precisamente la idea central que venimos desarrollando. Coincidimos, pues, con las ideas principales de Borkenau (Borkenau, 1984) expuestas en su obra monumental, *Ende und Anfang*.

El trauma colectivo: algunas aportaciones psicoanalíticas

Freud, en distintos pasajes de su obra, recurre a argumentos que se refieren, tanto al concepto de “traumas colectivos”, como al de “inconsciente de los pueblos” (*Umbewußten der Völker*). Estas aportaciones no se refieren a los individuos, pues para

Freud “el contenido del inconsciente es, fundamentalmente, colectivo, es decir, propiedad común de la especie humana” (Freud, 1939a, p. 241; véase también Butzer/Burkholz, 1991). Para él, en la ontogénesis está incluida la filogénesis. Aunque esta aseveración hoy en día deja mucho que desear (cfr. Luft, 1991), fue este tipo de consideraciones lo que le permitió establecer tan audaces hipótesis sobre la cultura entera.

Un texto notorio, en el que se destaca la importancia de las experiencias de las generaciones anteriores, lo encontramos en sus *Consideraciones sobre la guerra y la muerte* (Freud, 1915, pp. 333-334), en donde menciona que el “individuo no se halla tan sólo bajo la influencia de su medio cultural presente, sino que está sometido también a la influencia de la historia cultural (*Kulturgeschichte*) de sus antepasados”. En su artículo sobre lo inconsciente (Freud, 1913, p. 294), compara los instintos con los que nace el animal con los “contenidos psíquicos heredados” (*ererbte psychische Bildungen*). Es poco conocida esta insistencia de Freud respecto a la transmisión filogenética de experiencias a través de varias generaciones.

No podemos hablar de una herencia directa en el yo —acota Freud en 1923—... los sucesos del yo parecen, al principio, no ser susceptibles de constituir un elemento heredable, pero cuando se repiten con frecuencia e intensidad suficientes en individuos de generaciones sucesivas, se transforman, por decirlo así, en experiencias del ello, cuyas impresiones quedan conservadas hereditariamente. De ese modo, abriga el ello heredado innumerables existencias del yo [de otros individuos] (cursivas mías).

El lamarckismo de Freud recibió poca atención, porque las ideas predominantes

hasta ahora en biología parecen descartar la posibilidad de transmitir experiencias adquiridas.

Los motivos de reflexión que llevaron a Freud a pensar en la posibilidad de la transmisión de contenidos psíquicos a través de varias generaciones fueron la persistencia de determinados contenidos simbólicos en sueños o en mitos: la persistencia del tabú del incesto, la persistencia de la culpa frente a la muerte del padre, la rivalidad fratricida, sus investigaciones sobre la ley mosaica y el antisemitismo. Todo esto lleva al psicoanalista Beland (1990) a reflexionar si no tendrá razón Freud cuando los nuevos resultados de la biología molecular se encarguen de poner seriamente en entredicho el veto a las ideas de Lamarck. Beland, en el artículo arriba citado, habla precisamente del tema que nos ocupa: “la posibilidad de transmisión hereditaria de reacciones ante traumas colectivos” acaecidos generaciones atrás. Con todo, el idioma, las religiones, los ritos, los mitos y las costumbres como transmisores de información no requieren pasar la vía estrictamente hereditaria, es decir, no requieren formar parte del genoma.⁵ Por otro lado, los mecanismos psicológicos de identificación inconscientes (Haesler, 1991; Kogan, 1990; Beland, 1990, 1991) alcanzan a explicarnos bastante cómo lo vivido directamente por una generación puede pasar a muchas otras posteriores que no fueron testigos directos de los acontecimientos, sin necesidad de suscribir —en el mismo grado en que lo hizo Freud— los postulados de Lamarck, Haeckel y Pauly respecto a las vías de transmisión.

En *Tótem y tabú*, Freud insiste en que los acontecimientos pasados, desaparecidos, reprimidos en la vida de un pueblo, tienden a retornar, es decir, no son exterminables. Lo que nos queda por averiguar

en detalle —confiesa Freud— es “en qué forma psicológica subsiste eso [lo pasado] durante el lapso de su latencia” (*op. cit.*). Freud concluye de la siguiente manera: “Los sedimentos psíquicos de aquellos tiempos se convirtieron en una herencia” ya dada, o sea, que no requiere ser adquirida nuevamente. Esto no es otra cosa que la herencia filogenética. Freud nos señala que una serie de investigaciones psicoanalíticas muestra que “en una serie de significativas relaciones, los niños no reaccionan de acuerdo con sus propias vivencias, sino, de manera instintiva, a semejanza de los animales, de un modo sólo explicable por la herencia filogenética” (*op. cit.*). Todas las hipótesis propias y de otros autores, incorporadas a este escrito, giran alrededor de esta cuestión planteada por Freud: tratar de averiguar los efectos psicológicos de un pasado traumático colectivo. El modo de dicha transmisión sigue siendo reiterada ocasión de constatar nuestra ignorancia. Estamos frente a un continente particularmente vasto y oscuro. Freud advirtió la necesidad de mayores investigaciones, tanto biológicas como psicoanalíticas. Habló, por ejemplo, de un olvido “colectivo”, que en sentido estricto “es un fenómeno de la psicología de las masas y no ha sido aún objeto de las investigaciones psicoanalíticas” (Freud, 1901, p. 48).

A pesar de todo, poco a poco han ido apareciendo algunas investigaciones psicoanalíticas cuyo objeto ha sido averiguar la transmisión de un trauma que no ha sido directamente experimentado por las personas investigadas. Se trata de casos en los cuales los traumas fueron padecidos por los padres (respectivamente, abuelos, bisabuelos, etcétera). En otras ocasiones, se trata de acontecimientos que ocurrieron solamente en la fantasía y, por consiguiente, pertenecen, no a la realidad histórica, sino a la no menos real realidad

psíquica. Estos estudios han sido posibles recientemente en ocasión de la trágica herencia psíquica observable, no sólo en los protagonistas del holocausto judío en época del nazismo, sino, precisamente, en las siguientes generaciones. Uno de los mecanismos en juego es el de la silenciosa identificación. El trauma de los adultos no necesita ser comunicado verbalmente a la siguiente generación, sino que es transmitido justamente a través de un silencio selectivo.⁶ Desde luego, silencio selectivo significa también represión selectiva y, por lo tanto, zona de conflicto propicia a los malentendidos, confusiones, angustias desplazadas, explicaciones fallidas, inhibiciones, etcétera. Además de las identificaciones espontáneas, inevitables, relativamente sencillas y comprensibles, y por lo menos parcialmente inconscientes, nos encontramos con la más compleja transmisión activa —aunque no por eso consciente— de la identificación proyectiva. A través de este mecanismo los padres intentan apartar de sí contenidos psíquicos inaceptables o indigeribles, que, no sólo son colocados parcialmente en el otro, sino que se promueven activamente conductas en los hijos que les permitan confirmar que los contenidos están a buen resguardo, *ya no en sí mismo, sino en el otro*. Mediante este desesperado mecanismo se pretende asegurar que el otro recibió los contenidos inconscientes que son inextinguibles, imborrables. En un segundo paso, y en virtud de la fuerza del resorte de lo reprimido que tiende a presentarse de nuevo en la superficie, el actor directo de la identificación proyectiva intenta promover, inducir, en el otro las conductas que rechaza en sí mismo con la esperanza de que precisamente *el otro* y no yo sea quien las viva, las modifique o las elabore en el transcurso de este viaje macabro. Como puede fácilmente imaginarse, la confusión entre los actores

de este drama es considerable. Este mecanismo —intra e intersíquico— obviamente deja serias perturbaciones en el débil aparato psíquico de quien es su receptor (cfr. Ogden, 1979; Zwiebel, 1988). Por lo demás, a la identificación proyectiva le queda asignada la función de anudar el paso entre una y otra generaciones. Por supuesto, esto no quiere decir que los contenidos así transmitidos sean necesariamente y siempre de contenido traumático.

Conciencia histórica y conceptos afines

Hemos venido sosteniendo que el trauma de la Conquista es un trauma histórico de larga fabricación y de efectos de siglos que aún perduran. Como mecanismo de defensa, de poco nos sirve el olvido. Olvidar sólo sirve a muy corto plazo; por lo demás, complica la salida del laberinto, no resuelve nada. Es bueno saberlo: el camino que se debe emprender es exactamente el contrario del que nos llevó a olvidar. Recordar es la propuesta freudiana.

El concepto de conciencia histórica es trabajado por Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, y se entiende con ello el vivo sentimiento de la fuerza del pasado. *Se trata de la capacidad para percibir la activa presencia del pasado en cada momento presente, sin perder en todo esto la visión de conjunto*. Esta conciencia implica, desde luego, concebir la historia como un proceso orgánico. Como término técnico, es Dilthey (1833-1911) quien, a partir de 1866, contribuye a su consagración. Es el mismo Dilthey, en su *Introducción a las ciencias del espíritu* (1813), quien lo usa como término central, entre cuyos más inmediatos antecesores se encuentran Lessing, Leibniz y, desde luego, el ya citado Hegel. El punto de especial interés para nuestro tema es que, para Dilthey, el sentido histórico es

entendido como *propiciador del buen desarrollo psíquico* (“*einer Entwicklung des ganzen Seelenleben hervorgebracht*”, citado por Renthe-Fink, 1971, en Ritter).

El desarrollo del sentido histórico se inscribe entre las tareas propias de la Ilustración y, en este sentido, es tarea del pensamiento desarrollado por Freud acrecentar precisamente la conciencia histórica. Para la conciencia histórica no hay dogma posible, ni sistema acabado, ni visión perenne y última de las cosas. A través de la conciencia histórica podríamos evitar, con mayor facilidad, cualquier entusiasmo triunfalista. Recordemos aquí que es precisamente Freud quien, además de ahondar la conciencia histórica en sus ensayos sobre la filogénesis y sobre la cultura en general, introduce seriamente la historia en la psicología predominante hasta antes de él. Freud encuentra en ello, también, un efecto emancipador y esclarecedor de alcance terapéutico. Como consecuencia, introduce también la política en la psicología, pues descubre que las realidades históricas y políticas tienen efectos perturbadores, es decir, enfermizantes en el ser humano. Combatir la amnesia es, pues, para los pueblos, como para los individuos, reconfortante, estabilizador, soporte de lo que se conoce como identidad. Y todos sabemos los beneficios que se desprenden de un sentido de identidad bien estructurado. Así pues, la tarea de la historia y la labor psicoanalítica, no sólo confluyen, sino que en ocasiones se confunden (cfr. Pérez Robles, 1989).

Conciencia colectiva

Durkheim entiende por conciencia colectiva “el conjunto de creencias y de sentimientos comunes al término medio de los

miembros de una sociedad, los cuales constituyen un sistema determinado que tiene vida propia” (véase Garmendia, 1990). Esto no significa que la comunidad quede místicamente hipostasiada, sino que entre nuestras representaciones mentales hay algunas —precisamente propias de nuestra colectividad— que determinan la dirección de nuestra actuación sin que caigamos en cuenta de ello.

Vivimos en una época en la cual existen serias dificultades para captar los fenómenos propios de la conciencia colectiva; un efecto secundario de la cultura propia del capitalismo ha traído consigo una exacerbación del individualismo. Ya no nos sentimos suficientemente insertados en las tareas y en los movimientos colectivos. De una cultura individualista se deriva la dificultad en captar en qué medida somos llevados por las corrientes históricas y sociales. La inserción colectiva queda suplantada por la “conexión” con el mundo de las noticias en la pantalla de la televisión. Dicha conexión es simplemente el antídoto de la soledad, disfrazado, además, de inserción colectiva. El poder saber que 50 personas murieron en un descarrilamiento de un tren en las cercanías de Yakarta diez minutos después de ocurrido es una pobre sustitución de la cruda realidad: no saludamos al vecino y no sabemos qué ocurre en nuestro municipio, ni, desde luego, cuáles son los movimientos históricos en que ciegamente nos encontramos. La desinformación disfrazada de información oculta nuestra ausencia de sentido histórico. Una sociedad dominada por los *mass media* al servicio de los consorcios transnacionales nos coloca en una situación histórica para la cual no hemos encontrado una respuesta. La masificación y estandarización de las conciencias avanza sin encontrar obstáculos.

6. Efectos y cicatrices

Refiriéndose a México, Florescano (1987) habla de “destrucción y pulverización de la memoria étnica global”, haciendo mención del hecho de que “la múltiple segregación étnica, territorial, jurídica, política, social y económica clausuró la posibilidad de desarrollar una memoria y una conciencia histórica global y alentó la formación de una memoria y de una solidaridad social, reducida al ámbito local” (cursivas mías), lo cual equivale a decir —en esta segunda parte— dificultad en desarrollar una solidaridad real que vaya más allá del comparadizo y la capilla. No nos extrañe, pues, toparnos con una dificultad real en encontrar un comportamiento solidario intranacional e interlatinoamericano. *La incapacidad en desarrollar un comportamiento solidario* tiene efectos devastadores. Cualquier impulso serio para intentar salir del subdesarrollo carece de presupuestos elementales. La utopía bolivariana como opción emancipadora en contra de los imperios encuentra en la falta de pensamiento solidario uno de sus más serios obstáculos. De poco sirve la insistencia meramente retórica a favor de la solidaridad sin una visión más clara y más profunda de la realidad que la entorpece.

El “carácter latino”

Tal vez se pueda establecer una conexión entre el conflicto de identidad del que hemos venido hablando y la irresponsabilidad como carácter fuertemente representado en la población latinoamericana. Por cierto, otro rasgo, la ineficacia crece a la sombra de la irresponsabilidad. El poder decir “yo soy responsable de esto o de aquello” presupone una clara conciencia de mi identidad. Rodríguez Rabanal ha

hablado también de la inclinación a “delegar masivamente la responsabilidad a otros” (*op. cit.*, p. 42), e interpreta este rasgo de carácter como efecto de las condiciones materiales de pobreza, es decir, lo ve como una cicatriz en el aparato psíquico. Dentro del gran capítulo de las “condiciones materiales”, incluyo aquí, no solamente la indigencia, sino el trauma acumulado de la Conquista. Según esto, las formas de ser típicamente latinoamericanas representan, entre otras cosas, el intento de solución, el intento de elaboración de un trauma histórico básico. Desde siempre, y en las más diversas latitudes, los viajeros europeos reportan con asombrosa monotonía algunos rasgos de estas tierras. Así, por ejemplo, Artur Morelet, en su viaje por Tabasco en 1847, queda impresionado de la “incuria y la ignorancia” para llevar a cabo las tareas de la explotación maderera racionalmente. J.L. Stephens, en 1843 (ambos citados por Cabrera, 1987), habla del reiterado encuentro con “hombres apacibles, inofensivos e ineficaces”. Pocas etnias —por ejemplo, los mayas de Yucatán— muestran lo contrario; sin embargo, este espíritu de resistencia no pudo durar mucho, y ahora observamos los rasgos del derrotado.

En el caso especial de México, Jorge Portilla (1986) relaciona el fenómeno del “relajo”, esa jovialidad ingenua tan típicamente mexicana, con falta de seriedad, entendida como la ausencia de compromiso, de responsabilidad y solidaridad: “el sentido del relajo es suspender la seriedad”. Portilla habla de seriedad como “íntimo movimiento de adhesión y compromiso ante un valor”. “La seriedad es —prosigue Portilla— el compromiso íntimo y profundo que pacto conmigo mismo para sostener un valor en la existencia.” Ciertamente, sería necesario investigar si este fenómeno del relajo tiene una especificidad

mexicana o no. No conozco ninguna investigación al respecto, si se da en otros países, en qué grado y con qué matices.

Un rasgo entre nosotros los latinoamericanos contradice las normas más básicas de la forma de producción capitalista. Hablo de la “impulsiva y pródiga liberalidad, ejercida por el gusto de jugar un instante al bienhechor regio —característica de individuos y pueblos para quienes la pobreza es lo habitual y normal” (Andrae, 1966). A esta pródiga liberalidad de que habla Andrae podría llamársele también “jugar al rico”, es decir, un vano e infantil intento de ejercer una riqueza, ausente ya, por haber sido despojados de ella tiempo atrás. El registro en la memoria colectiva no es borrado fácilmente. Este derroche súbito —y en ocasiones ritual— recibe otra plausible explicación económica de parte del etnohermeneuta Hans Bosse. Bosse (1979), en sus investigaciones con grupos étnicos tzotziles y zeltzales, describe con acierto el desarrollo de una “contracultura defensiva”. Dicha contracultura se manifiesta en lo que, ante los ojos del europeo o norteamericano capitalista, es simplemente “holgazanería, mentira y rapiña”. Favre (citado por Bosse, p. 9) nos habla de la mentira como defensa contra los blancos, holgazanería como venganza y rapiña como un intento de hacerse justicia por propia mano. Esta tríada es interpretada en su conjunto por Bosse como “callada resistencia” pasiva (*verschwiegene Widerstand*) frente al modo de producción capitalista que amenaza sus tradiciones más enraizadas y sus vínculos culturales, que, de todos modos, acaban siendo derrotados por la pobreza que los impulsa a emigrar hacia las grandes metrópolis, en donde culturalmente desaparecen, víctimas de la marginación más despiadada. La cultura política dominante en esos gru-

pos étnicos no ajusta para establecer autonomía y progreso.

Una economía meramente de subsistencia resulta desastrosa. Con todo, quien pretenda explicarlo como sólo pobreza, o sólo irresponsabilidad perezosa, se quedará en la superficie del problema. La ausencia de previsión, en una palabra, la ausencia de futuro como categoría encargada de percibir nuestra inserción en el tiempo, revela una actitud hacia el tiempo (y lógicamente hacia la muerte) incomprendible para los ojos de quienes no estén dispuestos a ver que detrás de la mala planeación y la mala administración de la economía están en juego traumas colectivos de grandes proporciones, que entorpecen la eficacia, que minan la solidaridad, que infunden sumisión e inseguridad. En términos psicoanalíticos, que debilitan la identidad, y de una identidad debilitada difícilmente puede brotar la solidez y el profesionalismo en la ejecución. En la prensa extranjera podemos leer repetidamente la impresión que dejan nuestros presidentes: les falta estatura de hombres de Estado. Por lo demás, el mismo pasado milenar de derrotas múltiples se concreta en actitudes psíquicas que, no sólo conducen al fracaso, sino que están envueltas en actitudes de grandeza y de negación de la realidad.

En América Latina —en realidad, agudamente en México— uno puede orientarse sobre los acontecimientos reales simplemente leyendo las negativas de la clase gobernante. Para ellas no hay descalabros, ni errores, ni calamidades. Hasta las catástrofes naturales son embellecidas cuando no pueden ser totalmente negadas. Hemos heredado el uso de la negación como mecanismo de defensa a lo largo de milenios. El multicitado Bosse intenta descifrar —con instrumental psicoanalítico de base— los

significados ocultos de una contracultura que intenta defenderse de la cultura del invasor (*Besatzerkultur*, *op.cit.*, p.11).

El investigador norteamericano Dealy (1991), en su interesante interpretación de América Latina, centra su estudio en los hombres públicos y en el trasfondo de una cultura inclinada al caudillismo. Él señala como virtudes públicas o valores propios del latinoamericano el ocio, la fastuosidad, la generosidad, la dignidad y la hombría. Sin poder extenderme aquí en estos puntos, sólo quisiera señalar que se puede intentar una lectura de las observaciones de Dealy desde la perspectiva de la tesis del trauma colectivo que aquí desarrollo. En efecto, si a la herencia hispánica de que el ocio ennoblece le sumamos la experiencia traumática de que el trabajo impuesto por los conquistadores fue ni más ni menos que trabajo de esclavos, obtendremos como resultado una cierta aversión al trabajo. Nuestra memoria colectiva a partir de la Conquista nos dicta que el trabajo es reservado para los esclavos y los vencidos. La tal holgazanería puede interpretarse además —según lo ha hecho Bosse— como resistencia ante la imposición de otros modelos culturales. Un estribillo brasileño nos dice: “el ocio vale más que el negocio”. Se trata de una cultura que valora el gozo y, desde luego, no está obsesionada por la máxima ganancia económica. En todo esto es fácil detectar una veta humanista de tonalidad marxista en las famosas palabras de un anciano moribundo italiano a sus hijos: “¡Nunca permitan que su ocupación degenera en trabajo!” (Bargini, citado en Dealy, 1991, p. 217).

Lo que el ahorro y la templanza son para los protestantes, lo son la generosidad y la fastuosidad para los latinos. Nosotros no traemos ni el protestantismo ni el capitalismo en la sangre, sino la herencia de

una tierra ubérrima de donde fluye la miel y en donde las frutas estaban al alcance de la mano. En lo que a dignidad y hombría se refiere, tenemos modelos heroicos de estas virtudes en la digna resistencia de un Cuauhtémoc, de un Atahualpa y de un Túpac Amaru.

El círculo maligno del subdesarrollo

Acerca de las causas externas macroeconómicas del círculo maligno del subdesarrollo ha corrido mucha tinta, sobre todo a cargo de economistas. A pesar de cierta fobia a la introspección autocrítica, debemos reflexionar ahora sobre las causas internas. Hablo del factor subjetivo, del círculo vicioso que dificulta salir del subdesarrollo. Por lo general se piensa que señalar nuestros defectos es autodenigración, mero rencor —como dice Luis González— o desamor a la patria. Nadie habla de no querer a su patria latinoamericana, y cotidianamente actuamos en contra de ella.

Con Bosse hemos señalado ya el proceder de una cultura que se defiende de las imposiciones del invasor y desarrolla estrategias de sobrevivencia. Por lo demás, el modelo de producción capitalista no encaja fácilmente en otros modelos económicos que además están incrustados en otra visión del mundo. Hemos mencionado también las complejidades de una identidad débil que desemboca en un desempeño ineficaz que, a su vez, parece devenir en “síndrome latinoamericano”.

Señalemos ahora un factor estudiado por González Casanova. González Casanova ha hecho hincapié en que probablemente sea una característica de la mentalidad de los conquistados el hecho de elevar lo “nuevo” (o sea, a los conquistadores) al reino numinoso de su Dios. Es

decir, se efectúa una transferencia de *abajo hacia arriba*: de lo terrenal a lo divino, de lo imperfecto a lo perfecto, de lo conocido a lo desconocido. Lo nuevo (españoles) es considerado superior a lo viejo (ellos mismos). Por otro lado, el conquistador europeo transfiere *de arriba hacia abajo* lo desconocido (la alteridad del indígena) a lo conocido. Lo nuevo es considerado como inferior a lo viejo, o sea, la transferencia es —repito— hacia abajo. Estoy consciente de que estas formas diferentes de comportarse frente a lo totalmente nuevo requieren profundas investigaciones que incluyan el contexto histórico y cultural.

7. *La memoria como prerrequisito de cualquier emancipación*

La emancipación de los pueblos latinoamericanos no podrá seguir esquivando la necesidad de rescatar del olvido la afrenta de la invasión y del régimen colonial establecido por los invasores. Por otro lado, ¿de dónde sacará fuerzas el continente latinoamericano para defenderse de otras invasiones silenciosas del imperio del norte si aún no se ha recuperado del imperio luso español y del imperio vaticano? Seguir olvidando es, entre otras cosas, seguir sometidos a los que están interesados en que no recordemos la ignominia. Freud insistió en que el adulto, mediante el rescate del recuerdo, se emancipa de la infancia. El recuerdo es para Freud eminentemente emancipador, tanto para los individuos como para los pueblos. La culpabilidad de los invasores tiene interés en que no sean recordados sus crímenes, sobre todo cuando éstos han sido asociados a una supuesta religión verdadera: el catolicismo.

Si no hay conciencia del trauma recibido, si no queremos ni siquiera hablar de él, disminuyen las posibilidades de asimilarlo. Sólo elaborando el trauma podremos afianzar nuestra verdadera identidad con todos sus componentes. De ahí podríamos sacar fuerza interior para reconstruirnos y rebelarnos de la prosecución de la conquista realizada ahora por otros medios y por otros agentes imperiales, que ya no son los que hablan castellano y portugués. Quiero señalar aquí que todos los intentos emancipatorios y de verdadero progreso que no partan de la base de reconstruir nuestra golpeada identidad, nuestra dañada *base cultural*, seguirán condenados a fracasos reiterados. Con esto no pretendo apartar mi mirada de los factores macroeconómicos, ni de los complejos asuntos sociológicos y de toda índole que nos determinan. Simplemente quiero destacar que olvidar lo “inconsciente cultural” (Erdheim) y el llamado “factor subjetivo” (en este caso, factor subjetivo no-individualista) puede seguir acarreamdo graves dificultades para consumir la lenta “segunda emancipación” que ponga fin a la “interminable conquista” (Dietrich, 1990). Desviándome un poco, permítanme recordar que algunos tropiezos graves del socialismo tienen que ver, a nivel teórico, en confundir el “factor subjetivo” con el individualismo burgués. Las corrientes de ideas que predominaron impidieron ver que en Marx-Engels estaba amplia y agudamente considerado dicho factor. La psicología oficial soviética, en manos de Pavlov, tuvo que ver con la importante desviación teórica de tan grandes consecuencias (Páramo Ortega, 1983).

Hablando de la importancia del recordar, mencionemos las palabras del cineasta Akira Kurosawa, testigo presencial del estallido de la bomba atómica en Nagasaki:

...Lo que quisiera transmitir es el tipo de heridas que dejó la bomba atómica en el corazón de nuestra gente. Yo recuerdo bien el día de la explosión y todavía hoy no puedo creer que aquello haya ocurrido en la realidad de este mundo. Pero lo terrible es que los japoneses ya lo echaron al olvido... en especial nuestros políticos callan por temor a los Estados Unidos... las fuerzas estadounidenses que ocuparon el país durante seis años influyeron por muchos medios para acelerar el olvido y el gobierno japonés colaboró con ellos... El ser humano será más humano cuando tenga conciencia de que hay aspectos de la realidad que no puede manejar.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahlheim, Rose (1985), "Bis ins dritte und vierte Glied / Das Verfolgungstrauma in der Enkelgeneration", en *Psyche*, núm. 39, Jahrg, pp. 330-353.
- Alarcón, Renato D. (1990), *La identidad de la psiquiatría latinoamericana*, Siglo XXI Editores, México, p. 384.
- Andrae, Tor (1966), *Mahoma / Su vida, su fe*, Alianza Editorial, Madrid, edición francesa, 1945; original succo, 1930.
- Armani, A. (1987), *Ciudad de Dios y ciudad del sol / El "Estado" jesuita de los guaraníes 1609-1768*, FCE, México.
- Bartra, R. (1990), "Oficio mexicano: miserias y esplendores de la cultura", en *La Jornada Semanal*, núm. 77, 2 de diciembre, p.14 ff.
- Beland, Hermann (1990), "Freud und die Deutsche", en *Sigmund Freud Haus Bulletin*.
- _____ (1991), "Religiöse Wurzeln des Antisemitismus", en *Psyche*, núm. 45, Jahrg, p. 451.
- Benítez Fernando (1989), *Los indios de México*, Ediciones Era, México, p. 17.
- Berenstein, Isidoro (1989), *Psicoanálisis de la estructura familiar / Del destino a la significación*, Paidós, Buenos Aires.
- Biber, León (1991), "Aus <<Großkolumbien>> wurde Panama. Zeitschrift ILA", en *Information Latainamerika*, núm. 142, febrero, pp. 41-44.
- Bitterli, Urs. (1984), *Begegnung, Beziehung und Zusammenstoß von Kulturen Zeitschrift für Kulturaustausch*, núm. 34, Jg., p. 233.
- Bittorf, Wilhelm (1991), "Der Raub der neuen Welt", en *Der Spiegel*, núm. 1, 46 Jg., 30 dic. 1991.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987), *México profundo/ Una civilización negada*, Ciesas SEP, México.
- Bonifaz Nuño, R. (1990), "Una afrenta al pueblo de México", en *Sábado*, suplemento de *Uno Más Uno*, 3 de noviembre de 1990.
- Borges, Jorge Luis (1991), citado por Elena Poniatowska, en *Todo México*, Editorial Diana, tomo I, p. 127.
- Borkenau, Franz (1984), *Ende und Anfang / Von den Generationen und von der Entstehung des Abendlandes*, Greif Bücher, 1991.
- Bosse, Hans (1979), *Diebe Lügner, Faulenzer*, Syndikat Verlag.
- _____ (1985), "Die Chancen von Subkultur und Gegenkultur in der dritten Welt", en *Das Fremde verstehen*, H.J. Heinrichs (Hrsg.) Fischer Verlag, pp. 71-84.
- Butzer, R.J./Burkholz, R. (1991), "Urvater und Eiszeit Biologisch-evolutiäres und psycholamarckistische Denken bei Freud", en *Luzifer-Amor*, 4 Jg; Heft 8, 24-49.
- Casas, Bartolomé de las (1942), *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, FCE, México. Introducción de Lewis Hanke. Segunda edición en la Colección Popular, 1975.
- Chitas Odivelas, E. (1990), artículo "Historisches Materialismus", en *Europäische Enzykl, zu Philos, u. Wissenschaften*, tomo 3, p. 278, Mainer Verlag, Hamburgo.
- Dealy, Caudill Glen (1991), "El hombre público / Una interpretación de Latinoamérica y de otros países católicos", en *Sociológica*, año 6, núm. 17, septiembre-diciembre, pp. 207-232.
- Dieterich Steffan, Heinz (1990), "La búsqueda de la segunda emancipación", en *1492-1992, La interminable conquista*, coordinación de Heinz Dieterich, Editorial Mortiz-Planeta, México, pp. 8-9.
- Engels, F. (1888), *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen Philosophie*, MEW 21, Dietz Verlag, Berlin, pp. 297-298.

- Ferenczi, Sandor (1913), *Entwicklungsstufen des Realitätssinnes. Bausteine zur Psychoanalyse, Band I*, Huber Verlag, Bern, 1964, p. 82.
- Fischer-Fabian S. (1991), *Um Gott und Gold / Columbus entdeckt eine neue Welt*, Gustav Lübbe Verlag.
- Florescano, Enrique (1987) *Memoria mexicana / Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica hasta 1821*, Editorial Joaquín Mortiz, México, p. 156.
- Freud, Sigmund (1895) *Studien über Hysterie*, GW I, p. 94.
- _____ (1901), GW IV, p. 48.
- _____ (1915), *Zeitgemässes über Krieg und Tod*, GW X, pp. 333-334.
- _____ (1939a), *Der Mann Moses und der monotheistische Religion*, GW XVI, pp. 241-242.
- Fuentes, Carlos (1989), prólogo a la antología *Los indios de México*, de Fernando Benítez, Ediciones Era, México, p. 15.
- Garmendia, José A. (1990), artículo: "Conciencia colectiva", en *Diccionarios Unesco de Ciencias Sociales*, tomo I, p. 490.
- Gerbi, A. (1982), *La disputa del nuevo mundo*, FCE, México (original italiano, 1955).
- González Casanova, P. (1985), "La liberación del pensamiento colonial", en *Sábado, Uno Más Uno*, 7 de diciembre.
- Jeannot, Frédéric-Yves (1990), "Michel Butor en tránsito", en *La Jornada Semanal*, núm. 79, 16 de diciembre, p. 29.
- Habermas, J. (1991), "Die andere Zerstörung der Vernunft", en *Die Zeit*, núm. 20, 17 de mayo de 1991.
- Haesler, Ludwig (1991), "Zur transgenerationalen Transmission von Trauma und Schuld / Freud Position im Mann Moses", en *Psychoanalyse in Europa*, en *Bulletin*, número 36, de la Europäische Psychoanalytische Federation, Frühjahr, Hamburgo, p. 83 ff.
- Hamnett, Brian R. (1978), *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú / Liberalismo, realaleza y separatismo, 1800-1824*, FCE, México.
- Kestenberg, J. (1974), "Kindern von Überlebenden der Nazivervolgung", en *Psyche*, núm. 28, Jahrg, pp. 249-265.
- Kogan, Ilany (1990), "Vermitteltes und reales Trauma in der Psychoanalyse von Kindern in Holocaust-Überlebenden", en *Psyche*, 44, Jahrg. Heft 6, p. 533.
- Laplanche-Pontalis (1968), *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Barcelona.
- Le Clezio, J.M. (1990), *La reve mexicain ou la pensée interrompue*, Gallimard, Paris, 1988, fragmento reproducido en *La Jornada Semanal*, núm. 36, 18 de febrero de 1990.
- León Portilla, Miguel (1964), *El reverso de la Conquista*, Editorial Joaquín Mortiz, México, p. 72.
- Lewis, Norman (1991), "Die Missionare-Überdi Vernichtung anderer Kulturen", en *Augenzeugenbericht*, Klett-Cotta, Stuttgart (original en inglés: Londres, 1988).
- Luft (1991), "Freuds Trauma und Traumalehre", en *Europ. Psychoan. Federation Bulletin*, núm. 36, pp. 81-83.
- Lugones, Leopoldo (1903), *El imperio jesuítico*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1987.
- Mariátegui, Carlos (1924), "La unidad de la América indoespañola", en *Obras*, t. 2, pp. 247, 250, Casa de las Américas, La Habana.
- Martínez, José Luis (1990), *Hernán Cortés*, FCE-UNAM, México, pp. 10, 77.
- Marx, Karl (1867), *Das Kapital*, Erster Band, 24 Kapitel MEW, 23, Dietz Verlag, Berlin, 1983, p. 779.
- Medawar (1983), artículo "Herencia exogenética". en *De Aristóteles a zoológicos / Un diccionario filosófico de biología*, FCE, p. 157 f.
- Merle, M., y R. Mesa (1972), *El anticolonialismo europeo / Desde las Casas a Marx*, Alianza Editorial, pp. 13, 368.
- Meza, Gilberto (1990), "El futuro que fuimos, el pasado que somos", en *La Jornada Semanal*, núm. 74, 11 de noviembre de 1990, pp. 36-39.
- Nettel, Patricia (1991), "Encuentro o sujeción del Nuevo Mundo", en *La Jornada Semanal*, núm. 86, 3 de febrero de 1991, p. 32.
- Ogden, Thomas H. (1979), "On projective identification", en *Int. J. Psychoanal* 60, pp. 357-373.
- Páramo Ortega, R. (1983), *El factor subjetivo*. Manuscrito inédito. Conferencia pronunciada en ocasión del 100 aniversario de la muerte de Marx. Exconvento del Carmen, Guadalajara.

- _____ (1990), "¿Existe una culpa colectiva?", en *Cuadernos Psicoanalíticos*, núm. 9.
- _____ (1991), "Circulación de las ideas", en Suplemento Cultural del periódico *El Occidental*.
- _____ (1991), "Reflexiones sobre identidad nacional, con especial referencia al caso de México", conferencia pronunciada en el seminario sobre "Identidad Mexicana e Identidad Alemana", organizado por el Instituto Goethe de Guadalajara, en noviembre de 1991.
- Paris Pombo, María Dolores (1990), *Crisis e identidad colectivas en América Latina*, Plaza y Valdez-Universidad Metropolitana, México.
- Pastor, Beatriz (1983), *Discurso narrativo de la conquista de América*, Casa de las Américas, La Habana.
- Paz, Octavio (1975), en Paz (1981), pp. 305, 307 ff.
- _____ (1981), *El laberinto de la soledad, postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, FCE, México.
- _____ (1991), "La pasión nacionalista es una pasión sangrienta", entrevista de Eugenio Emerenkov en *La Jornada*, el 2 de octubre de 1991.
- Pérez Robles, J. (1989), "Historia, psicoanálisis: familia", en *Cuadernos Psicoanalíticos*, núm. 9, mayo de 1989, pp. 40-43.
- Portilla, Jorge (1986), *Fenomenología del relajo*, FCE, México, edición original en Era, 1966.
- Reitz, Manfred (1991), "Die Zelluläre Erinnerung", en *Die Zeit*, núm. 38, 20 de septiembre de 1991.
- Renthe-Fink, L. von (1971), artículo "Bewusstsein, geschichtliches, bzw. historischen", en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Basel, Ritter (Hrsg.), tomo I, p. 898.
- Ribeiro, Darcy (1990), "Cultura y enajenación", en *Cultura y política de América Latina*, Hugo Zimmelman (coordinador), Siglo XXI Editores, México.
- Ricard, Robert (1986), *La conquista espiritual de México*, FCE, México; original francés de 1933.
- Roa Bastos, Augusto (1960), *Hijo del hombre*, Origen-Seix Barral, Barcelona, 1985.
- Rodríguez Rabanal, C. (1989), *Cicatrices de la pobreza / Un estudio psicoanalítico*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, p. 38 ff.
- Rompeltien, Bärbel (1990), artículo "Leiden", en *Europäische Enzykläpedie der Philosophie u. Naturwissenschaften* (Europ. Enzyk.), tomo III, p. 43, Mainzer Verlag, Hamburgo.
- Rosenkötter, L. (1979), "Schatten der Zeitgeschichte auf psychoanalytischer Behandlung", en *Psyche*, en 36 Jahrg, pp. 47-58.
- Schid-Noerr, G. (1988), "Borkenau, ein Psychoanalytiker der paranoischen Zeitalter", en *Psyche*, 42, Jahrg, p. 185.
- Sepúlveda, Juan Ginés de (1987), *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, FCE, México, original en latín (Roma, 1550).
- Sommer, Theo (1991), "Größe noch im Scheitern", en *Die Zeit*, núm. 52, 27 de diciembre de 1991.
- Todorov, Tzvetan (1982), *Die Eroberung Amerikas / Das Problem des Anderen*, Suhrkamp, Frankfurt, p. 221.
- _____ (1984), "Las morales de la Conquista", en *Diógenes*, núm. 125, primavera de 1984, p. 87.
- Vilar, Pierre (1990), "Pensar históricamente", en *Plural*, núm. 231, diciembre, p. 16.
- Zwiebel, R. (1988), "Einige Bemerkungen über die Rolle der projektiven Identifizierung in der analytischen Beziehungen", en *Die psychoanalytische Haltung*, Kutter-Páramo-Zarman (Hrsg.), Verlag Internationale Psychoanalyse.

NOTAS

¹ Respecto a la exterminación directa de vida en la población indígena, mencionemos solamente un dato que nos sirva de orientación: de los 25 millones de indígenas, en 1518, encontramos solamente 16,9 millones 14 años después, o sea, en 1532 (véase: Nettel, 1991). En esto no estamos considerando las muertes causadas por epidemias, pues éstas fueron posteriores, principalmente de 1545 a 1548; 1563 a 1564; 1576 a 1581; 1587 a 1588; y, finalmente, 1600 a 1605.

² Por cierto, esta última frase falta en la edición de López Ballesteros.

³ Las luchas independentistas en América Latina ofrecen múltiples ejemplos de cómo este mecanismo de identificación con el agresor cobró formas de contrainsurgencia, de contrarrevolución. Veamos un ejemplo del estupendo libro de Hamnett (1978): "En realidad, los oficiales realistas mexicanos, Anastasio Bustamante, Manuel Barragán, Luis Cortázar, Manuel Gómez Pedraza, Agustín Iturbide, Gabriel Armijo y otros formaban las verdaderas columnas del poderío español" (aquí Hamnett cita al mexicano Zavala): "Calleja mismo, como el consulado de México, temían que un ejército mixto de criollos y mestizos pudiera un día actuar por su propia cuenta haciendo a un lado a los europeos.

⁴ Recientemente, a propósito de la personalidad de Gorbachov y su influencia en la marcha de la historia, véase el artículo de Theo Sommer (1991), que rescata el "factor subjetivo" en el seno del marxismo.

⁵ Los biólogos hablan también de "herencia exogenética" o exosomática (cfr. Medawar, 1983). Acerca de un lamarckismo resucitado, véase Reitz (1991).

⁶ La formulación más simple de este estado de cosas es: "de esto o de aquello no hay que hablar nunca". Por otro lado, el enfoque psicoanalítico de los problemas familiares nos da luz, no sólo respecto de la transmisión de conflictos de generación en generación, sino precisamente de las vías de operación de la cultura. Berenstein (1989, p. 117) lo resume así: "La estructura familiar inconsciente es un operador a través del cual se generan significaciones provenientes de la cultura".

⁷ El británico Norman Lewis (1991) ha descrito los devastadores efectos de la mancuerna entre intereses religiosos y económicos de grupos protestantes estadounidenses en América Latina.

Suscríbase

La mejor forma de recibir *Dialéctica* en forma segura

Envíe cheque o giro postal por **75 nuevos pesos** para la República Mexicana, o **40 dólares US** para Norte, Centro y Sudamérica, y Europa, a:

Dialéctica
 Reforma, 913
 72000 Puebla, Pue.
 México
 Teléfono (91 22) 32 70 88

Suscripciones por cuatro números

RIGOBERTA MENCHÚ: UN PREMIO NOBEL A LA DIGNIDAD DE LOS OPRIMIDOS

MERCEDES DURAND

El Quiché —en la zona noroccidental de Guatemala— es una región en donde la etnia quiché cree en el nahual, en la ayuda comunitaria de hombres, mujeres y niños, en el respeto a las hembras embarazadas, en la sabiduría de los ancianos, en la devoción a los árboles y las hierbas menudas, en la ternura hacia los pájaros, las ovejas y las hormigas. Allí, en San Miguel Uspantán, cerca de Chajul, y concretamente en la Aldea Chimel, nace Rigoberta Menchú Tum, en la década de los sesenta.

Desde niña es iniciada en las ancestrales costumbres de su raza. Rigoberta venera la naturaleza. Al mirar su refajo o corte —como ella lo denomina—, compara los morados intensos y los verdes alimonados con las montañas erguidas que rodean su espacio vital. Repara en las flores que recaman su huipil y evoca las maravillas silvestres que circundan la barranca, el recodo, el peñasco, y presiente que su vestimenta corresponde al paisaje de azules, naranjas, rojos e índigos que se pintan en las ramazones, los volcanes, las amanecidas y los crepúsculos del entorno en que discurren sus primeros años.

Su yantar escaso consiste en tortillas, frijoles, chile y atoles del mismo maíz. Desde que descubre la vida, se adentra en el culto por la tierra, el agua y el sol. Sus mayores le enseñan que el hombre es hijo de la tierra y que a ésta sólo se le hiere cuando se necesita sembrar. Su cosmogonía transita desde el agua hasta el sol. Es una fe limpia, generosa y pura. Rigoberta reza al sol, al agua y a la tierra. Crece concibiendo el respeto a la vida de los hombres, las plantas y los animales. Pero, ¡ay!, existen los fa-

dinos, los terratenientes, los políticos de pacotilla, las patronas, los militares, la explotación a los indígenas, la discriminación a los naturales. Todo lo aprende y aprehende Rigoberta Menchú en carne propia. Bajo el escudo de su lengua quiché, y con su universo propio —la niña cortadora de café y algodón, la joven sirvienta que lava, plancha, trapea y cocina, la mujer líderesa de su comunidad—, se va sumergiendo en las aguas de la lucha reivindicativa.

El umbral de dolor de Rigoberta Menchú Tum es inconmensurable. Asume la muerte y tortura de sus hermanos y padres con resignado silencio. El enterarse de que su progenitor perece calcinado vivo, de que su madre es violada y paulatinamente le van cercenando sus miembros la hace elevarse a dar un salto de lucha consecuente. Ella, la indígena, se vuelca a la tarea de hablar por los que no pueden hacer llegar su voz de explotados.

Reflexiona la guatemalteca galardonada con el Premio Nobel de la Paz:

¿Qué quería decir explotación para mí? Empecé a ver... ¿Por qué nos rechazan? ¿Por qué al indígena no lo aceptan? ¿Y por qué antes la tierra era nuestra? ¿Y por qué los extranjeros no nos aceptan como indígenas? ¡Allí se ubica la discriminación! Entonces, el terrateniente era un gran enemigo. El soldado también era un enemigo. Y los ricos, en general... Entonces empezamos a emplear el término enemigos. Porque en nuestra cultura no existe un enemigo como al punto a que ha llegado esa gente con nosotros, de explotarnos, de oprimirnos, de discriminarnos; sino que para nosotros, en la comunidad, todos somos iguales.

Llega un momento, en Guatemala, en que peligra la vida de esta mujer protagonista de la lucha por los indígenas, por lo cual emigra exiliada a México. En la generosa tierra azteca, aprende el español. De allí en adelante, su voz y su discurso, firmes y seguros como ella misma, resuenan en los distintos foros del mundo. Morena, menuda, erguida y sensible, Rigoberta Menchú Tum, ataviada siempre como se lo enseñaron sus progenitores, recorre los cuatro puntos cardinales. Su denuncia crece y se escucha. Guatemala, en su sector indígena, desposeído y marginado, adquiere resonancia planetaria. La dignidad y el señorío de su etnia se hacen presentes con Rigoberta. Sus alocuciones tienen la consistencia del mimbre que cortaran sus manos niñas y la reciedumbre del copal que huele a dolor atávico... En su discurs-

so no se advierte la retórica frágil de los politicastros mentirosos que aderezan con engaños el contenido de sus arengas.

Rigoberta Menchú Tum es ya Premio Nobel de la Paz 1992. El mayor reconocimiento a la entrega por la causa de los indios a esta mujer ejemplar que un día, preñado de sangre y lágrimas, decide convertirse en la conciencia denunciadora del crimen, la explotación, la discriminación y el odio hacia los indígenas de Guatemala.

Al premiar en Estocolmo, Suecia, a Rigoberta Menchú Tum, se restañan las terribles violaciones a los derechos humanos, por lo menos simbólicamente, de los millones de marginados, indigentes y oprimidos de todos los confines de la tierra...

El Consejo Editorial de *Dialéctica* lamenta profundamente el fallecimiento del maestro Alfonso García Ruiz, reconocido historiador, acaecido el 15 de noviembre de 1992.

MARIO SALAZAR VALIENTE (1927-1992)

El día 21 de diciembre de 1992, en San Salvador, ciudad a la que retornaba después de 19 años de ausencia a causa de las condiciones políticas que privaban en su país, falleció el compañero Mario Salazar Valiente, a los 65 años de edad. Mario era miembro del Consejo Editorial de *Dialéctica* y uno de los principales animadores de su segunda época, es decir, de la búsqueda de una nueva alternativa para el pensamiento crítico después del colapso del *socialismo real*. Mario colaboró en forma entusiasta en la revista con su experiencia, con su trabajo cotidiano en las mil y una tareas que requiere una publicación de esta naturaleza, y con su valiosa contribución intelectual. Su prematura partida deja un gran vacío para nuestra revista, pero, sobre todo, para el pensamiento salvadoreño y latinoamericano. El Consejo Editorial de *Dialéctica* participa, con profunda pena, su deceso y le envía a Mercedes, su compañera, un mensaje de aliento en esta hora.

Consejo Editorial

II INFORME DEL LICENCIADO JOSÉ DÓGER CORTE, RECTOR DE LA BUAP

El día 4 de octubre de 1992, el licenciado José Dóger Corte, rector de la BUAP, presentó ante el H. Consejo Universitario su segundo informe de labores. En él se refirió al proceso de modernización de nuestra Universidad a partir del Plan General de Desarrollo. Dentro de los aspectos más relevantes del informe, se destaca la reforma integral de planes

y programas de estudio; el impulso a la investigación; la extensión y difusión culturales; la reestructuración y reordenación administrativas; y muchos otros aspectos de la actividad universitaria. En el rubro de la investigación, un total de 107 investigadores pertenecen al SNI, lo que representa 4% del total nacional y 16% en relación con las universidades de provincia. Se destacó también el otorgamiento del *Doctorado Honoris Causa* a Gonzalo Aguirre Beltrán; Héctor Azar Barbar; Jaime G. de la Garza Salazar; Pablo González Casanova; y Rafael López Rangel. El rector finalizó su informe considerando que se necesita potenciar nuestra capacidad para un desarrollo científico, tecnológico y humanístico en equilibrio con la vocación universitaria de un desarrollo social justo, participativo y democrático.

INAUGURACIÓN DE LAS OFICINAS DE DIALÉCTICA

El viernes 25 de octubre de 1992 se inauguraron las nuevas oficinas de la revista *Dialéctica*, en la calle de Reforma, 913, de la ciudad de Puebla. La revista no había contado, hasta ahora, con un local propio, a pesar de sus 16 años de existencia. Por tanto, es motivo de aliento que se dé un paso más en la consolidación de su existencia. Agradecemos públicamente a las autoridades su interés por establecer una infraestructura material que sin duda redundará en beneficio de la actividad de la revista.

V ENCUENTRO NACIONAL SOBRE FILOSOFÍA NOVOHISPANA

Del 28 al 30 de octubre de 1992, se llevó a cabo, en la ciudad de Puebla, el V Encuentro de investigadores sobre Filosofía Novohispana. El Encuentro fue inaugurado por la doctora María Teresa Colchero, directora de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP. En el Encuentro se presentaron ponencias en torno a las fuentes para el estudio del pensamiento novohispano; educación y modernidad; el concepto de la cultura apologética; teoría de la argumentación; las culturas indígenas en el pensamiento novohispano y el pensamiento teológico y jurídico frente a la Conquista.

I INFORME DEL LICENCIADO ALFONSO VÉLEZ PLIEGO, DIRECTOR DEL ICSH

El 9 de octubre de 1992, se presentó el primer informe del licenciado Alfonso Vélez Pliego como director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP. En dicho informe se dieron a conocer datos como los siguientes: el ICSH fue creado a partir de las reformas de la Ley Orgánica y actualmente agrupa a 84 investigadores de tiempo completo; estos investigadores se agrupan en áreas como ciencias del lenguaje; estudios latinoamericanos; sociedad y cultura; historia; estudios para la conservación y di-

fusión de bienes con valor cultural; estudios regionales; sociología; y ciencia política. El ICSH proyecta la formación de maestrías y doctorados en sociología; estudios regionales e historia. De igual modo, se informó de la integración de la unidad de información bibliohemerográfica y documental para apoyo de la investigación. Finalmente, en este año se preparan diversos coloquios de carácter internacional que se ocuparán de las universidades latinoamericanas y las grandes transformaciones de nuestro tiempo.

El Consejo Editorial de la revista *Dialéctica* felicita al doctor Sergio Bagú, miembro de su Consejo Asesor, por haber sido galardonado con el Premio Universidad Nacional en Ciencias Sociales de la UNAM, 1992.

DOCTORADO HONORIS CAUSA A SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ

El 30 de octubre de 1992, en solemne sesión del Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos de Guatemala, la máxima casa de estudios del vecino país le entregó al notable historiador guatemalteco e investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla, Severo Martínez Peláez, el título de Doctor *Honoris Causa*.

Por muchas razones, este galardón es altamente significativo. En primer lugar, hay que destacar que es el segundo Doctorado *Honoris Causa* que la Universidad de San Carlos de Guatemala entrega en 40 años, siendo el primero de ellos el que en febrero del presente año fuera otorgado al escritor guatemalteco radicado en México, y recientemente fallecido, Luis Cardoza y Aragón. Por otra parte, también es necesario resaltar que el título honorífico entregado a Severo Martínez Peláez es el reconocimiento a toda una vida dedicada a la investigación y la docencia, que ha tenido frutos de gran trascendencia. La acuciosidad de Martínez Peláez ha generado *La patria del criollo*, notable estudio de la sociedad colonial guatemalteca y centroamericana, libro que ha tenido múltiples ediciones, que circula ampliamente en Centroamérica, y que hoy se ha convertido en un clásico de la historiografía latinoamericana y referencia indispensable en el análisis del momento colonial en Hispanoamérica. En un avance de investigación editado primeramente por la Universidad Autónoma de Puebla (Cuadernos de la Casa Presno), y que luego ha tenido diversas ediciones en la propia Guatemala, se publicó *Motines de indios*, que muestra también los destellos analíticos que ya conocíamos en *La patria del criollo* a través de la reflexión de las constantes sublevaciones indígenas presentadas en el territorio de lo

que hoy es Chiapas y Centroamérica. Otros ensayos publicados por el historiador guatemalteco se refieren a Centroamérica en los años de la independencia, al contenido histórico de la cuestión étnica en Guatemala, a los principios metodológicos de la enseñanza de las ciencias sociales y a la importancia como pensador del intelectual Simón Bergaño y Villegas.

La significación académica de la obra de investigación de Martínez Peláez ha sido destacada por la Universidad de San Carlos de Guatemala, como también lo ha hecho en lo que se refiere a la labor docente. El historiador dedicó aproximadamente 25 años de su vida a la enseñanza en dicha universidad y desde 1979 lo ha hecho en la Universidad Autónoma de Puebla. Miles de estudiantes pasaron por su cátedra de Historia Económica y Social en la USAC y cientos lo hicieron en las que sobre historia colonial y antropología filosófica y metodología de la investigación dictó en la UAP. Como maestro, Severo Martínez Peláez siempre se ha caracterizado por una brillante capacidad para combinar en sus exposiciones la rigurosidad científica y la profundidad filosófica con la amenidad del discurso. Tanto en su obra investigativa como en la exposición magistral, la anécdota adquiere un valor histórico insospechado, expresión ejemplificadora de las más profundas tendencias histórico-sociales. Como puede constatarlo todo aquel que pregunte a los que han sido sus estudiantes, la labor docente de Martínez Peláez está dirigida sobre todo a esclarecer, a dotar a los estudiantes de un instrumental teórico-metodológico para interpretar los hechos sociales, pero también, y esto es lo que me parece propio de todo maestro de gran estatura, a darles los recursos intelectuales para interpretar la vida y el mundo.

El 30 de octubre de 1992, el Salón General Mayor de la antigua sede de la Facultad de Derecho de la USAC tuvo un lleno completo. Estaban allí todos los que aprecian en Severo a un académico relevante. Pero el salón abarrotado de maestros, investigadores, estudiantes, escritores, intelectuales, sindicalistas, amigos y exalumnos también tuvo un significado político que el rector de la USAC, doctor Alfonso Fuentes Soria, sintetizó en su discurso cuando expresó que "Severo simboliza a tantos estudiosos e intelectuales guatemaltecos que han defendido el derecho de pensar libremente, en

contra de aquellos que pretenden negar la verdad histórica de Guatemala". El rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala también expresó que Severo simbolizaba el "exilio de las ideas", que durante tantos años ha imperado en Guatemala. Al escuchar esas palabras en el video que sobre el acto se grabó, recordé aquella noche del 30 de enero de 1979, cuando después de hablar con Severo en mi cubículo del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, lo acompañé en su subrepticia salida de la Universidad. Otro colega lo esperaba en un auto que velozmente lo condujo al sitio donde estuvo escondido antes de salir al exilio pocos días después.

Nunca olvidaré el imperio del terror en aquella noche; los edificios aledaños al Instituto y el del propio IIES estaban vigilados por los sicarios de la dictadura de Romeo Lucas García. Ese día, pocas horas antes, había sido asesinado el talentoso dirigente socialdemócrata Alberto Fuentes Mohr, en un plan diseñado por el aparato de inteligencia del ejército guatemalteco, que consistía en asesinar a dirigentes universitarios, políticos y populares. En efecto, entre 1979 y 1982, más de 400 maestros, investigadores, estudiantes y trabajadores de la Universidad de San Carlos fueron liquidados en un vasto plan de terrorismo de Estado. Los que sobrevivimos a esa vasta acción de exterminio, todos aquellos que la recuerdan no podemos desvincular el ingreso de Severo Martínez Peláez al Salón General Mayor de la antigua Facultad de Derecho, acompañado de las más altas autoridades universitarias, dispuestas a entregarle la máxima distinción que otorga la USAC, de aquella salida clandestina en esa fría noche de enero de 1979, cuando es-

taba ya listo el operativo que tenía como objetivo asesinar al que ya era en ese momento uno de los historiadores más connotados de América Latina.

Cabe preguntarse el porqué de tanta saña contra un intelectual que nunca esgrimió más armas que las ideas hilvanadas en un discurso coherente e incisivo. La respuesta no es otra que la de que fueron las mismas razones por las que la Universidad de San Carlos de Guatemala decidió honrarlo con el Doctorado *Honoris Causa*.

La obra de Severo Martínez Peláez es un brillante análisis de la estructura social colonial y de los conflictos que ésta generaba, así como el papel del indio en dicha estructura. La obra, independientemente de que discierne sobre la naturaleza del pasado colonial centroamericano, particularmente el guatemalteco, es "un arma cargada de futuro", es una brillante interpretación del pasado para analizar el presente y también para denunciarlo. Los libros de Severo, sus artículos y su difusión a través de la cátedra han tenido desde la década de los setenta hasta el momento actual una poderosa fuerza de convencimiento en muchos sectores sociales que después han participado en las luchas sociales.

Hoy podemos discutir algunas de las afirmaciones contenidas en la obra de Severo Martínez Peláez, pero no podemos sino partir de dicha obra para seguir avanzando, y tampoco podemos negar que la misma es un notable ejemplo de cómo la ciencia puede convertirse en una poderosa fuerza material.

Carlos Figueroa Ibarra

LA IZQUIERDA EN LA ENCrucIJADA

Varios autores, *La izquierda en la encrucijada*, Corriente del Socialismo Revolucionario, Ediciones Socialismo, México, 1992.

El libro que hoy presentamos, *La izquierda en la encrucijada*, está integrado por una serie de documentos y materiales escritos por un conjunto de compañeros que han tenido una larga militancia en la izquierda y que han participado en forma activa en las importantes transformaciones partidarias que se han registrado en los años recientes. *La izquierda en la encrucijada es*, entonces, un libro de intervención política desde una posición que han denominado del socialismo revolucionario.

El eje sobre el cual giran sus reflexiones es la difícil situación en que se encuentra la izquierda en general y la izquierda socialista en particular en la situación presente. Se trata de un momento caracterizado por una paradoja: por un lado, existe un creciente descontento popular por la crisis económica a que nos ha conducido el bloque dominante; un movimiento en contra de que nuestro país pudiera pasar a ser simplemente una nueva colonia de las transnacionales que encontrarían aquí una mano de obra barata y recursos naturales a su disposición; y una fuerte lucha por lograr una auténtica democracia política, que permita hacer valer frente al autoritarismo gubernamental los intereses de las mayorías. Pero en medio de este clima, el ideal que por su significado histórico representa la lucha en contra de la desigualdad capitalista y que estaba llamado a formar una parte esencial de un movimiento democrático y liberador, es decir, el ideal socialista, se encuentra relegado, y

las fuerzas políticas que lo tendrían que llevar a cabo padecen una severa crisis política, ideológica y teórica. ¿Por qué ocurre esto así? ¿por qué se presenta esta paradoja? El juicio de los autores del libro es que ello se debe a una serie de fenómenos que atañe al propio devenir político de los últimos años, entre los cuales se podrían mencionar: la fragmentación de la izquierda en su enfrentamiento electoral por la Presidencia de la República en 1988, la que se considera una táctica política equivocada en la conducción de la campaña por parte de la dirigencia del PMS, y, posteriormente, la apresurada transformación del PMS en PRD, eliminando la identidad socialista y evitando todo ajuste de cuentas con el sector defensor del legado social de la revolución mexicana. Frente a ello, los autores reivindican el carácter heroico de las luchas desarrolladas por la izquierda en épocas anteriores; la necesidad de un balance de esas luchas; las transformaciones operadas en el PSUM rechazando el marxismo-leninismo, la dictadura del proletariado y el régimen estalinista, y la aceptación, ya desde aquel momento, de un socialismo democrático, en donde democracia se entiende, en principio, como democracia política, la cual había sido tantas veces acusada de formal y burguesa. Es decir, los autores del libro han hecho, a mi juicio, un importante y vigoroso esfuerzo por repensar las experiencias pasadas y apropiarse críticamente de la herencia marxista y socialista, sin recurrir al expediente oportunista de tirar todo al cesto de la basura para pretender olvidar el pasado relegándolo a un rincón de la memoria, como ocurre con frecuencia en nuestro país. Ahora bien, el objetivo de mi intervención no puede ser la complacencia, sino el interés por profundizar un poco más en algunos aspectos del balance que presentan los compañeros.

En primer lugar, el análisis se concentra principalmente en la transformación del PMS en PRD, y en la disolución de la identidad socialista. Sin embargo, creo que es necesario ir más atrás. Se requiere dar cuenta de las transformaciones operadas desde el PCM en PSUM, luego en PMS y más tarde en PRD. Son cuatro transformaciones, que se operaron en un lapso de ocho años. Si yo me llamo primero Pedro, luego Luis, más tarde Miguel y, finalmente, Enrique, acabo no sabiendo exactamente cómo me llamo, pero sí, además, como ocurre en un partido, se trata de cambios cualitativos de programa, estatutos, líneas tácticas y alianzas de fuerzas, el problema es mayor. En el libro se da la impresión de que todo iba bien hasta el PSUM, y que las cosas empezaron a ir mal desde el PMS. Sin dejar de apreciar las dificultades que se mencionan, creo que es necesario explicar en forma cabal: ¿por qué el PCM tuvo que realizar el primer gran cambio de identidad? ¿Cuál es el balance que puede hacerse de 62 años de lucha? ¿Cuáles son los aportes y fallas? En el libro se mencionan unas cuantas, pero se requieren nuevas explicaciones sistemáticas sobre el cambio operado en 1981. Por otro lado, creo que es importante señalar, no sólo el ritmo de las transformaciones partidarias, sino también, la forma que asumieron éstas de cara a las bases de los partidos; es decir, ¿hasta dónde las bases participaron consciente y democráticamente en los cambios (como ocurrió en el paso del PCM al PSUM) y hasta dónde fueron sujetos pasivos en las decisiones posteriores tomadas por la urgencia de los acontecimientos?

El segundo punto que quisiera señalar es el relativo a la caracterización de lo ocurrido en el *socialismo real*, y en especial en lo que se refiere a la política de Mijail Gorbachov. En el trabajo titulado "El

socialismo democrático, única alternativa al estalinismo y al neoliberalismo”, y firmado por Marcos Leonel Posadas, Eduardo Montes y Víctor Bazúa (fechado el 9 de diciembre de 1989, es decir, apenas ocurrido el derrumbe de los regímenes en Europa del Este), se señala, a mi juicio correctamente, una serie de características que conformaba a aquellos regímenes: carácter totalitario del Estado; confusión entre estatización y socialización; sometimiento de la ciencia económica a decisiones políticas; desatención a problemas sociales e individuales; y rigidez dogmática del estalinismo. Desde luego que faltan otras características más, como la negación jurídica del mercado, que no pudo impedir el mercado negro; la disposición constitucional del carácter ateo del Estado, cuando debió señalarse su carácter laico; el dominio de toda una concepción del mundo muy compleja y que espera todavía un ajuste de cuentas, pero que se impuso en forma autoritaria como una verdadera ideología política, cuando en ciencia y filosofía debe predominar un espíritu libertario de búsqueda incesante de la verdad. Pero a lo que me quiero referir es a que en el ensayo aludido se hace una reflexión sobre la *perestroika* en términos elogiosos. En efecto, la política de Gorbachov despertó en toda la izquierda internacional la esperanza de una profunda renovación democrática del socialismo; y, sin embargo, la estrategia interna y externa para llevar a cabo esta renovación fue profundamente equivocada. Hubiera bastado leer con ojos críticos sus tesis para adivinar de lo que se trataba en el fondo. Y quiero sólo ofrecer una muestra extraída de su libro *Perestroika*, que fue difundido universalmente: “Explicué en muchas oportunidades —dice Gorbachov— que no perseguimos objetivos contrarios a los intereses de Occidente (*sic*). Somos cons-

cientes de la importancia del Medio Oriente, Asia, América Latina y demás regiones del Tercer Mundo, y también de Sudáfrica para las economías de Occidente y de Europa Occidental, en particular como fuentes de materias primas. No tenemos la más mínima intención de interrumpir esos vínculos, no deseamos provocar rupturas en intereses económicos mutuos históricamente modelados... Al mismo tiempo, me gustaría insistir una vez más en el hecho de que no buscamos ningún provecho en América Latina. No queremos ni sus materias primas ni su mano de obra barata. No vamos a explotar actitudes antinorteamericanas, y menos aún echar leña al fuego, ni trataremos de socavar los tradicionales vínculos entre América Latina y los Estados Unidos. Eso sería una improvisación temeraria, y no una política sana, y somos realistas, no aventureros imprudentes”. Y aunque agrega una hojita de parra diciendo que sus simpatías están con los países que luchan por la libertad e independencia, la verdad es que lo anterior es toda una declaración hecha en el temprano año de 1987. Ahora se comprende la enorme publicidad recibida, los premios y los elogios por parte de los siete países más poderosos del planeta, que finalmente le dieron a Gorbachov con la puerta en la nariz cuando fue a suplicar por un préstamo para salvar a su país. Desde mi punto de vista, Gorbachov y su grupo rindieron la plaza incondicionalmente; destruyeron la identidad anterior sin ofrecer nada consistente a cambio; y le hicieron un favor impagable al imperialismo norteamericano, dejando a todos los pueblos y movimientos revolucionarios que se habían apoyado en el esquema de la bipolaridad, durante nada menos que cuarenta años, colgados literalmente de la brocha. Con ello quiero decir que los compañeros no llegan al fondo de las cosas en este aspecto.

Finalmente, el tercer aspecto que quisiera mencionar es el relativo al socialismo. Hoy se presenta una crisis de lo que podríamos llamar “la identidad socialista tradicional”. Esta crisis tiene una de sus causas principales en el derrumbe del llamado *socialismo real*. La explicación de las causas específicas del derrumbe de aquellos regímenes arrojará luces sobre lo que ha resultado inviable históricamente, pero a esa crisis se agregan los propios errores cometidos por la izquierda. Eduardo Montes nos dice que no hay que asumir, como lo hace la derecha, un traslado acritico de la crisis. Tiene razón en ello, y también la tiene cuando dice que el derrumbe de lo que se llamó el socialismo no anula muchos aspectos científicos, filosóficos e ideológicos que sirven de fundamento al socialismo y que fueron desarrollados por una enorme cantidad de autores que abordaron su obra en forma creativa y que hicieron una serie de aportes. Esto sólo ocurre en la ideología extincionista de la derecha, que, por cierto, ha logrado descontrolar y desorientar a quienes no han reflexionado suficientemente en el asunto y a quienes creyeron acriticamente en que los manuales soviéticos eran portadores de la verdad. Sin embargo, a mi juicio, no todo queda en pie a partir de nuevas teorías, y se requiere, también aquí, un ajuste de cuentas que tendría que ir hasta el propio Marx. No basta, entonces, con sustituir al estalinismo por un socialismo democrático un tanto indefinido; se requiere profundizar sobre qué entendemos por socialismo y qué por democracia. ¿Estos dos términos coinciden o son diferentes? ¿El socialismo democrático es la tesis de Gorbachov, la socialdemocracia u otra? Mi opinión es que hoy resulta necesario emprender una refundación del socialismo. Esta nueva idea de socialismo tendrá que partir de un análisis sin concesiones

de lo que han sido sólo intentos de realizar el socialismo; de un ajuste de cuentas con todas las elaboraciones críticas del marxismo; de un balance de la democracia política (de sus alcances y de sus límites); de una reivindicación de los derechos humanos; de una crítica al capitalismo real y de la conciencia de que no es posible ni deseable meter en un mismo saco a todos los movimientos sociales. Un socialismo que respete la pluralidad de iniciativas; la pluralidad de reflexiones teóricas desde la izquierda; y que mantenga el derecho a la discrepancia como un derecho fundamental. Un socialismo que no pretenda reducir el feminismo, el antirracismo y el ecologismo, pero que, sin embargo, se apoye en ellos. Este socialismo democrático tiene que deslindarse críticamente de las tesis más conservadoras de la socialdemocracia a favor de un socialismo que sólo tiene el nombre y cuya única función es la de permitir el paso del capitalismo salvaje al capitalismo "civilizado".

Hoy la humanidad enfrenta tres grandes problemas: la diferencia entre ricos y pobres, la inevitable destrucción de la naturaleza si se sigue en la misma vía de explotación de los recursos naturales y la profundización de las formas de enajenación. Por ello, este nuevo socialismo no puede dejar de pensarse como búsqueda de una alternativa crítica al capitalismo.

A mi juicio, el ideal socialista, para que pueda ser creído por amplios grupos sociales; para que pueda prender de nuevo en las masas; para evitar su perversión; para que represente, no sólo una utopía, sino un ideal factible y deseable, requiere ser profundamente transformado. Hoy padecemos una crisis, pero los límites económicos, políticos y ecológicos del capitalismo exigen una nueva alternativa.

Gabriel Vargas Lozano

ÉTICA Y LIBERACIÓN

K.O. Apel, Enrique Dussel, *Fundamentación de la ética y filosofía de la liberación*, Siglo XXI Editores-UAM, México, 1992.

Frente a problemas actuales, como la posibilidad de la guerra, de las revoluciones en distintos lugares, de las intervenciones militares, de la crisis ecológica mundial, de la explotación capitalista, del escepticismo ético, del irracionalismo, frente a un sistema de leyes que permite juicios injustos (como en estos días hemos tenido oportunidad de constatar), se puede preguntar: ¿por qué luchar por impedir todo esto?; ¿por qué luchar por la paz?; ¿por qué abolir la explotación?; ¿por qué evitar la guerra y las intervenciones armadas? Y, estrictamente en plan racional: ¿por qué ser morales?; ¿existe una moral "universalmente válida"?; ¿no será que toda moral es relativa a cada individuo o situación, época, país o ideología?; ¿cómo poder decidir entre ambas posiciones?; ¿en qué basarnos para decidir entre alguna de ellas?; ¿hay que decidir?; ¿quién tiene la razón?; acaso hay algo así como la "razón"?

Frente a respuestas puramente negativas, relativistas, escépticas o irracionales a las preguntas planteadas, los autores de los ensayos de este libro tratan de aportar "argumentos" que intentan justificar la existencia de una ética universal, racional.

K.O. Apel, por su parte, aporta la "fundamentación pragmático-transcendental de la ética del discurso" que pretende justificar una "ética de la responsabilidad" o "corresponsabilidad". Lo principal de tal fundamentación (que intenta superar la ética kantiana) es el intento de encontrar una "norma ética básica" innegable por to-

do aquel que argumente, norma que él descubre precisamente en el "a priori de la argumentación", pues la "argumentación" es "irrebasable en filosofía" (p. 17); todo el que argumenta "presupone" que "debemos" solucionar los conflictos argumentativamente, en una comunidad de comunicación argumentativa, y de este modo, está admitiendo la corresponsabilidad y la "igualdad de derechos de todos los participantes en la comunicación" (p. 21). Como vemos, el intento apellano es estrictamente racional, basado en toda una tradición filosófica con elevadas pretensiones cognoscitivas.

Enrique Dussel, por su parte, no intenta negar la ética discursiva, sino hacer ver la necesidad de una concretización de la misma. Su punto de partida es una situación "distinta", la realidad latinoamericana, realidad explotada, dependiente, "la otra cara de la modernidad" (p. 47), pues su "filosofía de la liberación" muestra que nuestra realidad no es "premoderna" ni "antimoderna", ni "posmoderna" (nihilista, escéptica), pero que tampoco es el lugar donde realizar la modernidad plenamente, pues se caería en la "falacia desarrollista" que significa "intentar realizar por extrapolación en el capitalismo dependiente y explotado lo que se piensa y efectúa en el capitalismo central desarrollado" (p. 47). América Latina es "la otra-cara" de la modernidad, parte dominada y silenciada, ya que "siempre sufrimos la 'modernidad'" (p. 48). A partir de aquí se plantea la necesidad y posibilidad "ética" de "liberar" a estas naciones oprimidas y pobres.

Y en relación directa con la filosofía de Apel (o de la filosofía y realidad europeas), aunque éste supera la filosofía "solipsista" y propone el "nosotros" de la comunidad de comunicación y el acuerdo racional al que ésta llega, Dussel afirma que este "nosotros" puede "totalizarse", cerrarse y ne-

de lo que han sido sólo intentos de realizar el socialismo; de un ajuste de cuentas con todas las elaboraciones críticas del marxismo; de un balance de la democracia política (de sus alcances y de sus límites); de una reivindicación de los derechos humanos; de una crítica al capitalismo real y de la conciencia de que no es posible ni deseable meter en un mismo saco a todos los movimientos sociales. Un socialismo que respete la pluralidad de iniciativas; la pluralidad de reflexiones teóricas desde la izquierda; y que mantenga el derecho a la discrepancia como un derecho fundamental. Un socialismo que no pretenda reducir el feminismo, el antirracismo y el ecologismo, pero que, sin embargo, se apoye en ellos. Este socialismo democrático tiene que deslindarse críticamente de las tesis más conservadoras de la socialdemocracia a favor de un socialismo que sólo tiene el nombre y cuya única función es la de permitir el paso del capitalismo salvaje al capitalismo "civilizado".

Hoy la humanidad enfrenta tres grandes problemas: la diferencia entre ricos y pobres, la inevitable destrucción de la naturaleza si se sigue en la misma vía de explotación de los recursos naturales y la profundización de las formas de enajenación. Por ello, este nuevo socialismo no puede dejar de pensarse como búsqueda de una alternativa crítica al capitalismo.

A mi juicio, el ideal socialista, para que pueda ser creído por amplios grupos sociales; para que pueda prender de nuevo en las masas; para evitar su perversión; para que represente, no sólo una utopía, sino un ideal factible y deseable, requiere ser profundamente transformado. Hoy padecemos una crisis, pero los límites económicos, políticos y ecológicos del capitalismo exigen una nueva alternativa.

Gabriel Vargas Lozano

ÉTICA Y LIBERACIÓN

K.O. Apel, Enrique Dussel, *Fundamentación de la ética y filosofía de la liberación*, Siglo XXI Editores-UAM, México, 1992.

Frente a problemas actuales, como la posibilidad de la guerra, de las revoluciones en distintos lugares, de las intervenciones militares, de la crisis ecológica mundial, de la explotación capitalista, del escepticismo ético, del irracionalismo, frente a un sistema de leyes que permite juicios injustos (como en estos días hemos tenido oportunidad de constatar), se puede preguntar: ¿por qué luchar por impedir todo esto?; ¿por qué luchar por la paz?; ¿por qué abolir la explotación?; ¿por qué evitar la guerra y las intervenciones armadas? Y, estrictamente en plan racional: ¿por qué ser morales?; ¿existe una moral "universalmente válida"?; ¿no será que toda moral es relativa a cada individuo o situación, época, país o ideología?; ¿cómo poder decidir entre ambas posiciones?; ¿en qué basarnos para decidir entre alguna de ellas?; ¿hay que decidir?; ¿quién tiene la razón?; acaso hay algo así como la "razón"?

Frente a respuestas puramente negativas, relativistas, escépticas o irracionales a las preguntas planteadas, los autores de los ensayos de este libro tratan de aportar "argumentos" que intentan justificar la existencia de una ética universal, racional.

K.O. Apel, por su parte, aporta la "fundamentación pragmático-transcendental de la ética del discurso" que pretende justificar una "ética de la responsabilidad" o "corresponsabilidad". Lo principal de tal fundamentación (que intenta superar la ética kantiana) es el intento de encontrar una "norma ética básica" innegable por to-

do aquel que argumente, norma que él descubre precisamente en el "a priori de la argumentación", pues la "argumentación" es "irrebasable en filosofía" (p. 17); todo el que argumenta "presupone" que "debemos" solucionar los conflictos argumentativamente, en una comunidad de comunicación argumentativa, y de este modo, está admitiendo la corresponsabilidad y la "igualdad de derechos de todos los participantes en la comunicación" (p. 21). Como vemos, el intento apellano es estrictamente racional, basado en toda una tradición filosófica con elevadas pretensiones cognoscitivas.

Enrique Dussel, por su parte, no intenta negar la ética discursiva, sino hacer ver la necesidad de una concretización de la misma. Su punto de partida es una situación "distinta", la realidad latinoamericana, realidad explotada, dependiente, "la otra cara de la modernidad" (p. 47), pues su "filosofía de la liberación" muestra que nuestra realidad no es "premoderna" ni "antimoderna", ni "posmoderna" (nihilista, escéptica), pero que tampoco es el lugar donde realizar la modernidad plenamente, pues se caería en la "falacia desarrollista" que significa "intentar realizar por extrapolación en el capitalismo dependiente y explotado lo que se piensa y efectúa en el capitalismo central desarrollado" (p. 47). América Latina es "la otra-cara" de la modernidad, parte dominada y silenciada, ya que "siempre sufrimos la 'modernidad'" (p. 48). A partir de aquí se plantea la necesidad y posibilidad "ética" de "liberar" a estas naciones oprimidas y pobres.

Y en relación directa con la filosofía de Apel (o de la filosofía y realidad europeas), aunque éste supera la filosofía "solipsista" y propone el "nosotros" de la comunidad de comunicación y el acuerdo racional al que ésta llega, Dussel afirma que este "nosotros" puede "totalizarse", cerrarse y ne-

gar al "tú", al "vosotros", al "Otro" de toda comunidad de comunicación. Se trata, de este modo, de pensar en el "Otro", la realidad latinoamericana, en relación con la realidad europea, que es ignorada y excluida de la comunidad de comunicación real europea, estadounidense, hegemónicas y dominantes; de pensar su "exterioridad" de esa "totalidad" (términos claves de la filosofía de la liberación).

Y para realizar este proyecto de liberación, dice Dussel, es indispensable tomar como base el pensamiento de Marx, quien realizó la crítica "ética" de la economía política burguesa, ya que en el capitalismo "se intercambia persona o subjetividad por cosa u objeto" (p. 91), y se realiza una relación de dominación que toma a las personas como medio para la "valorización del valor" (p. 90), y como base para el estudio de la cuestión socioeconómica fundamental en América Latina: la "transferencia de valor de manera estructural, y como causa externa de la pobreza de las naciones subdesarrolladas" (p. 53). Dussel parte de esta realidad de miseria, se

basa en las filosofías de Levinas (el "Otro") y Marx ("el capital no es sino una estafa hecha al obrero"), y realiza la crítica a la estructura social que "niega" la vida.

Estos ensayos son sólo el inicio de un diálogo entre estas filosofías. Podríamos decir que se trata de realizar una complementación entre ellas mediante el conocimiento de la cultura de la que parte cada una para alcanzar el objetivo que persiguen: la realización de una ética universal concreta. Aquí tampoco se trata de quedarse con un relativismo cultural, tal como lo proponen muchos actualmente, sino más bien de afianzar el "diálogo intercultural", de impulsar una reflexión que enriquezca la comprensión de ambos horizontes, y buscar una solución ético-racional de las problemáticas latinoamericana y mundial (así como —no podemos negarlo— de mostrar las limitaciones de una u otra posición en ese mismo diálogo; función que también nos corresponde a nosotros como lectores).

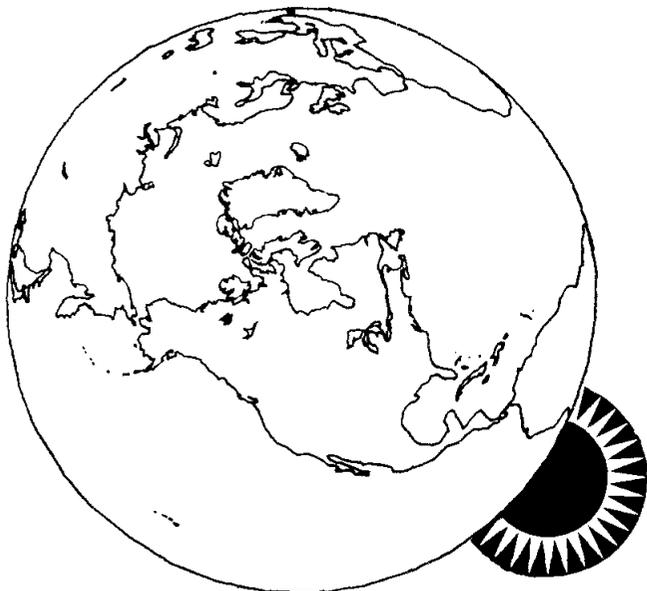
Mario Rojas Hernández

TINA MODOTTI, RETRATO DE UN MONSTRUO

Elena Poniatowska, *Tinísima*, Ediciones Era, México, 1992.

Recientemente, a través de Ediciones Era, Elena Poniatowska nos ha regalado una obra más de su inspiración que viene a sumarse a las que ya conocemos. En una creación literaria que se emparenta con *Querido Diego, te abraza Quiela*, Poniatowska ha escrito y publicado *Tinísima*, una voluminosa novela que gira alrededor de esa mujer excepcional que forma parte de las referencias indispensables de la cultura de la izquierda mexicana y, aún más, en lo que se relaciona con el clima intelectual del México de la década de los veinte.

En *Tinísima*, Poniatowska hace un retrato de una mujer que viene de la stirpe de todas aquellas que con su desafiante actuación ante los valores establecidos, con su consecuencia vital frente a sus convicciones, con su rebeldía ante los papeles que la sociedad establece para el género femenino, y todos ello unido a una sensibilidad e inteligencia notables, se convierten en monstruos fascinantes, seres que, no sólo sobresalen, sino que se diferencian sustancialmente de la inmensa mayoría de sus congéneres. La obra de



gar al "tú", al "vosotros", al "Otro" de toda comunidad de comunicación. Se trata, de este modo, de pensar en el "Otro", la realidad latinoamericana, en relación con la realidad europea, que es ignorada y excluida de la comunidad de comunicación real europea, estadounidense, hegemónicas y dominantes; de pensar su "exterioridad" de esa "totalidad" (términos claves de la filosofía de la liberación).

Y para realizar este proyecto de liberación, dice Dussel, es indispensable tomar como base el pensamiento de Marx, quien realizó la crítica "ética" de la economía política burguesa, ya que en el capitalismo "se intercambia persona o subjetividad por cosa u objeto" (p. 91), y se realiza una relación de dominación que toma a las personas como medio para la "valorización del valor" (p. 90), y como base para el estudio de la cuestión socioeconómica fundamental en América Latina: la "transferencia de valor de manera estructural, y como causa externa de la pobreza de las naciones subdesarrolladas" (p. 53). Dussel parte de esta realidad de miseria, se

basa en las filosofías de Levinas (el "Otro") y Marx ("el capital no es sino una estafa hecha al obrero"), y realiza la crítica a la estructura social que "niega" la vida.

Estos ensayos son sólo el inicio de un diálogo entre estas filosofías. Podríamos decir que se trata de realizar una complementación entre ellas mediante el conocimiento de la cultura de la que parte cada una para alcanzar el objetivo que persiguen: la realización de una ética universal concreta. Aquí tampoco se trata de quedarse con un relativismo cultural, tal como lo proponen muchos actualmente, sino más bien de afianzar el "diálogo intercultural", de impulsar una reflexión que enriquezca la comprensión de ambos horizontes, y buscar una solución ético-racional de las problemáticas latinoamericana y mundial (así como —no podemos negarlo— de mostrar las limitaciones de una u otra posición en ese mismo diálogo; función que también nos corresponde a nosotros como lectores).

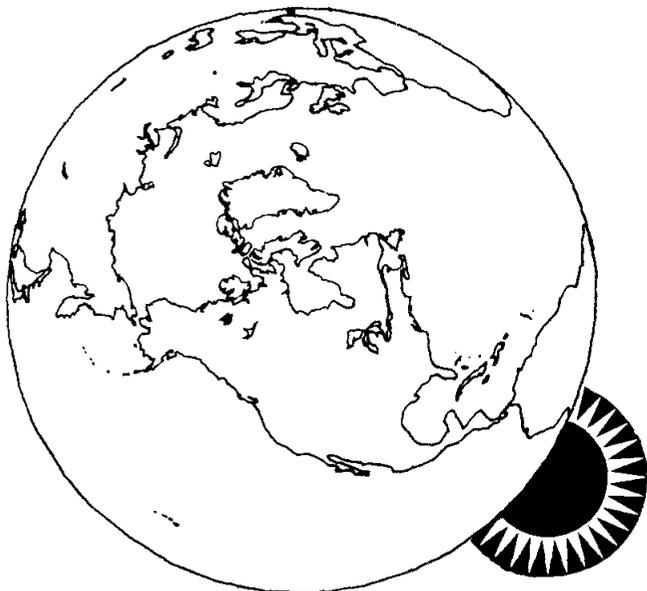
Mario Rojas Hernández

TINA MODOTTI, RETRATO DE UN MONSTRUO

Elena Poniatowska, *Tinísima*, Ediciones Era, México, 1992.

Recientemente, a través de Ediciones Era, Elena Poniatowska nos ha regalado una obra más de su inspiración que viene a sumarse a las que ya conocemos. En una creación literaria que se emparenta con *Querido Diego, te abraza Quiela*, Poniatowska ha escrito y publicado *Tinísima*, una voluminosa novela que gira alrededor de esa mujer excepcional que forma parte de las referencias indispensables de la cultura de la izquierda mexicana y, aún más, en lo que se relaciona con el clima intelectual del México de la década de los veinte.

En *Tinísima*, Poniatowska hace un retrato de una mujer que viene de la stirpe de todas aquellas que con su desafiante actuación ante los valores establecidos, con su consecuencia vital frente a sus convicciones, con su rebeldía ante los papeles que la sociedad establece para el género femenino, y todos ello unido a una sensibilidad e inteligencia notables, se convierten en monstruos fascinantes, seres que, no sólo sobresalen, sino que se diferencian sustancialmente de la inmensa mayoría de sus congéneres. La obra de



Poniatowska combina con delicadeza el tratamiento de este tema con el otro que aparece en su obra: el intento por captar el clima de una época, el espíritu de todo un periodo que en su obra no sólo se refiere a México, sino a diversos lugares del mundo.

Por las páginas de *Tinísima* desfilan no solamente los comunistas que paulatinamente se han ido convirtiendo casi en una leyenda, no solamente Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, gigantes de la pintura que además se involucraban en la política revolucionaria, o, más aún, cuya obra artística pareciera estar indisolublemente unida a sus convicciones y a su militancia, o bien Manuel y Lola Álvarez Bravo, cuya obra fotográfica al menos durante un tiempo está marcada por dicho espíritu. También aparecen Francisco Moreno, el primer diputado comunista, y el dirigente Úrsulo Galván, ambos abatidos por ese México salvaje que en la obra de Poniatowska se articula al México vigoroso, cautelante para figuras como Edward Weston, el fotógrafo alucinado y aterrizado con la ferocidad del país en el que se encontraba. Y en sus páginas también saltan cautivando al lector otros personajes arrastrados en la vorágine ideológica de un marxismo que mucho se parece a una religión laica: Miguel Ángel Velasco, Valentín Campa, Hernán Laborde, Jorge Fernández Anaya, Rafael Carrillo, Julio Antonio Mella, Vittorio Vidali, entre otros.

Pero el libro de Poniatowska no solamente es un retrato de una mujer o de la izquierda de aquel momento; es la reconstrucción novelada de un México en el que también aparecen Los Contemporáneos, José Vasconcelos, Álvaro Obregón y diversas personalidades del gobierno mexicano. La total convicción del muralismo, en que no había otra ruta que esa misma, se entrelaza con el desprecio vasconceliano por el muralismo y los muralistas, a quienes califica de *moneros*. Allí aparecen el Dr. Atl y Nahui Olin, pintora de obra propia, de originalidad enérgica como para haber convivido con aquél sin haber caído bajo su influencia.

Es en las largas páginas sobre la guerra civil española donde el misticismo revolucionario que sobresale en el México de los veinte pintado por Poniatowska en la novela resurge con toda plenitud. No solamente Vittorio Vidali, convertido en el valeroso comandante Carlos Contreras; no solamente Tina Modotti, transformada en María; sino en todos los hombres y mujeres que como ellos viven bajo los bombardeos fascistas de Franco y sus aliados alemanes e italianos. La vida de Tina Modotti se convierte en el recipiente de una intensa y dolorosísima página de la historia española. La derrota final, los miles y miles de refugiados españoles que atraviesan la frontera con Francia, entre ellos el viejo y cansado Antonio Machado, quien no duraría mu-

cho después de ese golpe mortal, todo ello me parece magistralmente tratado por Elena Poniatowska, en cuya obra condensa la belleza literaria, la fantasía creativa y la rigurosidad en la recopilación del dato.

Cabe agregar que en *Tinísima* se advierte que se trata de un libro escrito por una mujer sobre otra mujer. Hay en sus páginas una sensibilidad que nace de la empatía, de los sentimientos que la cultura ha modelado en lo llamado femenino. Por ello el libro se interna en lo más recóndito de las profundidades de Tina Modotti, por ejemplo, en la salvaje pasión de la protagonista por Julio Antonio Mella, cuyo espectro rondará a Tina hasta el día en que, extenuada por la intensidad de su vida, ésta se le acaba. Pero en *Tinísima*, no sólo aparece Tina la mujer, sino también otros ciclopes femeninos: Nahui Olin, Antonieta Rivas Mercado, Lola Álvarez Bravo y ese huracán subyugante, furia demoleadora, que se llamó Lupe Marín.

No puede sino agradecerse y disfrutarse este nuevo acto creativo de Elena Poniatowska. Tendrá efectos estéticos y también científicos en todos los que hoy se encuentran interesados en reconstruir críticamente, pero con ánimo de recuperación, la voluntad política encaminada hacia la transformación social.

Carlos Figueroa Ibarra



El mundo hoy / El pensamiento sobre la crisis

El Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP
y la Fundación Instituto "Gramsci", de Roma, invitan al
coloquio

"El mundo hoy / El pensamiento sobre la crisis"

que se llevará a cabo en las instalaciones de la
Universidad Autónoma de Puebla del **lunes 17** al
viernes 21 de mayo de 1993

TEMAS

- Una década del pensamiento conservador
- La pertinencia del pensamiento marxista en la
actualidad
 - Nacionalismos e identidades
 - La Iglesia Católica en América Latina
 - La integración europea
- Problemas y perspectivas después de 1989
 - La *perestroika*
- De Bush a Clinton / El Tratado de Libre Comercio
- Balance de los movimientos sociales: ecología
y feminismo

Participarán los más destacados intelectuales del país y
del extranjero

Informes: teléfono y fax: (91 22) 46 26 00

Publicaciones periódicas del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Memoria de papel

CRONICAS DE LA CULTURA EN MEXICO

REGISTRO DE LA CULTURA
MEXICANA Y SUS PROTAGONISTAS

ADENTRO TIERRA

PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO 1992
DIVULGACIÓN CULTURAL

Un espacio del
CONSEJO NACIONAL
PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES
abierto a los jóvenes
creadores del interior del país...

CULTURA
NORTE

CULTURA
SUR

**Revistas que avivan la conciencia de lo que son
y significan para México sus fronteras.**

Una publicación novedosa y original, orientada a promover, tanto en el interior del país como en el sur de los Estados Unidos y Centroamérica, la creación de los artistas de nuestras fronteras. Páginas abiertas a las nuevas expresiones, en las que publicidad y cultura van de la mano.

Revistas del Programa Cultural de las Fronteras

FRONTERA NORTE

BAJA CALIFORNIA, BAJA CALIFORNIA SUR, COAHUILA,
CHIHUAHUA, NUEVO LEON, SONORA Y TAMAULIPAS.

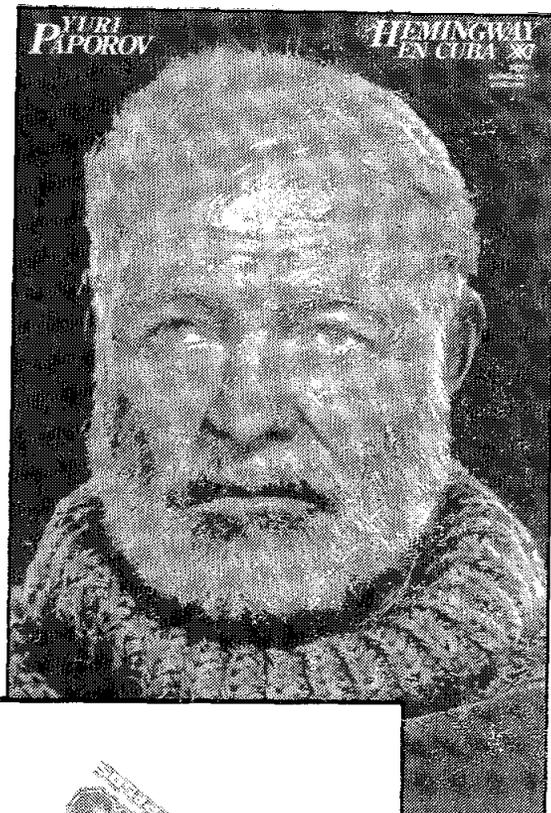
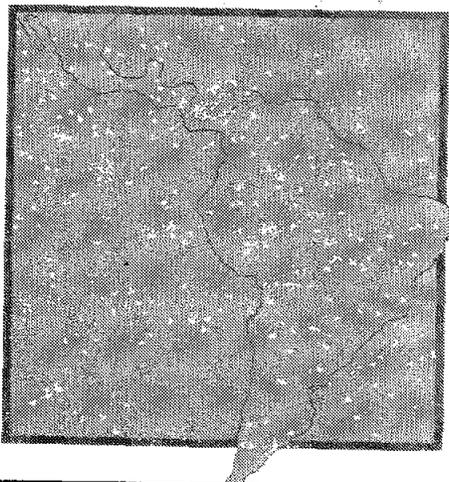
FRONTERA SUR

CAMPECHE, CHIAPAS, QUINTANA ROO, TABASCO
Y YUCATAN.

NOVEDADES

DEMOCRACIA Y POLÍTICA
EN AMÉRICA LATINA

MENNO VELLINGA (coordinador)



siglo
veintiuno
editores



CORRUPCIÓN Y POLÍTICA
EN EL MÉXICO
CONTEMPORÁNEO

Stephen D. Morris

